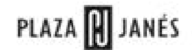

ALICIA VALLINA
LA CRIOLLA DEL AMAZONAS
La asombrosa historia real de Isabel Grameson,
la primera mujer que recorrió el río Amazonas
PLAZA JANES

ALICIA VALLINA

# LA CRIOLLA DEL AMAZONAS

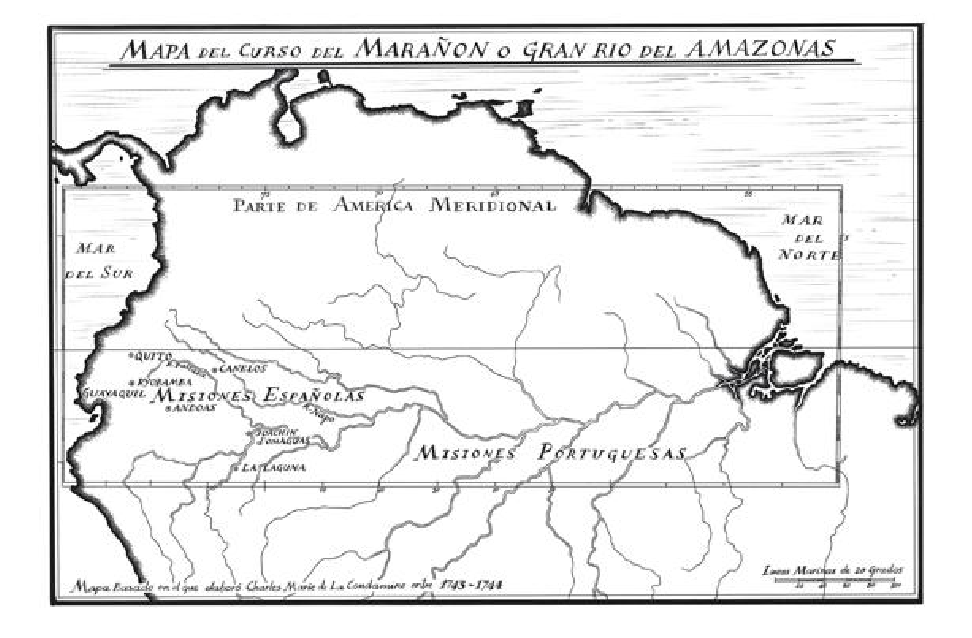


*A Pili, valiente, poderosa, leal, invencible.*
*Reina de reinas. As de ases*

*Al viaje, a la compañía, al amor y al dolor.*
*Al intenso y fugaz camino de la vida*

Escribo para distraerme del vivir
y lo publico porque el juego incluye esa regla.

FERNANDO PESSOA, *Libro del desasosiego*


MAPA DEL CURSO DEL MARAÑON O GRAN RIO DEL AMAZONAS
PARTE DE AMERICA MERIDIONAL
MAR DEL SUR
MAR DEL NORTE
QUITO
CANELOS
RYOBAMBA
GUAYAQUIL
MISIONES ESPAÑOLAS
ANDOAS
R. Napo
LA LAGUNA
MISIONES PORTUGUESAS
Mapa Basado en el que elaboró Charles Marie de La Condamine entre 1743-1744
Leguas Marinas de 20 Grados

# I

La selva podía matar de múltiples maneras y ya había comenzado a descubrirlo. Mi cuerpo ardía. La fiebre había terminado por aparecer. Eran ya varios los días que llevábamos sin comer, y permanecía acurrucada al lado de la extensa maleza que me abrazaba hostil. A mi lado, apenas a unos pasos, mis hermanos Juan y Antonio respiraban con tremenda dificultad, el segundo con su pequeño hijo Martín en brazos. A los ruidos producidos por sus ahogadas respiraciones se sumaban los aullidos de un sinfín de criaturas salvajes, sonidos extraños y cercanos que golpeaban sus oídos, atravesando su ánimo y sus mermadas fuerzas.

Habíamos estado caminando durante buena parte de la jornada y teníamos la sensación de que siempre volvíamos al mismo lugar. ¡Todo era tan parecido allí! La luz del anochecer se filtró ligera entre la frondosa vegetación y pensé, una vez más, que todos moriríamos sin remedio. Me dolían los pies, buena parte de la piel que cubría mis extremidades superiores se había desprendido y estaba muerta de sed y de hambre. Mis ropas eran ya harapos y el equipaje con el que había salido de Riobamba hacía apenas unos meses (había perdido la noción del tiempo) había quedado abandonado en aquella terrible trampa mortal que resultaron ser el río y la playa de arena en la que todos permanecimos por un tiempo ya olvidado. Ese fue el principio del fin. A la muerte de Pierre, el sirviente de los dos franceses que nos acompañaban, se había sumado la de mi querida criada Juanita, y, gracias a que la Providencia había mantenido con vida a mi fiel negro Joaquín, todos habíamos decidido que, junto con aquel par de malditos franceses, marchara en busca de una ayuda que nunca llegó.

—¡Dios mío, socórrenos! ¡No nos dejes morir así! —Con apenas un hilo de voz y las escasas fuerzas que me quedaban, suplicaba con desesperación por mi vida y la de mi familia.

En mi memoria, la imagen de la muerte de Juanita se repetía una y otra vez. Arrastrando su hediondo cuerpo devorado por larvas e

insectos, cavando con las manos destrozadas y sangrantes una fosa apenas profunda y abandonándola en la oscuridad fangosa e indómita de aquella implacable selva.

—Démosle cristiana sepultura —había insistido.

Y mi hermano Juan, religioso agustino, rezó un breve responso en medio de la barbarie:

—Acuérdate, Señor, de tu humilde sierva Juanita. Recíbela con alegría en tu seno y concédele la gloria de la resurrección y de la vida eterna.

—Por los siglos de los siglos, amén —concluí.

Después, colocamos sobre la improvisada tumba una cruz hecha con palos y ramas de algunos árboles que atamos con hojas de palmera. Era todo lo que podíamos hacer por ella.

Fue entonces cuando, ayudada por Juan, tomé la decisión de abandonar aquella playa. Ahora no sabía si había hecho lo correcto. Quizá estuviera conduciéndonos a todos a la muerte. Sin embargo, y según los cálculos de mi hermano, habíamos estado alrededor de veinticinco días esperando el regreso de Joaquín y los franceses, y este aún no se había producido. No quería pensar que mi fiel criado me hubiera abandonado a mi suerte, herida, enferma y moribunda, en aquel lugar tan alejado de la civilización donde hasta la más bella de las aves y el más hermoso de los árboles podían ser los causantes de terribles desdichas. Sin embargo, así era. Nadie había regresado a buscarnos y ahora, tras avanzar sola para buscar algo de comida después de dejar a mis hermanos y a mi pequeño sobrino en un claro de la selva, sentí el dolor de la traición y del abandono.

Allí, descansando sobre la gran roca, la morada de la anaconda conocida por los nativos como la Yacumama, la historia de mi vida se presentó ante mí como una suerte de batallas en las que había tenido que combatir con desigual fortuna. Ahora disponía de todo el tiempo del mundo para tratar de comprender en qué me había convertido. Así que, abatida y sin esperanzas, comencé a reconstruir en mi mente esa vida que ahora se me antojaba inútil.

# II

Mi bisabuelo había sido Baltasar Pardo de Figueroa. Gallego de Betanzos y un fiero defensor de la Corona española, por la que combatió con bravura en el sitio de Fuenterrabía en 1638 y en numerosas y descarnadas ocasiones contra el Ejército francés. ¡Qué divertido espectáculo hubiera sido haber visto el rostro de mi antepasado al saber que una de sus bisnietas se casaría con un enemigo de España!

Como ya hubiera hecho mi padre, mi bisabuelo emigró al Perú de la mano, esta vez, del virrey Pedro de Toledo, marqués de Mancera, quien antes gozó del título de capitán general de Galicia. En tierras lejanas alcanzó honor y gloria y se convirtió en gobernador de la región de Tucumán y en general jefe de la Armada del Mar del Sur, con la misión de controlar las rutas marítimas del Pacífico que trasladaban a España oro y plata en abundancia. Buena parte de los navíos empleados para el traslado de hombres y mercancías se construían en los astilleros de Guayaquil, con las particularidades propias de este tipo de embarcaciones, cuyo material de calafatería no era el cáñamo como en Europa, sino la estopa de coco que otorgaba una mayor resistencia.

Entre los numerosos hijos del bisabuelo Baltasar se encontraba mi abuelo Bernardo, quien contrajo matrimonio con Margarita de Luján y Vázquez de Acuña. Lo más curioso de todo ello es que mi abuela era sobrina nieta del misionero jesuita Cristóbal de Acuña y de su hermano Juan, quien fuera corregidor de Quito y virrey de Nueva España en 1722, además del primer marqués de Casa Fuerte, titulo otorgado por el rey Felipe v de España. Ambos hermanos, naturales de la ciudad española de Burgos, se habían trasladado también, siendo muy jóvenes, a tierras del Nuevo Mundo. Cristóbal pronto tomó el hábito en la Compañía de Jesús y, tras ser destinado a Paraguay y más tarde a Buenos Aires, trabajó en Chile en las misiones araucanas y luego en Concepción y Santiago.

A aquellas lejanas tierras llegó el capitán lisboeta Pedro Teixeira, que, al servicio de Felipe IV, trataría de buscar una ruta, a través del río más largo y caudaloso del mundo, que favoreciera el comercio y facilitara la circulación de las mercancías que venían del Perú, de Nueva Granada o de Brasil para trasladarlas a Europa a través del puerto de Pará, situado en la desembocadura del Amazonas. Según me había narrado madre en más ocasiones de las que ahora puedo recordar, la expedición había partido de Quito un 16 de febrero de 1639 para llegar a Pará algo más de diez meses después, el 12 de diciembre de ese mismo año. De allí, el señor Cristóbal se embarcó rumbo a España, vía Lisboa, para entrevistarse con el rey y contarle las magníficas oportunidades que había descubierto para favorecer el comercio de toda clase de productos y abrir rutas nuevas y más seguras. Así que mi antecesor, bajo autorización real, publicó en 1641 su obra *Nuevo descubrimiento del gran río de las Amazonas*, edición que había llegado hasta madre a través de la abuela Margarita, a la que desgraciadamente jamás conocí.

Acuña contaba que el río de las Amazonas debía su nombre a un grupo de mujeres guerreras e indómitas que habían atacado, con sus cerbatanas y flechas desde una de sus orillas, a la expedición del conquistador español Francisco de Orellana, allá por el año 1542. Estas mujeres, narraba el cronista extremeño Gaspar de Carvajal, fraile dominico superviviente de tan magna expedición, eran altas y blancas, de largos y trenzados cabellos, siempre desnudas salvo por su sexo. Incluso madre contaba que tenían un solo pecho, ya que el otro se les había desgastado de portar el carcaj con las flechas.

Acuña describía el río, que fluía de Poniente a Oriente y cuya longitud contaba unas ¡mil trescientas cincuenta leguas castellanas! Mi hermano Juan decía que aquello era imposible y que el tal Acuña no era más que un mentiroso embaucador que, temeroso del rey de España, se había inventado todo tipo de excelencias con el fin de lograr el favor de su majestad. ¡Pobre Juan! Solo e incomprendido en mitad de estas tierras esperando el favor del Dios que todo lo puede.

El Amazonas sufría crecientes inundaciones anuales que regaban las tierras y favorecían el cultivo de especies como el maíz, el cacao y la

yuca, y también de frutas como el plátano, las piñas, las guayabas, las castañas, los dátiles y los cocos. Asimismo, Acuña narraba cómo abundaba el pescado, especialmente el gran pejebuey, de carne deliciosa y piel tan dura que se empleaba para la fabricación de adargas. Además, sus bosques estaban plagados de hierbas medicinales que, como una botica real, servían para aliviar cualquier tipo de dolencia. Del mismo modo, los árboles eran tan altos y gruesos que acariciaban las nubes y proporcionaban excelentes maderas para construir embarcaciones. El tabaco, el algodón o la caña de azúcar formaban, a su vez, parte de las abundantes riquezas que otorgaba el río, e incluso contaban los españoles que existían construcciones ocultas de ciudades ancestrales y minas de oro y plata de las que se obtenía suficiente material para que los indios se adornasen con zarcillos, narigueras, pulseras y colgantes.

También resultaba que, en aquella zona de la tierra, habitaban diferentes razas de indígenas, con distintas lenguas y tradiciones, y, aunque entre sí pudieran resultar belicosos, madre decía que con los españoles se mostraban mansos y apacibles. Sin embargo, todos estos pueblos se encontraban muy lejos de Dios, adoraban ídolos que fabricaban con sus propias manos y a quienes les otorgaban poder sobre la vida y la muerte, la fecundidad de la tierra y el calor del sol. Por ello era imprescindible que conocieran el amor del único y verdadero Dios, y que se alejaran de los hechiceros y sanadores que decían predecir el futuro y que hablaban con los muertos, pues solo nuestro Salvador sería capaz de devolvernos a la vida en el último día del fin del mundo.

¿Era la curiosidad que siempre había sentido, empujada por aquellas historias, la que me había llevado hasta donde me encontraba ahora? La culpa y el abatimiento estaban haciendo de nuevo mella en mi ánimo. La noche me envolvía con sus sombras y ahora prefería descansar y esperar la llegada de un nuevo día. ¿Hasta cuándo podría resistir el tremendo dolor que suponían los recuerdos?

# III

Padre me había contado la historia una y mil veces, la mayoría de ellas a petición mía.

—Es una criatura preciosa, señor. —Juana, la criada negra de nuestra familia, me colocó con delicadeza en brazos del general y esbozó una tierna sonrisa. Él, orgulloso y preso de la emoción, detuvo embelesado su mirada en mí.

—¡Por fin una niña! —gritó mientras me acunaba con un suave vaivén acompasado al mismo tiempo que sus nerviosos pasos le guiaban sin rumbo por la parte alta de nuestra magnífica residencia familiar.

La criada le hizo un leve gesto para indicarle que guardara silencio. Todos necesitaban descanso y un poco de calma, especialmente madre.

—No me malinterprete, Juanita, pero después de mi amado hijo estaba deseando poder abrazar a esta preciosa y delicada niña. Josefa me ha entregado hoy el mejor de los regalos que un hombre puede desear, pero… ¡Dígame…! ¿Cómo está ella? ¿Puedo pasar a verla?

—La señora necesita descansar —respondió sin tapujos la criada. Ya tendrá tiempo de poder agradecérselo.

Juana era una negra de baja estatura, con cabellos cortos y rizados, hermosos ojos negros y labios voluptuosos de color rosado. Padre, el general Pedro Manuel Gramesón, la había recogido de las calles de la grandiosa ciudad de Guayaquil siendo apenas una niña, pues toda su familia directa había muerto durante una epidemia de viruela cinco años antes. A pesar de que la pequeña Juanita se había convertido ya en una mujer, el general siempre se dirigía a ella por su diminutivo cariñoso (algo que a Juanita no le sentaba especialmente bien, pues la hacía parecer aún una niña), tan acorde con la gracia gaditana del señor de la casa y que jamás abandonaba, lo que le permitía mantener en el recuerdo a su añorada patria.

Juanita era casi un miembro más de la familia, aunque ninguno

olvidaba el lugar que en la escala social le correspondía. Las confianzas que ambos se otorgaban discurrían siempre de puertas para adentro de la mansión colonial de la que todos disfrutábamos en la ciudad, puerto principal de la Real Audiencia de Quito y centro estratégico de la economía andina.

Padre era un hombre hecho a sí mismo. Serio cuando correspondía y con un sentido del humor natural que lo convertía en una persona cariñosa y cercana cuando la situación lo requería. Su tesón, amor propio y voluntad férrea lo habían empujado al mundo militar, en el que pronto adquirió fama de hombre cabal, inteligente y con grandes dotes para la organización y el mando. Tal y como me había contado, fue así como logró obtener el favor del marqués de Castelfuerte, don José de Armendáriz, a quien conoció, con apenas dieciocho años, durante una visita de este al Departamento Marítimo de Cádiz. Su admiración por el valeroso navarro, pacificador de Aragón, gobernador de Tarragona y héroe de la victoria de Francavilla contra los enemigos austriacos e ingleses, hizo que, desde el comienzo de su estrecha amistad, Armendáriz se sintiera muy cómodo entre las alabanzas y complacencias de tan ferviente admirador.

Así, cuando el marqués fue nombrado, por sus enormes méritos, virrey del Perú en los primeros días de octubre de 1723, no dudó en pedirle a padre que lo acompañara a tierra de Indias para tratar de poner fin a las continuas crisis que atravesaba el virreinato. Él, hombre de mente despejada, vio en la propuesta del marqués una tremenda oportunidad para poder asentarse en nuevos territorios y alcanzar la fama y la gloria de la que muchos compatriotas disfrutaban gracias a las riquezas y posibilidades que ofrecía el Nuevo Mundo y, pese a que en Cádiz gozaba de una posición privilegiada y de una vida de cierta tranquilidad y seguridad, estaba convencido de que sus opciones de mejora se multiplicarían por diez de la mano del nuevo virrey. Así que, el mismo día que finalizaba el año 1723, se despidió de la ciudad más gloriosa y aclamada de la zona del Mediterráneo desde su fundación por los fenicios y puso rumbo a nuevas y desconocidas tierras que le proporcionarían, a sus casi veinte años, alegrías y éxitos por doquier.

La travesía a bordo del navío San José, al mando del teniente general de la Real Armada, el marqués de Grillo, se le hizo tremendamente larga y casi estuvo a punto de caerse al agua en un par de ocasiones debido a los bruscos golpes de mar que hicieron zozobrar la embarcación. Tras detenerse en Cartagena de Indias, el San José desembarcó al nuevo virrey en Portobelo, mientras que padre continuó rumbo a Guayaquil con la misión de controlar las importaciones y exportaciones de los artículos de lujo que llegaban a la ciudad a través de su bullicioso y atestado puerto.

Sus dotes de comerciante y su buena disposición y facilidad para el trato hicieron que pronto se ganase el respeto de los principales hombres de la ciudad, y fue así como llegó a comprometerse con madre, Josefa Pardo de Figueroa, una criolla acaudalada, hija de una importante familia de origen limeño. La boda se celebró casi un año y medio después de que padre llegara a aquellas tierras, un cálido mes de octubre de 1724, y pronto el matrimonio fue bendecido con el nacimiento de su primer hijo, mi hermano Juan. Sin embargo, fui yo, la segunda de sus herederos (después vendrían mi hermano Antonio y mi hermana Josefa), quien colmó de alegría el corazón de padre; él, que siempre había vivido rodeado de mujeres y protegido por el cariño y el amor de sus hermanas. ¡Cómo las recordaba y con cuánto cariño hablaba de ellas! A pesar de que llegaban dos cartas al año procedentes de Cádiz para dar cuenta de las buenas nuevas y los acontecimientos familiares, padre decía que el abrazo cálido de todas ellas iba volviéndose más ligero y se perdía en el recuerdo de aquellos ya lejanos días.

Gracias al próspero comercio de vino, aceite de oliva, madera, algodón, cacao, lana y tocino del que padre obtenía importantes ganancias al recaudar las tasas de entrada al virreinato, nuestra familia pudo adquirir una hermosa residencia en lo alto de una suave colina con vistas al Guayas, un río muy transitado por numerosas barcas, balsas y canoas que transportaban mercancías hacia todas las zonas del país.

La vivienda, de dos plantas, construida en madera y con techumbre de teja, poseía una gran balconada superior con tolda (que protegía

del calor) y varias hamacas hechas de mocora donde por la noche toda la familia se sentaba para disfrutar de la suave brisa que llegaba del río. En esta planta se encontraban las habitaciones privadas y una enorme sala de juegos. La parte baja de la vivienda estaba formada por varias dependencias también de considerables dimensiones: la sala de baile, donde se celebraban fiestas y recepciones en honor de las más altas autoridades de la ciudad; el comedor; la cocina, con grandes fogones y horno; dos estancias de dimensiones más reducidas, una para vestirse y otra para peinarse; la habitación de la servidumbre, y una cuadra para los animales.

Guayaquil era una gran ciudad en la que la vida discurría agitada e imparable. Su población estaba compuesta por una variada multitud étnica en la que convivían indígenas, blancos, mestizos, criollos, mulatos, zambos y negros dedicados al comercio, la artesanía o a trabajar la tierra de los colonos españoles. En la cúspide de la sociedad, altamente jerarquizada, se encontraban esos blancos, los grandes propietarios de haciendas cuyas tierras trabajaban negros, esclavos e indígenas. Por debajo de ellos se situaban los criollos, siempre dispuestos a concertar matrimonios de conveniencia para obtener la pureza de sangre que les traería importantes exenciones fiscales y grandes privilegios como el acceso a relevantes puestos civiles, militares e incluso eclesiásticos.

Por su parte, muchos negros, mulatos, zambos y mestizos trabajaban en la construcción naval, sustituyendo, poco a poco, a los blancos e indígenas como carpinteros o calafates, pues en la ciudad se ubicaba, para muchos, el mejor astillero de toda la costa del Pacífico. Por ello, el gremio más importante era el de la maestranza y sus cargos principales siempre los ocupaban hombres blancos. De hecho, el virrey Castelfuerte había escrito a padre desde Lima, meses antes de mi nacimiento, y le había pedido informes para hacer factible la creación del empleo de capitán de maestranza de Guayaquil y nombrar en el cargo a Juan Antonio Fernández, a propuesta del cabildo.

La ciudad se abastecía, primordialmente, por vía fluvial. Esta estaba controlada por las prácticas ilegales de los llamados regatones, quienes habían desarrollado la estrategia de interceptar, a veces de

forma violenta, las balsas que transportaban una gran variedad de productos traídos de todas partes de Europa y del interior de la provincia. Así, Guayaquil disfrutaba de harinas provenientes de Quito y de vino, aguardiente, aceite y frutas de Lima.

Tras nuestra etapa inicial en Guayaquil, de la que prácticamente apenas tengo recuerdos a no ser por las insistentes historias de padre sobre mi nacimiento y primeros años de vida, el general fue nombrado corregidor de la ciudad de Otavalo cuando yo apenas contaba cinco años, así que toda la familia nos trasladamos a la ciudad. Por aquel entonces no sabía lo que eso significaba, pero no tardé en darme cuenta de la importancia que para todos nosotros trajo consigo aquel cargo. Nombrado por su amigo el virrey y marqués de Castelfuerte, el señor Armendáriz padre era una auténtica autoridad en el lugar. Ejercía como presidente del cabildo, principal órgano del gobierno local, además de ser el encargado de organizar el reparto de tierras y de determinar el número de indígenas de servicio que debían trabajar en cada hacienda. En definitiva, era un hombre respetado por todos y nadie quería quedarse fuera de su círculo de influencia. Recibía regalos con asiduidad, invitaciones a las más importantes fiestas y, en no pocas ocasiones, organizaba veladas en nuestra residencia para favorecer sus relaciones personales con los altos mandatarios con los que estaba acostumbrado a tratar.

Padre también era una persona tremendamente generosa y gustaba de regalarnos, a mis hermanos y a mí, presentes que sabía que colmarían sus constantes ausencias. Así, era frecuente que Juan y Antonio disfrutaran de navajas y pistolas con mangos y empuñaduras ricamente trabajados, incluso algunas grabadas con las iniciales de ambos, mientras que Josefa y yo recibíamos hermosos vestidos de seda traída de Oriente gracias al comercio. Con el paso de los años supe que padre también se dedicó, durante algún tiempo, a la compra de productos de lujo, como muebles lacados, porcelana, canela y otras especias, con el fin de venderlos a precio de oro más allá de nuestras tierras. A fin de cuentas, era un negocio rentable y muy habitual entre la gente importante de Otavalo.

Padre siempre quiso que fuera una mujer instruida, por lo que,

desde muy niña, se esforzó para que hablara en casa la lengua francesa al igual que hacían mis hermanos y mi pequeña hermana Josefa. Yo, que también era muy curiosa y extrovertida, disfrutaba pasando tiempo con los nativos en la cocina mientras preparaban la comida, y los acompañaba en la realización de algunas tareas domésticas. Así, pronto aprendí su propio lenguaje y llegué a dominar el quechua. También era muy hábil manejando el quipu, un método incaico de contabilidad, empleado para transmitir información mediante cuerdas de lana o algodón con nudos de diversos colores. En definitiva, era un buen partido.

Recuerdo con cariño que la fiesta del Inti Raymi era la más importante de la ciudad. Solía celebrarse la noche del 22 de junio, el día del solsticio de verano. Juanita nos había llevado con ella y con otros dos de los criados de la hacienda a un manantial de aguas cristalinas que no se encontraba muy lejos de nuestra residencia. Decía que, si nos bañábamos en él, el agua nos purificaría y nos llenaría de fuerza y vigor para afrontar las dificultades que el año quisiera traernos. Así que mis hermanos y yo nos metimos en aquellas gélidas aguas y nos pusimos a bailar, acariciando las cañas que crecían en el agua y a las que llamaban totoras, mientras Juanita lanzaba al aire, en una especie de trance, una serie de alabanzas que agradecían a la Pachamama su generosidad y protección.

La ciudad de Otavalo lucía más hermosa que nunca durante la festividad y en todos los lugares se contaba la historia de los gobernantes incas que, en la gran Cuzco, adoraban a sus dioses y les agradecían la fertilidad de la tierra y la abundancia de sus cosechas, especialmente la del maíz. Las casas se abrían a conocidos y extraños, las visitas aumentaban y todo el mundo mostraba su lado más hospitalario y generoso.

Por eso no me di ni cuenta del momento en que Francisco entró a saludar a padre mientras todos estábamos jugando en el jardín. El general leía el periódico sentado en su silla de enea trenzada, de respaldo amplio y redondeado, y mis hermanos y yo competíamos para ver quién lanzaba más lejos una pequeña bola de hierro que cada uno guardaba en su mano y que distinguíamos por ser de diferentes

colores según perteneciera a Juan (amarilla), a Antonio (roja) o a mí (verde).

Francisco entró al jardín jovial y risueño. Tendría unos nueve años y el cabello del color de la paja quemada. Sus ojos eran pequeños y vivaces y se movía con rapidez y seguridad, como si ya hubiera pisado aquel lugar una y mil veces. Me sonrió divertido y se dirigió a padre.

—Encantado de saludarle, general Gramesón. Es un placer para mí poder disfrutar de su hospitalidad.

Padre apenas levantó la vista de su diario y miró a Francisco complaciente sin decir ni una sola palabra.

—¿Puedo quedarme a jugar con sus hijos, señor?

Padre elevó la mano derecha sin dejar de leer para indicar que tenía vía libre, así que Francisco no tardó más que un par de segundos en acercarse a mí corriendo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Soy Francisco Herrera. —Sus pequeños ojos titilaban como las estrellas.

—Isabel —respondí mientras extendía mi mano como tantas veces había visto hacer a padre con las numerosas visitas que recibía.

Francisco tomó mi mano con la rotundidad de una vasta colina que se yergue poderosa sobre la tierra y la besó. Era la primera vez que alguien me besaba. El rubor me ascendió por las mejillas hasta que se instaló en mi cabeza, y allí permaneció toda la tarde. Después Francisco se presentó a mis hermanos y compartió con nosotros juegos y aventuras.

—Yo voy a ser escultor —dijo convencido después de que Juan le hablara de su intención de convertirse en religioso.

—¿Escultor? —Antonio se rio a carcajadas mientras Francisco fruncía el ceño en señal de enfado—. ¿Qué es eso?

—¿No sabes a qué se dedica un escultor?

—Creo —dije para tratar de relajar la situación— que es una especie de artista, alguien que hace figuras e imágenes por encargo de conventos, monasterios e iglesias…

—¡O también de particulares! —exclamó Francisco sin dejarme terminar la frase—. ¡Tú misma podrías encargarme una escultura!

—¿Yo? —De nuevo me ruboricé ante aquella ocurrencia.

—¡Claro! Incluso yo estaría dispuesto a hacerte una solo de tu rostro…

Mi hermano Juan miró a Francisco de modo amenazante.

—Creo que por hoy ya has tenido bastante, amigo. Las confianzas hay que ganárselas y tú acabas de llegar. Así que ve con calma y buena letra. De lo contrario, no volverás a ser bienvenido en esta casa.

—Lo lamento, Juan. Creo que ha habido un malentendido. —Francisco agachó la cabeza mientras me miraba de soslayo—. Y discúlpame también tú, Isabel. No era mi intención ofenderte. Pero seré un buen escultor y algún día podréis apreciar mis obras.

¿Dónde estaría ahora aquel osado joven que un día quiso convertirse en artista? ¿Lo habría logrado?

# IV

Los hermosos días en los que todos juntos oíamos misa en la iglesia de San Luis Obispo, patrono de Otavalo, ubicada en medio de la pequeña plaza, ya habían pasado. El sabor de la tilapia recién pescada en los hermosos lagos cercanos a la ciudad y que Juanita preparaba al horno me venía ahora a la mente más vívido que nunca.

Dos años duró la estancia de nuestra familia en aquella hermosa ciudad hasta que a padre lo destinaron, en el año 1735, a Quito. Las niñas de familias importantes como la mía solían educarse en conventos religiosos durante un periodo de unos seis años, así que, primero, aprendí de la mano de mis nodrizas indígenas hermosas historias sobre taitas milenarios que protegían a los hombres y les mostraban el poder del mundo y, a la edad de siete años, ingresé, junto a mi hermana pequeña Josefa, en el convento de los jesuitas de Quito.

Quito era una enorme urbe que albergaba unas treinta mil almas. Muchos decían que era la ciudad más alta del mundo, y quizá fuera verdad, porque a algunos viajeros les costaba respirar cuando pisaban por primera vez sus colinas verdes y suaves. Estaba rodeada de volcanes que, con sus baberos de nieve, retaban desafiantes a las calles de cuestas empinadas flanqueadas por casas de adobe con techos de paja o madera en medio del tumulto de mercados de carne y frutas tropicales de vivos colores. Algunas viviendas modestas estaban circundadas por pequeños huertos donde se cultivaban melocotones, peras e incluso manzanas, gracias a un clima equilibrado que favorecía la agricultura. Los indígenas trabajaban no solo, y como ya había visto en Otavalo, en las haciendas de los criollos o en las de los llamados chapetones, sino también en las minas de oro y en los talleres textiles. En la hacienda familiar, padre había contratado a varios indígenas a los que se les pagaba un sueldo fijo por cuidar del ganado que habíamos comprado nada más llegar a la ciudad.

—¡Cuéntela, padre! ¡Cuéntela! —Mi voz sonaba alegre,

despreocupada. Quería que volviera a narrarnos alguna de sus increíbles historias. Esta vez la del origen de la ciudad que nos había acogido y a la que debíamos buena parte de las comodidades de las que ahora disfrutábamos.

Padre siempre resultaba solemne, inspirador. Rodeado de un halo de grandeza que empequeñecía a los que tenía alrededor hasta casi reducirlos.

—Tras la caída del imperio inca los españoles se lanzaron a la conquista de toda la región andina. Cerca de la ciudad de Riobamba, en la provincia de Chimborazo, Diego de Almagro, uno de los más valerosos soldados de Francisco Pizarro, fundó la ciudad de Santiago de Quito el 28 de agosto de 1534.

—¡Madre mía! ¡De eso hace ya más de doscientos años! —Mi hermana Josefa no daba crédito a lo que escuchaba, pero decidió dejar continuar a padre.

—Sin embargo, la ciudad apenas tuvo ocupación y, unos meses más tarde, el conquistador castellano Sebastián de Belalcázar llegó a las faldas del Pichincha para fundar ahí, un 6 de diciembre de 1534, la gloriosa ciudad de San Francisco de Quito, como actualmente se la conoce. Allí ya se habían asentado los quitus, una población local indígena que tuvo que aprender a convivir con los españoles, quienes pronto se hicieron con el control de las tierras.

Padre caminaba despacio y acariciaba con parsimonia algunas flores silvestres que habían crecido, desaforadas y sin orden aparente, alrededor del jardín de nuestra residencia. Mientras, el resto de los miembros de la familia nos mirábamos nerviosos e inquietos, revolviéndonos en el enorme sofá de enea instalado bajo el porche principal de la casa y que permitía que nos sentáramos todos juntos. Madre, por su parte, permanecía sonriente y contemplaba extasiada a su esposo desde una cómoda vieja y desgastada a la que tenía especial cariño, pues había pertenecido a su abuela.

—Nueva Castilla y Nueva Toledo, nombradas así en honor a dos de los más grandes reinos españoles, fueron las dos primeras gobernaciones creadas en estas tierras. Francisco Pizarro, ilustre conquistador extremeño del Perú y justiciero del inca Atahualpa, fue

nombrado gobernador de Nueva Castilla, mientras que Diego de Almagro lo fue de Nueva Toledo. Las diferencias entre ambos líderes no se hicieron esperar y, tras numerosos enredos y enfrentamientos intestinos, Almagro ocupó Cuzco (pues consideraba que se encontraba bajo su jurisdicción) y tomó como prisioneros a dos de los hermanos de Pizarro, Hernando y Gonzalo. Pizarro negoció con Almagro el destierro de ambos, pero se trataba de una simple treta.

Juan y Antonio se miraron asombrados y expectantes mientras Josefa y yo permanecíamos en silencio, atentas siempre a las explicaciones de padre.

—Los hermanos Pizarro prepararon su ejército y combatieron contra Almagro por la conquista de Cuzco en la famosa batalla de las Salinas, al sur de la ciudad. Este, enfermo y agotado, fue hecho prisionero, ejecutado en la cárcel y su cadáver decapitado en la plaza de armas.

—¡Dios mío, padre! ¡Vaya malas pulgas tenían esos hermanos Pizarro! —Antonio lanzó una sonora carcajada al aire mientras todos, incluida madre, nos reímos de la ocurrencia de aquel pequeño diablo.

—Los Pizarro no acabaron bien, hijo mío. Pero eso es otra historia. Lo que venía a contaros es lo de la expedición al gran río…

—¡Eso, eso! —Juan sonaba ahora más entusiasta que nunca—. ¡Cuente quién llegó primero! ¡Alguno de esos Pizarro seguro!

—Pero… ¿no había dicho madre que había sido un tal Orliana el primero que vio aquel río, el famoso Amazonas? —respondió la pequeña Josefa.

Padre sonrió. No era habitual que lo hiciera, pero, cuando eso sucedía, resultaba hermoso, enternecedor. Yo no pude contenerme y me lancé a corregir a mi hermana.

—Orellana, Josefa. Fue Francisco de Orellana… —le dije con ternura mientras dedicaba a madre una mirada de profundo cariño.

—Ja, ja, ja, ja. —Mis hermanos encontraron la oportunidad perfecta para vengarse de ella, así que no dudaron en burlarse hasta que padre interrumpió sus estruendosas carcajadas.

—¡Basta ya, hijos! ¿no queréis saber qué pasó?

Todos permanecimos de nuevo inmóviles y atentos a sus explicaciones.

—Pizarro se quedó con las tierras que Almagro reclamaba y repartió entre sus afines títulos y terrenos. Pero un buen oficial que había combatido con Pizarro en la conquista de Cuzco, de origen asturiano y llamado Gonzalo Díaz de Piñera, había escuchado hablar a los nativos, durante las largas campañas militares sobre el terreno, de algo increíble, una leyenda que superaba todas las, hasta entonces, conocidas por el hombre. La historia de un reino donde abundaban el oro y las piedras preciosas, donde los árboles de la canela brillaban de esplendor y de grandeza y donde sus súbditos se embadurnaban de aquel polvo dorado como ofrenda a sus dioses.

—¡Guauuu! —Antonio no fue capaz de cerrar la boca del asombro hasta pasados unos segundos.

—Así que organizó una expedición, que costó casi diez mil pesos de la época, para tratar de encontrar aquella región a la que llamaron El Dorado. Ciento treinta españoles, entre los que se encontraban decenas de arcabuceros, ballesteros y jinetes, llegaron hasta las faldas del Sumaco, un volcán prodigioso cercano a los ríos Quijos y Cosanga. El hambre, la presencia de numerosos pueblos indígenas beligerantes y la falta de resultados evidentes hizo regresar a Quito a la expedición, que volvió a intentarlo, una vez más bajo el mando de Díaz de Piñera, solo seis meses después, esta vez entrando por la parte de Tusa. Pero algo iba a truncar de nuevo los intereses del intrépido asturiano. Francisco Pizarro había nombrado gobernador de Quito a su hermano Gonzalo y sería este quien emprendiera la nueva misión para encontrar la ciudad más importante de los incas, fuente de sus imperecederas riquezas.

—Pero… ¿dónde está esa ciudad, padre? ¿Podría llevarnos a conocerla? —recuerdo que le pregunté entusiasmada.

—Calma, calma, pequeña curiosa… Aún no has escuchado el final de la historia… —Sus gruesas y cálidas manos me acariciaron con suavidad los cabellos.

—Gonzalo Pizarro partió de Quito en el mes de marzo de 1541, dos años después del último intento de Díaz de Piñera de encontrar El Dorado. Dirigía una expedición de más de trescientos españoles a caballo, armados hasta los dientes, con casi cuatro mil indígenas y

comida para varios meses, especialmente cerdos, vituallas y llamas. El segundo al mando fue Francisco de Orellana —padre me guiñó un ojo mientras pronunciaba correctamente el apellido de aquel intrépido personaje—, valeroso extremeño que se trasladó a Guayaquil para conseguir más tropas y caballos.

A las faldas del Sumaco, detenidos tras una tormenta, veinte hombres comandados por Orellana se unieron a las tropas de Pizarro. Muertos de hambre, exhaustos y con escasas esperanzas de poder alcanzar el sueño de la ciudad dorada, Pizarro ordenó a Orellana que se adelantase con algunos (uno de ellos el misionero dominico de Trujillo Gaspar de Carvajal, que ejercería como cronista de la expedición) en el bergantín San Pedro, que ellos mismos habían construido. Era diciembre de 1541.

Mientras padre narraba esta increíble historia, no podía dejar de imaginar cómo sería surcar por primera vez un río por el que nadie antes había navegado. El corazón me latía muy rápido y muy fuerte y, aunque sabía que aquel era un viaje impensable para una mujer, tenía la seguridad de que podría resultar una aventura única.

—En febrero de 1542 Orellana y sus hombres llegaron al río Napo y, el 26 de agosto, desembocaron en el océano Atlántico, convirtiéndose así en los primeros europeos en cruzar el río Amazonas. Orellana fue nombrado adelantado de todas las tierras que descubrió y, más tarde, regresó a España. Así fue como se descubrió el mayor río del mundo, queridos hijos.

Orellana mantuvo durante toda su vida la obsesión por encontrar El Dorado, lo que terminó por empujarle a reunir una ingente cantidad de dinero para organizar una nueva expedición en 1545. Atacados por nativos, muchos miembros de la comitiva sucumbieron sin poder regresar a sus hogares, al igual que le sucedería al propio Orellana, que murió, en noviembre de 1746, a orillas del río más hermoso que el hombre hubiera contemplado jamás.

# V

Era el día de Nochebuena y la negra Juanita había pedido permiso a padre para poder celebrar la festividad en casa de unos familiares a los que hacía tiempo que no veía. El calor era sofocante y, a pesar de que había cerrado bien la ventana de mi habitación para que ni un ápice del terrible ambiente exterior se colase por entre los relucientes cristales, mi cuarto parecía un auténtico horno y yo, un pobre cuy dando vueltas sobre mí misma antes de terminar de asar.

Aquella mañana me sentía triste, había discutido con madre, empeñada como estaba en que debía quedarme en casa durante todo el día ayudando en la cocina, pues Juanita estaría fuera durante varias horas. Madre no sabía hacer nada sin ella. En realidad, todos y cada uno de nosotros la necesitábamos más de lo que imaginábamos, aunque por muy diferentes razones. Juanita, leal, generosa y sabia, era el pilar invisible de nuestra familia. Por eso aquella tarde, antes de que abandonase nuestra residencia para celebrar la Nochebuena con los pocos familiares que aún le quedaban vivos, me propuse escaparme con ella, seguirla y dejarlos a todos en la cocina con un palmo de narices, como solía decirse. Además, ¡qué mejor oportunidad que aquella para conocer de primera mano las historias de pueblos ancestrales contadas por auténticos indígenas que tantas veces nos había narrado ella misma antes de acostarnos y que padre también había alimentado con sus leyendas de tesoros escondidos y peligrosas mujeres guerreras que habitaban la inconmensurable selva! ¡Podría ser una excelente oportunidad para preguntar todas aquellas dudas que me asaltaban a auténticos sabios indígenas, custodios de secretos que quizá me fuesen revelados!

¡Lo haría! Me iría con Juanita y me escaparía de casa sin ser vista entre todo el revuelo antes de que nadie pudiera darse cuenta. Así que, cuando nuestra criada se despidió del resto de sirvientes en la cocina y me dio un beso de buenas noches (era aún temprano, pero no me vería hasta el día siguiente), ninguno pensó que me iría tras ella.

Juanita vestía para la ocasión una sobria falda negra de paño, una hermosa camisa blanca bordada con flores de vivos colores y, sobre esta, una chaqueta bermellón. Adornaba su cabeza un simpático gorro, también de paño negro y ligeramente sobreelevado, decorado con flores muy similares a las bordadas sobre su camisa. Nunca la había visto tan elegante a pesar de que, en algunas ocasiones especiales (y esta lo era), gustaba de vestirse al modo indígena para honrar a los ancestrales dioses de su etnia.

Salió por la puerta de servicio con una enorme y sincera sonrisa y prometió no regresar tarde para poder tener listo el desayuno a la mañana siguiente antes de que padre se levantase.

El alboroto que se montó en la cocina con la momentánea marcha de Juanita fue tal que aproveché para escabullirme entre las idas y venidas de los sirvientes que trataban de atender las contradictorias órdenes de madre.

Caminaba tras ella con paso firme mientras la tarde comenzaba a caer. Juanita no era joven, pero el trabajo diario y abnegado la mantenía ágil y resultaba a la vista una mujer viva y resuelta. Atravesamos las calles desiertas de la ciudad, cubiertas de polvo y guijarros, mientras los perros y los gatos nos miraban buscando entre sollozos algo con lo que alimentarse. Al fin y al cabo, era Nochebuena y en ninguna mesa podía faltar un plato de comida por humilde que fuera.

A medida que nos alejábamos de la parte noble de la ciudad, esta perdió su esplendor. Las casas se convirtieron en pequeñas y rudimentarias chozas con techos de caña y paredes de adobe y el mundo se iluminó con el alma de las gentes que transitaban por las calles charlando animadamente. Una especie de colectiva singularidad latía en cada conversación, en cada gesto generoso y en cada sonrisa intercambiada. Era como si un vínculo tan estrecho como invisible los uniera. Entonces me sentí sola. Sentí que no encajaba y tuve miedo. La noche había caído y no sabía en qué lugar me encontraba. Estaba lejos de casa y comenzaron a asaltarme mil y una dudas. ¿Qué hacía ahí y cómo demonios se me había ocurrido abandonar a mi familia en una de las noches más importantes del año? Estarían preocupados por mí

(eso si ya se habían dado cuenta de mi ausencia) y me llevaría una buena reprimenda de madre. Sin embargo, algo más profundo que el miedo ganó esta vez la partida. Quise pertenecerles. Quise formar parte de ese todo, comprender, más allá de las dudas, qué unía a aquellas gentes y qué las convertía en hermosas ante mis ojos.

Juanita giró bruscamente hacia la derecha del camino principal. A punto estuve de perderla mientras trataba de ordenar todos estos pensamientos que se agolpaban en mi cabeza desordenados e impacientes.

Llevábamos ya una media hora de camino desde que habíamos salido de la casa familiar cuando un sendero, oscuro y repleto de bellas flores rojizas y anaranjadas, anunció la presencia de un grupo de casas sencillas pero armónicamente dispuestas en una hilera uniforme. Todas ellas tenían la puerta y las ventanas abiertas. Hombres, mujeres, niños y ancianos charlaban entre ellos, se divertían y parecían disfrutar de la vida bajo la hermosa luz de la luna.

Me detuve para contemplar la escena. Algunos hablaban quechua; otros, dialectos desconocidos posiblemente derivados de esta, su lengua madre. Se felicitaban y bendecían dando las gracias a los dioses por los favores recibidos durante el año. Y pensé que todo aquello era bueno y hermoso.

Apenas tuve tiempo para reaccionar cuando la mano firme y fuerte de Juanita me agarró del brazo.

—Pero… ¿qué estás haciendo aquí, pequeño diablo? ¿Es que te has vuelto loca?

Una sonrisa leve, incómoda, me hizo torcer el gesto y mirar a mi criada con una mezcla de súplica y arrepentimiento.

—Yo…, yo solo quería acompañarte y conocer a auténticos indígenas, Juanita. Quería que me contaran más historias como las que tú me cuentas…

La negra no dejó que terminara la frase y me soltó bruscamente del brazo.

—Tú no estás bien de la cabeza, mi hijita… Decididamente te gustan los problemas… —sentenció posando sobre mí aquellos temibles e inquisitivos ojos negros como el abismo.

Apenas pasaron unos segundos cuando un hombre de escasa estatura, piel cetrina y sonrisa angelical se acercó a nosotras con los brazos abiertos.

—*Allinlla chayaykamuy, allinlla chayaykamuy!*[1] —gritaba estrujando entre sus brazos a Juanita mientras yo permanecía en silencio contemplando la escena.

Ninguno de los dos pareció darse cuenta de que aún seguía ahí, absorta, admirando la calidez de aquel pequeño hombre que mostraba un cariño especial por mi criada.

De pronto, un lamento sonoro hizo que las voces y el correteo de los niños cesara. Juanita y su acompañante se quedaron quietos, en silencio. Un hombre anciano, de rostro arrugado y manos temblorosas, levantó la vista al cielo e imploró algo a lo alto que no supe comprender. Sin embargo, su voz era dulce, con cadencia, pausada y no exenta de melancolía. Se me encogió el alma al escucharle, a pesar de que no lo comprendiera. Era como si, de lo más profundo de las entrañas, el sentido de la vida se abriera paso y me desgarrara los músculos, despejándome los órganos internos para que la sabiduría de su voz entrara en mí y aclarase mi entendimiento. Apenas duró unos segundos, pero en ese momento supe que algo profundo y único me uniría para siempre a ese pueblo.

El lamento cesó del mismo modo que había comenzado. De improviso, repentino, casi fortuito.

—Esta es la señorita Isabel. —Juanita, por fin, había reparado de nuevo en mi existencia.

—Sea usted bienvenida —dijo el indígena de rostro amable—. Soy Yllariy —añadió mirándome con una enorme sonrisa sempiterna.

—Hermoso —respondí en voz baja para que Yllariy no escuchara mi comentario.

«Yllariy», en quechua, significaba ‘amanecer’.

—Señorita, nos honraría si quisiera pasar la fiesta del nacimiento de Cristo con nuestra familia.

Juanita miró con sorpresa a Yllariy.

—Ni hablar, primo. La niña se ha escapado de su casa. A estas horas deben de estar buscándola. Menudo disgusto tendrá la señora… ¡y ni

que decir el general Grameson!

—No es tiempo para estar solo, Juanita. Es tarde ya. Después de cenar regresaréis juntas. Nuestra casa se abre con humildad para vosotras —sentenció Yllariy.

Su voz sonaba calmada, infinita, igual que antes lo hiciera la de aquel viejo sabio que había acallado el murmullo de toda la gente que me rodeaba.

—Es usted muy amable, pero yo… no sé si debo. —La verdad es que me había tomado por sorpresa la generosa invitación del indígena.

—Déjate ahora de remilgos, niña. Nos quedaremos y celebraremos la Nochebuena como corresponde —dijo Juanita zanjando la conversación.

La casa de los parientes de Juanita era una pequeña vivienda de adobe con techos de ramas y paja, rodeada por una parcela de verde hierba por la que corrían, agitadas ante tanto revuelo, varias gallinas. Avanzamos junto a Yllariy por entre la gente en dirección a la entrada de la vivienda. Salieron a recibirnos dos mujeres de corta estatura, vestidas de modo similar al de Juanita: falda hasta los tobillos de color oscuro, hermosa camisa blanca de flores bordadas y, sobre esta, una especie de poncho, también oscuro, con líneas geométricas de vivos tonos llamativos. Estaban descalzas y sus pies parecían algo deformados.

—*Allinlla chayaykamuy*. —La más joven de las mujeres se dirigió a nosotras y nos indicó que pasáramos al interior de la vivienda.

Juanita avanzaba con seguridad mientras saludaba y sonreía a buena parte de los invitados. Yo la seguía en silencio abriendo bien los ojos y escuchando atenta sus explicaciones. Casi todos eran familiares que habían venido de barrios o aldeas cercanas a la ciudad para festejar juntos el feliz acontecimiento del nacimiento de Cristo.

En un salón humilde y abarrotado, hombres, mujeres, ancianos y niños compartían alimentos (especialmente maíz, arroz cocido, papas y caña) y bebidas de hermosas tonalidades. Eran la imagen misma de la felicidad. Yo los observaba con nostalgia. Ninguno parecía percatarse de mi presencia. En ocasiones pude distinguir algunas palabras en quechua. Voces y cánticos hermosos, como venidos de

otros tiempos, de otros mundos, que ahora viajaban al mío acunados por un viento cálido y pesado, se entremezclaban con la algarabía que invadía la estancia.

Cogí un pequeño puñado de arroz con la mano y comí. Me sentí, solo por un segundo, una más de aquellas gentes y me pregunté si me parecería en algo a ellos. Quizá fuera una cuestión que aún no había logrado desentrañar, aunque solamente el pensarlo me creó cierta incertidumbre. Y eso, para alguien como yo, era tan peligroso como excitante.

Comimos y bebimos hasta hartarnos mientras yo anotaba todo aquello en mi mente; ahora era la protagonista de la mejor de las historias. Mejor incluso que las que padre y la propia Juanita me habían contado porque, esta vez, yo era la heroína, la auténtica estrella.

Tras la comida, la espiritualidad y el recogimiento tomaron protagonismo y el más anciano de los allí presentes comenzó a orar dando gracias a lo alto y señalando los alimentos que aún permanecían sobre la mesa.

—¿Has oído alguna vez el sonido de la felicidad, niña? —me preguntó Juanita tras finalizar el rezo. Antes de que pudiera responder, fue ella quien lo hizo por mí—. Es este. —Y sonrió.

Un grupo de mujeres se adentró en una de las estancias contiguas a la sala principal. Tras unos minutos de larga espera en los que el silencio ritual pasó a convertirse en murmullo y este en agitadas e inquietas voces, las mujeres salieron de la habitación con decenas de regalos para entregar a los más pequeños. Dulces hechos de harina y recubiertos de espesa miel de panela y de cáscara de naranja, masitas fritas de yuca con huevo y queso, camisas bordadas con flores y extraños frutos. Todo formaba parte de la festividad. No necesitaba ya que ninguno de aquellos improvisados acompañantes me explicara extraños rituales, leyendas e historias de míticos y mágicos dioses que acompañaban a los hombres en su devenir por el mundo. Yo misma había experimentado aquella noche el hermoso y extraño sentido de la vida.

Poco me importaba ya la regañina de padre, el sufrimiento y la

angustia que estaría viviendo madre al no encontrarme por ningún lado y la tristeza de mis hermanos al pensar que algo malo podría haberme sucedido. En ese momento solo pensaba en que el camino quizá fuera más placentero que el destino. Y ese camino era, sin duda, el que me enseñaría a apreciar la importancia de un recorrido que quería transitar. Necesitaba salir de mi casa, conocer nuevos mundos, nuevas gentes, vivir aventuras y descubrir el verdadero sentido de mi existencia.

# VI

Padre, aunque nacido en Cádiz, era descendiente de franceses, y yo estaba entusiasmada con la idea de conocer la hermosa ciudad de París, de la que él tanto y tan bien hablaba. Sus palacios y jardines, la nobleza y gallardía de sus gentes y una moda que asombraba al mundo, con vestidos voluptuosos de hermosas y delicadas sedas, blancas pelucas empolvadas, extensiones para el cabello y todo tipo de artículos de lujo que harían las delicias de cualquier jovencita de mi edad. Mi francés era muy fluido y, además, destacaba en las materias de Historia de América y de Europa.

—*Antoine, s'il vous-plait!* —Mademoiselle Germain, una mujer desagradable y huraña que padre había contratado para que nos diera clases en casa, regañaba siempre a mi hermano pequeño.

A Antonio le costaba mucho mantenerse atento a sus lecciones y no era muy bueno con el francés.

—Eres un auténtico inútil. ¡Nunca serás nada en la vida! —le repetía una y otra vez burlándose de sus dificultades para el aprendizaje.

Esto me sacaba de quicio y mi carácter, en ocasiones dócil y sumiso, se revelaba incapacitado para aceptar la burla hacia el débil. Y menos si esta se dirigía a mi hermano Antonio.

—Debe de ser usted una mujer con suerte —le respondí en una ocasión a mademoiselle Germain ante las continuas mofas que, en especial aquel día, profirió contra Antonio, que trataba de justificar que no traía la lección aprendida por haber estado enfermo la semana anterior (algo que, por otra parte, era completamente cierto).

Mademoiselle Germain me miró con desconcierto.

—*Millay millay, mana allin yachachiqmi karqan*[2] —dije dirigiéndome a ella mientras esbozaba una ligera sonrisa.

Mis hermanos, incluido Antonio, se carcajearon ante mi comentario.

—¿Qué has dicho, Isabel? Espero que no me hayas faltado al respeto o será lo primero que sepa tu padre en cuanto regrese a casa.

—¡Oh! Disculpe, señorita. Pensaba que había entendido mi broma. ¿Es que acaso no habla usted quechua?

Mademoiselle Germain apretó los labios con furia mientras me lanzaba una mirada amenazadora.

—En cualquier caso —continué—, Antonio podrá enseñarla encantado. ¿Verdad, hermanito? Es muy habilidoso con este idioma a diferencia de con el francés…

Todos reímos divertidos mi ocurrencia a pesar de que aún desconocíamos que aquella sería la última vez que veríamos a mademoiselle Germain. Ninguno supimos nunca qué fue lo que ocurrió con ella. Solo que padre contrató al viejo monsieur Lapin para que continuara impartiéndonos a los cuatro hermanos nuestras lecciones de francés.

Antonio mejoró considerablemente y ganó algo más de confianza en sí mismo, y hasta creo que llegó a gustarle asistir a las clases de monsieur Lapin. Lo que sí recuerdo es que, pasados solo unos días del incidente, padre me llamó a su despacho, ese lugar sagrado donde el general revisaba durante horas papeles y documentos, y en el que resolvía asuntos importantes de hombres importantes.

—Eres una mujer valiente, hija mía. Posees arrojo y osadía y sé que proteges al débil con la enorme bondad que habita en tu corazón. —Padre hablaba con calma posando sus pequeños ojos chispeantes sobre los míos—. Ha sido hermoso lo que has hecho por tu hermano —continuó—, pero recuerda que el hombre y la mujer inteligentes valoran los daños, los sopesan y los analizan antes de iniciar la carga.

En aquel momento no comprendí sus palabras, por eso me mantuve en silencio.

—Y recuerda que, en la lucha, son los cobardes quienes corren los riesgos.

Fue en el convento en Quito donde mi hermana y yo aprendimos a rezar. Yo hablaba con Dios como quien le habla a un amigo, cariñoso y cercano, siempre compasivo. Mis recuerdos de aquellos años son hermosos, cantando en el coro y soñando con conocer Europa, un

continente tan lejano como fascinante, cuna de los más nobles conquistadores y de los avances técnicos, culturales y científicos más importantes del mundo.

El resto de mis compañeras querían casarse nada más salir del convento. Tenían planes de futuro y pensaban, para ello, en hombres con dinero y poderosos funcionarios de la Corona que satisficieran sus necesidades de prestigio social y estatus. Solo así podrían pagarse una vida de ensueño en una gran hacienda, rodeadas de criados y disfrutando de fiestas en las que poder coquetear sin exponerse demasiado. Yo solo soñaba con ser amada y con recorrer el mundo y vivir increíbles aventuras. No quería casarme con un viejo rico, pues, como decía el refrán, el dinero se iba y el anciano se quedaba, así que estaba dispuesta a esperar al hombre de mi vida.

Cuando salí del convento tenía doce años. Era una joven hermosa, de cabellos color azabache casi a la altura de la cintura y unas manos suaves y delicadas de largos y huesudos dedos. Madre me decía siempre que eran dedos de pianista y que debía continuar con mis lecciones ahora que ya había abandonado la formación religiosa. Obediente como era, no lo dudé ni un instante y comencé con mis clases de piano transcurrida una semana de mi regreso a casa, gracias a que madre contrató como profesora a la señorita Urquijo, una criolla de origen español, muy cariñosa pero con terribles dotes de mando.

Era una hermosa y soleada mañana de primavera y la señora Urquijo se había retrasado unos minutos. Yo practicaba concentrada delante del piano la lección del día, una pieza del maestro alemán Johann Sebastian Bach, por el que la profesora sentía una gran admiración. Era miembro de una de las familias de músicos más destacadas de Europa y yo soñaba con poder escuchar en directo uno de sus conciertos mientras acariciaba con suavidad las teclas del piano de la abuela Josefa. Madre decía que había heredado de ella el buen oído para la música y la habilidad y el talento para el piano. No en vano en Lima, donde ella había nacido, tenía fama de ser una excelente virtuosa y celebraba, con cierta asiduidad, conciertos en su residencia a los que asistían las más importantes personalidades de la ciudad. Yo me sentía feliz y halagada por las comparaciones y, aunque

jamás la conocí, me encontraba especialmente unida a ella.

Tocaba con agilidad y fluidez y las notas viajaban ligeras de mi cabeza a mis dedos mientras el sol me acariciaba las mejillas hasta sonrosarlas. De pronto me sentí observada. Seguí tocando. Quizá fuera la señora Urquijo. Seguro que ya había llegado y me contemplaba desde algún rincón de la habitación que no acertaba a distinguir.

Como no quería provocar un enfado innecesario en ella, ya que no le gustaba que me detuviera sin que me lo hubiera indicado con antelación, finalicé la pieza sin levantar la mirada del teclado y concentrada al máximo para que pudiera sentirse orgullosa de mis progresos. Cuando hube terminado, me levanté con elegancia del banco, tal y como ella me había enseñado, y me giré en busca de su mirada aprobatoria. La sorpresa fue mayúscula. No era la señora Urquijo, sino el pequeño Francisco Herrera el que me miraba extasiado desde uno de los ángulos del salón. Aquel arrogante aprendiz de escultor con ínfulas de artista que había querido tallar mi rostro.

Francisco era un joven apuesto, de un metro y ochenta y cinco centímetros de estatura, cabellos negros y tez morena. Mantenía aquella mirada vivaz, llena de curiosidad, que ya me había sorprendido años atrás cuando vino a visitarnos durante la festividad del Inti Raymi en Otavalo. Y ahora se encontraba en Quito, de nuevo en mi casa.

—¿Qué estás haciendo aquí? —No quería resultar descortés, pero mi voz sonó desaprobatoria.

—He venido a buscarte…

—¿A buscarme? ¿A mí? ¿Por qué razón?

—Quiero que te cases conmigo.

El corazón me comenzó a latir cada vez con más fuerza. Sentía cómo un tremendo calor se extendía por todo mi cuerpo sin poder evitarlo, hasta que las mejillas se me incendiaron con la facilidad con la que lo hace la paja en el verano. No podía creer que Francisco estuviera pidiéndome matrimonio. ¿Se trataba acaso de una broma? De inmediato deseché esa idea, abrumada como estaba por aquella petición inesperada. Mi ego femenino se sintió satisfecho y terminé

por sonreír ruborizada.

—Tengo planes para los dos. Acabo de terminar mi periodo de formación como escultor y me encantaría poder llevarte conmigo a España.

—¿A España? ¿Te has vuelto loco?

—Podemos asentarnos en Sevilla. El comercio sigue siendo próspero allí y los encargos para los artistas son abundantes. Además…

—Espera, espera… —Alcé mi mano derecha tratando de detener el discurso de Francisco. Él continuó hablando:

—Si todo sale bien, podría tener hasta mi propio taller y trabajar para los más importantes conventos y congregaciones religiosas de la ciudad…

—¿Y yo, Francisco? ¿Te has parado a pensar por un segundo en lo que yo quiero?

—¡Claro que sí! —Me miró sonriente y con los ojos abiertos como platos—. ¡Me ayudarás en el taller con los listados y peticiones de materiales y…

Francisco enmudeció de repente. Frente a él, en el otro extremo de la habitación, la mirada amenazadora de la señora Urquijo lo atravesó de arriba abajo. No sabía si había escuchado toda la conversación que habíamos mantenido, pero su rostro no dejaba duda. Francisco sobraba en aquella reunión improvisada y lo más conveniente era que desapareciera de allí *ipso facto*.

—¿Qué está usted haciendo aquí, joven?

—Yo…, yo…, verá, ya me iba… Solo había venido a saludar a la señorita Isabel…

—Sí, será mejor que se vaya, vamos a comenzar nuestra lección de piano.

Yo dirigí avergonzada la vista hacia el suelo y comencé a tocarme los cabellos en un gesto de evidente nerviosismo.

—Ha sido un placer verla de nuevo, Isabel. —Francisco parecía no tener prisa por irse y aún me dirigió una última mirada de soslayo.

La señora Urquijo se impacientaba, así que avanzó en dirección al piano ignorando el comentario de Francisco.

—Vamos a comenzar la clase, Isabel.

Las lecciones de la señora Urquijo se sucedieron en el tiempo y mi pericia tocando el piano mejoraba considerablemente. El tiempo transcurría tranquilo en Quito hasta que, una noche, ocurrió algo que nos hizo estremecer a todos.

# VII

Habíamos ido a acostarnos y la oscuridad caía silenciosa y profunda sobre la ciudad. Mi hermana Josefa y yo dormíamos en habitaciones separadas pero contiguas y siempre, minutos antes de caer rendidas, golpeábamos con los nudillos nuestro cabecero de madera de caoba como señal de buenas noches. Era el modo que teníamos de decirnos que todo estaba bien, que ambas nos protegeríamos y cuidaríamos y que nunca estaríamos solas. Josefa era una niña asustadiza y temerosa y yo, como hermana mayor, me sentía en la obligación de proporcionarle el cariño que madre, más fría y con una educación distante hacia sus hijos, no nos proporcionaba. Nunca le eché nada en cara. Aceptaba con tristeza y resignación aquel modo de ejercer la maternidad, pero no había día que no me jurara a mí misma que jamás repetiría ese patrón con mis hijos cuando fuera madre. La maternidad sería uno de mis mayores logros, el sueño de mi vida.

Estaba sumida en todos estos pensamientos cuando, de pronto, un ruido sordo, violento y seco me sobresaltó. Permanecí unos segundos en silencio, alerta y con el corazón palpitando a millones de latidos por minuto. Me tapé con las sábanas hasta donde los ojos me alcanzaban a ver y solo logré escuchar mi respiración, agitada y nerviosa. La luz de la luna entraba por la ventana e iluminaba parcialmente el tocador y la puerta derecha de un voluminoso armario donde guardaba todos mis hermosos trajes. Apenas pasaron unos segundos cuando el golpe volvió a repetirse. Pensé en Josefa, ¿habría oído lo mismo que yo? ¿Estaría ya dormida?

Con suavidad golpeé el cabecero de mi cama. Pum, pum. Dos golpes. Esperé la respuesta de mi hermana. Nada. Me levanté descalza, nerviosa y sin apenas hacer ruido. Estaba preocupada por ella. No quería que nada malo le ocurriera. Que nada malo nos ocurriera a ninguno. Era lo único en que podía pensar. En tratar de protegerlos a todos.

Me acerqué a la puerta de mi habitación. Siempre estaba cerrada

cuando dormía. A mis hermanos les gustaba conciliar el sueño con las puertas de sus cuartos abiertas, por lo que me extrañó que ninguno escuchara los golpes. Giré con suavidad el frío pomo de bronce fundido y salí al estrecho pasillo de la vivienda descalza y con una amplia camisola de fibra que casi podía pisar. La oscuridad era total y la luz de la luna seguía siendo la única fuente de claridad que alumbraba el interior de nuestra casa. Con cuidado deslicé los pies sobre la reluciente madera hasta alcanzar el borde de la escalera principal.

Otro golpe seco, esta vez mucho más claro que el anterior, me hizo detenerme de inmediato. Estaba muerta de miedo. No podía enfrentarme a lo que quisiera que hubiera allí abajo descalza y en camisola, así que se me ocurrió retroceder sobre mis pasos y dirigirme a la habitación de mis padres. Nunca entrábamos en ella sin permiso, pero esta era una ocasión excepcional. Estaba segura de que lo entenderían.

Padre guardaba en la cómoda de al lado de la puerta de su habitación, en un pequeño cajón oculto bajo uno de los compartimentos principales sostenidos por dos hermosas columnas doradas, un revólver de plata con sus iniciales grabadas. Había sido un regalo del virrey Castelfuerte y, según me había contado, nunca había sido usado. ¿Y si entonces no estaba cargado? Las dudas y el miedo se apoderaron de nuevo de mí, pero no tenía muchas más opciones. Avancé en dirección a la habitación sin hacer ruido. Entré. Ambos estaban completamente dormidos. Parecía que ninguno se había percatado de las extrañas circunstancias que nos amenazaban. Me dirigí a la cómoda y abrí con enorme sigilo el pequeño cajón. Allí, envuelto en un paño carmesí, la silueta del revólver se dejaba intuir con claridad. Retiré el envoltorio y salí de la habitación empuñando el arma.

Había visto muchas veces disparar a padre al ganado para evitar su sufrimiento si alguna res había caído enferma o había sufrido algún accidente fortuito en la hacienda, e incluso lo había visto practicar con el rifle a larga distancia para no perder el hábito ahora que ya era un respetado hombre de negocios. No debía de ser tan difícil, pensé. Pero

primero tenía que comprobar si el arma estaba cargada.

Esta vez fue el ruido de pasos en la parte baja de la vivienda lo que me alertó antes de poder revisar el revólver. No tenía tiempo que perder. Avancé rápido, pero sin hacer ruido. Me agarré al pasamanos y descendí por la amplia escalera de madera. Sin duda alguien había entrado en la casa.

Justo antes de llegar al último peldaño, una sombra se deslizó hacia el interior de la cocina. La luna iluminó la silueta de una figura. Parecía fornida y de mediana estatura.

A pesar de que me invadía un miedo atroz fui tras él. Aún hoy recuerdo cómo en ningún caso este sentimiento me paralizó. Creo incluso que me empujó a avanzar con más firmeza y valentía. O quizá fuera solo pura inconsciencia.

A través de la puerta entreabierta de la cocina pude ver cómo un hombre abría y cerraba cajones, revolvía entre los armarios y se guardaba varias piezas de plata, que a simple vista no pude distinguir, en los bolsillos. La luz de la luna entraba por las tres ventanas verticales que daban a un amplio patio bien pavimentado donde, los días de lluvia, solíamos salir a jugar mis hermanos y yo. Divertidos y soñadores, era yo quien siempre ejercía el papel de valerosa heroína que se enfrentaba a los terribles bandoleros que asolaban nuestras tierras y, ahora, ese juego infantil se había convertido en una realidad cruel y despiadada. Esa luna había revelado con su luz la presencia en nuestra cocina de un hombre fornido, un poco más alto que mi hermano Antonio, vestido con harapos y con unas botas negras sin cordones que parecían varias tallas mayores que su pie. Dejé que continuara con su tarea. Solo deseaba que aquel hombre terminara con lo que estaba haciendo y se fuera por donde había venido.

De pronto, quizá por intuición, por impulso o por Dios sabe qué, el intruso se giró y me miró. Tenía los ojos negros y pequeños, arropados por sendas enormes bolsas que le conferían aspecto de cansado. Tenía una barba espesa y sonrió el verme para mostrarme dos colmillos a cada uno de los lados de su desdentada boca.

—Vaya, vaya…, pero ¿qué tenemos aquí?

Me quedé quieta. Inmóvil. Paralizada, pero con el revólver en la

mano.

—¿Eres tú la dueña de la casa? Solo había venido a tomar prestadas algunas cosas… A fin de cuentas, veo que no os importará demasiado. Aquí hay más que suficiente para todos —dijo mientras extendía sus brazos mostrando la cocina en toda su amplitud.

Apunté a aquel hombre con el arma. Sentía miedo, pero estaba furiosa. ¿Por qué alguien tenía que entrar en mi casa, en nuestra casa, y coger lo que no era suyo sin permiso solamente por el hecho de que nos sobrara? Entendía la injusticia, la desigualdad (¿la entendía por aquel entonces?, creo que quizá no), pero lo que no llegaría a comprender nunca era la cobardía.

—Ven aquí, pequeña. No hagas tonterías y baja el arma. —El hombre comenzó a avanzar hacia mí sin apenas hacer ruido y con el dedo índice deslizándose por los labios en señal de silencio.

Acaricié el gatillo con mis dedos. Estaba lista para disparar. ¿A la cabeza? ¿Al hombro? ¿A una pierna? ¿Es que iba a matar a aquel hombre? Dependía de a dónde apuntara su vida o la mía estaban en juego. Era una cuestión de pura supervivencia. Pero yo no quería matar a nadie. ¿O sí?

—Quédese quieto, no me obligue a dispararle. —Mi voz sonó firme, segura. Parecía la de una mujer adulta, no la de una niña asustada.

—Ja, ja, ja, ja. —Se carcajeó abriendo su asquerosa boca mientras me miraba con condescendencia—. ¡Vaya con la puta mocosa!

Había levantado demasiado la voz y pronto se dio cuenta de su error, así que volvió a tratar de mostrarse amable conmigo mientras seguía acercándose.

—Si no se detiene, lo mataré.

El hombre se detuvo. Ahora ya sabía que hablaba en serio.

—Váyase y no sufrirá ningún daño.

—No puedo irme. Aún me queda trabajo por hacer —dijo sin ningún remilgo.

—Entonces me veré obligada a…

Antes de que pudiera terminar la frase, el intruso se abalanzó sobre mí con enorme agilidad y rapidez. Me aparté hacia un lado aún con el revólver en la mano y le disparé casi a bocajarro en la pierna derecha,

a la altura de la rodilla, para evitar que me atrapara. El desgraciado se desplomó sobre el suelo gritando de dolor y abrazando, entre las manos ensangrentadas, la rodilla malherida.

Los ruidos y pisadas en la parte de arriba de la vivienda me hicieron abandonar la cocina rápidamente. Padre se encontraba al pie de la escalera con un enorme rifle en la mano. Tenía el pelo despeinado, estaba descalzo y avanzaba con la mirada airada en dirección a la cocina. Mis hermanos y madre contemplaban la escena desde lo alto de la escalera mientras yo, aún con el revólver en mi mano, temblaba de miedo sin pronunciar palabra.

Padre nos gritó a todos que no nos acercáramos a la cocina. Nos pidió que subiéramos a nuestras habitaciones y que nos encerrásemos ahí hasta que todo hubiese pasado. Nunca supimos qué ocurrió con aquel hombre ni volvimos ninguno a mencionar aquel terrible incidente. Solo recuerdo que, al día siguiente de lo sucedido, durante la comida, padre me miró con orgullo y me dijo:

—Las personas se definen por las oportunidades que se conceden a sí mismas y a los otros.

# VIII

Gracias a un comentario ingenuo de mi querida criada Juanita, mis hermanos y yo supimos de la fiesta que padre iba a organizar en honor de unos ilustres viajeros franceses que habían llegado a Quito en una expedición de suma importancia organizada por la Real Academia de las Ciencias de Francia. ¿Viajeros?, pensé. Quizá tuviera alguna oportunidad de poder charlar con ellos y descubrir viejos secretos e historias de aquel lejano y antiguo continente, Europa, del que tanto había oído hablar, cuna de antiguas civilizaciones y patria de mis antepasados.

La mañana había comenzado agitada. Todos esperábamos a los invitados con curiosidad y cierta admiración, ya que las noticias que habíamos recibido de padre eran, cuando menos, asombrosas. Según nos había contado, un grupo de científicos procedentes de París y bajo patrocinio de la Real Academia de las Ciencias de Francia había atravesado medio mundo para llegar a Quito y tomar mediciones de esta parte de la Tierra con la intención de saber si se encontraba achatada por los polos o por el Ecuador y resolver, definitivamente, un enigma que ya los antiguos griegos trataron de aclarar. ¿Qué increíble locura había llevado a aquellos hombres a hacerse tales preguntas? Yo, que desconocía por completo las grandes (y pequeñas) cuestiones científicas que el mundo se planteaba, no podía hacer otra cosa que asombrarme ante tan magníficos personajes, dotados, con total seguridad, de cualidades reservadas solo para muy pocos mortales.

Así que, para recibir a tan ilustre comitiva, padre decidió organizar aquella fiesta de bienvenida a los extranjeros en nuestra residencia. Como mi francés era excelente, no tendría ningún problema en comunicarme con los invitados, siempre y cuando padre autorizase que pudiera intervenir en muchas de las interesantes conversaciones donde se planteaban temas solo reservados a los hombres. Y esto ocurría en contadas ocasiones.

La cocina era un hervidero de criados que iban y venían portando

bandejas llenas de ricos manjares: carnes guisadas, patas de cabrito, manitas de cerdo, pescados y aves en escabeche, fruta fresca de todas las texturas posibles, salsas aromáticas y varias fuentes de sopa dispuestas para ser servidas a los comensales. Los más importantes mandatarios de la ciudad habían sido invitados por padre y nadie quería perderse uno de los acontecimientos del año.

Ninguno sabíamos cuánto tiempo iban a permanecer los forasteros en la ciudad y, para todos, era un buen momento para poder encontrarnos con invitados tan ilustres, auténticos científicos venidos de una Europa que sentíamos muy lejana. Además, la sola idea de que pudieran contarme cómo era la vida en París, con sus calles atestadas de gente vestida de modo elegante y cosmopolita, hizo que mi emoción fuera en aumento. Si tenía la suerte de poder acercarme con disimulo a alguno de los grupos de hombres que entablaran conversación con los expedicionarios, estaba segura de que la velada resultaría apasionante. Por eso no lo dudé ni un instante. Aquella noche debía estar radiante.

Juanita, la criada que más quería y que había ayudado a traerme al mundo, buscó con esmero, en mi armario de tres puertas con tiradores dorados y un enorme espejo vertical en el centro, un atuendo acorde para la ocasión. Finalmente nos decidimos por una blusa de color carmesí con camisa interior de amplios encajes en las mangas, un hermoso jubón con decoración floral de variados colores y una saya de seda teñida con cochinilla y bordada en plata. Sobre el jubón, Juanita me colocó una mantilla de color pardo ribeteada con hilos de plata para, a continuación, comenzar a peinarme y maquillarme. La piel blanquecina me brillaba como una estrella, especialmente en la parte del rostro y del cuello. Juanita me cepilló el pelo con cuidado y me lo recogió en un moño bajo sobre la nuca con una peineta de plata decorada con roleos y hojas de acanto.

Tras pintarme con delicadeza los labios de un rojo intenso, me marcó ligeramente las mejillas en tono carmesí y me repasó las cejas claramente delineadas con un lápiz al carbón. A continuación, terminó por colocarme dos arracadas de oro en forma de gota sobre las orejas, una cinta de seda negra con seis pequeñas perlas rodeándome el cuello

y un colgante también de oro con minúsculos brillantes. Y, como toque final, el costoso brazalete de piedras preciosas que me había regalado padre. Parecía una auténtica reina. Me miré al espejo por última vez y abrí la puerta de mi habitación mientras dirigía una última mirada a Juanita en busca de su aprobación definitiva.

Bajé la amplia escalera de madera maciza que me separaba del recibidor nerviosa y titubeante. Toda aquella gente que invadía el salón principal de nuestra casa hablaba en corrillos de forma animada, gesticulando y divirtiéndose, sin reparar en mi presencia. Solo madre, mezclada entre los invitados, se acercó al pie de la escalinata al comprobar que ya había terminado de arreglarme y que me incorporaba a la fiesta.

—Pareces un ángel, mi pequeña niña —dijo mientras me besaba en la mejilla—. Ven con los invitados. Aún no he tenido oportunidad de entablar conversación con monsieur La Condamine, uno de los jefes de la expedición, pero parece un hombre tremendamente educado e inteligente, al igual que el resto de sus acompañantes.

Avancé por el inmenso salón atestado de gente de la mano férrea de madre mientras saludaba con leves gestos de cabeza a todos los invitados. No había ni rastro de mis hermanos, pero pronto nos topamos con la figura de padre, que charlaba animadamente con un grupo de hombres vestidos a la moda francesa y tocados con pelucas blanquecinas adornadas con hermosos lazos.

—¡Querido! —Madre le hizo una señal con la mano mientras nos acercábamos al grupo—. ¿Has visto lo hermosa que está tu hija?

Padre sonrió.

—Amigos, les presento a Isabel, mi hija mayor. —Padre me miraba orgulloso—. Estos son algunos de los miembros de la expedición que ha venido al Ecuador para realizar los trabajos de medición que ya te expliqué… Monsieur La Condamine, monsieur Louis Godin, monsieur Hugot, monsieur Verguin, monsieur Sèniergues y monsieur Couplet.

Todos aquellos hombres me sonrieron amablemente y me besaron la mano de uno en uno.

—Tiene usted una hija bellísima. —Godin fue el primero en dirigirse a padre.

—*Merci, mon cher ami*. Ciertamente lo es. Pero, dígame, ¿tienen previsto quedarse en Quito mucho tiempo?

—Aún no lo sabemos, señor Grameсón. Todo depende de los resultados que obtengamos, pero estas cosas llevan su tiempo. ¿Sabe usted que hemos tardado más de un año en arribar desde Francia a estas tierras?

—¡Un año! —grité sin poder contener mi sorpresa.

—Así es, señorita. —Monsieur Godin me sonrió mientras yo me tapaba la boca avergonzada.

Padre me miró con gesto de desaprobación. No era común que una señorita de mi clase se expresase de modo tan desinhibido en público. Hizo una señal a madre y esta se dirigió cortésmente a los extranjeros:

—Disculpen, señores. Les dejamos que continúen con sus cosas. No queremos robarles más tiempo.

—Ha sido un auténtico placer, señora. —La Condamine besó la mano de madre—. Espero que podamos volver a encontrarnos.

Aquellos hombres avivaron mis ganas de conocer mundo, de viajar a Europa y de mezclarme entre gentes muy diferentes a mí. ¡Me resultaba tan apasionante estar fuera de mi hogar y poder comprender modos de vida tan distintos al mío! Ojalá un apuesto caballero pudiera llevarme lejos, muy lejos de Quito, y descubrir de su mano otras ciudades, otras culturas, otros atardeceres, pensé.

Avancé por el salón detrás de madre hasta que se detuvo a charlar con dos mujeres elegantes y de gran belleza. Vestían trajes de seda estampados en flores e iban tocadas con sombreros de pluma a juego con sus hermosos vestidos.

—¿Es esta tu hija, Josefa? —La más joven de las dos se dirigió a madre.

—Sí, es Isabel, mi hija mayor. La más pequeña debe de estar ya acostada —respondió ella mientras tiraba de mi brazo en dirección al grupo—. Ven, Isabel. Saluda a la señora Pardo y a la señora Armendáriz. Son parientes del señor marqués de Castroviejo.

—Es un placer conocerlas —respondí inclinando la cabeza.

—Es bellísima, querida Josefa. Te felicito. Y tiene un gusto exquisito. —La señora Pardo acarició el brazalete que padre me había

regalado—. Desde luego, una joya propia de una auténtica dama.

Madre se quedó conversando un buen rato con aquellas damas mientras yo, absorta en mis pensamientos, trataba de dar con mis hermanos, dirigiendo miradas a uno y otro lado sin ninguna suerte. Cansada ya de permanecer en aquel aburrido grupo opté por buscar una excusa para tratar de zafarme.

—Voy a tomar el aire, madre —dije con cierto gesto de abatimiento —. Si me disculpan, creo que tanto tiempo aquí dentro, añadido a esta terrible humedad, no me está sentando nada bien.

—Vaya, querida Isabel… —Madre me miró preocupada—. ¿Estás bien? ¿Necesitas que te acompañe?

—No se preocupe, madre. Podré arreglármelas sola.

Estaba algo cansada. Había sido una jornada intensa y, para colmo, mis hermanos seguían sin aparecer. Me hubiera gustado poder charlar más tiempo con aquellos curiosos franceses de modales exquisitos, pero estaba segura de que padre nos terminaría por contar buena parte de esas divertidas conversaciones de las que ahora disfrutaba. Tenía un intenso dolor en el dedo meñique del pie derecho que estaba segura de que me había causado la mala colocación de la media, así que decidí subir a mi habitación para tratar de remediar aquel molesto contratiempo. Quizá cuando regresara a la fiesta pudiera charlar y pasar algo de tiempo con mis hermanos. ¿Dónde se habrían metido?

Me dirigí hacia la escalera principal y comencé a subir peldaños con escasa destreza debido al dolor que sentía en el pie. De pronto noté que alguien me observaba. Sus ojos se clavaron en mi espalda como cuchillos afilados. Y entonces se me ocurrió. Hacía ya un par de meses que no tenía noticias de Francisco, pero no era de extrañar que decidiera presentarse en la fiesta. Siempre aparecía como por arte de magia en los momentos menos oportunos y esta ocasión era única. Me giré de golpe dispuesta a enfrentarme de nuevo a sus chispeantes ojos y entonces lo vi. Vestía camisa de encaje y una casaca de paño azul, a juego con su pantalón, sobre una chupa roja. Una ancha franja, también de color azul, bordeaba ambas prendas adornadas con botones de plata. Lucía una hermosa peluca blanca terminada en coleta, anudada con un lazo de seda roja, y me sonreía como jamás lo

había hecho nadie.

Una punzada atravesó mi alma y lo que antes era nada se convirtió, de pronto, en un todo. No podía ocultarme, no quería huir. Me delataba todo el cuerpo, que temblaba indómito de la cabeza a los pies. Sin duda era él quien me llevaría lejos de Quito. Con quien viviría las maravillosas aventuras que invadían mis sueños siendo aún una niña. Sabía que mi corazón estaría atado para siempre a él.

Ambos permanecimos unos segundos mirándonos extasiados el uno al otro, a sabiendas de que siempre nos habíamos esperado, como animales hambrientos, despiadados. Él caminó hacia mí.

—¿No irá a dejarnos, verdad, señorita? La fiesta está resultando auténticamente deliciosa…

Mi mente trató de aplicarse, aunque no recuerdo con exactitud el tiempo que tardé en responder. En cualquier caso, él, de nuevo, se adelantó a mis pensamientos.

—Soy Jean Godin des Odonais, miembro de la expedición científica y ciudadano francés —dijo sin apartar sus ojos de los míos.

# IX

Desde ese día mi vida giró en torno a Jean. Apenas comía y mis pensamientos viajaban ausentes sin poder concentrarme en nada. La señora Urquijo fue la primera en darse cuenta de que algo raro me ocurría.

—Re sostenido, querida. Re. Está tocando en mi menor…

Dejé de inmediato de acariciar, sin ganas, las teclas del piano de la abuela.

—Lo lamento mucho, señora Urquijo. Discúlpeme.

—No hay nada que disculpar. Pero… cuénteme, querida niña, ¿le ocurre algo? Hace ya varios días que se muestra despistada e inapetente, parece sin ganas de nada…

Mi mirada se posó, avergonzada, sobre la falda azulada de mi vestido de flores. No abrí la boca.

—Puede confiar en mí, pero necesito saber qué le ocurre…

—No es nada, señora Urquijo. De verdad. Son tonterías. En unos días estaré mejor y más centrada. Se lo prometo.

Alcé la vista y miré fijamente a mi profesora. Era una buena mujer, dulce y bondadosa, que se esforzaba por que comprendiera la belleza del arte de la música. Para ella no solo eran importantes la melodía, el ritmo, la digitación o las posturas que adoptara frente al instrumento. Ella quería que sintiera y que amara lo que hacía. Que fuera libre acariciando el piano como si fuera la piel de mi amado. En eso consistía el amor. En alcanzar la libertad a través del otro. Y eso haría a partir de ahora. No solo por ella, que tanto me había ayudado, sino por el amor que sentía por aquel joven francés que había dado a mi vida un vuelco inesperado. A él entregaría mi alma con cada nota, en cada suave caricia que posara sobre las teclas del piano, soñando con devorarle el alma y la hermosa y delicada piel. Así me lo juré a mí misma y así lo haría de ahora en adelante. Me esforzaría por él en cada clase como nunca antes lo había hecho.

Los días pasaban lentos. La mayor parte del tiempo lo dedicaba a

practicar con el piano, y obtuve importantes avances que alegraron enormemente a la señora Urquijo. Hasta que una tarde lluviosa, aburrida del hastío que me producía el pensar, entré en la biblioteca de padre. Siempre estaba abierta para nosotros y le gustaba recordarnos que podíamos tomar prestado cualquier libro que nos resultara interesante con la condición de que, una vez finalizada su lectura, lo devolviéramos a su lugar de origen en las mismas condiciones que lo habíamos encontrado.

Los libros se organizaban, por materias, en diversos estantes de madera de caoba rematados en los extremos por pequeños templetes uniformes. En el extremo derecho, una escalera, también de madera, daba pie a ser empleada para alcanzar los volúmenes que se encontraban en las filas superiores. Comencé a caminar de izquierda a derecha por delante de las estanterías. Eran cientos de ejemplares los que, perfectamente ordenados, aparecían ante mí inquietantes, esperanzados por ser descubiertos. No buscaba nada en especial, pero sentía que allí había algo para mí, pues, como decía padre, las bibliotecas eran lugares para mentes despiertas y, ahora mismo, la mía lo estaba más que nunca.

En nuestra casa de Otavalo solía frecuentar el pequeño despacho de padre. Allí tenía un buen número de atlas ordenados por continentes en un par de estantes de oscura madera. Apenas tenía fuerza para sostenerlos entre las pequeñas manos y, en no pocas ocasiones, era mi hermano Juan quien me ayudaba a colocarlos sobre la mesa del escritorio de padre. Me gustaba contemplar aquellos enormes mapas que, con destreza, definían territorios, ríos, lagos, mares y océanos. Que nombraban montañas, volcanes y países y que me hacían sentir más y más pequeña en medio de aquella vasta inmensidad. Deslizaba sobre ellos los delicados dedos a la vez que imaginaba que recorrería todos esos lugares antes o después. Solo era cuestión de tiempo.

Esta vez un ejemplar llamó mi atención de inmediato. Las letras del lomo resplandecían. Eran doradas y destacaban sobre el fondo de cuero marrón oscuro del resto de volúmenes de la estantería. ACADÉMIE FRANÇAISE DES SCIENCES, rezaba el título en francés. Tomé el libro con ambas manos y lo extraje con delicadeza de la balda. No era

especialmente grueso y estaba muy bien conservado, parecía casi nuevo, aunque desprendía cierto olor a antiguo, quizá porque el proceso de descomposición del papel estaba comenzando a producirse. Con el libro en la mano me senté en la silla de padre, tras su escritorio. Un asiento ancho y confortable sobre el que el general solía pasar varias horas al día respondiendo correspondencia y leyendo algunos de aquellos magníficos ejemplares que ahora me rodeaban. Abrí el libro por la primera página. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. La historia que estaba a punto de comenzar a leer me acercaría más a Jean y por eso quería conocerla. Quería interesarme por todo lo suyo, quería saberlo todo de él, absorber su vida para convertirla en mía.

España había sido la dueña del mundo. Un vasto imperio en el que no se ponía el sol y donde artistas, científicos y eruditos discutían a su gusto y ponían a disposición del resto de países sus intereses y descubrimientos. Pero los tiempos de gloria de esta nación estaban contados. La desgracia se ceñía sobre ella como se ciñe sobre un mulo que carga un peso mayor del que puede soportar. Francia, encabezada por el mayor rey que hubiera dado la historia, el gran Luis XIV, se iba a convertir pronto en la gloriosa dueña de Europa. Así, ayudado por su ministro de Finanzas, el todopoderoso Jean-Baptiste Colbert, el rey inició una política proteccionista basada en la independencia económica de la nación, favoreciendo el comercio, las artes, las letras y las ciencias del país. Colbert pretendía, de manera muy inteligente, convertir a Francia en una nación autosuficiente sin necesidad de depender del resto de potencias europeas. Y así, convencido de la importancia del comercio, de la ingeniería y de la construcción civil y militar y del desarrollo de la ciencia, impulsó la creación de la Academia de las Ciencias de Francia en 1666, con el fin de contribuir al progreso y animar a la investigación en el campo científico. Colbert reunió entonces a un pequeño grupo de sabios en la biblioteca real y les contó su plan. Confiaba ciegamente en la ciencia como uno de los principales instrumentos de desarrollo social y político del país y, si quería convertir a Francia en la dueña del mundo, debía poner todos los medios a su alcance para poder atraer importante capital humano y material en ese campo. Sin embargo, tuvieron que pasar más de treinta años hasta que Colbert viera cristalizado su sueño. En abril de 1699 la Academia, formada ya por setenta miembros, recibió el título de «real» y se instaló en las dependencias del palacio del Louvre, abandonado prácticamente por los monarcas como residencia oficial en favor del palacio de Versalles.

Me sentí abrumada. Realmente aquella academia era el sueño de todo un país y el proyecto personal de un hombre que, más tarde, y gracias a su tesón y convicción, se convirtió en el proyecto de muchos otros. Y entre ellos se encontraba Jean. ¿Por qué si no iba alguien a atravesar el mundo en nombre de la ciencia?

> Pero Colbert no se conformó con reunir a sabios exclusivamente franceses, sino que contrató, por un importante salario, a científicos venidos de Alemania, Italia y Holanda, a quienes se pagaba por sus descubrimientos y estudios, que revertieron siempre en beneficios económicos para la Corona francesa. El gran astrónomo y geógrafo de origen genovés Cassini o el holandés Huygens, inventor del reloj de péndulo, fueron solo algunos de los más ilustres miembros de esta academia.

Cerré el libro. Mi pensamiento se detuvo absorto en el bello rostro de Jean. ¡Era tan hermoso! Recordaba su cuerpo esbelto y musculado mirándome desde el inicio de la escalera principal de nuestra casa. Y ahora comprendía que él también tenía un sueño. El de descubrir los secretos del mundo y contribuir al desarrollo de su país gracias a su intelecto y curiosidad. Y eso me hizo sentirle aún más cerca. No conocía nada de su vida ni de su familia, no sabía del lugar del que venía ni si se quedaría mucho tiempo aquí, pero de lo que sí estaba segura era de que daría lo que fuera por volver a verlo.

# X

Aquel sábado llovía a cántaros. Madre había ido a merendar a casa de la señora de Andrade junto con otras mujeres, esposas de altos mandatarios y comerciantes de la ciudad. Al día siguiente iría a misa con padre, pero había dado su permiso para que yo, siempre acompañada de Juanita, pudiera asistir esa tarde al oficio religioso que daría el sacerdote jesuita de la misión de Andoas. Había llegado a Quito tras un largo viaje y venía a predicar el evangelio y a convertir a los que no conocieran aún el nombre de Cristo, nuestro Salvador y Redentor.

Como el viento arreciaba, me coloqué un chal ligero de suaves tonalidades pastel sobre los hombros para tratar de protegerme de las sacudidas constantes de ese desagradable enemigo y me dirigí con premura a la puerta principal de nuestra residencia. Juanita ya esperaba con un amplio paraguas de flores amarillas y verdes que nos resguardaría a las dos. ¡Aún no sé cómo pudimos llegar a la iglesia de la Compañía de Jesús con aquella incesante lluvia!

El templo católico estaba ubicado en el centro de la ciudad y su portada inconclusa, labrada en piedra volcánica, era tan majestuosamente simétrica que hasta los mismísimos ángeles hubieran bajado del cielo para contemplarla.

—Espero poder ver terminadas las obras de la fachada antes de que me muera —me dijo Juanita después de entrar en la iglesia.

—No la recuerdo de otro modo que no sea así —respondí.

Sabía por padre que la obra de la fachada se había suspendido poco antes de mi nacimiento, pero, la verdad, no tenía ningún aspecto de ser retomada. Entramos. La celebración eucarística acababa de comenzar. Juanita y yo nos sentamos en el segundo de los bancos centrales del templo. La iglesia, de planta de cruz latina, estaba a rebosar. Tres naves de mayor anchura que la central, con hermosas capillas laterales dedicadas a distintos santos, se abrían abovedadas y comunicadas entre sí por grandes arcos.

—Cuando termine la eucaristía, nos acercamos a los pies del altar y besamos la tumba de Marianita de Jesús —le dije a Juanita apenas en un susurro.

Mariana de Paredes Flores era una de las más importantes mujeres de la historia de nuestra ciudad, hija de un militar descendiente de españoles y de una madre procedente de la élite aristocrática quiteña. Pronto quedó huérfana y fue atendida por su hermana mayor y su cuñado. Profundamente religiosa, Mariana hacía abstinencia, se mortificaba por sus pecados y ayunaba con frecuencia. Tenía un don especial para la música, tocaba la guitarra y la vihuela, y decían que tenía la facultad de predecir el futuro (lo había hecho con varios terremotos y erupciones volcánicas ocurridas en la ciudad); y que incluso había realizado varios milagros. Cuando apenas tenía veintiséis años, Mariana fue aquejada de un terrible mal que acabó con su vida y ahí, en la iglesia de la Compañía de Jesús, fue enterrada con todos los honores.

—Claro, mi hijita —respondió Juanita—. No hay nadie en toda esta tierra que sea tan santa y buena como ella…

Una vez finalizada la celebración, ambas nos dirigimos al altar para presentar nuestros respetos y plegarias a Marianita. Yo rezaría por volver a encontrarme con Jean… ¿y Juanita?

—¿Qué vas a pedirle a nuestra santa? —le pregunté a bocajarro.

—Salud, niña. Salud y felicidad para la gente a la que quiero.

Me pareció hermoso. Incluso a punto estuve de cambiar mi plegaria y copiar a Juanita en su petición. Finalmente, no lo hice. No pude. Jean era todo lo que quería en el mundo. Poco me importaba vivir o morir si no estaba a su lado. Mi felicidad o mi desdicha dependían de él. Y fue entonces cuando me sentí tremendamente débil, terriblemente vulnerable.

—A ti, que conoces el corazón humano, te pido humildemente, Señor, que nos protejas y nos libres de todo mal —Juanita comenzó a orar cerrando los ojos y abriendo los brazos al cielo—. Ilumínanos con tu luz eterna…

No tuvo tiempo de finalizar el sentido rezo cuando, como por arte de magia y apenas sin hacer ruido, la esbelta figura de Francisco

apareció de pronto tras el altar mayor de la iglesia.

—Necesito hablarte, Isabel.

—Pero… ¿qué diablos estás haciendo aquí?

Juanita contemplaba la escena con los ojos bien abiertos y sin pronunciar ni una sola palabra.

—A solas… —Francisco señaló con un leve movimiento de cabeza hacia Juanita. Estaba claro que tres éramos multitud.

—Por favor, déjanos solos unos minutos —le pedí—. Te prometo que no tardaré. Puedes ofrecer esto por nuestra salvación —le dije a Juanita mientras le entregaba medio real de plata.

Francisco parecía serio y preocupado. Tragó saliva y comenzó a hablar.

—Ya sabes cuáles son mis sentimientos hacia ti, Isabel. No puedo esperar más. Necesito una respuesta por tu parte. Me han contratado como maestro escultor en Sevilla…

—Pero… entonces ¿te marcharás a España?

—Así, es. Trabajaré para el Hospital de la Santa Caridad. Me han encomendado realizar varias esculturas sobre la vida de san Antonio para su iglesia. Es un trabajo muy bien pagado y estoy deseoso de que me acompañes.

—No puedo irme contigo, Francisco.

Mi voz sonó firme, convincente. Parecía una mujer valiente, pero en realidad era solo una niña asustada que, con expresión contenida, estaba rechazando a un buen hombre con un exitoso futuro.

Francisco me miró fijamente a los ojos. Su nariz, casi respingona, inhalaba y exhalaba el aire con fuerza mientras las mejillas se le enrojecían paulatinamente de una rabia que nunca hasta entonces había visto.

—Me desprecias, ¿verdad?

—¿Yo? ¡Claro que no! ¿Por qué dices eso?

—¡Al diablo con todo! ¡Dímelo! ¿Por qué no me quieres? —Francisco levantó la voz, airado. Dos mujeres tocadas con sendos pañuelos bordados nos miraron de reojo.

—Por favor, trata de calmarte, ¿no ves que nos están mirando?

—Ya nada me importa…, solo quiero saberlo, quiero que salga de

tus labios… ¿Acaso hay otro? ¿Amas a alguien que no soy yo y por eso me rechazas?

—¡Basta, Francisco! Te ruego que no sigas castigándote ni castigándome a mí.

—¡Responde! ¡Responde de una vez! No tienes agallas…

—¿A qué has venido, Francisco? ¿A insultarme en la casa de Dios y a hablar a una mujer con desprecio porque te rechaza?

—He venido a escucharte, Isabel. Pero veo que no eres digna de mi amor. Eres una cobarde. Me has decepcionado.

—Está bien, Francisco. ¿Qué es lo que quieres oír? ¿Que amo a otro hombre? ¿Que me siento agradecida porque me hayas escogido para regalarme tu amor?

—En realidad, no necesito que digas nada…

—Pues lo diré, ¡lo diré, por todos los santos! ¡Amo a otro hombre! A alguien por el que tiemblo cada noche con solo pensarlo. ¡Un caballero bienaventurado por el que caminaría descalza sobre las brasas ardientes del mismísimo infierno!

—Entonces… es un hombre afortunado. —Francisco me miró con tristeza—. Ya no tengo nada que ofrecerte.

Mi corazón sintió una ligera punzada. Contuve el aliento unos segundos y respiré profundamente antes de hablar.

—Siento que haya tenido que ser así, Francisco. Créeme de veras que lo siento. Nunca he deseado hacerte daño.

Hubiera querido abrazarlo, hubiera querido quererlo, decirle las mismas cosas que anhelaba decirle a Jean. No pude. Quizá fuera parte de una tortura, de una desdicha que merecía.

Juanita nunca me dijo nada de lo sucedido en la iglesia. Creo que sabía que amaba a alguien en secreto. Que fingía cada día una felicidad que no sentía y que vivía una vida que no deseaba, alejada de aquel hombre que no lograba apartar de la mente.

# XI

Notaba a madre preocupada por mí, así que, además del piano, trató de buscarme una nueva ocupación, la de acompañar a Juanita y al negro Joaquín al mercado cada martes. Ese día los comerciantes atestaban las calles del centro de la ciudad y colocaban sus puestos de frutas, verduras y carnes sin orden aparente para ofrecer sus productos a los viandantes. Todo el pueblo acudía en masa a disfrutar de un día casi festivo, excusa siempre propicia para encontrarse con vecinos y conocidos e intercambiar conversaciones que permitieran a todos ponerse al día sobre los asuntos de la ciudad.

El sol apretaba con justicia y la humedad hizo que se me escaparan algunas gotas de sudor que fueron a resbalar indómitas entre el escote, bastante recatado para mi edad. Una señorita de buena posición, decía madre, debía insinuar poco y ofrecer lo suficiente para complacer a su esposo. Para otros menesteres ya estaban las mujeres de vida disoluta, aunque yo no comprendía muy bien por qué una dama no podía hacer feliz a un hombre (y viceversa) a través de algo tan hermoso como la propia piel, como la misma carne. En realidad, solo era una joven soñadora e inexperta, inútil e ingenua, que acababa de abrir los ojos a una vida que debía tratar de no complicarme demasiado. Ese parecía el objetivo y todo lo que me rodeaba me dirigía, indiscutiblemente, hacia él.

Caminábamos entre los puestos de comida observando la mercancía, especialmente Juanita, que era toda una experta en detectar una buena fruta con solo acariciarla. El aguacate era su especialidad, una delicia que manaba de los árboles a borbotones y que crecía esplendorosa en esta tierra nuestra. Juanita acababa de pagar por ellos una buena cantidad por encargo de madre cuando, a lo lejos, escuché hablar con voz suave y delicada.

—*Les fruits ont l’air délicieux, cher ami.*

Me giré sin pensarlo un segundo y ahí estaba él. Sostenía con gracia un mango en su mano derecha mientras conversaba animadamente

con un hombre mayor que él al que le faltaban varios dedos de la mano izquierda. Jean lucía espléndido, exuberante, en mitad de aquella vorágine de almas que circulaban sin descanso por una atmósfera húmeda y sofocante.

Joaquín se percató enseguida de que se trataba de dos de los invitados franceses a la recepción de gala celebrada en casa hacía ya un par de meses.

—*Francés qharikuna kanku.*[3]

—Lo sé, Joaquín —le respondí cuando me lo hizo saber.

Los ojos de Jean volvieron a posarse en los míos como la primera vez. Parecía como si el tiempo no hubiera pasado. Traté de disimular mi emoción y retiré la mirada lo más rápido que pude esbozando una ligera sonrisa de complacencia mientras tomaba una guayaba madura entre las manos.

Habían pasado apenas unos segundos cuando sentí una dulce voz a mi espalda y un perfume de un intenso olor a menta y a canela.

—Me alegro de volver a verla, Isabel. —Su sonrisa era de fuego—. ¿Cómo se encuentra esta mañana? He estado tentado de ir a visitarla en varias ocasiones estos días atrás…

Hugot, a su lado, seguía con curiosidad la conversación al igual que Juanita y Joaquín, que permanecían muy atentos.

—Es un placer saludarlo, señor Godin des Odonais.

—*C’est magnifique!* —exclamó Jean jubiloso—. ¡Recuerda mi nombre!

Un leve rubor se instaló en mis mejillas.

—Nos han dicho que…, pero, ¡oh, discúlpeme! ¡Qué desastre! Pensará que soy un maleducado, lo lamento mucho. Este es mi amigo, el señor Hugot, encargado de los instrumentos científicos de la expedición.

—Mucho gusto, señor Hugot.

—El gusto es mío —respondió cortés el francés mientras me besaba la mano.

Jean continuó hablando en tono distendido. No parecía importarle el lugar donde se encontraba ni estar rodeado de gente extraña.

—Como le decía, nos han recomendado visitar el mercado para

conocer mejor la vida en la ciudad. Estamos admirados por la variedad y riqueza de sus productos. ¡Son realmente excelentes!

Tenía una mirada salvaje, indómita, sobrenatural. Era refinado, culto, interesante. Un animal extraño de una fuerza osada e irracional que me había quebrado por la mitad como una rama seca se parte calcinada por la fuerza de un rayo.

—Así es, señor Godin des Odonais. Somos afortunados por lo que la naturaleza nos regala…

—Por favor, puede llamarme por mi nombre de pila. Es más corto y rápido. —Sonrió de nuevo—. Con Jean será suficiente. Y, dígame, ¿hacia dónde se dirige? ¿Podemos acompañarla?

Juanita se sobresaltó y me miró negando repetidamente con la cabeza. Antes de que llegara a casa padre ya sabría que había estado paseando con un joven prácticamente desconocido y, desde luego, aquello tendría consecuencias desagradables para todos.

—Le agradezco enormemente el ofrecimiento, Jean. Pero debo irme.

—¿Irse? ¿Ahora? Pero si apenas hemos podido charlar unos instantes…

—Lo lamento. Madre espera en casa el pedido que nos ha encargado.

—Pues…, eh…, quizá podamos encontrarnos mañana. ¿Qué le parece en la alameda? Podríamos pasear tranquilamente sin toda esta gente alrededor.

Hugot pellizcó a Jean en el brazo.

—¿Qué estás haciendo, amigo? ¡Me has hecho daño!

—Quizá la señorita esté ocupada y… —respondió Hugot algo alterado.

—Pues si no es mañana podría ser pasado, o al otro, o quizá al otro…

—No seas tan insistente. —Hugot actuaba con recato. Comenzaba a incomodarle la situación.

—Veré si es posible, pero he de ir acompañada de Juanita.

Mi criada se acercó a mí en un gesto de protección mientras sonreía a Jean con cierto sarcasmo.

—Yo la he visto nacer, señor. Irá conmigo o no irá.

—Pues que así sea, Juanita. —Jean le regaló una divertida reverencia que no hizo ninguna gracia a la negra.

—Ha sido un auténtico placer volver a encontrarla, Isabel. Está usted más hermosa aún que la primera vez que la vi.

Juanita y Joaquín se miraron sorprendidos. Hugot hizo lo propio y los tres se quedaron contemplando una escena que por única tenía algo de teatral. ¡Ese joven era un hechicero! Me había embrujado con sus encantos y ahora había caído en sus redes. Me sentía estúpida, vanidosa, egoísta, culpable. Y esa culpa me traía dolor, pero el dolor había dado paso al deseo, y este era más fuerte que ningún otro sentimiento.

—La veré mañana.

No pegué ojo en toda la noche. ¿Qué iba a decirle? ¿De qué hablaríamos? No sabía nada de él, así que quizá fuera mejor preguntarle por su familia, su casa, sus gustos y aficiones… También podría hablarle de lo que había leído en el libro de padre acerca de la Real Academia de las Ciencias de Francia. Sí, quizá fuera mejor idea, así vería que soy culta y tengo sus mismos intereses. O quizá sería mejor contarle la historia de la ciudad y alguna de nuestras hermosas leyendas… Bueno, seguro que se me ocurriría algo, siempre se me ocurría algo, pensé justo antes de caer en un sueño profundo y reparador.

La alameda me pareció que lucía más bella que nunca. Las copas de los árboles acariciaban el cielo despejado de nubes del mismo azul intenso que mi vestido de seda. Juanita caminaba a mi lado con paso rápido.

—Señorita, tenga cuidado le digo. Ese hombre la corteja.

—Ja, ja, ja, ja —respondí divertida—. ¡Qué cosas tienes, Juanita!

—Y usted bebe los vientos por el francés. Mire cómo se ha vestido hoy. ¡Si parece que va a oír misa con el mismísimo obispo de Quito!

—Ja, ja, ja, ja… Una ya no puede ni ponerse un poco decente sin que le digan que quiere cortejar a un hombre. ¿A dónde vamos a llegar? —Le guiñé un ojo, divertida.

Juanita gruñó por lo bajo y siguió caminando sin quitarme la vista de encima.

—Y aléjate un poco de nosotros durante el paseo. ¿O acaso quieres parecer una vieja entrometida y chismosa?

—Está bien, está bien, niña. Pero tenga cuidado, que luego vendrán los lloros y lamentos y su Juanita tendrá que consolarla.

—No te preocupes, Juanita, tendré cuidado.

¿Cuidado? ¡Pero si ya estaba atrapada en el laberinto de una pasión desgarradora! No veía nada ni quería nada que no fuera él.

Caminamos casi libres por entre las sendas del parque deteniéndonos a cada paso, disfrutando del goce de sabernos cerca. Poco importó de lo que hablamos porque solo sentíamos que nos teníamos el uno al otro. La belleza del amor estriba en la correspondencia entre los amantes. Si no, la desdicha, la impotencia, la rabia y la pena se asientan en el corazón humano hasta tratar de borrarlos con un olvido ficticio. Lo sabía bien porque había visto todo aquello en los ojos de Francisco. Y ahora la dulzura y el encanto de la vida me acompañaban caminando a mi lado a través de aquella alameda.

Disfrutábamos de nuestra mutua compañía y, así, transcurrían los días y las noches, citándonos a escondidas (siempre teniendo como testigo a la implacable Juanita), embelesados en nuestra pasión inconfesable y obstinada.

—He de decirte algo, Isabel.

—Pareces preocupado. ¿Qué te ocurre?

Jean no sabía muy bien cómo continuar. Tragó saliva.

—Tengo que irme por un tiempo. La Condamine nos envía a todos a Riobamba. Debemos tomar mediciones sobre el terreno y cartografiar algunas zonas aún inexploradas. Además, aprovecharemos para conocer al señor Pedro Vicente Maldonado, toda una autoridad aquí y quien mejor ha estudiado esos lugares.

Aún hoy pienso en cómo el corazón se me detuvo por unos instantes. Pero no fue solo el corazón el que dejó de latir. El mundo se

paró. Una enorme bola de hierro destrozó la urna de cristal en la que me encontraba, protegida del dolor y del sufrimiento, para recordarme que no era más que una mujer cuyo destino y felicidad se encontraban unidos a los de un hombre que no me pertenecía. Traté de contener el llanto.

—Sí, he oído hablar de Maldonado a mi padre en alguna ocasión. Es un hombre muy cabal y competente y…

—Pero ¿no me has oído, Isabel? —Jean se detuvo y me agarró con fuerza entre sus brazos—. Debo irme de tu lado, no sé por cuánto tiempo… ¡Días, quizá meses! ¿Es que no te importa? ¿No vas a decir nada?

—¿Serviría de algo lo que pudiera decirte? Si dijera que no te fueras, que te quedaras a mi lado aquí, en Quito, ¿lo harías?

Jean me miró con una profunda tristeza.

—Te quiero, Isabel. Te quiero como jamás he querido a nadie. Antes de ti la vida era hermosa, pero carecía de sentido. Te amo por tu ímpetu, por tu bravura, porque eres lo más real y sincero a lo que un hombre puede aspirar.

Y después de pronunciar estas palabras me besó con la fuerza de un animal herido que trata de sobreponerse a la adversidad de su dolor. Rudo, frenético, ansioso. Y yo le correspondí sin máscaras, dejando que las lágrimas me resbalaran por las mejillas hasta mezclarse con nuestra saliva. Así nos recordaríamos. Llenos de dudas y rodeados del milagro del amor, que pesa, oprime y te convierte en único a ojos del amado.

—Me casaré contigo, Isabel. Y, cuando lo haga, nada ni nadie podrá separarnos jamás. Pero ahora debo irme.

# XII

Anochecía. Habían pasado ya casi tres semanas desde mi último encuentro con Jean y no había vuelto a tener noticias suyas. A pesar de que había prometido escribirme, no sabía si había dejado ya Quito o si, por el contrario, permanecía aún en la ciudad. Además, el servicio postal aquí era muy deficiente y podían pasar varias semanas, incluso meses, hasta recibir correspondencia.

Joaquín y Juanita preparaban la mesa para cenar. Colocaban con cuidado, y siguiendo el orden establecido, los platos, las copas y los cubiertos de los seis comensales: padre, madre, Juan, Antonio, Josefa y yo. A padre, a pesar de lo ocupado que estaba siempre llevando los asuntos de la hacienda y encargándose de controlar sus negocios comerciales de compra-venta de textiles, le gustaba compartir la última comida del día con nosotros, algo que todos alabábamos y que nos hacía sentir una auténtica familia.

El día había sido largo y se había levantado un viento desagradable que sacudía con fuerza los amplios ventanales del salón que daban al jardín. Padre leía absorto un viejo libro, madre bordaba una hermosa chaqueta azul para el nieto recién nacido de la marquesa de Urbina y Juan, Antonio, Josefa y yo reíamos distraídos ante una de las ocurrencias de mi hermana. De pronto, un golpe seco sonó en la puerta principal. Ninguno le dimos mayor importancia. El viento podía resultar tan amenazador que era mejor no correr riesgos tratando de poner a salvo algún elemento externo de la vivienda. Otro golpe, esta vez como de nudillos aporreando la puerta, nos sobresaltó a todos.

—Ve a ver quién es, Joaquín. —Padre parecía confuso—. Estas no son horas de presentarse en una casa…

Joaquín se dirigió con cautela hacia la puerta principal. Cuando regresó, a punto estuve de desmayarme.

—Buenas noches, general. —Jean estaba ahí, en mitad del salón de mi casa, con una sonrisa tan deliciosamente seductora que mis

sentidos despertaron de un letargo de días.

—Eh… Buenas noches, ¿señor…?

—Godin des Odonais, Jean Godin des Odonais. Miembro de la expedición dirigida por monsieur La Condamine, ¿me recuerda?

—Ah, sí, sí, discúlpeme. ¡Ahora caigo! Pero, dígame, ¿qué está haciendo en mi casa a estas horas de la noche? No quiero resultar descortés, pero…

—Lo comprendo, general. Soy yo el que tiene que disculparse. Siento presentarme así, de improviso, pero se trata de su hija.

Todos nos quedamos estupefactos. Madre levantó la vista de la pequeña chaqueta que estaba bordando, padre no supo qué decir y mis hermanos me miraron como si hubiera cometido el más deplorable de los crímenes.

—Le ruego que me acompañe a mi despacho, por favor. No creo que este sea el lugar más apropiado para escuchar lo que tiene que decirme.

Jean y padre caminaron en silencio. Hasta que el general no cerró la puerta corredera que separaba el salón de su despacho nadie se atrevió a pronunciar ni una palabra.

—¿Qué ocurre, hija mía? —Madre fue la primera en romper el hielo—. ¿Hay algo que no me hayas contado? ¿Estás bien? —Me miraba con una desoladora cara de pánico—. No habrás hecho nada de lo que todos debamos arrepentirnos, ¿verdad? Ya sabes que tenemos una reputación en la ciudad y que tu padre es una de las personas más distinguidas y admiradas…

No pude contener mi rabia. Apreté los puños con furia y respondí:

—Quédese tranquila, madre, nadie ha dañado la honra de esta familia.

Al cabo de unos minutos, que a mí me parecieron horas, padre abrió de golpe la puerta corredera del despacho con una sonrisa en los labios. Parecía feliz, satisfecho.

—Este hombre te ama, querida hija —dijo mirándome a los ojos—. Y, por lo que me ha hecho saber, tú también lo amas a él.

Madre se levantó sobresaltada de la silla.

—Así que, si lo aceptas —prosiguió—, pronto se convertirá en tu

esposo y tú en su mujer…

—¡Claro que acepto! ¡Acepto! ¡Acepto! —Me lancé a los brazos de padre y lo abracé como si no fuera a verlo en años.

Jean contemplaba la escena sonriendo hasta que madre rompió la magia de aquel momento.

—Así que sois miembro de la expedición organizada por la academia francesa…, ¿qué puesto desempeñáis ahí?

—Soy porteador de señales, señora. Las traslado de un lugar a otro atendiendo las órdenes de mi primo Louis y de monsieur La Condamine.

Madre no supo qué responder y miró a Jean con cierta apatía.

—¡Felicidades, hermanita! —Juan, Antonio y la pequeña Josefa se abalanzaron sobre mí para cubrirme de besos y abrazos—. ¡Por fin te nos casas! ¡Has logrado engañar a este pobre hombre!

Todos reímos ante el comentario de Antonio. Hasta a Juanita, que contemplaba la escena desde un extremo del salón, se le saltaron las lágrimas de la emoción. Madre permanecía absorta en sus pensamientos. El señor Godin des Odonais era poco para su hija. No en vano ella se había casado con un general.

A pesar de nuestro compromiso, Jean tuvo que partir con la expedición a Riobamba, tal y como también le había explicado a padre, así que la boda quedó pospuesta hasta su regreso. Por aquellos días yo andaba entusiasmada con los preparativos, organizando la casa, el listado de invitados, el menú de la celebración y recorriendo las iglesias de toda la ciudad en busca de un lugar bello y único en el que decirle a Dios que aquel hombre había sido el elegido, la persona con la que quería pasar el resto de mi vida.

Pero transcurrieron los días, las semanas y también los meses sin noticias de Jean. Mi ánimo ya no era el de antes y me notaba mustia y abatida. A esto se sumaba que tampoco había recibido ninguna carta de él y eso me estaba destrozando. Madre estaba más preocupada que de costumbre y hablaba con padre, a menudo en voz baja, para que no pudiera oírlos. Juanita trataba de consolarme y Joaquín me traía

dulces del mercado cada martes para animarme, pero nada conseguía mejorar mi humor. Un domingo de Pascua, sentados todos juntos después del almuerzo en el jardín de nuestra residencia, madre no pudo contenerse más.

—Siento todo esto, pequeña, pero tanto tu padre como yo creemos que debes romper tu compromiso con el señor Godin des Odonais.

Una sacudida de dolor me recorrió todo el cuerpo. Sin clemencia, madre continuó:

—Han pasado ya once meses desde que partió de Quito y no hemos recibido ninguna noticia suya. Ni creo que vayamos a hacerlo. Pienso que no va a regresar. Quizá haya decidido volver a Francia o, peor aún, se haya comprometido en Riobamba con otra mujer…

—¡Basta! ¡Déjelo ya, madre! ¡No quiero escuchar más mentiras sobre Jean! Si no ha escrito será porque no ha podido. Quizá le haya ocurrido algo malo, o quizá sus cartas no hayan llegado aún… —Comencé a llorar desconsoladamente. ¿Cuál sería ahora el sentido de mi vida?

—Tranquilízate, hija. —Padre me abrazó con ternura para tratar de consolarme—. Solo estamos preocupados por ti. No queremos que malgastes tu vida, tu juventud, en algo imposible.

Me separé bruscamente de sus brazos.

—¿Imposible, dice? Jean es el amor de mi vida, mi único amor. No voy a perderlo. ¡No quiero renunciar a él! ¿Es que nadie puede comprenderlo? Lo esperaré hasta el fin de los días si es necesario.

Y dejándolos a todos en el jardín subí corriendo las escaleras principales de la casa en dirección a mi habitación. No sé cuánto tiempo estuve allí, llorando sobre la cama, recordando sus besos, el aroma de su piel, la luminosidad de sus bellas y elegantes facciones. Jean era la verdad de mi vida, la más emocionante de mis aventuras. Así que allí, en ese cuarto, me juré a mí misma que concentraría todas mis energías en atraerlo, en apartar de mí la desdicha y en lograr que regresara a mis brazos. Sabía que volvería porque me amaba. Y el amor era la más poderosa de las razones para que regresara al lugar de partida. A mí.

Joaquín fue una pieza clave en mi recuperación. Gracias a él

comencé a interesarme por la jardinería y el estudio de las plantas. Primero cultivé orquídeas blancas y rosas. Sus semillas, diminutas y muy numerosas, germinaron pronto, así que me animé con las bromelias. Estas, de flores con cáliz profundo, eran especialmente resistentes y Joaquín me contaba que muchas tribus nativas de la zona empleaban su fibra para realizar redes de pesca. A estas las siguieron los platanillos, según Joaquín, llamadas también aves del paraíso por la forma de picos de ave de sus flores. Estas eran mis favoritas, tan exuberantes y con esos intensos colores anaranjados y amarillos que parecían desafiar las leyes de la naturaleza. En realidad, así era un poco yo. Un ave extraña, ajena a lo que me rodeaba, un espíritu extravagante, un algo intermedio entre este mundo y el que no conocía, pero en el que creía a pies juntillas.

Pedía a Dios cada día que Jean regresara a mí, quizá también, y sin darme cuenta, como una forma de venganza hacia madre, hacia padre y hacia todo aquel que no confiaba en el amor que me profesaba. Los maldecía a todos en silencio, entre las paredes de mi habitación, en la que pasaba horas, y mientras regaba las flores del pequeño jardín que había creado para mí. Un mundo en el que yo tenía el control y sobre el que yo decidía.

# XIII

El mes de julio llegaba a su fin y con él desaparecieron mis escasas esperanzas de recibir noticias de Jean. Estaba absorta en mis pensamientos tumbada sobre la cama cuando Juanita tocó a mi puerta.

—Pasa —dije sin mucha convicción.

—Niña, esta mañana Joaquín me ha dado algo para ti.

—¿Para mí?

—Sí, es una carta… —Juanita deslizó su negra mano en el interior de su sobrefalda.

No podía creer lo que estaba sucediendo. ¿Una carta? ¿Para mí? Debía de haber un error.

Juanita me entregó el documento y se quedó de pie, ahí, al lado de la cama, mirándome mientras mis manos, temblorosas, abrían el sobre.

Enseguida reconocí ese olor inconfundible a menta y canela. El olor de mi adorado Jean.

Riobamba,
17 de noviembre de 1739

Mi amada Isabel:

Han pasado ya varios meses desde mi partida y te pienso y te sueño como si estuvieras a mi lado. Sabes que no puedo ni quiero vivir sin ti y que cada día que paso lejos de tu abrazo se convierte en una condena larga y tortuosa que me hiere, al igual que lo hace contigo. Pero nuestros días dichosos no tardarán en llegar. Las mediciones que estamos realizando sobre el terreno están siendo muy útiles y provechosas y todo parece indicar que la forma terrestre es como imaginábamos. Verás, la Tierra no es una esfera perfecta, algo que ya anunció el gran Newton, sino que está ligeramente ovalada. Debido a su movimiento de rotación, nuestro planeta estaría achatado por los polos, lo que provocaría una fuerza centrífuga que haría que su masa se desplazara hacia las regiones donde nos encontramos. Así, la intensidad gravitatoria sería mayor en los polos, ¿lo comprendes?

Quiero que sepas que no te olvido y que regresaré pronto para cumplir la

promesa que te hice. No quiero vivir lejos de tu calor. Monsieur La Condamine ha hecho muy buenas migas con el señor Maldonado, hombre culto y generoso cuyas indicaciones sobre los mejores lugares para establecer las mediciones nos están ayudando mucho. Nos hospedamos en su residencia de Riobamba y todo son atenciones y comodidades a excepción de cuando salimos ahí fuera y comprobamos en nuestra propia piel los peligros de la naturaleza, tan hermosa como cruel. Hugot siempre se muestra cariñoso conmigo y trata de animarme cuando me siento decaído y melancólico a causa de tu ausencia. Por su parte, Jorge y Antonio, mis amigos españoles, van a ser reclamados por el virrey para marchar a Lima y defender las posiciones de su país debido a los ataques constantes de sus enemigos ingleses. ¡Me apena tanto que tengan que dejarnos! Ambos son hombres buenos, nobles y valerosos que aman a su patria tanto como yo amo a Francia. Dios los guarde. Lo que también lamento terriblemente es que no puedan asistir a nuestro enlace matrimonial, que, si todo sale según lo previsto, espero pueda celebrarse en no más de un año.

No sé cuánto tiempo he de permanecer aún aquí. Pregunto constantemente a mi primo Louis, pero sus respuestas son ambiguas y esquivas. Tampoco sé cuándo recibirás esta carta. Quizá pueda abrazarte antes de que leas estas líneas. Nada me haría más feliz. Pero, si no fuera así, si hubiera más cartas porque yo aún no regresara, recuerda siempre que te amo, que volveré a por ti y que tuyo es mi corazón por los siglos de los siglos.

Te quiere,

JEAN

¡Lo sabía! Sabía que él aún me amaba. Sabía que volvería y que se casaría conmigo. Abracé a Juanita con tanta fuerza que casi se cae al suelo debido a la intensidad de mis sacudidas y bajé corriendo al salón con la carta en la mano.

—¡Padre, padre! ¡Noticias de Jean! ¡Por fin! ¡Me ha escrito! ¡Y dice que me quiere y que regresará pronto!

El general estaba sentado, como de costumbre, en su despacho. La puerta estaba entreabierta, así que avancé hasta abalanzarme sobre él y abrazarlo mientras agitaba la carta sobre su cabeza.

—Me hace muy feliz verte así de contenta, Isabel.

—¡Gracias, padre! ¡Estaba segura de que regresaría! Dice que en un año podremos casarnos, dice que…

—¿De qué fecha es la carta? —Padre me miró a los ojos y el peso

del mundo se posó de nuevo sobre mis hombros.

—Pues…, espere…, tiene fecha del 17 de noviembre…

—Son más de ocho meses, Isabel…

Me prometí a mí misma que nadie me robaría aquel instante de felicidad después de tanto tiempo de sufrimiento, así que hice caso omiso de aquel comentario.

—Seguiré con los preparativos de la boda, padre. Amo a Jean y lucharé por lo que siento hasta sus últimas consecuencias.

Padre detuvo su mirada en mí. Me dio la sensación de que sentía una mezcla de orgullo y desilusión que apenas fue capaz de disimular.

—Si esa es tu decisión, adelante. Un hombre, al igual que una mujer, en la guerra y en el amor, ha de definir su posición, tener siempre claro su objetivo y no dejar de aproximarse nunca a él. La cobardía jamás se perdona, hija. Y tú no has sido nunca una cobarde.

# XIV

A finales de 1740, mi hermano Juan nos anunció a toda la familia que iba a ordenarse sacerdote en los agustinos. Madre estaba tan feliz que organizó una pequeña celebración en casa para contarles a todas sus amigas, las más importantes damas de la ciudad, que su hijo se convertiría en religioso. Yo también me sentí feliz por Juan. ¡Estaría más cerca de Dios que ninguno de nosotros! Y eso, estaba segura, nos traería cosas buenas a todos. Yo, por mi parte, seguía sin noticias de Jean. Habían pasado ya cinco meses desde que recibí aquella carta, pero mis esperanzas seguían intactas.

Aquella mañana Juanita acababa de traerme el desayuno a la cama. No me encontraba especialmente bien. Me sentía cansada y con un terrible dolor de cabeza. Quizá fuera el periodo, pensé. Era muy habitual en mí que durante aquellos molestos días del mes me sintiera más abatida y desganada que de costumbre, así que decidí quedarme en cama y repasar algunas partituras para las clases de la señora Urquijo.

Hacía días que le había comunicado a madre que no podría seguir impartiendo mis lecciones semanales, pues su marido había sido nombrado corregidor de San Miguel de Ibarra y se trasladarían a aquella ciudad en apenas un mes. Me sentía tremendamente apenada por su partida y quería dar lo mejor de mí en las últimas clases, así que me puse a la labor de tratar de memorizar aquellas partituras. Pasé casi una hora entre papeles y notas musicales hasta que, con la intención de descansar y despejarme un poco, salí de mi habitación en dirección al jardín. Me encontraba mucho mejor y quería ver cómo habían crecido las orquídeas que había plantado hacía apenas un mes con la ayuda de Joaquín.

El jardín se veía espléndido, bien cuidado y limpio. Algunos árboles más altos asomaban tímidos entre pequeños matorrales y arbustos y mis flores, de exóticas tonalidades, conferían al conjunto una cálida armonía muy singular. Me paseé entre ellas admirando orgullosa

aquel pequeño hábitat que había creado y me detuve para acariciar una de tantas. Era de un naranja intenso con bordes interiores amarillentos y verdosos. Cerré los ojos y disfruté del placer de sentir la maravilla de una naturaleza que crecía entre mis manos sin hacer preguntas ni esperar respuestas.

Un intenso olor a menta y a canela me embriagó. ¿Estaba pensando de nuevo en Jean? Recordaba tan vívidamente su aroma que me parecía tenerlo al lado, apenas a escasos pasos de mí. Abrí los ojos con suavidad para seguir contemplando la hermosa flor que sostenía entre mis manos, pero una voz me detuvo de golpe:

—¿Es este el modo que tienes de recibir a tu prometido? —Jean me sonreía hermoso.

—¿Eres tú, Jean? ¿Estás aquí? Dime que no estoy soñando…

Jean me tomó la mano con dulzura y se la dirigió hacia el rostro. Una incipiente barba le asomaba por las mejillas. Tenía el pelo algo más largo y rizado y el color de su piel era como el de un rayo de sol. Luminoso, intenso, caluroso. Me abrazó con fuerza y me besó. Fue un beso dulce, valiente, un beso de retorno, de tiempo pasado y de presente por construir. Un beso de sueños recuperados.

—Mi consuelo siempre fue tu amor. —Sus palabras sonaban viejas, pesadas, como si hubieran tardado mucho tiempo en pronunciarse.

—Pero ya estás aquí… Nunca volverás a marcharte, no te dejaré ir, lo juro.

La boda se celebró el 29 de diciembre de 1741 en el colegio dominico de San Fernando de Quito. Padre había insistido tanto que finalmente nos casó su confesor, el señor Terol, el rector del colegio y un hombre cariñoso, aunque de aspecto serio y comedido. Las familias más adineradas de la ciudad asistieron al enlace, además de algunos miembros de la expedición que, por aquel entonces, se encontraban en Quito, entre ellos Louis, el primo de Jean, La Condamine, el botánico Jussieu, su amigo Bourger y el ingeniero naval Verguin.

La diferencia de edad entre Jean y yo era de casi quince años y, aunque daba la impresión de que él era algo mayor que yo, mi aspecto

físico era ya el de una mujer. No había cumplido aún los quince años, pero mis caderas y mi pecho dejaban bien claro que ya no era una niña.

Las mujeres más deseadas para el matrimonio éramos las que poseíamos una buena dote, que, en mi caso, fue de siete mil setecientos ochenta y tres pesos de plata. Además, ser virtuosas era esencial para encontrar un marido influyente y de buena posición, e incluso llegaban a producirse muchos enlaces entre parientes para seguir manteniendo el sistema estamental y de ascenso social. El amancebamiento y el adulterio eran frecuentes en los pueblos pequeños y el número de hijos ilegítimos crecía sin descanso, proporcionalmente a su ausencia de derechos.

Padre dio su consentimiento para celebrar las nupcias convencido de que Jean sería un buen partido, un hombre justo que ascendería en la escala social gracias a sus méritos como científico. Madre, por el contrario, no estaba de acuerdo. Solía repetirme que aquel matrimonio era un error, que Jean terminaría por regresar a Francia y que me dejaría aquí sola a cargo de varios hijos a los que jamás volvería a ver.

No recuerdo con exactitud la mayor parte de las cosas sucedidas el día de mi enlace. Estaba tan nerviosa y asustada que no reparé en situaciones o detalles que pudiera luego rememorar con el paso del tiempo. Hubo una gran fiesta y un baile. Padre, gran aficionado al clavicordio, contrató a un grupo que vino desde Guayaquil para la ocasión. Como el toque español no podía faltar, el fandango y la guitarra nos acompañaron con canciones hermosas a las que Jean prestó especial atención, pues desconocía los cantes típicos de la metrópoli.

*Si algún día me voy,*
*si algún día me fuera,*
*recuerda que me he llevao*
*tu querer hasta la tierra,*
*que el amor nunca se muere,*
*que no hay olvido que valga,*
*cuando de veras se quiere.*

Chirimoyas, guayabas, aguacates, granadas y toda clase de aves de corral y de carnes de las más exquisitas especies circulaban sobre enormes bandejas de plata que entraban y salían del jardín al salón y viceversa durante buena parte de aquel día. Aguardiente de uva, vino traído desde el sur de España por el capitán de navío López de Córdoba, amigo de padre, y una gran variedad de licores enfriados con hielo procedente de las inmediaciones del volcán Rucu Pichincha hicieron las delicias de todos los invitados.

Jean estaba espléndido. Era tan hermoso que las mujeres no podían apartar su vista de él. Hablaban entre ellas mientras lo miraban descaradamente y se le acercaban con la excusa de felicitarlo por su matrimonio. Enseguida pude darme cuenta de aquello. Una mujer tenía un sexto sentido para esas cosas. En realidad, nunca me sentí celosa por eso, sino que me vanagloriaba orgullosa de su porte y elegancia, pues era a mí a quien ahora pertenecía en cuerpo y alma. Sin embargo, la debilidad también era uno de los rasgos definitorios del amor y los miedos y dudas afloraban en mí hasta que, de un plumazo, los apartaba para volver a caer rendida a los encantos de sus modales, de su sonrisa y de su pelo enmarañado de un hermoso color oscuro.

—Te amo, Isabel. Y solo quiero hacerte feliz —me dijo cuando los invitados se marcharon y nos quedamos a solas en mi habitación de la casa familiar.

De momento, y durante los primeros meses, residiríamos allí hasta que pudiéramos adquirir una nueva vivienda y comenzar a hacer nuestra vida como un matrimonio convencional.

—Yo también te amo. ¡Ya eres mi esposo! Pensé que jamás llegaría el día en que fueras mío para siempre… —Una lágrima de alegría me resbaló por la mejilla.

Jean me abrazó con fuerza y me tomó de la mano para acercarme con delicadeza a la cama. No estaba nerviosa. ¡Había esperado tanto tiempo a que llegara ese momento! Quería acariciar su cuerpo, sentir los latidos de su corazón sobre mi carne, su dominación y entrega, su ardiente deseo. Me sentí en deuda con Jean después de aquella noche.

No sé si había un castigo seguro para tanto pecado, pero estaba dispuesta a aceptar con resignación la más alta de las penitencias que quisiera el cielo otorgarme. Su cuerpo y su alma fueron míos con desesperación, cabalgando ambos sobre nuestros miedos y temblando húmedos sobre la lluvia derramada.

# XV

Durante el verano de 1742 Juanita cayó gravemente enferma. Yo estaba muy preocupada, pues se había convertido casi en una madre para mí. Al principio pensamos que podría tratarse de viruela, ya que eran continuas las epidemias que se desataban en la ciudad. Padre llamó al doctor Serrano para que la asistiera.

—Parece un fuerte resfriado. Tiene dificultad para respirar y recibe poco oxígeno en los pulmones. —El médico parecía preocupado—. Debe guardar reposo y tratar de alimentarse. Está algo desnutrida. Que beba todo el líquido que admita y, en caso de que le suba la fiebre, avísenme de inmediato.

—Así lo haremos, doctor. Muchas gracias por venir —respondió padre extendiéndole la mano.

Fui yo quien acompañó a Serrano a la puerta principal. No quería que Juanita se muriese y, en aquel momento, solo era una niña asustada que necesitaba una respuesta.

—¿Va a morirse, doctor?

—No lo sé, mi querida Isabel. Solo soy un médico que apenas tiene respuestas para unas pocas cosas. Y, la mayoría de las veces, tengo la terrible sensación de que siempre me dejo algo…

—¿Solo un médico? Pero usted es quien más sabe sobre la vida y la muerte, usted conoce el cuerpo y el alma de las personas… Juanita no ha hecho nunca nada malo, solo ha servido con lealtad y mucho amor a todos los miembros de esta casa. No merece que le pase nada malo, me comprende, ¿verdad?

El doctor Serrano me miró con ternura. Me acarició con su mano de dedos huesudos y largos el rostro y respondió con voz calmada.

—Mi pequeña niña. Aún recuerdo cuando asistí tu parto. Eres tan hermosa e ingenua como antaño, y eso me enternece. Creo que nunca debemos terminar de crecer del todo, me refiero a convertirnos definitivamente en adultos a pesar de que las circunstancias y el paso del tiempo nos empujen a ello. Juanita es una gran mujer y claro que

no ha hecho nada malo para merecer la enfermedad, y mucho menos la muerte. Pero la vejez forma parte de la vida, querida, y debemos afrontarla con valentía. Solo así podremos disfrutar de una existencia plena. El mal y el bien, la vida y la muerte, la juventud y la vejez son caras de una misma moneda. El mal no es más que un derivado necesario de la ausencia de conocimiento. Juanita no es mala, Isabel, es solo vieja. Como todos lo seremos si tenemos suerte. La vejez supone siempre una pérdida y debemos aceptar la derrota y estar preparados para ella. Nadie gana eternamente.

Las palabras del doctor calaron tan profundamente en mí que jamás las he olvidado a pesar de que la memoria es engañosa y trata de hacernos recordar, con sus hábiles tretas, hechos y situaciones alterados en favor de nuestros propios deseos. ¡Qué sabio era aceptar con serenidad lo que la vida nos regalaba, agradecidos siempre por haber disfrutado del viaje, de la experiencia única e irrepetible de transitar el camino!

Los días pasaban tranquilos y mi tiempo lo dedicaba al cuidado de Juanita. A madre no le gustaba que pasara tantas horas en la habitación de la criada y me recordaba que para eso ya estaba el resto del servicio. Yo era ya una de las señoras de la casa y mis funciones consistían en organizar la comida, recibir visitas y pasear los días soleados acompañada de mis sirvientas. Nada tenía que hacer cuidando de una de ellas. ¡Hasta dónde podíamos llegar!

Joaquín, cuando tenía algo de tiempo libre (que no sucedía habitualmente), me acompañaba en la tarea y trataba de entretener a Juanita contándole viejas historias y leyendas de poblaciones indígenas anteriores a la llegada de los incas. La negra mejoraba y poco a poco iba ganando fuerzas hasta que, una mañana soleada pero fría, por fin se levantó de la cama.

—¡Qué habrán estado comiendo todos teniendo a Juanita enferma y sin poder hacerles unos buenos guisos! —exclamó mientras dirigía sus pasos, aún lentos y cansados, en dirección a la cocina.

—Pero ¿dónde te crees que vas? Aún no estás recuperada del todo.

No seas terca y regresa a tu habitación —respondí malhumorada.

Por supuesto hizo caso omiso a mis recomendaciones y allá que se fue a remover pucheros, a probar las distintas elaboraciones y a organizar el trabajo del resto del personal de la casa. Eso era lo que la hacía realmente feliz y no sería yo un impedimento para que disfrutara de la salud recuperada. Estaba segura de que así terminaría por mejorar del todo. Tal era su fortaleza.

Dejé a Juanita entretenida en la cocina y me fui en busca de Jean. Llevaba tiempo pensando en decirle a su primo Louis que iba a dejar la expedición y que se quedaría conmigo en Quito para dedicarse, junto a padre, al comercio textil y a la recaudación de alcabalas, oficio que había comenzado a desarrollar Antonio ante el cambio de política que los Borbones estaban impulsando en sus territorios allende los mares. Los impuestos no dejaban de subir y la mayoría de la población no podía hacer frente a tales demandas. Así, la situación de crisis iba en aumento y con ello las revueltas sociales, encabezadas principalmente por esclavos e indígenas, ya que su situación era mucho más complicada.

Encontré a Jean en el salón. Estaba charlando con su primo Louis y con su amigo Hugot.

—Querida, estás preciosa esta mañana. —Parecía triste, aunque trató de disimularlo.

—Encantada de saludarlos de nuevo, señores —me dirigí a nuestros invitados con cortesía.

—Es un placer volver a verla, Isabel. —Louis fue el primero en responder. Luego me besó la mano y Hugot hizo también lo propio.

—Han venido a despedirse. Desafortunadamente la misión carece de recursos y ambos han decidido marchar a Lima en busca de mejor suerte. Tienen los conocimientos y la experiencia suficiente y seguro que les espera un buen futuro allí. —Jean hablaba con seguridad. Estaba convencido de la valía profesional de ambos y así me lo hizo saber.

—Estoy segura de que así es. Les deseo entonces mucha suerte y ya saben que aquí tienen su casa si algún día regresan a Quito. —Ambos me besaron la mano y se despidieron amistosamente.

Esto iba a resultar un duro golpe para Jean, no tenía ninguna duda, pero esperaba que la noticia que debía darle calmara un poco la desilusión que le provocaba el tener que separarse de dos de sus más importantes apoyos desde que saliera de su hogar en Francia. Llevaba algo más de cuarenta y cinco días sin el periodo y sentía náuseas y mareos constantes. Estaba embarazada.

Al miedo inicial de la noticia se unió la alegría de saber que iba a convertirme en madre. Al fin y al cabo, el destino de cualquier mujer era ese. Era un mandato divino, una suerte de norma que nos convertía en decentes ante la sociedad y ante el mundo. La infertilidad, decían, era el castigo más duro, una afrenta contra Dios y contra el cielo, un signo del mal. Pero, tras la conversación mantenida con el doctor Serrano durante la enfermedad de Juanita, ya no pensaba así. En cierto modo, me había abierto los ojos y me había enseñado a aceptar y comprender los secretos de la vida desde la razón y el intelecto. Solía mantener largas conversaciones con él y me visitaba con frecuencia para controlar el avance de mi gestación. Me sentía tranquila y segura a su lado. Era sereno, cuidadoso e inteligente. Un hombre de ciencia, pero también de vida.

La noticia de mi embarazo hizo tremendamente feliz a Jean, que no paraba de colmarme de atenciones y caprichos. Para festejar el acontecimiento, nos invitó a toda la familia, al doctor Serrano y a los miembros de la expedición que aún permanecían en Quito a una corrida de toros, costumbre típicamente española que consistía en dar muerte al animal con técnicas y tácticas que recibían el nombre de lidia. Se trataba de una fiesta caballeresca en la que los jinetes, a lomos de hermosos caballos y con extrema pericia, esquivaban la acometida de los toros, golpeándolos con garrochas y rejones hasta darles muerte. La Condamine, Jussieu y el cirujano Senièrges aceptaron la invitación, aunque con ciertas reticencias, pues no disfrutaban de este tipo de espectáculos e incluso eran partidarios de que se prohibieran.

Autoridades civiles, eclesiásticas, mayordomos de haciendas, mozos de a pie…, ninguno quería perderse el festejo. Sin embargo, la desgracia hizo que la celebración terminara mal, pero que muy mal.

Los ánimos comenzaron a caldearse cuando el segundo de los toros recibió un castigo terrible que lo hizo desangrarse y agonizar durante más de veinte minutos ante los aplausos y el griterío del respetable. Senièrges, abrumado ante el espectáculo y no acostumbrado a ser testigo de tales acontecimientos, comenzó a discutir acaloradamente con un grupo de criollos que teníamos al lado y los llamó salvajes primitivos, asesinos de animales y cobardes sin escrúpulos. A pesar de que La Condamine y Jean trataron de persuadirlo, pues sabían que aquello no terminaría bien, la refriega continuó hasta que un hombre grande y corpulento sacó una navaja afilada del bolsillo superior de su camisa y le asestó varias puñaladas al cirujano en el costado y en el estómago.

El terrible revuelo que se formó terminó por suspender la corrida y con el pobre Senièrges desangrándose en la más grande de nuestras habitaciones de invitados. El doctor Serrano trató de detener la hemorragia, pero todo resultó en vano. La profundidad de las heridas y los daños internos producidos terminaron por acabar con la vida del francés y con sus compañeros de expedición completamente destrozados ante el fatal desenlace.

La misión se había desintegrado y, a pesar de los buenos resultados obtenidos y de la confirmación de la idea, atendiendo a las mediciones realizadas, de que la Tierra estaba achatada por los polos, La Condamine confirmó, tras el funeral por Senièrges, que regresaba a Francia. A ninguno nos sorprendió la noticia, tampoco a Jean, que aceptó con resignación la futura partida del jefe de la expedición. De hecho, Charles-Marie volvería a su país siguiendo la ruta de la Amazonía e iría acompañado del señor Maldonado, pues el riobambeño había estudiado bien ese recorrido y conocía a la perfección el camino. Esto me sorprendió gratamente y a mi mente retornaron todas aquellas historias que padre nos narraba a mis hermanos y a mí sobre El Dorado y las ciudades secretas y mágicas en las que abundaban las piedras preciosas y los ríos de oro.

Tras la terrible muerte de Senièrges, Jean se centró cada vez más en

su trabajo, aunque siempre tenía atenciones y cariños para mí. El embarazo marchaba bien, pero, a partir del séptimo mes, comencé a encontrarme muy cansada y abatida. A esto se sumó la erupción del Cotopaxi, que convirtió el sur de Quito, a unas diez leguas de allí, en un desolador paisaje de fuego y lava. De hecho, buena parte de su población se trasladó a otras ciudades y las situaciones dramáticas de familias destrozadas a causa de las pérdidas de seres queridos fueron en aumento y complicaron aún más la crisis económica y social en la que se hallaba Quito. Además, la violencia se convirtió en habitual, las calles eran inseguras y los asesinatos frecuentes, siempre con heridas mortales de armas como puñales, espadas e incluso pistolas (en estos casos, entre criollos y blancos). La mayor parte de las veces esto ocurría por asuntos de faldas, a los que se sumaban placeres como el alcohol y la prostitución, que en nada contribuían a mejorar estas complejas situaciones.

Los hombres disfrutaban de los placeres que les ofrecían las llamadas «tapadas», generalmente indias, mulatas o esclavas reconocibles fácilmente por sus vestimentas, ya que, al llevar una falda más corta de lo habitual, uno podía distinguir sus enaguas. Además, en el caso de las féminas, tener los pies pequeños era siempre considerado un símbolo de distinción, por lo que muchos hombres buscaban «tapadas» con estas características, únicamente con la idea de que su desliz fuera menor al haberse cometido con una mujer más distinguida que el resto.

La vida de estas mujeres era harto complicada. En realidad, la de todas nosotras lo era, pues éramos consideradas seres inferiores a los ojos de Dios y de los hombres. Nunca creí que el Señor nos colocase, simplemente por el hecho de ser mujeres, por debajo de ningún hombre, sino que teníamos una misión y funciones diferentes a las de los varones. Tampoco pensé que fuéramos pecadoras desde nuestro nacimiento (algo que me costó más de una discusión con mi hermano Juan y con mi padre), y no me gustaba mantenerme en silencio cuando los hombres charlaban animadamente entre ellos. Me gustaba leer, cocinar y coser, además de tocar el piano y relacionarme con los indígenas de la hacienda de padre. ¡Aprendía tantas cosas únicas y

misteriosas de aquellas increíbles civilizaciones! Esto tampoco estaba bien visto entre las mujeres de mi clase, así que a veces las cosas podían complicarse incluso para mí. Sin embargo, yo era, sin duda, una mujer con suerte, a diferencia de aquellas «tapadas» que para purgar sus pecados y alcanzar la redención no tenían más opciones que la de recluirse en los llamados «recogimientos», auténticas cárceles infrahumanas en las que eran tratadas como delincuentes y donde sufrían todo tipo de castigos físicos y espirituales. En definitiva, nuestros roles sociales estaban muy bien definidos y yo, deseosa de ser madre y tener hijos, consideraba esta opción como un auténtico regalo de la naturaleza, aunque, en mi dualidad como mujer y como persona, admiraba el valor de las que deseaban formarse y alcanzar importantes puestos en la sociedad por sus propios conocimientos y virtudes. ¿Acaso eso no era digno y honroso para Dios y para los hombres?

Una noche de luna clara me encontraba con Juanita en mi habitación. Yo estaba casi de ocho meses y no me sentía especialmente bien. Me encontraba pesada e incómoda y la última parte del embarazo se me estaba haciendo bastante cuesta arriba. Me había comenzado a sentir mal, me dolía el vientre y tuve que recostarme sobre la cama en un intento por tratar de contener el dolor.

—Ve a buscar a Jean, Juanita. Algo no va bien.

La negra salió de la habitación con gesto preocupado. Apenas unos minutos después la hermosa sonrisa de mi esposo se asomó a través de la puerta.

—No me encuentro bien, Jean —le dije acariciando con suavidad mi vientre.

—Pero ¿qué te ocurre, querida? —respondió mientras se sentaba a mi lado en la cama y me acariciaba con dulzura el cabello.

—Tengo un terrible dolor en el vientre.

—Quizá sea normal, amor mío. Puede ser fruto del cansancio y de los últimos acontecimientos, que han alterado mucho el ánimo de todos nosotros…

—Sí, tienes razón, querido. Necesito descansar —dije tratando de

incorporarme para dirigirme al tocador.

De pronto, un terrible reguero de sangre comenzó a manar de entre mis piernas.

—¡Jean! ¡Jean!

—¡Oh! ¡Isabel! Pero… ¡Túmbate! Voy a llamar a Juanita… ¡Túmbate, te lo ruego!

Me recosté mientras Jean salía corriendo de la habitación en busca de mi querida criada.

Juanita tardó apenas un par de minutos en aparecer con varias toallas húmedas que colocó sobre las mantas de la cama.

—Salga, por favor —le dijo a Jean—. Aquí en medio no nos servirá de gran ayuda. Vaya a buscar al doctor Serrano.

—Pero… quiero estar con mi mujer, Juanita, no puedo dejarla sola ahora.

—¡Váyase, le digo! Es el doctor quien ha de traer a este niño al mundo. ¡Y no se demore! La criatura se ha adelantado y eso nunca es buena señal. —Juanita estaba muy preocupada, pero trató de disimular su desazón.

Jean salió de la habitación precipitadamente en busca de Serrano.

# XVI

Yo me encontraba cada vez con menos fuerzas y pronto comenzó a subirme la fiebre. Juanita me colocó varios paños fríos sobre la cabeza para tratar de paliarla. Tampoco el sangrado se había detenido, aunque era cada vez menos abundante. Madre, padre y Josefa esperaban fuera, en el recibidor superior de la casa. Juanita les había impedido entrar. Los oía hablar preocupados y mi hermana pequeña sollozaba. El doctor llegó apenas pasados unos minutos.

—Encienda la lumbre, ponga a hervir agua, tráigame unas tijeras y todos los paños limpios que encuentre en la cocina —le pidió a Juanita.

—¡Dios mío, doctor! ¡Salve a mi hijo! ¡Estoy tan asustada!

—Cálmese, niña. Haré todo cuanto pueda. Y no tenga miedo. Agárrese a mí con fuerza y grite, grite… Solo nosotros la oiremos.

Esas fueron las últimas palabras que recuerdo antes de desmayarme. Estaba aterrorizada y ahora creo que fue mejor así. No sé el tiempo que pasó hasta que me desperté, completamente abatida y con un terrible dolor en el vientre.

—¿Jean? Jean, ¿estás ahí? ¿Dónde está mi hijo? ¿Y mi hijo?

La puerta de la habitación se abrió de golpe. Mi madre entró. Tenía el rostro desencajado y caminaba con lentitud.

—¡Madre, madre! —Traté de incorporarme de la cama, pero me resultó imposible. Terribles dolores me recorrieron todo el cuerpo invalidándome por completo—. ¿Dónde está mi hijo? Aún no he podido verlo.

Madre comenzó a llorar desconsoladamente.

—¡Lo siento!, ¡lo siento, hija mía!

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha ocurrido? ¡Quiero ver a mi hijo!

Traté de levantarme de nuevo, pero tampoco pude esta vez. Juanita entró en la habitación con lágrimas en los ojos.

—La bebita nació muerta, mi niña.

La sangre se me heló. El cuerpo se me volvió tumba y el mundo que

había conocido se desmoronó para siempre. Los días felices de mi vida desaparecieron, se borraron, dejaron de existir como deja el día de seguir a la noche. Fue así como el único camino que comencé a recorrer era el que me llevaba al fin del mundo. ¿Y si no podía cumplir mi sueño de ser madre? ¿Y si nunca le diera un hijo a Jean?

Los miedos y las dudas se apoderaron de mi vida durante los meses siguientes. No era feliz en aquella casa, no era feliz compartiendo mis desdichas, a las que se sumaban los escarceos de faldas de Antonio. Necesitaba huir. Seguir avanzando y renacer de aquel naufragio. Los viajes son los viajes, me dije. Y en el camino mostramos lo que somos.

Y como los males nunca llegan solos, en la ciudad de Quito se desató una terrible epidemia de cólera. Muchos de nuestros amigos murieron y otros tantos, como el doctor Serrano y su familia, decidieron marcharse a Riobamba con la intención de mejorar su situación. Padre enfermó, aunque su encomiable resistencia, junto a los cuidados del doctor, terminaron por salvarlo. Ninguno queríamos quedarnos en Quito, así que, cuando el general estuvo reestablecido, todos juntos tomamos una de las decisiones más duras de nuestra vida: vender la hacienda y trasladarnos a Riobamba, a unas treinta y cinco leguas al sur de la ciudad, un lugar de tierras fértiles y grandes oportunidades en el que comenzar de nuevo.

Jean parecía mustio en aquellos días. Le invadía una profunda tristeza tras la muerte de nuestra hija, aunque delante de mí trataba de disimularlo para evitar que me sintiera culpable. No hacía mucho había recibido noticias por carta de La Condamine, donde le explicaba sus planes de marchar a la ciudad de Cuenca para realizar unas últimas mediciones antes de regresar a Europa junto al señor Maldonado, que ostentaba el cargo de gobernador de la provincia de Esmeraldas. La Condamine contaba con él para acompañarlo y eso le hacía feliz.

—Isabel —me dijo una tarde sentados en el jardín de nuestra casa en Quito—. Una vez nos instalemos en Riobamba, tengo que marcharme a Cuenca. La Condamine me necesita. Solo serán dos o tres

meses. Hemos de terminar las mediciones. Luego él regresará a Francia.

—Pero… creía que eso ya estaba resuelto…, que la misión había terminado…

—Sí, así es. Técnicamente solo quedan unos flecos. No será por mucho tiempo, sabes que volveré. Te quiero y no puedo vivir sin ti.

Jean me abrazó con fuerza y me besó en los labios. Fue un beso feliz, consciente, sin dramas y sin miedos. Hasta que, mirándolo a los ojos, le respondí:

—Estoy embarazada de nuevo.

# XVII

Riobamba era una cuidad de dieciséis mil almas a los pies del Taita Chimborazo, el gran padre de la cordillera andina. En sus tierras vivía el pueblo de los puruhá, indígenas nativos especialistas en el bordado de tejidos, que habían sufrido la opresión de los incas y habían sido expulsados por estos antes de la llegada de los españoles. Tras la conquista, los propios españoles fundaron la ciudad de Liribamba hasta que el famoso Diego de Almagro, sobre las ruinas de la primitiva ciudad, levantó Riobamba en agosto de 1534. Esta era una hermosa urbe que había sobrevivido a continuos terremotos y violentas erupciones, cuna de artistas, músicos, artesanos y una comunidad importante de religiosos jesuitas que gestionaban los edificios más importantes de casi todo el país.

Padre adquirió una gran vivienda de piedra y de una sola planta en la plaza mayor de la ciudad para que pudiéramos vivir todos juntos. Desde mi habitación y la de Jean podía contemplarse el Chimborazo, a veces cubierto de nieve, otras solo perfilado, oculto tras la niebla, y la mayor parte altivo y desafiante, dándonos siempre la bienvenida. Sin embargo, gracias a la rápida venta de nuestra hacienda en Quito, la familia se hizo con nuevas propiedades, esta vez en Guamote, Chambo y Ainche, a poca distancia de la ciudad riobambeña. Padre comenzó, de nuevo, a contratar indígenas y esclavos para cultivar aquellas tierras, regándolas de cebada, alfalfa y patatas, que crecían con enorme rapidez y que gozaban de una calidad superior a la que lo hacían en Quito. El negocio textil también se consideraba un excelente reclamo, pues las ovejas proporcionaban una magnífica lana muy resistente y de altísima calidad que los blancos y criollos empleaban para sus vestimentas durante el frío invierno.

Me gustaba asistir a misa acompañada de la negra Juanita y de mi hermana Josefa, que ya se había convertido en una joven hermosa en edad casadera y que comenzaba a ser cortejada por algunos jóvenes de la ciudad.

Jean, entre tanto, comenzó con los preparativos de su viaje a Cuenca. Desempolvó sus antiguos cuadernos de notas y comenzó a repasar el vocabulario quechua que, hasta entonces, había recopilado. Incluso llegó a comentarme que, una vez regresáramos a Francia, tenía intención de publicarlo.

—¿A Francia? Nunca me había parado a pensar que quisieras regresar algún día a tu país.

—¿No quieres conocer Europa, Isabel? Pensaba que te gustaría…

—¡Sí, claro! Lo que ocurre es que no estaba en mis planes por el momento.

—Bueno, creo que podríamos planteárnoslo después de que naciera la criatura. —Jean acarició mi vientre con ternura—. Así nuestro hijo podría tener un futuro en París, estudiar en una buena universidad y formarse, por qué no, como científico.

—Todo eso está muy bien, pero… quizá sea una niña. —Sonreí mirándolo a los ojos.

—Pues entonces será la más bella dama de la ciudad y los más refinados y nobles caballeros, todos, ¡desearán casarse con ella!

El día de la partida de Jean, Antonio aún no había regresado de la hacienda de Guamote. Él se encargaba ahora de organizar el trabajo en nuestras recién adquiridas propiedades en un intento de padre de convertirlo en un hombre de provecho. A Jean le estarían encomendados, a su regreso, los negocios textiles, además del cobro de las alcabalas, para lo que Antonio ya había dado sobrada cuenta de su incapacidad. Por su parte, a mi hermano mayor Juan le acababan de ordenar fraile de la orden de San Agustín y se había trasladado a Quito para estudiar Teología, algo que trajo, por fin, una tremenda alegría a la familia.

—Volveré pronto —me dijo Jean antes de partir. Era el mes de febrero de 1743 y el sol brillaba limpio en medio de un cielo radiante—. Serán solo un par de meses. Antes de que nazca nuestro hijo me tendrás de vuelta a tu lado.

—Dios quiera que así sea. —El miedo hizo que apenas saliera de mi

garganta un pequeño hilo de voz, débil y tenue.

—Querrá, amor mío, querrá.

Jean me abrazó. Tenía la sensación de que nuestra vida se había convertido en una constante despedida para volver a reencontrarnos de nuevo. Un agotador y siniestro juego que nos sometía a los arbitrios del destino de forma abominable y cruel.

—Te quiero. —Esas fueron sus últimas palabras.

Y sin volver la vista atrás salió de nuestra casa con destino a Tarqui, en la provincia conquense, acompañado de dos indígenas nativos y de un par de mulas cargadas de algo de ropa, comida y numerosos libros e instrumental científico.

Mi embarazo, al menos de momento, marchaba razonablemente bien, y tanto madre como Josefa, Juanita y Joaquín me prodigaban tantos mimos y atenciones que me costaba no reprenderlos, aunque fuera de modo cariñoso. Padre, por su parte, se preocupaba por mí a su manera y me agasajaba con vestidos hermosos y sombreros de plumas venidos de Europa y dignos de una reina.

—¿Por qué no me acompañas al parque? —me preguntó Josefa una calurosa mañana del mes de marzo—. Me gustaría ver al señor Zabala. Hay una competición de juego de pelota y me ha invitado a ver el encuentro que le enfrenta al equipo de los padres jesuitas.

—¿Y desde cuándo te gusta a ti el juego de pelota, querida hermanita?

Josefa se ruborizó.

—El señor Zabala trabaja en el cabildo. Es un hombre muy amable y atento y se preocupa mucho por mi bienestar.

—¿Es que acaso te corteja? Soy tu hermana mayor y tienes que contarme esas cosas… —dije sonriendo con picardía.

—Creo que me gusta, Isabel. Y yo le gusto a él…

—¿Se lo has dicho ya a padre?

—No, aún no. Quería contártelo antes a ti.

Abracé a mi hermana con ternura. Ya era toda una mujer y ¡estaba enamorada! No pude contener la emoción. Me imaginaba a mí misma, apenas un par de años antes, entrando a la iglesia para casarme con el hombre de mi vida y cómo había cambiado todo a partir de aquel

momento. Mi ingenuidad e inocencia habían ido disminuyendo proporcionalmente al modo en que habían aumentado mis miedos e inseguridades.

—Es hermoso el amor, hermanita. No sabes lo que me alegra saber que has encontrado a la persona que te hace feliz. Dios te proteja y te otorgue la dicha que mereces.

# XVIII

Los días pasaban tranquilos, aunque seguía sin recibir noticias de Jean. Imaginaba que regresaría antes de recibir alguna carta suya, pero, desgraciadamente eso no ocurrió. Fue esta misiva la que me despertó del letargo de aquellos tiempos:

Cuenca,
3 de marzo de 1743

Querida Isabel:

Hace apenas unos días que hemos llegado a Cuenca y ya te echo terriblemente de menos. En muy poco tiempo comenzaremos con las mediciones, así que espero regresar pronto a tu lado. El señor Maldonado nos ayuda mucho con el trabajo. Es un hombre generoso, de gran inteligencia y conoce mejor que nadie estas tierras, por lo que sus enseñanzas están resultando cruciales en el desarrollo de nuestras actividades. Cuando todo esto acabe, La Condamine y él regresarán a Europa siguiendo la ruta del río Amazonas hasta desembocar en la costa atlántica. Es un camino apenas transitado y aprovecharán para cartografiar las zonas más desconocidas. Le he pedido a La Condamine que hable de mí cuando atraviese las misiones religiosas de los jesuitas españoles en el camino de regreso. Así podrán tener referencias nuestras antes de que podamos seguir esa misma ruta que nos lleve de regreso a Europa. ¿No estás deseando que eso ocurra? ¿Recuerdas que hablamos de volver a mi querida Francia?

Yo, por mi parte, estoy cada vez más interesado en la recolección de distintas especies de plantas autóctonas procedentes de estas tierras y ya tengo varias cajas repletas de hojas de canela, yute, achote y guayusa, buena parte de ellas de uso medicinal y muy útiles para paliar los males de estómago. El propio La Condamine está trabajando en el estudio de las propiedades de la corteza rojiza de un árbol llamado quino, del que se extrae la conocida quinina.

Charles-Marie cree que esta podría ayudar a curar la malaria, una enfermedad tremendamente contagiosa y muy peligrosa. ¿Te imaginas que pudiéramos dar a conocer en nuestra amada Francia todos estos descubrimientos? La utilidad que tendrían para el desarrollo de nuestra ciencia engrandecería, aún más si cabe, el nombre de nuestra nación. ¡Y yo contribuiría a ello!

Todo esto son sueños, claro está, pero un hombre debe ser capaz de volar tan alto como estos le permitan. Solo así podrá ser plenamente feliz. Tú también

formas parte de esos sueños junto a nuestros futuros hijos, así que solo espero poder volver a encontrarme contigo para seguir el camino que prometimos recorrer juntos.

Te quiere siempre,

JEAN

Mi hermana Josefa se había prometido al funcionario de origen español Antonio Zabala, mientras que Antonio seguía sin encontrar a la mujer que se convirtiera en su esposa para disgusto de madre, que veía cómo pasaba el tiempo para un hijo que sentía que se le había ido de las manos. Yo, por mi parte, esperaba el regreso de Jean tras la carta recibida desde Cuenca y deseaba volver a abrazarlo con la fuerza con la que el Chimborazo agitaba la tierra que pisaba.

Solía pasar tiempo con el doctor Serrano, que resultó ser un consuelo para mi alma. Un hombre transformador que agitaba mi mundo y me empujaba a apreciar la vida desde la libertad de sentirme única, especial, como un elemento divino y ancestral, quizá con el poder antiguo de los pueblos de los que Juanita y Joaquín hablaban en sus historias.

—Dios habita en una tierra de monstruos —me dijo una tarde en que había salvado de la muerte a una mujer que había recibido una tremenda paliza a manos de su esposo.

—Nunca estaremos a la altura de lo que Él espera de nosotros —respondí resignada y con profunda tristeza—. La humanidad es una sombra de sí misma, solo preocupada por la futilidad de las cosas, por su relatividad, sin certezas ni absolutos.

—Es la ciencia quien debe dar ahora respuestas, querida Isabel. No hay nada de concluso en Dios ni mucho menos en los hombres. Son cosas como las sucedidas hoy, independientes a mi voluntad y a mis deseos, las que me hieren y me vuelven un desalmado, un ser humano cruel y despiadado que solo desea la muerte del verdugo para convertirme yo mismo en uno.

El doctor hablaba con resentimiento. Había visto tanto sufrimiento que él también tenía derecho a sacudirse el peso del mundo que, implacable, se le descargaba sobre los hombros, aunque solo fuera por unos instantes.

—Me asusta lo que he hemos construido, Isabel. Un lugar en el que los criollos oprimen a los indígenas, los hombres a las mujeres, los sabios a los ignorantes, los libres a los esclavos. Muchas veces me gustaría huir, encerrarme en mí mismo, en una soledad buscada, donde mis emociones y sentimientos se abstrajeran sin tener nada en común con los de quienes me rodean. ¿Qué tengo yo que ver con ese desalmado al que llaman hombre al igual que lo hacen conmigo? ¿Aún no comprendes las razones que llevan a alguien a cometer esas acciones viles y cobardes sobre una mujer? ¿No te das cuenta de que son sus miedos e inseguridades, su necesidad de seguir ejerciendo el control sobre ella, los que lo convierten en un monstruo?

Había vivido tanto tiempo en la creencia de que no había indignidad en tales actos que, hasta ese momento, no me había parado a pensar en las palabras del doctor. ¿El miedo como motor transformador del ser humano en una bestia?

Yo también sentía miedo. Miedo a que Jean no regresara jamás, miedo a que mis hijos nacieran muertos, a no poder cumplir el sueño de ser madre. Miedo a la soledad, al desprecio de los otros, a la incomprensión, al desamor, a la ignorancia y a la necedad, al odio al diferente, a la muerte y al dolor.

—Y tú, Isabel, ¿qué buscas? ¿Qué sientes? ¿A qué no estarías dispuesta a renunciar nunca, aunque tu vida dependiera de ello?

Todas aquellas preguntas me desconcertaron, pero eran, en el fondo de mi corazón, las que había estado tratando de resolver desde que mi hija naciera muerta.

—Busco ese tiempo perdido del que usted habla y que ya no regresará jamás. Los días en que caminaba despreocupada sintiendo el viento golpearme el rostro con el único anhelo de ser abrazada por padre. Por eso a veces me siento desdichada y miro hacia atrás, como una espectadora privada de placeres de los que ya no gozaré jamás. Y esa pérdida es dolorosa, es cruel e insalvable. Pero no renunciaré

jamás a vivir, al recuerdo y a la memoria. Y, cuando ya no me quede nada, es a eso a lo que me aferraré, a la gloria de otros tiempos en los que fui feliz.

El doctor Serrano me abrazó con fuerza. No hubiera sido honroso que un hombre que no fuera mi marido o mi padre se mostrara así en el salón de mi hogar, a solas, pero nada me importaba.

—Mi mujer se muere. —Las lágrimas brotaron ahora a borbotones por sus mejillas—. Apenas le quedan unos días de vida. Todo lo que tengo, todo lo que soy, desaparecerá con ella. Sé que jamás volveré a ser el mismo.

—Dios mío, amigo mío. ¡Lo lamento tanto! ¡Qué cruel puede ser a veces la vida!

—Así es, Isabel. Esa de la que usted antes hablaba tampoco volverá a ser nunca lo que fue…, no para mí, no sin ella…

Solo tres días después mi hermano Juan vino desde Quito para oficiar el funeral de la señora Elvira, querida y admirada por todos y una de las mejores mujeres que había conocido en mi vida. El doctor Serrano estaba como ausente. Tenía la mirada perdida, unas terribles ojeras y un silencio mortuorio invadía el halo de dulzura que siempre irradiaba.

—Lo siento mucho, mi querido amigo. —No supe qué más decir. Era consciente de que no existía nada que pudiera consolarlo. Solamente el encontrarse con ella y abandonar para siempre este mundo tan hostil como incomprensible paliaría su sufrimiento.

—Hermosa niña —respondió con un extraño rictus—. Solo es cuestión de tiempo…, tiempo… —Y después me besó en la frente.

Un enorme vacío me invadió. Pensé en Jean. ¿Qué estaría haciendo ahora? ¿Me recordaría aún? ¿Y si había emprendido el regreso a Europa junto a La Condamine y Maldonado?

Las dudas me asaltaron. Temblaba de miedo, de incertidumbre.

—¿Estás bien, Isabel? —Mi hermana Josefa se me acercó mientras su prometido charlaba con padre justo delante de la reja de una de las capillas laterales del templo.

—Sí, solo ha sido un pequeño mareo.

—Debes descansar, hermana. En tu estado estos disgustos no son

nada recomendables.

—Pero… ¡es la esposa del doctor Serrano! ¿Es que no recuerdas todo lo que este hombre ha hecho por nosotras? Nos ha traído a todos al mundo, ha salvado la vida de padre, de Juanita…

No había terminado de pronunciar aquellas palabras cuando, de nuevo, la tristeza me heló la sangre. No había podido salvar a mi hija, pensé. Deseché en segundos aquella terrible idea. Me sentí culpable, egoísta, una ingrata desagradecida y lloré. Lloré en brazos de Josefa por la vida que se iba, por la ausencia de Jean y por la pérdida de mi mundo, ese que se desmoronaba.

Decidí retomar mis lecciones de piano. Esta vez en solitario. Me vendría bien ocupar el tiempo hasta el regreso de Jean. La música me calmaba, me entregaba generosa su fuerza, su pasión. Se colaba en mis sueños, me hacía llorar, me gritaba que me levantara. Era inesperada, poderosa, trascendente, inspiradora. En definitiva, me convertía en un ser mejor a mis ojos y a los de los otros.

Una tarde gélida con viento del este, Joaquín, madre y Josefa habían ido a la iglesia para consultar con el párroco los últimos detalles de la preparación del enlace de mi hermana pequeña. Juanita y yo nos quedamos en casa. No era conveniente que me enfriara. ¡Cuántas veces nos había dicho el doctor que uno de esos fuertes catarros podría llevarnos sin clemencia al otro mundo! No me encontraba especialmente bien, pero no era de extrañar, ya que los últimos meses de mi anterior embarazo también habían sido complicados y hacían que me sintiera siempre débil y cansada.

—Llama al doctor Serrano, por favor. No me encuentro bien —le dije a Juanita con rostro preocupado.

La criada se sobresaltó. Los años también pasaban para ella y ya no era la joven niña que entró a servir en nuestra casa cuando mis padres acababan de casarse. Se movía con cierta lentitud, arrastrando los pies con cadencia. Le costaba agacharse y, a veces, no distinguía la carne de vaca de la de cerdo cuando visitábamos los puestos del mercado. A pesar de eso, salió de casa lo más rápido que pudo y regresó con el

doctor.

Yo estaba tratando de concentrarme para aliviar el dolor, siguiendo una de las partituras que solía practicar con la señora Urquijo, pero me fue imposible emitir ni una sola nota. Me desmayé sobre el piano justo en el mismo instante en el que Juanita y el doctor atravesaron la puerta del salón principal.

Desperté sola en la cama de mi habitación. Unos ligeros y tímidos rayos de sol entraban por la ventana. Las cortinas estaban corridas y podía ver la cima del Taita Chimborazo. Me toqué el vientre. Enseguida supe que algo no iba bien.

—¡Doctor, doctor! ¡Juanita! —grité con desesperación.

Pensaba que no podría superar otra pérdida, pero se puede. Uno sigue adelante porque no hay más opciones. Así que, sin fuerzas, solo con la dignidad que me restaba, inútil, entregada al dolor que me llevaba a ninguna parte, seguí esperando el regreso de Jean solo para pedirle que me abandonara, que desechara de su mente la noble idea de convertirse en padre de unos hijos que morían con solo soñarlos. Así fue como perdí a mi segundo hijo. Otro niño muerto, otra ilusión perdida.

# XIX

Padre y Antonio pasaban la mayor parte del tiempo en nuestras propiedades en el extrarradio de la ciudad y madre y Josefa se ocupaban de llevar la casa, de tratar de animarme y de preparar el enlace de mi hermana, que apenas tendría lugar en un par de meses. El convite se celebraría en nuestra casa de Riobamba y eran muchos y muy tediosos los asuntos que ocupaban a una novia antes de la boda. Lo sabía muy bien, aunque parecía que hubieran pasado mil años desde que viera por vez primera al amor de mi vida a los pies de aquella escalera en nuestra casa de Quito.

El día que Jean regresó, el Chimborazo le dio la bienvenida con un suave rugido. Habían pasado seis meses desde su partida. Dos hermosos caballos negros cargados de sacos se apostaron a las puertas de nuestra casa y se agitaron nerviosos ante el saludo del volcán. Juanita se dirigió a la puerta de entrada, pero el joven Joaquín la adelantó por el camino, así que fue él quien finalmente abrió.

—¡Isabel! ¡Isabel! ¿Dónde estás? ¿Llego a tiempo? ¿Llego a tiempo para ver nacer a mi hijo? —Jean atravesó el recibidor con grandes y rápidas zancadas. Yo estaba sentada delante del piano—. ¡Amor mío! ¡Soy yo, estoy aquí!

Me levanté tan bruscamente que a punto estuve de tirar la banqueta al suelo.

—¡Jean! ¡Dios mío!

Corrí a abrazarlo para tratar de anclarme a la tierra que pisaba y dejar de vagar ausente por un mundo que ya nada podía ofrecerme.

—¡Eres tú! —Le acaricié la cara. Unas suaves arrugas se le marcaban ya en la frente y en las comisuras de sus hermosos labios.

Nos fundimos en un cálido beso. Sentí que aún me amaba y me culpé por ello.

—Pensaba que no me esperarías. —Jean me miraba con devoción—. Que quizá habías encontrado a otro hombre que pudiera hacerte feliz…

—¿Otro hombre, dices? Tú eres la razón de mi vida.

—Siento tanto no haber regresado antes… ¿Podrás perdonarme? Ha sido tan dura esta ausencia… Pero, dime, ¿dónde está nuestro hijo? ¿Puedo verlo? O ¿acaso está dormido?

Me senté despacio en el sofá y le pedí con un gesto dulce que ocupara un sitio a mi lado.

—Nuestro hijo no ha sobrevivido. Por eso debes dejarme. Debes comprender que todo es inútil. Nunca podré convertirme en madre.

—Pero Isabel…

Jean me abrazó con tanta fuerza que a punto estuvo de dejarme sin respiración. Me aparté de él tras unos segundos y proseguí.

—No sé si voy a ser capaz de darte hijos, amor mío. Te quiero por encima de todo y te he esperado y te esperaré siempre, pero tienes derecho a ser feliz.

—Ya lo soy, Isabel. Solo quiero amarte, estar a tu lado. Eres hermosa, vivaz, inteligente. Hasta que la muerte nos separe, ¿recuerdas?

Y me abrazó de nuevo para susurrarme al oído:

—¿Has oído el recibimiento que me ha hecho el Chimborazo? ¿No te parece hermoso?

Guardé silencio. Me levanté del sofá y me dirigí hacia el ventanal del salón. Jean me siguió y permaneció de pie, junto a mí, contemplando la cordillera. El sol seguía luciendo hermoso en lo alto del cielo y unas pequeñas nubes se desplazaron suavemente en dirección al norte.

—¿Conoces la leyenda? —dijo mientras me acariciaba con sus suaves y delicadas manos los cabellos negros.

El volcán se mostraba poderoso, erguido, perenne.

—Cuentan los nativos que, hace muchos muchos años, el Chimborazo y el Cotopaxi se enfrentaron en una batalla por la bellísima Tungurahua. En una demostración de poder y de grandeza el Chimborazo resultó vencedor, pero los Apus, los espíritus incas de las montañas, no iban a consentir que resultara tan fácil para el arrogante Chimborazo. Así, la hermosa Tungurahua comenzó a verse a escondidas con Altar, amándose en la clandestinidad, aun sabiendo las

consecuencias que podría desatar su traición. Pero Tungurahua tuvo un hijo con Chimborazo, el pequeño Pichincha, por lo que esta pudo seguir ocultando su infidelidad aún por un tiempo más.

—Es una historia curiosa —dije mientras le acariciaba el hermoso rostro.

—Chimborazo descubrió el adulterio y su furia movió el mundo, enfrentándose a muerte con Altar y destruyéndolo para siempre. La tierra se agitó con tal fuerza que los hombres y los dioses, todos, pudieron comprobar el poder del Taita. Cuentan que pasaron siglos peleando hasta que Chimborazo logró el triunfo. Pero jamás perdonó a la Mama Tungurahua. Por eso, para vengarse, la separó de su hijo y envió a este a Quito. Así, cuando el Pichincha llora en su soledad, Mama le responde con sacudidas de dolor.

—Y los seres humanos somos testigos de sus llantos como lo son los dioses de los nuestros, ¿no es cierto? —respondí.

Jean aceptó nuestro destino con entereza y se dedicó a los negocios textiles que tanto beneficio habían reportado a padre durante nuestras estancias en Otavalo y Quito. Josefa contrajo matrimonio a finales de 1744 con el señor Zabala y ambos se trasladaron a vivir a una hermosa residencia cerca de Riobamba. Parecían felices y eso me alegraba tanto que mi ánimo comenzó a recuperarse poco a poco.

Padre estaba centrado en sus tierras y Antonio seguía tratando de complacerlo dedicándose a lo que él quería: el cuidado de nuestras propiedades. Sin embargo, mi hermano pequeño no tenía la habilidad, el intelecto y la viveza del general y la mayor parte de nuestros clientes preferían tratar con padre antes de cerrar cualquier negocio de manera definitiva. Esto enfadaba enormemente a Antonio, que, en muchas ocasiones, se refugiaba en el aguardiente y en la compañía de hermosas «tapadas» para tratar de ocultar el dolor que ese desprecio le ocasionaba.

El doctor Serrano nos visitaba con frecuencia. Se había convertido en un hombre triste, cansado de vivir. Parecía un muerto, un espejismo de lo que un día fue.

—¿Cómo se encuentra esta mañana, querida? —me preguntó cuando Juanita y yo lo encontramos caminando a solas por la alameda un hermoso día de primavera.

—Todo bien, amigo mío. No sabe lo que me alegro de verlo.

—Tienes una mirada especial, Isabel. Y una sonrisa que te delata. Estás de nuevo encinta, ¿no es cierto?

El 17 de agosto de 1745 nació por fin nuestra hija María Clara Manuela. Todo había merecido la pena. Los días de incertidumbre, aquel dolor sobrehumano venido de las mismísimas fauces del infierno, mis llantos y gritos en medio de una oscuridad amenazadora ante la impávida mirada del doctor Serrano. Pero solo por verla, por abrazar su pequeño cuerpo perfumado de vida, habría combatido a muerte con el gran Chimborazo hasta caer rendida a sus pies en una súplica eterna de perdón por revelarme contra los Apus. Mi vida se renovaba ahora en la de Manuela, pero temía por ella. Era tan frágil, tan poco dispuesta para la batalla que suponía abrirse paso entre letales enemigos…

Jean la sostenía en brazos embelesado.

—Será la más reputada dama de la ciudad, aunque tenga que robar o matar —me dijo un día antes del almuerzo.

Manuela tenía el sueño ligero y aún no se había quedado dormida. A su padre le gustaba sentirla cerca y acunarla por las noches. Siempre se levantaba con buen ánimo y nunca salía de su boca ni un solo reproche por no haber podido descansar lo suficiente. Sentía auténtica adoración por ella.

—Acabará por convertirse en una niña consentida y mimada, Jean. Cuando crezca un poco deberías tratar de ser más riguroso con ella.

—Pero, Isabel, ¿le has visto las manitas? ¿Y ese pequeño hoyuelo en la parte baja de la barbilla? Es realmente bonita, amor mío.

De pronto Manuela comenzó a llorar. Jean me miró preocupado y depositó a la niña entre mis brazos. Estaba ardiendo.

—Busca a Juanita y que llame al doctor Serrano de inmediato. Tiene una fiebre altísima.

Jean salió en busca de la criada mientras yo mecía a mi hija con suavidad.

—Dios mío, no dejes que nada malo le ocurra. —Mi voz sonaba como un eco lejano. La plegaria de un pecador en medio del desierto.

Cuando el doctor Serrano terminó de asistir a la pequeña solo acertó a decir:

—Enjuaga tus lágrimas, Isabel. Y deja a un lado las súplicas desesperadas. Nada se puede hacer ya. Has de dejarla marchar. Tan fuerte es el amor como la muerte. Y ahora ha vuelto a ganar ella.

Acababa de cumplir dos años. Manuela murió el 28 de agosto del año 1747. Mi hermano Juan ofició la misa de despedida de mi hija.

—Si morimos con Él, también viviremos con Él —dijo mientras clavaba sus ojos en los míos desde el altar.

# XX

El café estaba ardiendo, así que tuvimos que esperar unos minutos hasta que se enfriara. Joaquín fue a la cocina a terminar de preparar el aguacate y los huevos revueltos para el desayuno. Jean había recibido esa mañana una carta de Francia. Era la primera vez desde que lo conocía que tenía noticias de su hogar y tuvo que contener la emoción cuando me leyó en voz alta las líneas que su hermano le había escrito:

Saint-Amand,
29 de abril de 1740

Querido Jean:

Esta mañana hemos enterrado a padre. Nada te habíamos hecho saber hasta ahora para no preocuparte, pues tampoco hubieras podido más que sufrir al estar a cientos de leguas de tu hogar. Si te sirve de consuelo, y a pesar del dolor que sé que ahora te embarga, quiero que sepas que no ha sufrido. Se ha ido en paz y después de arreglar sus cuentas pendientes con Dios y con los hombres. Madre está ahora desolada, al igual que lo estamos todos, pero el tiempo curará las heridas y nos concederá la paz que ahora anhelamos.

Como bien sabes, padre disponía de varias propiedades fértiles, la más importante y productiva nuestra querida Epourneaux. Sabes también que yo solo no podría encargarme del trabajo que lleva el mantenimiento y control de estos asuntos, por lo que sería de gran importancia que regresaras a tu hogar con nosotros, tu familia, que te sigue esperando después de transcurridos casi cinco años desde que partiste.

Marianne ha tenido un hermoso hijo, sano y fuerte. Tiene un gran parecido a ti cuando eras niño y ella le habla constantemente de su tío, un importante hombre de ciencia que ha viajado lejos, al otro extremo del mundo, y al que pronto tendrá oportunidad de conocer. Elisabeth está de nuevo encinta, algo que supone una gran alegría para todos después del sufrimiento que le causó la pérdida de su primer hijo. No hay nada más doloroso que la muerte, pero el hombre debe saber en qué mundo vive y cuáles son las fuerzas que desafían nuestra existencia.

Madre te añora y solo espera que llegue el día en que regreses y pueda abrazarte. Te echa de menos al igual que todos nosotros.

Espero que recibas esta carta a pesar de la distancia que ahora nos separa y

que podamos encontrarnos pronto para cumplir la voluntad de padre. Descanse en paz.

Un abrazo de tu hermano, que te espera,

ANTOINE AMAND

El rostro de Jean se llenó de lágrimas. Apenas podía articular palabra. ¡Eran tantos los malos momentos que habíamos tenido que padecer con la muerte de nuestros hijos! Y ahora esto. A pesar de que es ley de vida como dicen y de que la muerte roba el pensamiento a la vejez, el dolor que él sentía ahora se convertiría en costumbre, en memoria. Quizá lo bello de la vida, pensé, era precisamente que todo fuera efímero, volátil, un casual grano de trigo en mitad de un campo yermo que espera a ser trasladado a un nuevo destino tras ser mecido por el viento.

La carta había tardado casi ocho años en llegar a Riobamba. ¡Ocho años transcurridos desde la muerte de su padre! ¡Ocho años de esperar el regreso del hijo amado, del hermano perdido!

Jean llevaba días ausente. Buscaba la soledad como busca el poeta el mejor de los versos para su amada y el músico, el mejor de los acordes para su melodía. Le dejé tiempo, lo acompañé en sus silencios.

—Debo regresar a Francia, Isabel —me dijo una mañana. Apenas acababa de comenzar el verano y aún el viento golpeaba con fuerza contra los cristales de nuestra habitación.

—¿Regresar? Pero si apenas hemos pasado tiempo juntos… No quiero perderte de nuevo. ¿No te das cuenta de que no podría soportarlo?

—Eres tan fuerte, Isabel. Mucho más de lo que crees. Debes confiar en mí. Nos iremos juntos. Seguiremos la ruta de La Condamine y Maldonado. ¿Sabes que he tenido noticias gracias a mi primo Louis de que han llegado a Francia sin demasiados contratiempos? Todo saldrá bien. Viviremos en Saint-Amand y yo me encargaré de los negocios de

padre. Serás feliz allí, estoy seguro.

—Jean, han pasado casi ocho años desde que tu hermano escribiera esa carta. ¿No te das cuenta de que todo puede haber cambiado? ¿Y si esas propiedades de las que hablas ya no son vuestras?

—No lo comprendes, Isabel. La tierra es lo más valioso que puede poseer un hombre. Es la tierra lo que nos otorga fuerza, la que nos ata y nos hace libres. Yo le pertenezco como ella me pertenece a mí. Por eso debemos irnos. Vendrás conmigo, ¿verdad? Tú me amas…

—Jean, no puedo ir contigo.

—¡Claro que puedes! ¡Eres mi esposa! No debes dejarme partir solo…

—Estoy embarazada.

—¿Embarazada?

—Sí, así es. Sabes que no podría soportar un viaje tan largo en mi estado.

Jean se sentó abatido sobre el sofá y se cubrió el rostro con ambas manos.

—Tienes razón, Isabel. No quiero que sufras más por mi causa. Deseo que nuestros hijos crezcan sanos y fuertes. Me iré yo solo. No podría soportar la pérdida de otra criatura de los dos.

Caminé unos pasos en dirección al lugar donde se encontraba. Quise abrazarlo, pero no puede. El miedo y el dolor me lo impidieron. Tenía que hacerlo, debía volver a separarme de él para salvar la vida de mi hijo. Aunque tampoco eso fuera una certeza porque las certezas, como bien sabía, habían dejado de existir hacía ya mucho tiempo.

Jean comenzó a poner en marcha los preparativos de su viaje. Padre y Antonio lo ayudaron desde el principio, tomaban nota de sus necesidades, especialmente de alimentos y ropa, y organizaban en cajas el material científico y los ejemplares naturales que él mismo había ido recolectando desde el inicio de la expedición. Joaquín, siempre atento a mis necesidades, al igual que Juanita, cuidaba de cada detalle de mi alimentación y procuraba que descansase y que nada me perturbara durante este nuevo embarazo.

Por lo que me había comentado Jean, su primo Louis se encontraba en Lima y ejercía como profesor de Matemáticas en la Universidad de San Marcos, la más importante de toda Suramérica, fundada gracias a la pericia del dominico español fray Tomás de San Martín y por orden del mismísimo emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, el rey de España Carlos I. Fue Louis quien le escribió para contarle la ruta seguida por La Condamine y Maldonado y para recordarle que ambos habían dado su nombre con la intención de que lo tuvieran en cuenta los religiosos de las misiones por las que pasaría si necesitaba su ayuda en caso de que siguiera la misma ruta que ambos tomaron tiempo antes. Los científicos habían ido en dirección a Loreto, donde se encontraba una de las misiones más importantes de los padres jesuitas en la región. De ahí habían continuado hasta la desembocadura del río Amazonas, para seguir camino hasta alcanzar la Guayana. Tardaron casi ocho meses en llegar a territorio francés. Luego a Ámsterdam y después a París. En menos de un año habían logrado regresar a casa.

Esto animó especialmente a Jean, que, a pesar de que ya no era el niño al que había conocido y de contar con treinta y seis años recién cumplidos, decidió iniciar viaje de regreso a su hogar. Habían transcurrido trece años desde que llegó a estas tierras y ocho desde que nos casamos. ¡Cuántas cosas habían pasado desde entonces! Cuántos sinsabores, cuánto dolor. También hermosos momentos vividos, gratos abrazos y caricias, sonrisas y brindis por el futuro de unos hijos que aún no habían llegado.

Aquella mañana del 10 de marzo de 1749 hasta el doctor Serrano vino a despedir a Jean. Padre, madre, Antonio, Josefa y su esposo, todos querían darle un último abrazo. Juan no había podido venir desde Quito, pues sus obligaciones en la congregación le impidieron darle el último adiós. Algo que, estaba segura, lo apenaría profundamente.

Juanita y Joaquín contemplaban la escena de despedida desde la entrada de la casa.

—Suerte y ve con cuidado. —Mi padre abrazó a Jean con la misma

fuerza con la que abrazaría a cualquiera de sus hijos—. No seas imprudente y sigue siempre los consejos y enseñanzas de los nativos. Ellos conocen estas tierras mejor que nadie. Fueron ellos quienes primero las habitaron, quienes las domesticaron y las convirtieron en una parte de sí mismos.

—Así lo haré, general. Ruegue a Dios y al cielo por mí y pídale que me permita conocer a mi hijo.

—Que así sea. —Padre se retiró al interior de nuestra casa acompañado de mi hermano Antonio, que también abrazó a Jean con cariño.

Madre solo acertó a decir:

—Que el cielo te guarde y que el futuro te sea halagüeño.

Josefa lo abrazó con lágrimas en los ojos.

—Ten cuidado, Jean. Te echaremos mucho de menos.

Jean le hizo una última petición a mi hermana:

—Cuida de Isabel, te lo ruego. No dejes que nada malo le ocurra. Y si yo no lograra llegar a Europa, si una fatalidad del destino, de Dios y de los hombres hiciera que muriera, ella tiene derecho a ser feliz en otros brazos. No lo olvides nunca y haz todo lo posible para que mis plegarias se cumplan.

Josefa lloraba desconsoladamente mientras su marido la arrastraba al interior de nuestro hogar.

Juanita y Joaquín, también con lágrimas en los ojos, se despidieron de Jean con una sonrisa cálida y acompañaron a mi hermana y a Antonio hacia el interior. El doctor Serrano se acercó parsimonioso a Jean.

—Disfrute del viaje, querido amigo. Déjese llevar por los vientos y, cuando no le sean propicios, cuando llegue la desdicha y la desesperación, aprenda de lo que le rodea, adquiera sabiduría y empléela en tratar de acariciar la imposible felicidad.

—Trataré de recordar sus palabras y de seguir sus consejos, doctor. Y usted haga que mi hijo nazca. Cuide de mi esposa y otórguele la felicidad de ser madre.

—Yo no soy Dios, Jean. Soy solo un hombre. No puedo prometerle lo que me pide, pero sí puedo jurar que brindaré a Isabel buenos

momentos que consigan hacer más amable la espera y más liviana su ausencia.

Serrano le apretó las manos en señal de despedida y también se dirigió al interior de nuestra vivienda, donde ya todos esperaban.

Solo quedábamos Jean y yo. Ahí, detenidos, congelados en un mismo espacio, en un tiempo hermoso que dejaba, desde ahora, de pertenecernos.

—No estés triste, amor mío —me dijo mientras clavaba sus ojos en los míos—. Ni millones de muros del más pesado y costoso mármol podrán ser una barrera entre nosotros. Ni siquiera el mayor y más salvaje de los parajes de este mundo será impedimento para que no vuelva a encontrarme contigo. Debes prometerme que no olvidarás estas palabras.

—Lo prometo.

—Y a pesar de mi ausencia, a pesar del dolor y de la distancia, estaré contigo. Te esperaré como la arena espera la caricia de la mar, como los labios esperan la intimidad de los besos. Y así viviré con la esperanza de quererte, aunque ya no seamos los mismos que se dejan ahora.

—¡Es tan corta la felicidad, vida mía! Desearía tanto seguir teniéndote entre mis brazos y que sintieras el goce de abrazar a nuestro futuro hijo. Daría lo que fuera por que te quedaras a mi lado.

—¡No me pidas eso, Isabel! Sabes que debo marchar.

—Pero… tú vida está aquí, Jean. Con tu esposa y tu hijo…

—¡Mi familia también me necesita! Debes comprenderlo…

—¿Y yo?, ¿qué hay de mí?, ¿y de tu hijo? ¿Es que nosotros no somos tu familia?

—Sabes bien a lo que me refiero. No hagas que este momento sea aún más duro.

—Tienes razón. Perdóname. ¡Perdóname!

Me lancé a sus brazos desesperada, inundada por las lágrimas. ¿Era eso el amor? Apenas acababa de cumplir veintiún años y ya había sufrido la pérdida de varios hijos, la crueldad del abandono y, ahora, la terrible ausencia de un esposo al que amaba tanto como a mi propia vida.

—Te quiero, Isabel. Y rezaré por ti y por que nuestro hijo nazca a pesar de que sé y conozco bien el mundo que le espera. Dale armas útiles para enfrentarse a él y háblale siempre de su padre. Dile que, esté donde esté y pase lo que pase, siempre lo llevaré en mi memoria. Dile también que imaginaré su rostro, que lo abrazaré cuando sienta miedo y frío y que lo protegeré de los demonios que quieran asaltarle. Será mi más preciado tesoro, la razón de mi existencia, y por él soportaré todos los males que quieran acecharme hasta que llegue el día de poder abrazarlo.

Me acaricié el vientre y coloqué las manos de Jean sobre él.

—Vete ya, amor mío. No olvides nunca que te amamos. Abraza ese recuerdo y que sea él la razón de tu vivir. Que Dios te guarde.

Nos besamos una vez más, pero esta vez fue diferente. Los besos que damos siempre van a alguna parte, y estos se dirigían derechos al corazón de Jean.

—No me olvides —me dijo antes de desaparecer a lomos de un hermoso caballo negro como el color de mi cabello.

—No lo haré. Lo juro.

# XXI

El doctor Serrano sonreía. Hacía mucho mucho tiempo que no lo veía tan feliz. Estaba radiante y, a pesar de los hondos surcos que le recorrían ya prácticamente todo el rostro, había rejuvenecido varios años. Y todo porque había traído al mundo a mi hija, a esa criatura que recibiría el mismo nombre que la fallecida con apenas dos años y que siempre llevaría en mi memoria: Manuela.

La niña era hermosa, sana y fuerte, con unos grandes ojos negros y una piel tan suave como las piezas de porcelana que la Compañía de las Indias traía en sus barcos, también repletos de hermosas sedas que luego padre vendía a los más ilustres personajes de la región. Era el 19 de junio de 1749 y el viento comenzaba a azotar con fuerza empujado por el ímpetu milenario del Chimborazo. ¡Si Jean estuviera aquí y pudiera abrazar a su hija!

Un sentimiento de tristeza y de ligero abandono recorrió todo mi cuerpo hasta hacerlo estremecer. ¿Dónde estaría? ¿Se encontraría bien? ¿Se acordaría de nosotras? Deseché aquellos pensamientos en cuanto volví a detenerme en el rostro de Manuela. Tenía unas pequeñas orejas puntiagudas llenas de pliegues y sus manos, suaves y delicadas, se agarraban a las mías en un gesto instintivo de dulzura.

—¡Qué hermosa es! —La emoción también se dejaba ver en el rostro de mi hermana Josefa. Ella mejor que nadie sabía todo lo que había sufrido después de la muerte de varios de mis hijos.

—¡Se parece tanto a ti cuando naciste! —Madre sonreía orgullosa contemplando a la niña.

Juanita era incapaz de pronunciar palabra. Ahora creo que algo muy profundo y antiguo la invadió y que se retiró pronto, estoy segura, para honrar a sus dioses y agradecerles el milagro de la vida. Joaquín, por su parte, nos contemplaba desde la puerta de la habitación, prudente y reservado, aunque con un brillo especial en los ojos que también lo delataba.

Manuela se había convertido, desde el momento de su nacimiento,

en un vínculo, en un hilo conector entre todos nosotros que nos uniría y nos permitiría enfrentarnos a las dificultades y sinsabores de la existencia como si fuéramos uno solo. Así lo sentí en aquel momento. La fuerza de la vida se abrió paso entre mis brazos e hizo olvidar todo mi dolor y sufrimiento.

Manuela crecía sana. Era una niña muy viva y despierta y apenas lloraba por las noches. Le gustaba tener los ojos bien abiertos al mundo y parecía preguntarse, sin hablar aún, por todas las cosas y personas que la rodeaban. El doctor Serrano nos visitaba con cierta frecuencia y comprobaba siempre en esas visitas que la niña avanzaba en su crecimiento y desarrollo de modo adecuado y progresivo. Yo, por mi parte, veía cómo el tiempo pasaba y cómo Manuela ganaba en hermosura e inteligencia, pero había algo que siempre me perturbaba y no permitía mi plena felicidad. Nada sabía de Jean desde hacía dos años. ¿Y si había muerto? ¿Y si eran ciertas todas aquellas historias que padre me había contado de niña acerca de la existencia de mujeres guerreras que habitaban en los confines de la selva y degollaban a hombres curiosos, intrusos que osaban perturbar la calma de sus dominios? Cada noche rezaba por Jean y pedía a Dios que lo protegiera de cualquier infortunio y que lo devolviera a nuestro lado, pero eso no sucedió.

—¡Qué alegría volver a verte, hermana querida! —Juan me abrazó con fuerza después de haber estado un buen rato hablando con padre en el salón de nuestra casa.

Mi hermano había venido a visitarnos desde Quito para anunciarnos que había sido designado párroco en la localidad de Patallanga, a unas quince leguas de Riobamba. No tenía noticia alguna del nacimiento de mi hija, así que, sin esperarlo, se encontró con una nueva sobrina, y se alegró tanto que se le saltaron las lágrimas al contemplar cómo Manuela daba sus primeros pasos.

—Hola, pequeña. Soy tu tío Juan.

Manuela balbuceó emitiendo leves y divertidos sonidos.

—¡Cuánto tiene de ti, hermana! Y también de su padre…

Mi rostro se ensombreció de pronto y el peso de la ausencia de mi esposo aplastó de nuevo mi corazón.

—¿Has tenido alguna noticia de Jean? No sé nada de él desde que hace dos años nos dejó.

—Nada, querida Isabel. Pero estate tranquila, puedo tratar de enterarme por un compañero jesuita. Quizá haya tenido noticias de que un extranjero atravesara sus misiones en la zona de la Amazonía. No es muy frecuente que un hombre blanco vaya solo por esos lugares. Suele ser peligroso.

—¡Pero Juan! No vas a lograr que me tranquilice así… Entiende mi preocupación, tengo tanto miedo de que algo malo le haya sucedido…

—¿Sabes si poseía alguna autorización para atravesar territorios españoles y portugueses? Las cosas se están poniendo cada vez más complicadas. Tengo noticias de la firma de un acuerdo en Madrid entre el rey de España, Fernando VI, y el rey portugués, Juan V, por el que se delimitan las posesiones de ambos países en América. Portugal sale mejor parado, sin duda, y sus dominios se extienden como la pólvora hacia el sur con la intención de destruir los asentamientos de los padres jesuitas españoles…

—Nada sé de eso, hermano. Y no creo que Jean contara con ninguna autorización más que la recomendación realizada por monsieur La Condamine y por el señor Maldonado. ¿Crees que podrían retenerlo si no posee esos permisos que mencionas?

—Es muy probable, aunque son solo conjeturas, querida hermana.

Manuela se había caído al suelo, pero no parecía haberse hecho daño y había comenzado a gatear ajena a nuestra conversación.

—Debes enterarte, Juan. ¡Te lo suplico! Debes saber qué le ha sucedido a Jean… —Lo agarré de ambos brazos y lo sacudí con fuerza —. ¿No ves que debe conocer a su hija? ¡Ten piedad, por Dios te lo ruego!

—Cálmate, Isabel. —Me apartó con suavidad—. Haré todo lo que esté en mi mano. Soy tu hermano. Sabes que siempre podrás contar con mi ayuda. Siempre. —Juan me besó en la frente y, a continuación, me hizo sobre ella la señal de la cruz—. Que Dios te guarde y te proteja. —Se dirigió a Manuela, la tomó en brazos y le acarició el

rostro con dulzura—. Que Dios te acompañe a ti también, pequeña.

# XXII

Saint-Amand,
17 de junio de 1751

Querido Jean:

Hoy hemos enterrado a madre. No te imaginas lo terrible que se nos ha hecho a todos. Sin embargo, y a pesar del dolor, ya descansa junto a nuestro padre. Ahora disfrutarán eternamente de su mutua compañía y ese es el único consuelo que me permite seguir fuerte frente a la adversidad de estos días oscuros.

Me he hecho cargo de los terrenos de Epourneaux. Son muy fértiles y nos están proporcionando importantes ganancias a toda la familia. Esperé tu regreso y aún lo sigo esperando para que juntos podamos gestionar la finca que tantas alegrías dio siempre a padre. Por su memoria, por su recuerdo.

En realidad, no sé si recibes estas cartas y si llegan a ti todas estas noticias. ¡Estamos tan lejos y han pasado ya tantos años! Esta mañana, cuando nos despedíamos de madre, Elisabeth y yo nos pusimos a recordar y… ¿puedes creer que hace ya quince años que partiste? ¡Quince años, Jean! Eso es toda una vida. Y fue entonces cuando nos preguntamos si seguirías vivo, si tendrías esposa e hijos, si serías feliz… Porque eso, querido hermano, es lo que todos deseamos, tu felicidad, que siempre será la nuestra.

He tenido noticias a través de un amigo de París de que La Condamine regresó de vuestro viaje y de que tiene intención de publicar el diario que escribió estando en el Ecuador. Me han dicho también que sintió muchísimo el fallecimiento del señor Maldonado. Una auténtica desgracia con apenas cuarenta y tres años. Además, iba a ser nombrado miembro de la Royal Society londinense y tuvo que ser enterrado allí cuando le sorprendió la muerte. Porque es cierto que ¿quién de nosotros es capaz de aceptar a la parca con resignación y suficiente paz? Madre lo hizo. Siempre fue una gran mujer.

Te echamos mucho de menos y, cuando estamos todos juntos, recordamos los buenos momentos vividos.

Nosotros estamos bien y nuestros hijos crecen sanos y felices a pesar de que el tiempo golpea con fuerza y los recuerdos y la nostalgia muchas veces nos invaden. Espero que estés bien y que tú también nos recuerdes. Ojalá algún día Dios nos dé la oportunidad de volver a encontrarnos.

Escríbenos si te es posible y cuéntanos cómo te va y si vas a volver a Francia. Nada nos haría más felices.

Un abrazo de tu hermano,

¿Maldonado había muerto? ¿Y si Jean había corrido la misma suerte? ¿Qué terrible y cruel destino estaba esperándome? Estaba esperándonos a todos. No podía dejar que la familia de mi esposo siguiera sufriendo, como hacía yo ahora, la falta de noticias de un hermano al que no veían desde hacía tantos años.

Aquella hermosa mañana Manuela y yo tardamos algo más de lo previsto en volver a casa, pues nos entretuvimos contemplando algunas de las nuevas variedades de flores que habían plantado en el paseo de la alameda. Cuando regresamos, el rostro de preocupación de madre era más que evidente. Había enviado a Joaquín y a Juanita a buscarnos, pero, para colmo, eran ellos quienes aún no habían regresado.

—¡Menos mal que estáis bien! —exclamó abrazando a Manuela—. Y ¿dónde se habrán metido ahora esos dos criados?

—¿Hace mucho que se fueron, madre? Juanita no está ya para estas cosas. ¿Cómo se le ocurre mandarla a buscarnos con la poca movilidad que tiene y el cansancio que últimamente muestra?

Madre me miró con cierto desprecio.

—Ve a lavarte las manos, Manuela. Vamos a almorzar enseguida.

Manuela no dijo nada y se dirigió a la cocina con paso rápido y seguro.

—No debes reprenderme delante de tu hija. Ni delante de ella ni a sus espaldas. Soy tu madre y me merezco más respeto del que me profesas. Además, ¿qué clase de ejemplo estás dándole a Manuela?

—Pero, madre…, solo estaba preocupada por Juanita y por Joaquín y…

—Yo también estoy preocupada por ellos, pero así no conseguirás que regresen antes a casa.

—Tiene razón, lamento mucho haberle hablado así. Perdóneme, por favor.

Apenas había terminado de pronunciar aquella sentida disculpa cuando un tremendo estruendo resonó en la puerta de entrada de la casa. Madre corrió en la dirección del ruido. Yo la seguí. El negro Joaquín sostenía entre sus brazos a Juanita, que acababa de desvanecerse y yacía sobre el suelo, bajo el quicio de la puerta, con los ojos cerrados.

—¡Dios mío! —Me coloqué al lado de Joaquín y traté de sostener la cabeza de mi criada entre las manos.

En realidad, era mucho más que eso. Juanita era la persona que, desde mi nacimiento, me había acompañado generosamente en el camino de la vida. Me había confiado su saber y conocimiento y me había preparado para aceptar los envites de la existencia con fortaleza y sabiduría. Era, sin duda, junto a Jean y a mi padre, la piedra angular de todo mi ser. Creo que no lo supe hasta entonces.

—Rápido, llévala a su habitación —le dijo madre a Joaquín—. No podemos dejarla aquí.

—Llévala a la mía —repliqué—. Está más cerca y es mucho más amplia y cómoda. Vamos hacia allí, Joaquín.

Lo miré con la confianza que dan los años, con la fe que otorga el peso de la vida. Y ambos nos dirigimos sin dudar a mi cuarto. Esa especie de santuario en el que había reconocido tantas veces a la muerte, pero en el que también había disfrutado del placer del amor y del milagro de Manuela.

Juanita agonizaba. Ya llevaba unos días encontrándose mal. Yo lo sabía y por eso se lo recriminé a madre en nuestra conversación previa. Ella debía de saberlo también. ¿O es que acaso el sufrimiento ajeno podía pasar desapercibido a nuestros ojos como un mulo que se cruza en nuestro camino a casa con las alforjas rebosantes de mercancía?

La negra había servido a nuestra familia con total abnegación, entrega y fidelidad desde que apenas pudo ser consciente de la realidad del mundo. Sin un solo día de descanso, sin un segundo de sosiego ni tiempo para ella misma. Y yo, ahora, me sentía culpable por todo ello. También había sido mi responsabilidad, fruto de mi egoísmo y de las necesidades que en un tiempo creí tener y que se fueron

desvaneciendo con el peso y el paso de los años. ¡Qué bien entendía ahora lo que era la generosidad desde que me había liberado de todo el peso de mis propios deseos gracias a mi vida con Manuela!

La noche llegó pronto. Lo mismo que la parca, que, confiada y sosegada, se acercaba sin pedir permiso otra vez a los pies de aquella cama que era mía, ahora ocupada por Juanita.

No había casi luna y la habitación permanecía en penumbra. Madre estaba a mi lado y padre y Antonio, que ya habían regresado, trataban de pasar el tiempo junto a Joaquín en el salón. Manuela dormía ya en su cuarto. El reloj de cuco marcaba las diez.

—Niña… —Juanita se dirigió a mí en un susurro apenas inteligible.

—Estoy aquí, mi negra —dije mientras la tomaba de la mano.

—Confía en los dioses. Siempre te han guiado y cuidado. Tú les perteneces como la tierra pertenece al cielo y este a la eternidad. No tengas miedo, ellos dispondrán.

—Siempre has sido mi más fiel y buena compañera. Te querré siempre. Allá donde vayas estoy segura de que serás bienvenida. —Apenas tuvo fuerzas para pronunciar una última frase—: Volverás a ver a tu esposo. Son los designios de los dioses, aunque ahora no puedas comprenderlos.

Juanita exhaló su último aliento.

—¿Jean? ¿Es que aún sigue vivo? —Miré a Juanita por última vez, como implorándole una respuesta que sabía que no podría darme—. Dime, Juanita…, ¿volveré a abrazarlo? ¿Podrá conocer a su hija?

Pero ya era tarde. Madre salió de la habitación en busca de Joaquín. Padre y Antonio la acompañaron. Cuando todos entraron a darle su último adiós, yo ya había abandonado la estancia. ¡Eran tantos los recuerdos vividos a su lado! Sabía que mi vida ya no volvería a ser la misma, pero también estaba segura de que una protección especial velaría por mí y por mi hija hasta el final de mi tiempo en este mundo, así que no pude evitar considerarme una mujer afortunada. Se lo debía.

Juanita murió en el año 1756. De todas las muertes, de todas las pérdidas, de todos los dolores, este fue, sin duda, el más terrible. De pronto me sentí huérfana, completamente sola. Como un espectro

vagabundo que ya no tiene nada más que hacer sobre esta tierra, pero que no puede terminar de abandonarla del todo. Manuela era la única que me permitía seguir viviendo. Ni siquiera el recuerdo de Jean merecía ya la pena. Al menos su familia en Francia sabría que había tenido una hija y que una mujer lo había esperado como la planta seca espera la lluvia para renacer de nuevo. ¡Ojalá algún día llegara la respuesta que escribí a aquella hermosa carta! Pero, para mi desgracia, la vida debía continuar. Y eso hizo. Impasible, implacable. Cruel.

Poco tiempo después de la muerte de Juanita, padre le compró unas tierras delante de la iglesia de la Concepción de Riobamba al general Manuel de Jijón y León. Así, Antonio y él podrían estar más cerca de casa, pues madre comenzaba a padecer leves pérdidas de memoria que nos preocupaban a todos. Había dejado de coser (una de sus principales aficiones) y ya no mostraba ningún interés por reunirse con su ilustre círculo de amigas para conversar sobre los asuntos más candentes de la ciudad. Se había convertido en una mujer triste y apática que solo esperaba la hora del almuerzo y de la cena para degustar los menús que previamente había seleccionado, cada vez más extravagantes e ilógicos.

—Isabel, estoy preocupado por madre.

Antonio estaba serio. Me había esperado la tarde del domingo a la salida de la iglesia de la Inmaculada Concepción y caminaba junto a Manuela y junto a mí en dirección a casa.

—Llevo tiempo viéndola distinta. ¿Crees que ha enfermado? No parece la misma…

—He pensado que sería conveniente avisar al doctor Serrano. Se lo comenté a padre hace días, pero no quiere ni oír hablar del asunto.

—Sí, creo que es mejor que la vea el doctor. Parece que haya envejecido años…

—Pero tú también debes hablar con padre, Antonio. Debes hacerle tratar de comprender que madre está enferma. Me preocupa que no quiera aceptarlo y que siga comportándose como si nada de esto

ocurriera.

—Pero… es lógico, hermana. Los seres humanos huimos del dolor y del sufrimiento. ¡No imaginas las veces que me he refugiado en los lugares más miserables y crueles de esta ciudad precisamente para escapar de la vida! Y sin embargo…

—Y sin embargo, la vida te buscó de nuevo y se colocó delante para mostrarte que no serviría de nada, ¿no es así?

Antonio se detuvo y me miró con tristeza. Tomó a Manuela de la mano y siguió avanzando sin decir nada. Él también había envejecido. Para todos había pasado el tiempo, incluso para el camino que nos conducía de la iglesia a casa. Cada vez con menos piedras y barro, parecía hasta más civilizado.

Aquella noche madre se había acostado pronto y padre estaba leyendo en el salón. Antonio y yo nos unimos a él mientras el negro Joaquín se llevaba a Manuela a la cocina para que comiera algo.

—La situación se complica. Los indígenas se han sublevado en todo el norte y exigen el fin de la mita. No comprendo de qué modo podemos hacer más productivas nuestras tierras si no son ellos quienes la trabajan. Además, ¿cómo piensan pagar los tributos cada vez más elevados que nos exige a todos la Corona española? —Padre hablaba con preocupación sin levantar los ojos del libro que tenía entre ambas manos.

—Es realmente lamentable. ¿A dónde vamos a llegar? ¿Es que quieren los indígenas que seamos nosotros quienes trabajemos nuestra propia tierra? Hasta dicen que tienen intención de reclamar beneficios sobre ella si la cultivan, ¡e incluso sueñan con convertirse ellos mismos en propietarios! El mundo ha cambiado tanto… —Antonio suspiró con nostalgia.

—Pero ¿es tan terrible que quien trabaja quiera obtener un rendimiento por el esfuerzo realizado? —pregunté mirando a Antonio —. No creo que sea tan descabellado pensar que todas las personas puedan poseer tierras y trabajarlas…

—Ja, ja, ja. —Mi hermano lanzó una estrepitosa carcajada al aire—. Será mejor que no digas tonterías, hermanita. Estas no son cosas de mujeres.

—Sí, Antonio, es cierto que quizá no sean cosas de mujeres, pero yo tengo una opinión sobre este tema y, aunque no sea igual de válida que la tuya, me gustaría que fuese escuchada y respetada.

Padre sonrió y me guiñó un ojo desde el sofá.

—He tenido noticias de vuestro hermano Juan por carta. Parece que también por allí las cosas están revueltas. Las misiones españolas están cada vez en peores condiciones y no es fácil en algunos lugares evangelizar a los indígenas. Todo se ha complicado cada vez más…

—¿Juan? ¡Qué alegría! ¡Ojalá pueda darme alguna noticia de Jean! Quizá sepa algo… ¿Ha mencionado a Jean en su carta?

—Pero, hija mía…, hace ya siete años que no hemos tenido noticias de él… No creo que Juan sepa nada. Solo espero que con suerte Jean esté ya en Francia disfrutando de su familia.

—¿Su familia? ¡Su familia somos Manuela y yo! —grité con desesperación.

—Cálmate, Isabel. Padre tiene razón. Es muy poco probable que vayas a…

—¡Basta! Jean me escribirá, me hará alguna señal… ¿O es que no merezco de mi esposo ni una carta para decirme que está bien y que ha regresado sano y salvo? Además, debe saber que su hija ha nacido…

En ese mismo instante, Manuela asomó su dulce rostro por la puerta del salón.

—Madre, ya he terminado la cena.

—Ve a tu cuarto, pequeña. Ahora iré a acostarte.

Manuela besó a su abuelo y a su tío Antonio en la mejilla y caminó risueña hacia su habitación.

Me gustaba arroparla por las noches, dedicarme por entero a su educación y no dejarla siempre en manos de las criadas. Por eso no tardé en salir en su busca para acompañarla antes de dormir. La acosté y la besé con dulzura mientras cerraba sus pequeños ojos. No quedaba mucho para que se apartara de mi lado como yo lo había hecho años antes. Debía formarse con las religiosas del convento de Santa Clara de Quito y el tiempo de su partida ya casi había llegado. Mi hermano Juan había hecho todas las gestiones necesarias para facilitar su

admisión y, en una de las últimas cartas que padre había recibido de él, dejaba claro que vendría a recogerla en el verano de 1757.

# XXIII

Es curioso darse cuenta de lo rápido que pasa el tiempo cuando queremos que los segundos duren años y los años, siglos. Fue así como llegó ese verano y como madre se fue difuminando, desapareciendo. Padre se tapó los ojos con la venda del amor que ciega, que va matando poco a poco la lucidez de la que un día disfrutó. Antonio tampoco supo avanzar, pero fue a su modo, anclado en la preocupación de ver que algo sucedía y que ese algo terminaría por convertir su vida en peor de lo que era. Imagino que madre llegó a pensar que nunca lo vería casado, con una buena y tierna esposa a la que amar por las noches y a la que agasajar con cumplidos si el almuerzo estaba en su punto y bien servido. Pequeños grandes triunfos.

Aquella hermosa mañana de verano ayudé a Manuela a terminar de preparar su equipaje. ¡Qué difícil es separarse de las personas a las que se ama! ¿Por qué costará tanto dejarlas marchar a pesar de que sabes con certeza que la partida será mejor que mantenerlas a tu lado? Pequeñas grandes miserias.

Recuerdo que me quedé mirándola durante unos minutos. Sus manos ordenaban con minuciosidad las faldas y vestidos a una velocidad increíble y los ojos le brillaban con el ímpetu y la curiosidad de la juventud.

—Disfruta del viaje, hija mía —le dije.

—¡Sí! ¡Qué ganas tengo de conocer Quito, madre!

El camino que ahora tenía que recorrer Manuela acababa de comenzar. Dios quisiera que fuera largo, próspero y lleno de dicha, aunque por propia experiencia sabía que el dolor llegaría, como también las pérdidas. No solo la de su padre.

—Cuando termines, ven a buscarme al salón. Tengo aún que hablar con el tío Juan antes de dejarte ir… —Le guiñé un ojo en señal de

complicidad y salí de la habitación para encontrarme con mi hermano.

Juan estaba charlando con padre y con Antonio sobre la situación que se vivía en las misiones españolas en la zona de la entrada a la Amazonía y de cómo en Europa se había desatado una guerra que estaba enfrentando a Inglaterra y a Prusia contra Francia, Rusia, Suecia y Austria.

Se rumoreaba que España terminaría también por entrar en el conflicto a causa de los constantes agravios que estaba sufriendo por parte de los ingleses, cuyos bárbaros piratas apresaban barcos españoles a diestro y siniestro. Y lo peor de todo para nuestros intereses era que Portugal parecía tener la intención de unirse a los ingleses y enfrentarse también a España por sus territorios allende los mares.

—Juan, ¿puedo hablar contigo a solas unos minutos?

—Claro. —Mi hermano me acompañó hasta la cocina.

Joaquín y las otras dos criadas se retiraron respetuosamente al vernos entrar y nos dejaron solos.

—Yo también quería hablarte, pero sobra decirte que cuidaré de tu hija, mi sobrina, con todo el cariño de este mundo y que le brindaré siempre mi ayuda y mis consejos. Solo en la fe del Señor uno puede encontrar la salvación. Ya lo sabes.

—Lo sé, hermano. Y también sé que cuidarás de ella. Eres bueno y sabio y dejo en tus manos el más preciado de mis tesoros. Sé que también habrá de sufrir las desdichas y los golpes, aunque le pediré a Dios que sean lo menos dolorosos posible y que le permitan acoger la cruz con humildad y sabiduría. Pero no es eso lo que quería comentarte… Se trata de Jean…

—Sí, precisamente de él quería hablarte. He tenido noticias suyas.

—¿De Jean? Pero ¿cómo no me lo has dicho antes? —Estaba tan emocionada que las palabras salían a trompicones de mis labios—. ¿Se encuentra bien? ¿Ha llegado ya a Francia? ¿Por qué no hemos sabido nada hasta ahora? ¿Le ha ocurrido algo? ¡Dime! ¡Dime algo, te lo suplico!

—¡Cálmate, Isabel! Calma. Tranquilízate. Te contaré lo que sé, pero no debes alterarte tanto o terminará por darte un ataque al corazón…

—Yo ya no tengo corazón, querido hermano —respondí con enorme tristeza mientras me dejaba caer, abatida, en una de las sillas de enea trenzada de la cocina—. Dejó de latir con cada hijo muerto, con cada batalla perdida.

—No te martirices más, Isabel. Los seres humanos más capaces son quienes han de soportar sobre los hombros las mayores glorias y las más pesadas desdichas. Así viene escrito desde lo alto.

—Pero dime ahora qué sabes de mi esposo.

—Llegó a las misiones jesuitas españolas de la alta Amazonía por los ríos Bonanza, Pastaza y Marañón. De ahí parece que fue visto en Pará. Comentó a los religiosos que tenía intención de arribar a Cayena por Macapa bordeando la orilla izquierda del Amazonas. El problema es que no lleva autorización portuguesa que le permita atravesar sus tierras…

—Entonces ¡aún no ha llegado a Francia! ¡Dios mío!

—Todo se ha complicado mucho, Isabel. Como antes les decía a padre y a Antonio, la guerra ha estallado y Portugal se muestra del bando contrario a los españoles. Las misiones jesuitas penden de un hilo y el rey Fernando VI está muy preocupado por la salud de su esposa y apenas se encarga de los asuntos del trono.

—¿Qué quieres decir entonces?

—Pues que, probablemente, deba esperar en Cayena a que los tiempos mejoren…

—Todo esto es una locura, hermano. Tantos años de ausencia y ni siquiera Jean ha podido reencontrarse con los suyos en Europa ni tampoco conocer a su hija…

—Debes tener paciencia, Isabel. Al menos sabemos que vive y que está bien. Quizá incluso él haya podido saber de algún modo que su hija ha nacido. Si yo he conocido todo esto que te cuento, no es descabellado que hasta el lugar en que se encuentra hayan llegado también noticias nuestras.

—Sí, es el único consuelo que me queda. Ojalá aún nos recuerde… —Miré a Juan para hacerle una última petición—. Hazme saber cualquier información nueva que recibas sobre Jean, hermano. Malo o bueno, he de conocer qué ha sido de mi esposo.

# XXIV

El doctor Serrano vino a visitar a madre. Llevaba días en la cama desganada, sin querer comer y con un gesto ausente en su rostro, ligeramente aniñado, que me despertaba una inmensa ternura. Padre y Antonio habían marchado a cobrar algunas alcabalas pendientes en la zona de la colina y yo me quedé charlando un rato con él. Hacía mucho que no hablábamos y echaba de menos sus sabios y cariñosos consejos, sus palabras reflexivas llenas de sensibilidad y de dolor, pero a la vez sanadoras y hermosas.

—Tu madre se apaga, querida niña. —El doctor no era un hombre dado a andarse por las ramas—. Ha sido una mujer fuerte, inteligente y capaz. Pero apenas queda ya nada de ella. Es cruel ver cómo el tiempo borra hasta nuestra memoria. Nunca había visto algo así de devastador.

—Yo vivo de mis recuerdos, doctor. No podría ni imaginar que, de golpe, desaparecieran de mi mente como desaparece el sol oculto entre las nubes. Ellos son la luz de mi vida, la memoria de los días felices…

—Esa luz es oscuridad en tu madre. Aunque quizá exista un universo secreto, una pequeña parte de ese todo al que no hemos llegado y por el que ella transite libre de pesares y de cargas. Sabemos tan poco de la vida y, a pesar de todo, la vivimos con la única meta de alcanzar la muerte. ¿No es extraño?

—Así es, doctor. Y a medida que avanzamos solo anhelamos morir en paz con Dios y con los otros. Ser acunados por el silencio del universo.

—Debemos admitir que siempre estamos en una constante búsqueda, Isabel. Buscamos el amor, la aceptación, el reconocimiento, la gloria, la sabiduría, la comprensión de los otros, la belleza…, por eso siempre seremos infelices. Pero, del mismo modo, esa búsqueda constante es la que nos permite transitar por este mundo de dolor y de pérdida. ¿No es todo ello una contradicción?

—Yo lloro tantas veces por lo que pudo ser y no fue, querido amigo. Por el conjunto de imposibilidades que han ocupado mi vida. Pero no tengo regazo sobre el que descargar mis desdichas porque tampoco tengo a nadie que me arrulle y me lea viejas historias de tiempos pasados como hacía Juanita. ¿Es normal el sufrimiento entonces?

—Es normal llenar el pensamiento de nostalgia, Isabel. Y así es como se extiende el silencio. Pero dejemos de perdernos en paisajes que ahora no deben ocuparnos. Es tiempo de que tu madre descanse rodeada de los suyos. Hay que recorrer ese camino también, Isabel. El de la renuncia.

Madre murió el día de Nochebuena de 1757 y todos comprendimos bien lo que el doctor Serrano me había anunciado en nuestra conversación solo unos días antes. Padre renunció a su esposa y a la seguridad de volver a un hogar conocido, espejo de su juventud y del amor pasado, transformado, convertido. Antonio renunció al calor de la semejanza, de la inmovilidad del todo, renunció al niño inseguro y dócil que no quería crecer. Y yo, yo renuncié a la pronunciación de un nombre, a permanecer al sol cosiendo recuerdos, a acercarme a la cocina para probar el siguiente plato.

Dolía como escuchar la verdad que no se pide.

Volvieron las emociones confusas, las habitaciones vacías.

Hacía tiempo que no era yo. Sin Manuela, sin Jean, sin madre.

Tampoco sabía si alguien lo distinguía.

Cuanto más vivía, más cerca estaba de la incertidumbre.

Casi lloré otra vez.

Y así corrió el tiempo. Impasible. Apretado. Suicida.

# XXV

Quizá porque compartían el mismo nombre. Esa pudo ser la razón por la que tomé a mi servicio a una jovencísima Juanita. Era casi una niña, una mestiza que se había quedado huérfana y vivía con las religiosas de la Concepción. Con ellas había aprendido a leer, a escribir y a profesar una profunda devoción por Nuestro Señor del Buen Suceso. Por eso decidí que me acompañara a la procesión que, durante todos los meses de abril, se celebraba en Riobamba. ¡Cómo hubieran disfrutado madre y la vieja Juanita de tan fantástico acontecimiento!

El cabildo de la ciudad autorizaba, durante la celebración, la iluminación con candelas de toda la plaza y permitía también que, en el interior de las viviendas, se encendiesen velas para conmemorar la llegada de Cristo a la ciudad. Autoridades locales, músicos, artesanos, religiosos y gente corriente acudían en masa a ver pasar a Nuestro Señor con la intención de rogarle por la salud de sus seres queridos y agradecerle los favores recibidos.

—Estás más hermosa que nunca aun con las lágrimas corriendo por tus mejillas, Isabel.

Giré el rostro hacia mi derecha para ver de dónde procedían aquellas palabras. Esa voz me resultaba familiar.

—Me alegra mucho volver a verte —dijo.

El rostro de Francisco apenas había cambiado desde la última vez que lo vi. Hacía ya muchos años de eso, pero su cabello lucía hermoso y sus ojos brillaban como la luna llena en una noche en calma.

—Yo también me alegro de verte —acerté a decir. No podía creer que estuviera aquí, otra vez en Riobamba.

—Ha pasado mucho tiempo, ¿verdad? No he podido olvidar la última vez que nos vimos, tu rechazo, mi profundo dolor… Aún se me resiente por ello el corazón… Yo… no he conseguido sacarte de mis pensamientos, Isabel. Por eso estoy aquí.

—Pero Francisco. Todo ha cambiado mucho. Soy una mujer casada,

tengo una hermosa hija…

Juanita permanecía a mi lado sin pronunciar ni una sola palabra. Estaba perpleja, pero, aun así, se mantuvo callada.

—Lo sé. Y sé también que hace años esperas a un esposo que nunca regresará a tu lado. Yo podría cuidar de ti, convertirte de nuevo en una mujer feliz. Aún estamos a tiempo.

La gente se agolpaba a nuestro lado para poder ver pasar al Cristo. Una mujer gruesa, mucho más alta que yo y mucho más fornida, me empujó tratando de abrirse hueco entre la multitud.

—Tenga cuidado —le dije intentando zafarme de sus embestidas.

La mujer refunfuñó primero para, a continuación, pronunciar algunas palabras en voz baja que no fui capaz de descifrar. Luego se mezcló entre el barullo para terminar desapareciendo de mi vista.

Francisco seguía allí, de pie. A mi lado. Vestía una hermosa camisa blanca bajo un chaleco color verde oscuro ribeteado en los puños por varias tiras paralelas de color carmesí. Los pantalones, de la misma tonalidad que el chaleco, dejaban entrever unas botas altas de cuero marrón cubiertas del polvo del camino. En su mano portaba un hermoso sombrero también de color marrón que acariciaba inquieto mientras hablaba.

—Merecemos ser felices, Isabel —dijo mirándome a los ojos en un susurro para que nadie pudiera oírlo.

—Sabes bien, al igual que yo, que eso no puede ser, Francisco. Amo a mi esposo más que a mi propia vida y lo esperaré siempre. Mi corazón nunca podría pertenecer a otro hombre.

—Entonces ¿no hay nada más que yo pueda decir o hacer para que recapacites en tu loca idea de esperar lo imposible? ¿Es que no te das cuenta de que estás desperdiciando la vida? ¡Tu hija necesita un padre, por el amor de Dios!

Francisco alzó la voz y dos mujeres jóvenes nos miraron de soslayo mientras trataban de seguir las oraciones que, en voz alta, pronunciaban los religiosos que acompañaban a Nuestro Señor a su paso por la plaza de la Merced.

—Te lo ruego, no insistas más. —Mi voz sonaba triste, cansada, no quería volver a herirlo, pero ya era demasiado tarde para eso.

—Que así sea entonces.

Juanita estornudó y se fue a limpiar al mandil que le colgaba de la cintura. Yo me entretuve contemplando su rostro infantil unos segundos. ¡Me recordaba tanto a Manuela! Cuando volví la vista para tratar de localizar a Francisco, ya había desaparecido. Lo busqué alzando el cuello lo más que me permitía la estatura, pero todo fue inútil. No había ni rastro de él. Parecía que se lo hubiese tragado la tierra. Aquella fue la última vez que lo vi.

# XXVI

Mi hermano Antonio terminó por casarse con una mujer piadosa, hija de un comerciante amigo de padre, llamada Marcelina Vallejo. Era alta y esbelta, de cabellos negros y lacios que le caían por la cintura y de manos delicadas y firmes. Padre estaba feliz. Parecía que al fin su hijo más díscolo había sentado la cabeza. La alegría fue ya completa cuando una tarde de primavera nos comunicó que iba a ser padre. Marcelina estaba embarazada de su primogénito y Antonio no podía contener la enorme felicidad que la noticia le producía. Desde luego era un hombre nuevo.

—¡Un hijo, hermanita! ¡Voy a tener un hijo! —Antonio me abrazó con fuerza mientras daba pequeños saltos a mi alrededor.

—¡Qué enorme alegría! Un hijo es una bendición del cielo —dije besándolo con cariño en la mejilla.

—Será un niño despierto y jovial. ¡Y tan hermoso como su madre! Y, cuando crezca, viajaremos a Europa para que pueda estudiar y formarse allí.

De pronto recordé a Jean. El rostro se me ensombreció y la sonrisa se me transformó en una mueca dolorosa y extraña. Sentí la soledad una vez más. Un pinchazo seco, punzante, que se clavaba consciente en mi estómago para terminar ahogándome la garganta.

Los días pasaban lentos y, a pesar de que seguía disfrutando de la compañía del doctor Serrano, sus visitas cada vez se hacían más cortas y espaciadas. Era ya un hombre mayor y, aunque su estado de salud era excelente, se cansaba a menudo de hablar. Yo, por mi parte, me convertí en una persona huraña. Disfrutaba de una soledad buscada y pasaba muchas noches con los ojos abiertos en la oscuridad de mi habitación. Caminaba pensativa recorriendo los verdes valles que rodeaban la ciudad y veía como la gente murmuraba a mi paso, probablemente compadeciéndose de mi desdichado destino al ser abandonada por un francés que regresó a su tierra después de haberme hecho varios hijos, todos ellos ya muertos a excepción de

Manuela. A fin de cuentas, madre acabó por tener razón. Quizá tuviera la intención de regresar desde el otro lado solo para decirme «¿Ves? ¡Te lo advertí!».

Padre y Antonio continuaban recaudando alcabalas y la vida transcurría sin demasiados sobresaltos. Manuela se encontraba feliz en el convento de Quito y ya había recibido de ella tres cartas en las que me narraba sus relaciones de amistad con el resto de compañeras y en las que me contaba cómo se divertía cantando en el coro o perfeccionando su francés, materia en la que siempre obtenía las mejores calificaciones de su clase. En la última de sus misivas me anunciaba que no tardaría mucho en regresar a casa, así que los meses anteriores a su vuelta fueron mucho más animados y felices. No hacía otra cosa que pensar en ella, en cómo habría crecido. ¡Ya sería una mujer! Casi tendría la edad con la que yo me casé con su padre. ¡Cómo pasaba el tiempo y qué rápido los hijos partían de nuestro lado!

Aquel bendito día, el sonoro trote de dos caballos pardos hizo que Joaquín, la pequeña Juanita y el resto de los criados salieran a recibir a mi hija y a mi hermano Juan. Escuché ruidos y pisadas apresuradas, así que me até el cabello en una coleta con un hermoso lazo verde que de niña solía prestar a mi querida hermana Josefa y salí corriendo de mi habitación en dirección a la puerta de entrada. Manuela lucía más hermosa que nunca. Había crecido mucho. Era una mujer esbelta y delicada que ya me superaba en altura. Su sonrisa brillaba de emoción al igual que lo hacían sus hermosos ojos de negras y largas pestañas.

—¡Madre! ¡Madre! —Manuela corrió a abrazarme al tiempo que gritaba y alzaba los brazos—. ¡Ya estoy aquí, contigo!

Sentí que de nuevo el mundo giraba bajo mis pies, que todas las cosas recobraban un sentido del que antes carecían.

—¡Mi pequeña! ¡Has vuelto! ¡Gracias al cielo!

Juan contemplaba la escena en medio de ambos caballos. Parecía cansado, pero su mirada denotaba una clara emoción. Mi única hija había regresado a casa y mi hermano sabía de la enorme relevancia

que aquel acontecimiento suponía para mí. Me devolvía a una vida que había comenzado a detestar.

—Ven, entra a casa. Estarás agotada. Joaquín os preparará algo de comer —dije mirando a mi hermano y haciéndole gestos también a él para que entrase—. No sabéis la alegría que me da veros a los dos sanos y salvos.

Los criados descargaron las pertenencias de ambos y las introdujeron en casa mientras Juan y Manuela se dirigían a la cocina acompañados de Joaquín. Juanita calentaba un puchero de sopa de cerdo y ternera.

—Esta es nuestra nueva criada. Es una chiquilla encantadora. Se llama Juanita.

Manuela me miró con rostro de sorpresa.

—Será entonces como nuestra otra Juanita. La que se fue al cielo, ¿verdad?

Apenas pude tragar saliva para responder. El recuerdo de mi negra me asfixiaba.

—Sí, mi amor. Es ella quien nos la ha enviado desde arriba.

La pequeña Juanita sonrió mientras continuaba revolviendo aquel suculento puchero que olía a gloria bendita.

Juan comió con avidez y dio buena cuenta de aquel manjar en apenas unos minutos, pero me pareció que estaba serio, preocupado. Quizá fuera el cansancio del viaje. Manuela, más jovial, nos contaba su experiencia con las religiosas e incluso alguna aventura nocturna en la que trató de asustar a la madre superiora escondida tras un armario en mitad de la noche.

—¡Hubieras podido matarla del susto, hija!

Todos reímos felices con las tropelías de Manuela.

Después de comer, ella se retiró a su habitación para descansar un poco del viaje y ordenar algunos de sus enseres en la habitación que había dejado vacía durante los casi cinco años que había durado su formación en Quito. Juan continuaba serio.

—¿Podemos hablar en el salón?

—Sí, claro. ¿Ocurre algo, hermano?

Juan avanzó con paso firme y cerró la puerta tras ambos antes de

comenzar a hablar.

—He escuchado rumores de que una galeota de bandera portuguesa espera en Loreto para recogeros a ti y a Manuela y llevaros junto a Jean.

—¿Jean dices? ¿Está aquí, vivo? ¡Llevo años sin tener noticias suyas! ¿Cómo es posible? ¿Estás seguro de eso?

—Sí, Isabel. Algunos compañeros de la misión de los jesuitas lo han visto. Dicen que se encuentra en Cayena, en territorio francés. Parece que no puede obtener los permisos que necesita para regresar a Europa.

—¿Permisos? ¡Dios mío! Entonces ¿de qué modo podremos nosotras partir en su busca? ¿Y si todo no son más que rumores y no es Jean a quien han visto?

—Es lo único que puedo decirte, hermana. Cuentan que tiene buenas relaciones con los portugueses y que podría estar esperando a que tomarais esa galeota en Loreto para encontraros con él en Cayena.

—¡Por Dios bendito, Juan! Si así es, iremos de inmediato a reunirnos con él. Creí que jamás volvería a verlo…

Me brotaron lágrimas a borbotones hasta inundarme las mejillas. Juan me abrazó.

—Temo por ti y por Manuela. ¿Y si solo fueran rumores? ¿Sabes el peligro que un viaje así entraña para ambas? Es demasiado arriesgado…

—Pues enviaré a Joaquín y a otros dos de mis criados a Loreto para que sea él quien me confirme la noticia. No confío en nadie más aquí. Padre no tiene edad para realizar el viaje y Antonio no puede abandonar a su esposa y a su pequeño hijo recién nacido.

—Creo que es una decisión acertada, hermana. No tardarán más de dos meses en llegar, si todo va bien y sin contratiempos. Dile que allí busque al padre San José. Es mi contacto en Loreto. Si son ciertas las noticias que he recibido, pronto lo sabremos.

—He esperado tanto tiempo, Juan… En realidad, llevo casi toda mi vida haciéndolo. Creo que no sé hacer otra cosa.

Joaquín partió en enero de 1767 en dirección a Loreto acompañado de varios nativos. Debía averiguar si, en efecto, una galeota esperaba mi llegada y la de Manuela para encontrarnos, por fin, con mi amado esposo.

El tiempo de espera se hizo largo. Veía con frecuencia a mi hermana Josefa y disfrutaba del cariño de mis tres sobrinos, que crecían sanos y fuertes. No había día que mi hija y yo dejáramos de visitar la iglesia de la Merced para pedirle a la Virgen que nos permitiera abrazar a un marido al que apenas recordaba y a un padre al que Manuela ni siquiera conocía. Pero nuestras plegarias resultaron en vano.

No habían pasado ni tres semanas desde que Joaquín y el resto del grupo partieran de Riobamba cuando varias mulas se abrieron paso hasta la entrada de nuestra casa. Esta vez fue padre quien salió a recibirlos. Había envejecido, pero su porte de general y sus dotes naturales de mando aún seguían intactos. Manuela y yo permanecimos inmóviles bajo el quicio de la puerta. Ahora creo que ninguna de las dos tuvo el valor suficiente para enfrentarse a lo que estábamos a punto de escuchar.

—¿Cómo es que ya habéis regresado? ¿Ha sucedido algo? Habla, Joaquín.

El negro se retiró el sombrero que le cubría la cabeza. Hacía un sol de justicia y la humedad le empapaba la frente sin misericordia.

—Verá, señor. Al poco de partir en dirección a Loreto, unos hombres blancos nos detuvieron en el camino y nos pidieron papeles que dijeran que podíamos atravesar esas tierras. Papeles que explicaran a dónde íbamos y para qué.

—¡Maldita sea! Está claro que la situación se complica y que, dentro de poco, seremos rehenes en nuestra propia tierra.

Manuela, que había estado escuchando la conversación al igual que yo, comenzó a llorar desconsoladamente.

—¡Nunca podré conocer a padre! ¡Dios no es justo con nosotras! —Su llanto desgarraba el alma.

—No hables así, hija mía. Prepararemos esos documentos y Joaquín emprenderá de nuevo el viaje a Loreto. Todo saldrá bien. Debes confiar en mí.

—Pero… Son tantos años de espera, madre. ¿Cree de veras que podré abrazar a padre algún día? Siento que moriré sin poder hacerlo, que mi vida se apagará y que no sentiré el calor de su presencia ni la ternura de sus besos…

—No digas eso, Manuela. Ni lo menciones, te lo suplico. Nada malo te ocurrirá y pronto estaremos los tres juntos rumbo a Europa. Ya falta cada vez menos.

Padre tomó ahora la palabra.

—Preparemos los documentos y conseguiré las autorizaciones que sean necesarias. Mañana a primera hora hablaré con el cabildo. Será cuestión de días.

Miré a padre con ternura.

—Lo sé, padre. Y agradezco su ayuda y consideración. Es usted el mejor hombre que he conocido.

Cuarenta y siete días tuvieron que pasar hasta que padre logró todos los permisos y autorizaciones que permitieron a Joaquín y al resto de miembros de la comitiva emprender, una vez más, el viaje a Loreto. Era ya el mes de marzo.

Llevábamos casi treinta días sin tener noticias de Antonio. Tan centrados estábamos en el asunto del viaje del negro Joaquín que apenas reparamos en los problemas que mi hermano pequeño parecía tener con el pago de las alcabalas, a lo que ya hacía algún tiempo que se dedicaba en solitario, aunque padre solía estar encima cuando las cosas se complicaban. Su debilidad de carácter siempre le había traído problemas, y esta vez no iba a ser menos.

A través de un importante comerciante de la ciudad, padre recibió noticias descorazonadoras respecto a Antonio. Había dejado de cobrar algunos impuestos en el tiempo y forma establecidos por las ordenanzas de la metrópoli y ahora era él quien debía hacerse cargo del pago de las deudas contraídas con la Corona. Antonio era del todo insolvente y no podía enfrentarse a tan altas penalizaciones, por lo que, tal y como a padre le habían trasladado, no tendría más remedio que entrar en prisión durante algún tiempo. Esto vino a mermar la

salud del general de manera drástica. Envejeció años y tardó varios días en reponerse de la noticia a pesar de su determinación y fortaleza.

—Mi hijo preso —me dijo un día—. Jamás hubiera pensado que eso podría suceder.

No supe qué decir.

—¿Qué he hecho mal, hija mía? Dime. He tratado de ser justo, un hombre bueno. He rezado a Dios, he ido a la iglesia, he perdonado a mis enemigos y he tratado de ser el mejor esposo y padre que he sabido.

—No es culpa suya, padre. No se torture de este modo —respondí mientras le acariciaba el rostro con ternura. Los hijos no son siempre como uno desea. Sin embargo, solo a nuestros ojos sus defectos se vuelven apenas una suave brisa que calma el calor sofocante del verano.

—Es triste ver cómo todo lo que con tanto esfuerzo he construido se desmorona. Sin tu madre, ahora sin Antonio, y con Juan tan lejos de mí.

—Pero yo sigo a su lado, padre. Y seguiré junto a usted, si Dios lo permite, hasta el resto de nuestros días. Ambos cuidaremos del otro.

Antonio ingresó en prisión a mediados del año 1767. Joaquín no había regresado aún y tampoco teníamos ninguna noticia de él. Marcelina y Martín, la esposa y el único hijo de mi hermano, vinieron a vivir con Manuela, con padre y conmigo para evitar la soledad y la vergüenza que les producía la ausencia de Antonio. En nuestra casa estarían mejor y más atendidos. Además, a Manuela le vendría muy bien disfrutar de su pequeño primo. Un niño hermoso, aunque enfermizo, de inteligencia despierta y curiosa.

Una serie de malas noticias vinieron a empañar aún más la situación en la que nuestra familia se encontraba. A finales de 1767 el colegio de los padres jesuitas de Riobamba cerró y todos los religiosos de la

orden fueron expulsados de la Real Audiencia de Quito en virtud de una pragmática sanción emitida por el rey Carlos III de España. Estos habían sido acusados de confabular contra el monarca español y de promover una serie de revueltas que llegaron a poner en peligro su integridad física. Esas eran las noticias que habían llegado a las colonias, por lo que la inmediata consecuencia fue su expulsión, así como la disolución de todas las órdenes religiosas, sustituidas, paulatinamente y hasta febrero de 1768, por laicos.

A comienzos del mes de abril Joaquín regresó a casa.

—¡Gracias a Dios que has vuelto! —La joven Juanita fue quien primero nos alertó a todos de su llegada.

Corrió como alma que lleva el diablo a abrazarlo y aun estuvo unos segundos colgada del cuello del negro mientras todos reíamos divertidos.

—¡Señora, señora! —Joaquín se dirigió a mí con lágrimas en los ojos cuando consiguió zafarse del abrazo de Juanita—. La galeota está en Loreto. Tenía razón el señor Juan. Es cierto que la esperan. ¡El señor Jean vive!

—¡Alabado sea Dios! —grité con toda la fuerza que me permitieron mis pulmones.

—¡Mis plegarias han sido escuchadas, madre! Tenía usted razón. Por fin podré conocer a padre.

Manuela tenía unas ojeras terribles y unas heridas en los labios que se estaban convirtiendo en pequeñas pústulas apenas perceptibles. Sudaba y tenía el pelo pegado a la cara. No tenía buen aspecto.

—No sabe lo feliz que me siento. —Manuela apenas tenía fuerzas para hablar.

—Es la mejor noticia que el cielo podía regalarnos —le respondí rota de la emoción.

—Pero… ¿te encuentras bien, hija? ¿Te ocurre algo? Tienes muy mala cara…

—No, madre, estoy bien. Debe de ser la emoción del momento —dijo justo antes de caer desplomada al suelo. Se había desmayado.

# XXVII

La fiebre había subido mucho durante la última noche. Manuela se apagaba lentamente y yo lo sabía. Lo sabía desde hacía días. Desde que las primeras erupciones cutáneas aparecieron en el rostro de mi única hija. Estas se convirtieron pronto en pústulas sangrantes que se resquebrajaban con cualquier pequeño gesto de dolor. Se abrían y de ellas manaba un líquido pestilente que desprendía hedor a muerte.

—Viruela. —Había afirmado tajante el doctor Serrano cuando vio a Manuela apenas atravesó el quicio de la puerta de su habitación.

Torciendo el gesto y con una evidente seriedad en el rostro, el doctor hizo un leve gesto con la mano para indicarme que lo acompañara a la salida.

—No hay nada que hacer, querida niña. Lo siento muchísimo.

Serrano me había traído al mundo cuando apenas era un recién iniciado, un médico sin experiencia, pero con tremenda destreza y una empatía fuera de lo común en una profesión tan dura como aquella. Ahora, con el paso de los años, se había convertido en un anciano venerable y respetado en toda la ciudad y en un gran amigo para mí. Siempre había sido un hombre inteligente, amable. Lucía el pelo cano y un óculo dorado que con escasa habilidad solía colocarse en su ojo izquierdo para escribir el nombre de algún ungüento infalible con el que combatir enfermedades de lo más variopintas. Un sabio que salvaba vidas, pero que, en ocasiones como esta, sentenciaba a muerte sin dudar.

Yo había oído hablar de la viruela desde muy niña, ya que los intentos por frenar su avance eran tan antiguos como el propio mal. Esta había matado a millones de personas en todo el continente y hasta padre contaba que se estaba tratando de encontrar una vacuna que minimizara los efectos de aquel virus letal que incluso había favorecido, ni más ni menos, el declive del imperio azteca. A mí esto no me parecía del todo mal porque, a pesar de que se decía que eran los españoles quienes habían traído a América cientos de

enfermedades (entre ellas esta), los aztecas habían aniquilado a otros muchos pueblos indígenas que no se sometieron a su yugo, uno de ellos el de los nativos de Otavalo, lugar de procedencia de mi esclavo Joaquín, a quien quería casi como a un hermano y al que juré, de niña, que algún día le concedería la libertad.

Me mordí el labio superior con fuerza hasta que un pequeño y doloroso río de sangre se me deslizó por entre los labios carnosos y rojizos. Las lágrimas me brotaron de las mejillas en silencio, recorriéndome delicadamente la hermosa y blanquecina piel. Los ojos se me cerraron por un instante y fue justo en ese momento cuando una leve sonrisa iluminó mi rostro empañado por la más aguda y profunda de las tristezas.

«¡Madre!», podía aún escuchar el grito armonioso de Manuela al correr a abrazarme tras salir del convento completada su formación después de varios años.

Manuela, mi hija amada, a la que tanto había protegido y cuidado con la esperanza de que un día pudiera encontrarse con su padre, Jean, moriría en apenas unos días. Y ni Dios ni el diablo podrían remediarlo. Sabía bien lo doloroso que era perder a un hijo. Ya había perdido a varios y todas las noches lloraba por cada uno de ellos. Siempre en silencio, como había aprendido. Y cada día sentía ese dolor punzante, el que de un tajo corta el aire y hace que la garganta se seque sin remedio. El que mana de un corazón roto que ansía cada día latir con fuerza solo para volar lejos hasta encontrarse con ellos. Porque todos eran una añoranza, una ilusión perdida, una palabra de amor no dicha en mitad de una noche serena. Pero Manuela era diferente. Manuela había crecido a mi lado, se había convertido en una hermosa mujer, de una belleza singular y armoniosa y con una inteligencia y un arrojo naturales que en muchas ocasiones me recordaban a mí. Y ahora ya no quedaba nada.

La vida es la suma de las cosas que vas perdiendo por el camino, pensé mientras avanzaba hacia la puerta de entrada de mi residencia en compañía del doctor Serrano.

—¿Cuánto más, doctor? ¿Cuánto más le queda de vida?

Sabía que era cuestión de días, pero necesitaba una respuesta. Era

de esa clase de personas que debían prepararse antes, reconfortar su alma, purificarla y limpiarla de rencores y resentimientos hacia lo alto. Si las cosas ocurrían era porque así estaba escrito. Era el designio que Dios nos tenía preparado porque seríamos capaces de soportarlo. Solo Él sabía y conocía el peso que cada uno podía sostener sobre sus hombros. Por un instante, solo un segundo, me permití pensar que el peso que yo había soportado quizá pudiera exceder al de otros, que quizá Dios debería repartir mejor el sufrimiento y proporcionarme más alegrías que las que había disfrutado.

—Uno o dos días, tres a lo sumo.

La respuesta del doctor Serrano me apartó de súbito de aquel pensamiento. Dios era misericordioso, pues me daría la oportunidad de poder despedirme de mi hija y acompañarla en su último aliento.

—Lo siento —repitió de nuevo el doctor mientras me entregaba un hermoso pañuelo blanco para que me secara las delicadas lágrimas—. Puedes quedártelo, niña.

Serrano me miró con ternura, se ajustó su sombrero y atravesó la puerta con el mismo porte gallardo y elegante con el que había llegado.

Permanecí un rato allí, de pie, observando cómo el médico se diluía entre una niebla por momentos intensa, otras veces leve y ligera. La mañana había traído a Riobamba un viento seco que levantaba cierta polvareda a pesar de que el sol trataba de abrirse paso entre nubes viajeras. Las suaves colinas de un verde intenso y variopinto que rodeaban la ciudad ocultaban, esta vez, al Taita Chimborazo, considerado el volcán padre por los puruhaes nativos de la zona. El negro Joaquín, mi amado y fiel criado, rezaba a la montaña con la veneración con la que yo lo hacía a Dios, así que me permití pensar, ahí de pie, respirando aquel aire fresco, que quizá Manuela encontrara en esa montaña sagrada y adorada por siglos al padre que jamás conocería y que no sabía si yo misma volvería a ver.

—Jean… —suspiré.

Me tembló de frío el cuerpo, pequeño y débil. Me senté en los escalones de la entrada a mi residencia y observé con nostalgia el anillo de casada que aún se me agarraba con fuerza al dedo anular

derecho. Una mariposa de un color amarillo intenso y con los bordes de las frágiles alas de color negro se posó sobre el faldón de mi vestido. ¡Parecía tan delicada y a la vez tan segura y libre! Qué contradictoria era la vida. Cuando crees tenerlo todo, gira de forma inesperada y te golpea con fuerza hasta casi derribarte. Y es, desde ese *casi*, desde donde has de volver a emerger de nuevo. Como lo hacía el gran Chimborazo, majestuoso, lleno del poder que otorga la sabiduría que el tiempo brinda a quienes con humildad aceptan los designios de lo alto.

—¿Cuántas veces habré de volver a levantarme? —Mi voz sonaba tranquila y calmada.

La mariposa apenas se movió a pesar del leve movimiento que realicé tras pronunciar aquellas palabras. Y de nuevo el silencio, hasta que el recuerdo golpeó otra vez con fuerza.

«Señora —ahora era la voz melodiosa del negro Joaquín la que retumbaba en mi cabeza; los pensamientos se agolpaban y aparecían anárquicos para huir del dolor—, hay que hacer *maito* al bebé. Hágame caso».

Recuerdo que sonreí al recordarlo. Manuela estuvo varias semanas, durante muchas horas al día, envuelta de modo rígido en mantas, pues los indígenas creían que así sus pequeños huesos se fijarían de modo más sólido, evitando lesiones y facilitando el crecimiento. A mí me gustaba creer que el saber milenario de esos pueblos, de los que mi hija también formaba parte, era más antiguo que el propio mundo y que había hecho florecer a esta tierra hasta hacerla perdurar por los siglos de los siglos a pesar de las dificultades. Y así me sentía yo ahora. Una superviviente en medio de la desolación.

El reloj del salón principal dio las doce del mediodía. La mariposa salió revoloteando de forma precipitada de uno de los pliegues de mi vestido y así desperté de aquella pesadilla para enfrentarme de nuevo a una realidad tan terrible como descorazonadora. Mi hija se moría.

Entré de nuevo en la casa y me dirigí con paso firme en dirección a la habitación de Manuela. El silencio me aplastó. Padre regresaría para almorzar y ni mi pequeño sobrino Martín ni su madre, Marcelina, habían vuelto aún de su paseo matinal, así que disponía de algo de

tiempo para tratar de ocultarles el tremendo dolor que me destrozaría para siempre. No quería que el general sufriera de nuevo por mí. Tras la partida de Jean, la muerte de madre, el encarcelamiento de Antonio, las revueltas y los levantamientos que se estaban produciendo contra el cabildo, así como algunos reveses importantes en los negocios, padre había envejecido varios años. Su pelo, antaño negro y poblado, era ahora una amalgama escasa de ligeros hilos dorados que se adherían con poca fe a una cabeza aún muy bien amueblada.

De pronto me sentí mareada. Respiré profundo. Una presión aguda me agujereó el pecho. No era la primera vez que me ocurría. Sabía bien que el dolor interno se manifestaba también a través del cuerpo. El doctor Serrano me lo había explicado tras la pérdida de madre. Pero esto era diferente. Estaba segura de que ni el tiempo ni la misma muerte terminarían con aquel padecimiento. Así que dejé de respirar de modo consciente. Por unos segundos quise terminar con aquello. Me propuse no volver a hacer el esfuerzo de permanecer en un mundo en el que ya no había sitio ni para madre ni para mi hija, ni siquiera para Jean.

Me estaba ahogando. El oxígeno dejó de llegarme a los pulmones. Sabía que la muerte llegaría rápido. Que el ser humano no podía aguantar mucho más de unos tres o cuatro minutos sin exhalar una bocanada de aquel aire que ahora se me hacía espeso y doloroso. La cabeza me daba vueltas. Pronto perdería la consciencia. Sin embargo, por un instante volví a pensar en Manuela, en su rostro dulce y armonioso. Ella aún me necesitaba. Debía acompañarla en este último viaje. Así que comencé, de nuevo, a tratar de respirar casi de modo inconsciente.

Una vez más, el aire me atravesó el cuerpo y me devolvió a aquella vida que ahora despreciaba. El semblante recuperó el color y las extremidades, antes frágiles y pesadas, fueron de nuevo la suave nave sobre la que trasladaría a Manuela en su último viaje. Jean me había salvado como ya lo había hecho hacía casi veinte años atrás. Y ahora le debía a mi hija el consuelo de contemplarla frente a frente antes de que tocaran a muerte las campanas de la iglesia.

Manuela parecía dormida. A pesar de las pústulas sangrantes que rodeaban su rostro no cabía duda de que había sido una joven de tremenda belleza. Tenía los mismos cabellos que yo, negros y lisos, una nariz pequeña y respingona como la de su padre y una boca de labios carnosos y bien definidos.

Entré con sigilo en la habitación. No quería despertarla ni que nada la perturbase. Ya había pasado por aquello también con mi amada Juanita, aunque, cuando madre falleció, fue el general quien siempre permaneció junto a ella. Aún algo mareada y avergonzada por haber tratado de huir del dolor de un modo tan cobarde e impropio para una mujer de fe, permanecí unos segundos de pie, contemplando a mi amada hija.

Manuela se movió con suavidad bajo las sábanas blancas de fino algodón.

—Madre… —balbuceó sin apenas fuerzas con el pequeño hilo de voz que aún le quedaba.

—Estoy aquí, mi pequeña.

Me acerqué a la hermosa silla tapizada de color carmesí que se encontraba junto a su cama y tomé la mano de mi hija con dulzura. Sentí entre mis dedos las abundantes costras que se repartían por sus manos, algunas endurecidas por el paso de los días, otras más blandas y recientes. Las acaricié una a una, contándolas con el mismo cariño y ternura con los que de niña contabilizaba los numerosos perros vagabundos con los que me encontraba de camino al convento tras visitar a mis padres en los días de permiso o de vacaciones.

—Hábleme de mi padre. —Manuela sonrió levemente mientras abría con suavidad sus hermosos ojos negros. Una pequeña pústula alrededor del labio comenzó a manar sangre.

Extraje de entre las mangas de mi vestido el pañuelo que el doctor Serrano me había dejado y le limpié la herida abierta.

—Pero, hija, ahora debes descansar… Ya te he contado muchas cosas sobre tu padre…

—Pero… —La decepción asomó al rostro de Manuela.

—Está bien, ¿qué quieres saber? —Sonreí y le acaricié la frente. Estaba ardiendo—. ¿Quieres que te cuente de nuevo cómo nos

conocimos?

Manuela tosió sangre. Era oscura, espesa, aunque no abundante, pero lo suficiente como para dejar una amplia mancha sobre la parte superior de la sábana que traté de limpiar sin ningún éxito. Qué importaba ya. Manuela quería escuchar una historia y así debía ser. Sería la más bella que jamás se hubiera contado.

—Sus ojos tenían el brillo de la inteligencia y su sonrisa certera hechizaba de pura naturalidad, emocionante, melodiosa.

Manuela golpeó la colcha con la palma de la mano derecha en señal de aprobación mientras una solitaria lágrima le resbalaba melancólica por la mejilla derecha. Esa gota acariciaba las pústulas suavemente, abriéndose paso, esperanzadora, en medio de la devastación. Un pequeño y tibio riachuelo dulcísimo y contenido, condenado al hastío.

—La velada transcurría hasta entonces como siempre. El abuelo recibía ceremonioso a sus amigos militares y a las autoridades más importantes de la ciudad, y la abuela se divertía comprobando que las viandas salieran en orden de la cocina y charlando animadamente con las bellas y elegantes esposas de aquellos engreídos mandatarios. El tío Antonio, siempre poco interesado en los asuntos que ocupaban al abuelo, había salido a escondidas al jardín a esnifar el maldito rapé, un tabaco en polvo que los franceses habían puesto de moda en toda Europa y que desprendía un olor insoportable, además de provocar una terrible dependencia (aunque los indígenas lo empleaban con frecuencia para reducir los dolores de cabeza y alcanzar ciertos estados de meditación profunda). De todo esto tuve noticias al día siguiente de la fiesta, pues estuve un buen rato buscándolo a él y a tu tío Juan sin suerte.

Manuela respiraba tranquila al compás del suave silbido del viento, que movía las nubes hasta despejar el cielo y volverlo de un azul intenso. El tiempo era muy variable en Riobamba, confirmé con un rápido pensamiento mientras sujetaba con fuerza la mano de mi hija. El reloj del salón dio la media para la una. Una puerta se cerró de golpe. Joaquín debía de haber regresado del mercado. Acababa de recordar que había dado la orden de preparar *yahuarlocro*, una de las comidas favoritas de padre. La vida seguía su curso implacable, así

que yo también proseguí.

—Era una hermosa noche estrellada. Lo recuerdo bien porque antes de bajar a la fiesta contemplé la luna desde la ventana de mi habitación. Como no encontraba a mis hermanos y la pequeña Josefa dormía plácidamente en su cuarto, no me quedó más remedio que acompañar a madre en su recorrido por el salón, presentándome y saludando a personas totalmente desconocidas para mí. Fue así como entablé conversación con algunos compañeros de expedición de tu padre.

Manuela cerró los ojos y continuó escuchando mi historia. Yo sabía que lo hacía.

—Después de saludar a aquellos amables caballeros me sentí cansada, me dolían los pies y no tenía muchas ganas de tratar de establecer conversaciones animadas con las invitadas, aunque todavía un par de arrogantes mujeres tuvieron tiempo de detenerme antes de emprender rumbo a mi habitación.

»“¡Es fantástico, querida!”, exclamó una de ellas agarrándome con brusquedad del brazo. La miré con sorpresa y desconcierto. No sabía a qué demonios se estaba refiriendo. Me zafé con un rápido movimiento de sus garras y le sonreí forzosa para no parecer maleducada.

»“Tu vestido, querida, es de una seda de una suavidad única. ¡Y qué hermosos bordados! Digno de una mujer de tu clase, sin duda…”.

Manuela seguía dormida, pero una leve sonrisa se le dibujó en los labios. Le acaricié de nuevo la frente. La fiebre seguía subiendo. El miedo se apoderó de mí. Miedo a no volver a verla nunca más, a no sentir sus caricias, a no compartir con ella juegos y conversaciones. A no percibir su cálido abrazo, su alegría contagiosa, su libertad.

Tragué saliva y continué con mi relato:

—Traté de explicarle a madre que mi jornada había resultado agotadora tras las lecciones semanales de piano con la señora Urquijo y que necesitaba descansar un poco, por lo que me dirigí, escaleras arriba, hacia mi habitación. Esta era de mayor tamaño que la de mis hermanos, con una hermosa cama con dosel, un pequeño banco de madera de palosanto a sus pies, un armario con tiradores de bronce dorado y un espejo vertical que llegaba hasta el suelo. A todo ello se le

añadía un tocador, también de madera, con incrustaciones de taracea, sobre el que se situaba un espejo rectangular coronado por un remate en forma de urna con guirnaldas de flores.

De pronto me detuve un instante. Hacía apenas cinco años que habíamos tenido que deshacernos de algunos objetos valiosos para poder hacer frente a las deudas que acosaban a padre y a mi hermano Antonio. Las cosas habían cambiado mucho y, a pesar de que los chapetones seguían encontrándose en la cúspide social y económica de la ciudad, las enfermedades, las malas cosechas, el aumento de la población y la subida de impuestos habían traído consigo una crisis económica que también había golpeado de lleno a nuestra familia. Así que no nos quedó más remedio que vender los hermosos muebles de mi habitación, que, al ser de primera calidad, encontraron pronto un comprador acorde al precio exigido.

—Subí las escaleras despacio. Solo pensaba en quitarme aquel hermoso vestido, en despojarme de los zapatos que me oprimían y en cerrar los ojos tumbada sobre mi cama con los brazos y las piernas extendidas soñando que volaba lejos, muy lejos de allí. Por qué no a Europa, quizá a España, a Cádiz, la tierra de padre y de la que siempre hablaba con una tierna mezcla de cariño y añoranza.

Manuela apenas respiraba. Dejé de oírla como antes. El viento también había dejado de sonar. El sol, en lo alto del cielo, sonreía con picardía a la ciudad y el calor, húmedo y pegajoso, pronto comenzaría a apretar.

Acerqué mi rostro al pecho de mi hija. Me mantuve en silencio tratando de escuchar el latido de su corazón, pero solo escuché el reloj del salón. La una en punto. Las lágrimas se me desbordaron por las mejillas y mojaron las sábanas que cubrían a Manuela. ¡Cómo dolía aquella tristísima derrota!

Pero aún tuve un poco de tiempo para robarle a la guadaña traicionera que había vencido aquella cruel batalla. Necesitaba terminar mi historia.

—Entonces sentí cómo unos ojos se me posaban sobre los hombros cansados. Quise no girar el rostro, pero me entregué a la curiosidad de mi vívido deseo. No pude huir ya de lo inevitable. No cabía en el cielo

un ruego más cuando le supliqué que aquellos ojos no dejaran nunca de mirarme del modo que ahora lo hacían. Y así conocí el amor. El amor que no divaga, que se llena de silencios para completar versos. Hasta que tú viniste, el amor que enloquece y que guarda renuncias de dolorosas alegrías.

Abracé por última vez el cuerpo de mi hija muerta. El tiempo se detuvo un instante sin permiso.

—Pero tú, hija mía —continué envuelta en lágrimas—, tú fuiste y serás siempre mi sueño más hermoso, mi risa más sincera, la inocencia de aquellos días que nunca más volverán. Que Dios te bendiga. Vuela ya en dirección al cielo sobre el grano dorado que sembraste en esta tierra.

# XXVIII

Fue a comienzos del año 1769 cuando Joaquín trajo a casa la noticia de que Jean estaba aún vivo y que esperaba en la ciudad de Loreto mi llegada y la de una hija que dejó sin haber nacido cuando tuvo que marcharse precipitadamente de nuestros brazos.

Sin embargo, ya no había hija a la que esperar. Manuela había muerto y ya no me quedaba nada. Poco importaba que el mundo dejara de girar si mi vida se había detenido para siempre con su ausencia. Ya no era más que una piedra en medio del lodo a la que no le importaba ser devorada por la tierra para formar parte de ella. De este modo, y sin nada ya que perder (o al menos en ese momento así lo creía), no tenía más remedio que tirar los dados con frialdad y esperar a salir vencedora. Aunque eso ya no estaba en mis planes. Solo era una mujer vacía que respiraba por antojo de los dioses.

—Voy a viajar hasta Loreto en busca de Jean —le dije a padre una tarde antes de cenar—. Ya no me queda nada aquí.

El general respiró profundamente.

—Nos tienes a tus hermanos y a mí, hija. No todo está perdido.

—Sí lo está. Necesito verlo. Necesito decirle que toda mi esperanza, toda mi alegría, mi vida entera murió con ella, con nuestra hija. Debe saberlo por mi boca.

Pedro Manuel sintió una punzada en el estómago.

—Entonces no dejaré que vayas sola. Es demasiado peligroso para una mujer.

—Iré con Joaquín y con Juanita. También he pensado que podrían acompañarnos varios nativos que conozcan bien el terreno.

—La selva es un lugar inhóspito y desolador. No imaginas la cantidad de grandes depredadores y enfermedades que pueden acecharte. ¡Y ya sabes las historias que cuentan de terribles salvajes devoradores de hombres! ¡Ninguna mujer blanca ha recorrido jamás esas tierras! Por Dios te lo ruego, se trata de la Amazonía, ¿no te das cuenta de que es una locura?

—Padre, no ha habido nada en mi vida que no lo fuera —hablaba serena, con la calma y la resignación que provoca la pérdida—. Es tiempo de ponerse en marcha. Antes quizá todo hubiera tenido sentido. Podría haber vivido aquí, en Riobamba, con Manuela, con usted y con mis hermanos y sobrinos. Pero ya no. No hay sitio para mí aquí.

La situación económica de la familia no era buena. Las malas cosechas, la rebelión de los nativos ante el altísimo pago de impuestos sin ni siquiera tener derecho a poseer la tierra y la situación de encarcelamiento en la que se encontraba mi hermano Antonio hicieron que los acontecimientos se precipitaran. Decidí entonces vender parte de los muebles y joyas que había heredado de madre con la idea de poder llevarme el resto en el viaje. La parte de las propiedades que me correspondieron por herencia se las traspasé a mi hermana Josefa, que, felizmente, veía crecer a sus hijos y disfrutaba de una vida tranquila junto a su esposo a pocas cuadras de nuestra residencia familiar. Ella merecía ser dichosa y lo había logrado. ¡Al menos una de las dos vio cumplidos sus sueños! ¡Cuántos años habían pasado ya desde aquellos tiempos felices y alejados de la sinrazón de esta vida!

En el mes de marzo, Antonio salió de prisión tras cumplir su condena por impago, pero sin haber podido hacer frente a una deuda que siempre lo perseguiría como un perro de caza a una liebre. Su mujer, Marcelina, y su pequeño hijo Martín, que vivían con nosotros, se convirtieron en su principal apoyo y gracias a ellos volvió poco a poco a ser el que era, aunque algo más retraído y menos hablador que antaño. Antonio quería que su hijo estudiara en Europa y que se convirtiera en un hombre sabio, curioso y conocedor del mundo. En definitiva, todo lo que él no había podido llegar a ser nunca. ¡Qué son a veces si no los hijos! Nuestros anhelos, deseos, miedos e inseguridades a pequeña escala que tratamos de vencer a través de

ellos. En eso estriba el error. En vernos reflejados así, sin más meta que la de alcanzar algo que nunca logramos nosotros.

—He pensado en la posibilidad de acompañaros en el viaje. —Antonio hablaba tranquilo con una copa de vino en la mano.

El hermoso atardecer salpicaba sus últimos rayos de sol sobre la cima del Chimborazo.

—Quiero que Martín estudie en París y quizá Jean pueda ayudarlo. Él tiene buenos contactos allí. ¡Me gustaría tanto que mi pequeño hombrecito fuera uno de esos sabios a los que conocimos hace ya tantos años!

—Nada nos haría más felices, hijo. Sería fantástico que pudiéramos partir juntos.

Padre parecía emocionado. Quería con toda su alma al hijo díscolo y complicado, a la nota discordante que siempre terminaba por dejar incompleta la melodía. No quería perderlo y dejarlo a su suerte, tan lejos de su protección.

—¡Claro, hermano! ¡Estaremos juntos en esto! Pero ¿no será peligroso para Martín? Es aún muy pequeño, apenas tiene siete años…

No estaba segura de que fuera conveniente viajar con el niño, pero Antonio disipó de un plumazo todas mis dudas.

—No temas por eso, Isabel. Está sano y podrá con ello. Debe acostumbrarse a la vida y a las dificultades, así que le vendrá bien.

—Creo que sería bueno que yo partiera antes para ir preparando el camino a vuestra llegada. Así podría avisar en cada poblado con antelación y os encontraríais con todo preparado en cada etapa del viaje —propuso padre.

—Me parece una idea magnífica. Yo cuidaré de Isabel, no temas. Será más fácil para nosotros de ese modo.

—¿Alguno sabe nadar? —Padre nos miró a ambos con ternura y sonrió condescendiente.

Todos reímos felices, o casi, aunque ninguno tuviéramos ni la más remota idea de qué era aquel sentimiento. Parecía como si el tiempo hubiera curado, de algún modo, la tumba de dolor en la que me encontraba sepultada de forma extraña, solitaria, temible.

Padre rondaba los sesenta y cinco años. Era un hombre mayor, pero en envidiable forma física, en cuyo cuerpo aún no habían aparecido señales de alarma que indicasen problemas insalvables. Su rostro, serio pero amable, se adornaba ahora con un canoso bigote bien recortado. Su mente era sólida, forjada a base de disciplina, y estaba muy acostumbrado a bregar con personas y situaciones de lo más variopintas. Nunca dejaba nada al azar, pues sabía que, si las cosas podían complicarse, siempre tendían a hacerlo. Así que preparó todo con rigurosa precisión. Viajaríamos desde Riobamba, cruzaríamos el río Chambo y llegaríamos hasta Baños. Desde allí, debíamos trasladarnos en canoa por el turbulento Pastaza hasta la población de Canelos (donde antaño hubo una importante misión jesuita) para, a continuación, navegar por el Bobonaza hasta Andoas. A partir de ahí la ruta transcurriría por La Laguna hasta finalizar en Loreto, donde, supuestamente, esperaría Jean para reencontrarse con nosotros.

No pasó mucho tiempo hasta que les comunicamos la noticia del viaje a Juanita y a Joaquín. Este último se sintió halagado por que contara con él para otorgarme protección y seguridad en el trayecto, pero la pobre Juanita estuvo llorando desconsoladamente casi una semana desde que le trasladamos la infeliz noticia. Tenía un miedo obsesivo a los insectos, a la oscuridad y a estar lejos de su hogar, por no hablar de que ni imaginaba la posible presencia de animales salvajes durante el viaje. Monos aulladores, serpientes venenosas, caimanes y hasta pumas y jaguares.

Poco antes de que padre emprendiera viaje, la familia tuvo noticias de la visita de mi hermano Juan, al que todos hacía tiempo que no veíamos. Tras la expulsión de los jesuitas y, a pesar de que él pertenecía a la comunidad de los agustinos, las cosas se habían complicado mucho para los religiosos, y todos respiramos aliviados al saber que se encontraba bien.

—Tenía muchas ganas de volver a verlo, padre. —Juan abrazó con fuerza al general.

—No sabes lo que he pedido a Dios por ti, hijo. Pensaba que partiría sin poder despedirme de ti.

—¿Es cierto entonces que emprenden viaje a Europa? ¿Van a dejar todo lo que construimos aquí?

Tomé entonces la palabra. Me sentía terriblemente culpable. ¿Y si era yo quien había empujado a padre y a Antonio a tomar la decisión de irse de Riobamba?

—Soy yo, Juan. Necesito alejarme de aquí y empezar una nueva vida lejos de todo el dolor y el recuerdo insoportable que para mí supone esta casa. Por eso os pido ahora que os quedéis aquí. No quiero ser una carga para ninguno de vosotros. Debéis continuar con vuestras vidas y tratar de ser felices. Yo ya nunca podré lograrlo, pero no pienso robaros a ninguno ese derecho.

—No digas eso, Isabel. —Juan se acercó a mí y me tomó de la mano con suavidad. No lo recordaba como una persona especialmente cariñosa y cercana. Siempre el hermano mayor, el religioso, el más alejado de los vivos y, a la vez, ¡tan cerca de Dios!

—Yo iré también —continuó—. Somos una familia. Y tampoco pienso dejarte sola. Además, me ocupan asuntos importantes de la orden en Roma, así que pediré permiso a mis superiores y viajaré con Antonio, con Martín y contigo.

No sabía qué decir. Para ganar había que perder muchas veces, ¿no era cierto eso? Así que traté de no pensar más y esperé a que padre fuera abriendo el camino.

El general partió de Riobamba en el mes de abril. Por sus venas corría sangre española, así que el miedo no estaba escrito en su hoja de ruta. Sin embargo, la despedida delante de nuestra casa fue muy emocionante para él y para todos nosotros, sus cuatro hijos. El rostro de Josefa era un mar de lágrimas. Quizá porque sabía que no volvería a ver a padre nunca más. ¡Era tan difícil soltar amarras y dejar ir a quienes amamos! Yo lo sabía muy bien. Es el egoísmo innato del ser humano el que nos convierte en verdugos.

—Volveremos a vernos —le grité mientras marchaba a lomos de su fiel caballo Rancho, un ejemplar de color alazán de crines y cola pelirrojos.

Padre giró su rostro mientras el animal avanzaba a buen ritmo, despreocupado y ágil. Entonces me sonrió. Pude distinguir a lo lejos el enorme surco que se formaba alrededor de su boca. El paso del tiempo, pensé. Que Dios te guarde.

Yo acababa de cumplir cuarenta y un años y casi la mitad de mi vida la había pasado esperando. Todos esperamos algo siempre. A que amanezca, a que llegue la hora del almuerzo, a que nuestros hijos crezcan y se conviertan en personas de provecho, a alcanzar algunos de nuestros sueños (aunque sean solo algunos), a poder envejecer junto a la persona que amamos… ¿Qué esperaba yo? Quizá solo la muerte, aunque eso también era una espera. La última.

Pocos días antes de que nuestra comitiva partiera, dos hombres se presentaron a las puertas de nuestra casa. Antonio y Martín habían salido para revisar que las mulas y los caballos que nos acompañarían en el viaje se encontraban sanos y en perfectas condiciones para la marcha y fue Marcelina, mi cuñada, quien se percató de la presencia de ambos personajes en la entrada de nuestra vivienda.

—Díganme, ¿buscan a alguien? —pregunté sin remilgos.

—¿Es usted la señora Isabel Gramesón? Es con ella con quien queremos hablar.

—La tienen delante —respondí.

—*Enchanté* —dijo el más alto mientras dejaba a la vista una incipiente calva al retirar el sombrero que le cubría la cabeza—. Hemos tenido noticias de que va a poner rumbo a Loreto y nos gustaría acompañarla. Soy Jean Roche.

—Encantada, monsieur Roche. —Extendí mi mano para saludarle. El señor Roche la besó.

—Y yo soy Philippe Bougé, su acompañante. Hemos viajado mucho por estos lugares y conocemos bien el terreno que pisamos. Además, monsieur Roché es un afamado médico y podría ser de gran ayuda en un viaje tan largo.

—Un placer, monsieur Bougé, pero no voy a necesitar su ayuda. Ya me acompaña una amplia comitiva de nativos, criados y familia, por

lo que no veo necesario aumentarla.

Quizá pude parecer algo desagradable, pero ninguno de los dos hombres me inspiró confianza a pesar de que ambos gozaban de exquisitos modales. Roche, el médico, era un hombre alto, delgado, de piernas largas y espigadas como alambres, pelo corto y cano y un bigote ridículo de casi la misma longitud que sus extremidades. Por su parte, Bougé era bajito y regordete, de manos rechonchas y dedos cortos. Tenía la piel excesivamente rosada (quizá del calor y la humedad), cabellos cortos negros y unas grandes y peludas orejas.

—Insisto, señora. Para nosotros sería un auténtico placer poder acompañarla y brindarle nuestra ayuda. —Monsieur Roche no se dio por vencido—. Denos la oportunidad de viajar con usted y le aseguro que no se arrepentirá.

Mi cuñada, Marcelina, que escuchaba nuestra charla apoyada en el quicio de la puerta de entrada, intervino:

—Disculpen, señores. Soy la cuñada de la señora Gramesón.

Ambos hombres inclinaron levemente sus cabezas en señal de saludo.

—Creo, Isabel, que quizá tengan razón. Nada se pierde por que os acompañen, y, como bien dicen los señores, podrían resultar útiles por su experiencia y conocimientos médicos.

Los franceses me miraron esbozando una tímida sonrisa.

—Está bien, está bien. Cuento entonces con ustedes —dije cansada ya de la conversación y viendo que iba a ser imposible zafarme de la compañía de aquellos dos individuos.

Los días pasaron muy rápido, ocupados todos como estábamos en terminar de organizar baúles repletos de ropa, vajilla, algunas joyas, medicinas y comida. El grupo que iba a emprender viaje estaba formado, además de por mí, por mis hermanos Juan y Antonio, junto a mi pequeño sobrino Martín, mis criados Joaquín y Juanita, los dos franceses con su criado y seis nativos porteadores.

Yo aún no era consciente de los peligros que nos acecharían en aquel viaje ni de la locura que supondría adentrarnos en aquella selva

salvaje y brutal, y ahora creo que ninguno de los miembros de aquella variopinta comitiva lo era. De haber sido así nunca habríamos emprendido tal aventura.

Quien más me preocupaba era Marcelina. Iba a quedarse sola con mi hermana Josefa y su esposo, pero echaría terriblemente de menos a Antonio y a su pequeño Martín.

—Me hubiera gustado mucho que nos hubieras acompañado —le dije un par de días antes de nuestra partida—. Sabes que te tengo un gran afecto y estima y que te echaré mucho de menos.

—Lo sé, querida Isabel. Has sido como una hermana para mí todo este tiempo y me he sentido muy arropada y acogida desde que abriste para nosotros la puerta de esta casa.

Mi corazón se encogió. Quizá ya nunca más volvería a verla y eso me puso triste.

—Pero no estaré sola, Isabel. —La emoción apenas la dejó continuar. Tragó saliva con cierto esfuerzo y prosiguió—: Estoy embarazada. Voy a traer al mundo a una nueva criatura si Dios quiere y me bendice con su gracia.

—Pero ¡qué maravillosa noticia es esa! No imaginas lo que me alegro por Antonio y por ti. ¡Una nueva vida!

—Gracias, Isabel. Ya ves. Dios siempre dispone.

Abracé a Marcelina con fuerza mientras a mi mente acudía mi hija muerta. Ella ya no estaba conmigo y, sin embargo, ¡qué presente se encontraba siempre! A cada paso, en cada decisión, en cada logro y en cada desdicha.

# XXIX

El domingo, día del Señor y 1 de octubre de 1769, partimos de Riobamba para no regresar jamás. Aún tuve tiempo de despedirme del anciano doctor Serrano, que solo pudo abrazarme con fuerza mientras pronunciaba una única palabra: «¡Vive!».

Antonio estaba serio y concentrado. Comprobó, de un último y rápido vistazo, que todo estaba en orden y que los porteadores nativos y los miembros de nuestra comitiva se encontraban listos para partir y, con un gesto rotundo, dio la señal de marcha. Cada una de las catorce mulas que formaba parte de la expedición llevaba un par de fardos de unos veinte kilos de peso cada uno. Los porteadores nativos se distribuían en una hilera de a dos (mulas y hombres) organizada por mi hermano. La marcha era lenta pero ordenada.

Salimos por el norte de la ciudad dejando a un lado el Chimborazo. Tenía nieve en la cima y lucía más hermoso que nunca al reflejar los rayos del sol su blanco semiperpetuo. Los porteadores me transportaban en volandas en una hermosa silla de mano labrada en madera de palosanto para que no me cansara durante el trayecto. De este modo también evitaba la picadura de molestos insectos y el calor y la humedad asfixiantes. Era la forma más cómoda en la que una mujer de mi posición podía viajar, a pesar de los continuos vaivenes de la silla que trataban de evitar en la medida de lo posible los nativos.

El primer tramo del viaje debíamos hacerlo a pie hasta llegar a Baños. Luego seguiríamos también por tierra hasta llegar al río Bobonaza que encontraríamos en el poblado de Canelos y de ahí, en canoa, hasta Andoas. A partir de allí el viaje seguiría por La Laguna hasta llegar a Loreto. Un largo trayecto que acababa de comenzar.

Las montañas y valles que nos rodeaban eran prodigios alejados de los lujos y comodidades que traía consigo la civilización. Y nosotros, con nuestros flamantes vestidos y exquisitos modales, nos hacíamos cada vez más pequeños e impotentes, menos arrogantes, al vernos

atrapados en medio de aquella inmensidad.

La Mama Tungurahua probablemente se sintió extraña al vernos pasar rodeando su hermosa cintura como acariciándola, en medio de una espesa niebla que, en ocasiones, apenas nos permitía intuir a los cientos de vicuñas que pastaban tranquilas en sus faldas.

El aire podía resultar irrespirable y teníamos que detenernos con cierta frecuencia. El peso del equipaje y la dificultad y altura del terreno hicieron incluso que la pequeña Juanita y monsieur Bougé se sintieran mareados en varias ocasiones, lo que despertó en mí una clara preocupación por el estado de salud de mi dulce criada y apenas ninguna empatía por el francés. Las mulas y los dos caballos en los que viajaban mis hermanos parecían conocer bien el terreno, pero a veces se resentían por el peso de las mercancías.

Bebimos y nos refrescamos en las aguas del río Chambo y disfrutamos de las historias que los nativos nos contaron (por petición mía y seguidas sin ningún entusiasmo por los dos franceses) sobre el modo en que envenenaban a los peces de los ríos para atontarlos y así pescarlos con relativa facilidad. La táctica empleada consistía en untar las puntas de sus flechas con una resina de color negro llamada «curare» con la que atacaban a los peces para darles muerte. Del mismo modo empleaban ese método con sus enemigos, hiriéndolos y sanándolos luego (si eran merecedores de clemencia) a base de untar sus heridas con azúcar o sal, antídotos eficaces contra el veneno.

Todos sabíamos, aunque luego comprobé que algunos en mayor medida que otros, que las enfermedades y las picaduras de insectos podían ser letales en la selva y terminar dando al traste con nuestros objetivos, por lo que debíamos tener los ojos bien abiertos y evitar contratiempos. Yo, que carecía de cualquier tipo de conocimiento médico, no tenía gran confianza en aquel francés que se había prestado para acompañarnos y que decía conocer muy bien el arte de la medicina, aunque parecía un hombre de carácter templado. Contaba que le había proporcionado una cataplasma de su propia invención a un aparcero local que terminó por curarle las picaduras de alacrán que le habían dejado durante casi un mes un dolor costal y unas pústulas que tardaron en secarse varias semanas.

No eran muchas las leguas que habíamos avanzado cuando la humedad y el calor, poco a poco, comenzaron a hacer mella en el grupo. Pequeños arroyos aparecían y desaparecían de modo aleatorio y las mulas, cansadas, buscaban sus cauces para mojar sus bocas sedientas o sus patas resquebrajadas por las piedras del camino. A veces, este se mostraba serpenteante, salvaje, casi boscoso, mientras que otras se nos aparecía ante los ojos más árido y solitario. ¡Qué cambiante podía ser la naturaleza en cuestión de segundos!, pensé mientras me balanceaba sobre aquella incómoda silla de manos mecida por el ritmo de los indígenas.

La idea romántica que tenía de aquellas tierras y que aún permanecía con cierta nitidez en mi mente soñadora y poco experimentada comenzaba a diluirse aplastada por la conciencia de un lenguaje nuevo y ancestral que sentía que tenía que descifrar.

—¡Maldita sea! —El grito de Antonio sonó de pronto en mitad del silencio.

Llevábamos caminando desde el amanecer sin apenas descanso.

—¡Es la mula, se ha desplomado…!

Unos de los nativos que nos acompañaba y que portaba una vara larga para azuzar a los animales cuando estos se detenían o se distraían durante el trayecto golpeó con fuerza al animal. El pobre miserable echaba espuma por la boca y tenía los ojos abiertos y desencajados. Estaba muerto, no cabía duda. El indígena volvió a golpearle aún con más fuerza que la primera vez.

—¡No haga eso! —grité furiosa en un perfecto quechua.

El hombre se detuvo de golpe. Agachó la cabeza en una clara señal de docilidad y sumisión. Sonreí levemente.

—Quiero decir que deje tranquilo al pobre animal. Está muerto.

Antonio, ayudado por el negro Joaquín, comenzó a retirar con cuidado los dos fardos que la mula portaba sobre el lomo.

—No podemos cargar a otro animal con este peso o se desplomará como ya ha hecho este. Son viejos y están cansados. Es mejor que tratemos de dividir la carga y seamos nosotros quienes la transportemos. —Antonio hablaba con seguridad.

—Yo puedo cargar un fardo, dámelo a mí —dijo Juan mientras

trataba de arrastrar la pesada carga y colgársela sobre el hombro.

—¡Espera, espera!, no seas bruto. —Antonio sonrió a su hermano con cariño—. Vamos a dividirla —dijo mientras abría la bolsa con extremo cuidado y trataba de repartir la carga en cuatros fardos en lugar de en los dos iniciales.

Antonio ayudó a Juan con el reparto. Él mismo se cargó con uno. Los otros fueron para Joaquín y para el criado de los franceses. El tercero para otro de los porteadores.

La expedición marchaba despacio y ya estaba comenzando a anochecer. Al día siguiente llegaríamos a la ciudad de Baños. O eso era lo previsto. Sin embargo, yo estaba empezando a darme cuenta de que, en un lugar como aquel, hacer previsiones y planes a futuro era lo menos recomendable. Me sentía como una extraña invitada, una infiltrada en territorio ajeno, una curiosa que pretendía desentrañar secretos guardados durante siglos que no iban a dejarse descodificar tan fácilmente. Aún no sabía si era bienvenida en aquel lugar, y eso me inquietaba.

Antonio, quien desde el inicio de la marcha se erigió como líder indiscutible de la expedición, dio órdenes de acampar en un pequeño claro cercano a un riachuelo. Sacó un enorme mapa del bolsillo superior derecho de su chaqueta y me señaló con el dedo índice el lugar exacto en el que el grupo se encontraba.

—Vayan montando las tiendas, señores. Pasaremos aquí la noche. —Sonaba cansado. Tenía el rostro sucio y una incipiente barba morena le asomaba por la barbilla.

Mientras los hombres seguían las instrucciones marcadas por mi hermano, un par de indígenas trasladaron las mulas a orillas del riachuelo para que pudieran beber y reponerse. La jornada había sido larga y extenuante y los animales necesitaban recuperar fuerzas para continuar su cometido del mejor modo posible.

Una vez estuvo montado el campamento, acosté a mi sobrino Martín en una de las tiendas, y lo arropé cariñosamente con una hermosa manta de fibra de camélido que yo misma le había comprado para el viaje. Luego, todos nos reunimos en torno a una pequeña hoguera que Joaquín había formado con algunas ramas secas algo más gruesas de

lo habitual. Las conversaciones fluían animadas hasta que un ruido seco nos paralizó a todos. Se hizo el silencio.

Bougé, intranquilo, exclamó de improviso:

—¡Espero que no nos encontremos por aquí con esos malditos salvajes a los que llaman «cortadores de cabezas…»!

Su rostro se volvió aún más pálido que de costumbre, mientras su compañero, el doctor Roche, abría los ojos como platos.

Miré a Antonio con sorpresa en busca de una respuesta a pesar de que ya había escuchado esa historia antes.

—Cuentan que, en esta zona del mundo, habitan temibles tribus conocidas por el nombre de shuar. Son fuertes, poderosos, temibles y poseen un tremendo espíritu guerrero… —continuó ante la sorpresa de la mayor parte de los miembros del grupo.

Tragué saliva algo inquieta.

—Cortaban la cabeza a sus enemigos y les extraían los huesos del cráneo para reducir su tamaño. Así, disminuían su fuerza, era un modo de esclavizarlos…

—Deje de asustarnos a todos, monsieur. —Mi hermano Antonio cortó bruscamente las explicaciones de Bougé—. Ahora debemos descansar. Mañana será un día largo.

Y sin más dilación se levantó y se dirigió a la tienda que compartía con mi hermano Juan y con su hijo, mi querido sobrino Martín.

El resto de los miembros de la expedición se retiraron también a reponer fuerzas. Las conversaciones animadas, las risas fuertes y sanas, las insólitas expresiones de sorpresa al contemplar aquel paraje…, todo cesó. Y así, junto a los restos de aquella hoguera, cerré los ojos y sentí la fuerza de lo indómito. Algo grande me esperaba, pensé. Cada queja, cada duda, cada paso en falso podía costarme la vida. Lo sabía, pero formar parte de aquella expedición me daría la oportunidad de descubrir el mundo, de cumplir el sueño de una juventud ya casi olvidada y, sobre todo, de volver a abrazar a mi amado esposo, a la razón de ser de mi existencia.

Era el momento de estar sola. Necesitaba reflexionar sobre algunas de las experiencias vividas durante la jornada ahora que aún estaban recientes en mi memoria. Avancé hasta un pequeño recodo del

riachuelo que nos flanqueaba y me senté junto a una mula vieja y parda que contemplaba con hastío el suave discurrir de las aguas. Muy al contrario de lo que había pensado, allí no había espacio para el silencio. Al menos no como un europeo lo concebía. Así que traté de identificar cada sonido en cada discurrir de agua, en cada zumbido de insecto, en cada aleteo de mariposa, en cada resquebrajar de rama, en cada madera que ardía. Y entonces dejé de sentirme sola. Me despojé de mis hermosos zapatos y remojé en el arroyo los pies, entumecidos por el calor y la humedad, mientras sentía el agua tibia acariciarme los dedos.

Sabía que, por aquellas tierras, los ríos se desbordaban con suma facilidad, lo que provocaba terribles inundaciones y creaba ciénagas donde abundaban toda clase de insectos, víboras y serpientes. Además, los caimanes y las tortugas gigantes campaban a sus anchas por aquellos insólitos parajes, con lo que no era muy alentador permanecer sola ni tampoco caminar sin un rumbo definido. Pero nosotros sabíamos a dónde nos dirigíamos. De eso no cabía duda.

# XXX

La ciudad de Baños era una población localizada entre las montañas andinas y protegida por la divinidad frente a los frecuentes rugidos del Tungurahua. ¡Qué feroz y devastadora era su furia y cuántas veces los lugareños la habían padecido sin graves consecuencias gracias a la protección de los dioses!

Allí pudimos adquirir víveres, un par de machetes y varios cuchillos, además de contratar, gracias a las gestiones realizadas por mi hermano Antonio, a veintiún porteadores para facilitar el transporte de nuestro cada vez más abundante y pesado equipaje. Continuamos por el interior de la selva bajo la atenta y amenazadora mirada de víboras, cobras, monos aulladores, tigres feroces y hasta corpulentos osos hormigueros, que al menos hasta entonces (y afortunadamente) no encontramos. Sin embargo, no había noche, junto al fuego y al calor de la lumbre, en la que los nativos no nos explicaran cómo debíamos actuar si nos encontrábamos de frente con alguno de estos animales salvajes. Mantener la calma, permanecer quietos y esperar a que ellos decidieran irse. No parecía haber más secreto que ese: sucumbir a los deseos de la naturaleza y dejar que ella ejerciera el control sobre el ser humano. Era inútil resistirse.

—Sin duda, la más peligrosa de las serpientes de la selva es la yacumama. La reconocerán fácilmente —nos explicó uno de los nativos llamado Kuri (que en quechua significa «dorado») una noche en la que mi sobrino Martín y yo nos quedamos junto a la hoguera para contemplar el cielo estrellado después de que todos se fueran a dormir.

—¡Guau! ¿Y cómo es esa serpiente? ¿Es grande? ¿Come personas? ¿Podría comernos? —Martín no dejaba de preguntar embelesado por las historias de Kuri.

—Pequeño, la yacumama vive en ciénagas y lugares húmedos cerca de los ríos. Por eso deben tener cuidado al acercarse a estos. Se alimenta de caimanes jóvenes, de pecaríes y de grandes y hermosos

pájaros.

—¿Qué son pecaríes? —interrumpió Martín.

—Son una especie de chanchos, cerdos, parecidos a los jabalís.

—¡Dios mío! ¡Una serpiente que come caimanes y cerdos!

—Y hasta puede comer seres humanos. Imagínense…, ¡incluso llega a medir como cinco hombres adultos!

—Deja ya de asustarnos —le pedí a Kuri—. Terminarás consiguiendo que no pegue ojo en toda la noche —dije mientras sonreía y le daba a Martín un beso de buenas noches en la frente—. No tengas miedo. Nada malo va a pasarnos.

El calor empezaba a hacer mella y Juanita tuvo que comenzar a caminar descalza, pues sus pies se hincharon y el dolor que le provocaban las sandalias era ya imposible de soportar para la pobre criatura. Por su parte, Bougé estaba lleno de picaduras de murciélagos, ya que estos entraban en nuestras pequeñas cabañas hechas a base de ramas de árboles, palos y hojas de palmera y se nos posaban en los rostros, cabezas y extremidades con la intención de absorbernos la sangre para alimentarse.

A media tarde, antes del anochecer, Antonio y Juan, con la ayuda de mi fiel Joaquín, hicieron un fuego para guisar pollo, maíz, carne de llama, cordero, cerdo y patatas, aunque los víveres cada vez eran menos y ya solo deseábamos llegar a Canelos para poder descansar con más comodidades y adquirir provisiones.

Las noches en la selva eran duras y no resultaba nada fácil dormir con el insoportable aullido de los monos, que se trasladaban sin descanso de rama en rama entre las frondosas copas de los enormes árboles. Martín se despertaba muchas veces en medio de la noche y había que tratar de volver a dormirlo con mucha paciencia. Y así volvía de nuevo a amanecer, para continuar el viaje en medio de una naturaleza abrumadora donde pájaros de vivos colores cantaban alegres entre líquenes y se refrescaban en pequeños arroyos que la montaña creaba de modo improvisado.

Mi hermano Juan oficiaba todos los días una especie de ceremonia ritual en la que dábamos gracias a Dios por estar vivos y juntos, por no pasar hambre y por que, a pesar de las dificultades, avanzábamos

sin muchos contratiempos. Yo, por mi parte, pensaba frecuentemente en padre. ¿Dónde se encontraría ahora? ¿Habría llegado ya a Canelos para avisar de que pronto lo haríamos nosotros? ¿Estaría bien? Tampoco apartaba de mi mente, ni por un segundo, al hombre al que amaba más que a mi vida y por el que había decidido emprender este viaje. Jean me esperaba y eso me daba fuerzas para seguir con esta locura.

Una tarde, cuando los hombres estaban preparando el fuego, un tucán de plumaje verde y anaranjado se detuvo sobre la rama del árbol en el que me apoyaba para descansar. Era hermoso y permanecía quieto mirándome. Estuvo así unos segundos hasta que alzó el vuelo sorprendido por el sonido de unos pasos que se acercaban a mi espalda.

—Quiero agradecerte todo lo que estás haciendo por Martín. —Mi hermano Antonio se sentó a mi lado—. Es aún un niño, pero gracias a tus cuidados y atenciones se encuentra más feliz y protegido.

—Lo quiero como a un hijo. Ya lo sabes. Y también sabes que te deseo toda la felicidad del mundo y que soy dichosa al saber que Marcelina está de nuevo embarazada.

—Lo sé, hermana. Al menos ya no estará sola. Y, cuando nuestro hijo crezca, quizá puedan venir ambos también a Europa.

—¿Crees que padre habrá avisado ya en Canelos de nuestra llegada? —Antonio cambió bruscamente de tema.

—Sí, los nativos dicen que en una semana llegaremos allí. Seguro que incluso ya han partido en dirección a Andoas.

—Espero que se encuentre bien. Temo por él. Si te soy sincero, este viaje está siendo más duro de lo que imaginaba.

Antonio había perdido varios kilos. Tenía el rostro y las manos llenas de picaduras y el pelo sucio y despeinado. Sudaba a raudales y andaba también descalzo, quizá porque tenía los pies tan hinchados y doloridos que no podía siquiera ajustarse las botas.

—Padre es un hombre de recursos. Sabrá cómo arreglárselas —le dije para tratar de tranquilizarlo un poco.

Yo también estaba preocupada por él. En general, lo estaba por todos. Veía como los víveres escaseaban, el cansancio iba en aumento,



los insectos nos acribillaban y el camino cada vez era más salvaje y frondoso.

# XXXI

Al cabo de algo más de una semana llegamos a Canelos, pero lo que allí encontramos no fue lo esperado. El pueblo estaba deshabitado por completo y las chozas que servían de viviendas a los nativos y religiosos habían sido incendiadas. El panorama era desolador. Ni un alma transitaba por aquel poblado. Parecía como si algo horrible hubiese ocurrido.

—¡Oh, *merde*! —Fue Roche quien primero supo interpretar las señales—. No hay duda. Parece que se trata de una epidemia.

—¿Una epidemia, dice? —Antonio se quedó estupefacto mientras los nativos se miraban presos del pánico.

—Sí, es habitual quemar las viviendas y salir huyendo. Quizá se trate de viruela.

Todos los porteadores de la expedición, en apenas segundos, descargaron de sus espaldas las mercancías que llevaban, abandonaron a Isabel en su silla de manos y salieron corriendo en dirección al interior de la selva.

—¡Alto! ¡Alto! ¡Deteneos! ¿Dónde vais? ¡Calma! ¡Volved aquí! —Antonio gritaba despavorido corriendo tras ellos para hacerlos regresar.

—¡Dios mío! ¡Viruela! —grité con un nudo en la garganta al recordar que esa maldita enfermedad había sido la que se había llevado a mi hija para siempre.

El negro Joaquín salió también corriendo tras los nativos, pero ya era demasiado tarde. Todos había huido aterrorizados solo de escuchar aquella temible palabra.

—Brillante idea la suya, monsieur Roche. Debía de saber de antemano que los indígenas son altamente susceptibles a escuchar el nombre de enfermedades traídas por los europeos. Son mortales y ninguno de ellos permanecería ni por un segundo en un lugar infectado por la viruela.

Mi hermano Juan estaba muy molesto y hablaba con seriedad.

Hacía mucho tiempo que no lo veía así, pues siempre había sido un hombre comedido e inalterable.

—Sería conveniente que se abstuviera de realizar pensamientos en alto de este modo tan gratuito.

—Pero… —Roche no supo qué decir.

—No dudo de que tenga usted razón, pero debería pensar antes de hablar. ¿Se le ha ocurrido qué vamos a hacer ahora sin guías ni porteadores? ¿Es que acaso conoce usted el camino a Andoas?

Antonio y Joaquín regresaron sin conseguir traer con ellos a ninguno de los nativos huidos. Nuestra situación era ahora más dramática que nunca, pero no podíamos flaquear. Había que buscar soluciones.

—Sería conveniente que tratásemos de encontrar a algún porteador indígena. No podemos quedarnos de brazos cruzados. Hay que buscar entre las chozas y cabañas —dije mientras avanzaba por el poblado—. ¡Martín, ven conmigo! Nosotros iremos en esta dirección.

Juanita y Joaquín, junto con el criado de los franceses, se pusieron en marcha al igual que hicieron mis hermanos, mientras que Roche y Bougé se quedaron pasmados y sin moverse al ver que los dejábamos solos en medio de aquel escenario fantasmal.

Martín y yo caminamos entre las calles enfangadas en busca de algún alma que quisiera ayudarnos. De pronto, junto a una pequeña capilla construida probablemente por los padres jesuitas con piedras irregulares, pudimos distinguir a dos hombres que recogían del suelo algunas hortalizas chamuscadas por el fuego y las metían en una especie de bolsa de tela oscura. Al vernos se detuvieron. Eran indígenas y parecían asustados.

—*Yanapay, ama hina*[4] —dije mientras caminaba hacia ellos.

Martín se agarró a mi falda.

—Estamos perdidos y necesitamos llegar a Andoas. ¿Podrían echarnos una mano?

Los nativos se miraron.

—Les pagaré. Tengo algo de dinero.

El indígena de mayor edad terminó de recoger las hortalizas que quedaban esparcidas por el suelo y con calma se dirigió a nosotros:

—La viruela nos mata. Y ustedes, blancos, tienen la culpa.

—Pero nosotros… no hemos hecho nada. Estamos sanos. Necesitamos que nos ayuden.

Saqué del bolsillo interior de mi falda un par de monedas de plata y extendí mi mano hacia él para entregárselas.

—Si pudieran llevarnos por el río hasta Andoas, nos habrán salvado la vida.

El indígena más joven pronunció algunas palabras inteligibles en un dialecto desconocido para mí mientras el mayor negaba con la cabeza. Durante unos segundos pensé en Jean. «Ayúdame», dije en apenas un susurro.

—Está bien. Los acompañaremos. ¿Cuántos son ustedes?

—Nueve —respondí aliviada.

Agradecí al cielo y a mi esposo el que hubieran escuchado mis plegarias. Al menos podríamos continuar el viaje y llegaríamos a Andoas. Seguro que padre estaría allí, esperándonos. Eso si todo había ido bien y no había sucedido ninguna otra desgracia. Pero, al menos de momento, no podía pensar en ello. Debía conseguir salir de Canelos con los pocos recursos con los que contábamos.

—Mi nombre es Isabel. Y este es mi sobrino Martín.

Los indígenas nos miraron con desconfianza.

—Debemos construir una canoa. Todo se ha quemado. —Era el indígena más joven el que tomaba la palabra.

—Está bien. Y ¿cuánto les llevará hacerla?

—Unas dos semanas.

—¡Dos semanas! ¡No tenemos tanto tiempo! Apenas tenemos comida y nuestras fuerzas son ya muy escasas…

—Son ustedes nueve personas, más nosotros dos hacen once. La canoa deberá medir, al menos, unos seis hombres de largo aproximadamente. Y además debemos colocar en la popa un pequeño refugio para protegernos del sol y depositar los víveres. Lo lamento, señora, pero no podemos hacer nada más por ustedes.

Ambos dieron media vuelta para marcharse.

—¡Esperen, esperen! ¡Se lo ruego! Está bien. Lo comprendo. Nos quedaremos aquí hasta que terminen la canoa. Quizá algunos de

nosotros podamos ayudarlos para agilizar el trabajo.

Los indígenas no respondieron y se adentraron en el bosque sin pronunciar palabra.

—¡Maldita sea! Solo espero que regresen pronto y que nada de esto haya sido un engaño.

Martín y yo volvimos al lugar donde habíamos dejado a los franceses, que aún permanecían allí, sin moverse, tratando de comprender qué extraño capricho del destino los había empujado a iniciar este viaje. Mientras les ponía al día de lo sucedido con los indígenas llegaron mis hermanos y también el grupo de los criados. Todos se congratularon de las buenas noticias, aunque, a medida que el tiempo pasaba y llegaba la noche, todos éramos más conscientes de que quizá los nativos no volverían.

Encendimos una hoguera y dimos cuenta de los dos últimos trozos de cordero de los que disponíamos junto con tres pequeñas patatas. Cuando estábamos a punto de retirarnos a descansar en el interior de una de las pocas cabañas que no había ardido por completo, pudimos ver regresar a los dos nativos con un enorme tronco de cedro.

—¡Gracias al cielo! —exclamé mirando a mi hermano Juan—. Dios está con nosotros.

Después de once días abandonamos lo que quedaba de Canelos en dirección a Andoas a través del Bobonaza. Era el 25 de octubre de 1769. La embarcación construida por los indígenas (no dejaron que ninguno de nosotros los ayudara) era sólida y, tal y como ya habían anunciado, contaba con un pequeño refugio con techumbre de paja situado en la popa para proteger a personas y víveres del terrible sol que golpeaba con fuerza desde lo alto.

Tuvimos que dejar en Canelos buena parte de nuestras pertenencias, ya que el espacio del que íbamos a disfrutar en la canoa era muy estrecho y reducido. Juanita y el criado de los franceses no se encontraban muy bien desde hacía ya unos días y, en el mismo momento en que partíamos, les comenzó a subir la fiebre a ambos. No estaban preparados para viajar, pero no podíamos dejarlos en tierra,

así que todos subimos a la embarcación con la ilusión de poder llegar pronto a Andoas y pisar un lugar seguro y habitado.

El más joven de los indígenas se colocó en la popa y el otro en el lugar correspondiente a la proa para manejar la embarcación de modo controlado. Los demás nos distribuimos como mejor pudimos; mis hermanos insistieron en que me situara con Martín bajo el refugio y junto a los víveres.

El Bobonaza era ancho y caudaloso y discurría en medio de la selva tropical y salvaje. Guardaba celoso el canto de los cotingas y las tángaras de color dorado, y en sus orillas crecían enormes especies de árboles, musgos y líquenes que se alimentaban de la fuerza y riqueza de sus aguas. La humedad era devastadora y apenas podíamos respirar sin dificultad. Al segundo día un tremendo aguacero se desató implacable y tuvimos que permanecer varados en la margen derecha del río esperando a que la tormenta remitiera, empapados y agotados de no dormir y de apenas comer. Recogíamos el agua de lluvia en hojas de palmera para poder hidratarnos mientras las grullas y alguna golondrina nos saludaban extrañadas a nuestro paso.

Apenas llevábamos cuatro días de viaje cuando los nativos de Canelos se tiraron al agua desde la embarcación y, nadando río abajo, desaparecieron de nuestra vista sin previo aviso. Solo Juan tuvo fuerzas para gritar implorando al cielo que regresaran, pero todo fue inútil. Sin saber por qué, nos dejaron allí, en medio de aquel río, perdidos y sin posibilidad de emprender la marcha. No conocíamos el camino hasta Andoas ni tampoco sabíamos cómo regresar a Canelos, así que no nos quedaba más remedio que seguir adelante. Juanita lloraba desconsolada y unas pequeñas pústulas sangrantes brillaban en sus labios al ser acariciadas por el agua que manaba de sus mejillas. Estaba enferma y yo lo sabía.

—¿Quién de ustedes sabe dirigir este trasto? —dije mirando a todos y cada uno de los componentes de aquella desafortunada aventura.

Ninguno respondió hasta que el antaño regordete Bougé (que había perdido ya al menos quince kilos) dijo:

—Creo que nuestro criado podría hacerlo. ¡Vamos, colócate en la parte delantera! —le gritó zarandeándolo.

El pobre desgraciado tomó el remo mientras Juan y Antonio se colocaban en la parte trasera para distribuir el peso y encargarse ambos de orientar la canoa desde allí. Los demás nos repartimos por la embarcación como pudimos, aunque yo preferí situarme al lado de Juanita y de Martín, a quienes cuidaba como si fueran mis hijos. La situación era desesperada y ninguno de nosotros hablaba mucho. Debíamos reservar nuestras fuerzas, pues aún restaban días para llegar a Andoas. El estado de salud de Juanita era cada vez más preocupante y yo trataba de hidratarla al máximo con la poca agua que teníamos.

—¡Deje de gastar el líquido que nos queda en esa maldita mocosa! —me increpó un día Bougé al darse cuenta de que la pobre Juanita bebía sedienta de uno de los dos cuencos que poseía el grupo.

—Es usted un hombre sin corazón y sin escrúpulos —le espeté.

Abracé a Juanita, que, casi de inmediato, se me durmió sobre el regazo. El viento soplaba ahora con fuerza y ambas, junto a Martín, fuimos a resguardarnos bajo la techumbre de la canoa. Fue justo en ese instante cuando se desencadenó la primera de nuestras desgracias. Debido a las fuertes rachas de viento el sombrero del doctor Roche salió volando en dirección al río.

—¡Oh, *mon dieu*! —exclamó mientras se tapaba la cabeza con las manos.

Al ver que este salía despedido, el criado de los franceses tuvo la brillante idea de lanzarse al agua tras él provocando una tremenda sacudida en la embarcación que hizo que mis hermanos y yo cayéramos al agua. ¡Ninguno de nosotros sabía nadar! No nos quedó más remedio que sacudir los brazos y las piernas con las pocas fuerzas que nos quedaban, pero, en mi caso, el peso de mi vestido hizo que pronto comenzara a hundirme y a tragar agua. Fue entonces cuando mi criado Joaquín me gritó con todas sus fuerzas que me agarrase al remo que acababa de lanzar al río mientras Juan y Antonio trataban de alcanzar la canoa ayudados por los franceses.

—¡Coja el remo, señora! ¡Agárrese a él con fuerza que yo tiraré de usted!

Aún ahora no sé cómo escapé de la muerte ni cómo pude asirme a aquel remo. Solo recuerdo ser arrastrada por la corriente junto a la

canoa hasta una especie de banco de arena en una margen del río mientras casi todas nuestras pertenencias flotaban en sus aguas y eran arrastradas por la corriente hacia algún lugar.

Fue el frío lo que me hizo abrir los ojos. Estaba empapada y mi vestido hecho jirones. Distinguí a mis hermanos preparando el fuego mientras los dos franceses partían algunas ramas secas y palos para avivarlo. Martín y Juanita descansaban junto a la hoguera y Joaquín trataba de ordenar las pocas pertenencias que se habían salvado de aquel naufragio. Gracias al cielo parecía que uno de los machetes no se había perdido.

—Señora, ¡está usted despierta! —Joaquín no podía contener la emoción—. Menos mal que se encuentra bien.

—¿Qué ha ocurrido, Joaquín? Ha sido horrible… Por un momento creí… Creí que…

—No se torture más, señora. Estamos todos bien. A excepción del pobre Pierre. Se ahogó tratando de rescatar el sombrero de monsieur Roche. La corriente se lo debió de llevar lejos.

—¿Cómo? ¿Ahogado? —Sentí una tremenda compasión por aquel hombre callado y amable—. Que Dios lo acoja en su seno y nos dé fuerzas para continuar adelante.

Me persigné y me dirigí hacia la hoguera para tratar de calentarme. Joaquín me acompañó sosteniéndome por ambos brazos, pues apenas tenía fuerzas para mantenerme en pie.

El banco de arena en que nos encontrábamos era terriblemente estrecho y poco espacioso y, tras lo sucedido en el río, ninguno de nosotros quiso regresar a la canoa, por lo que decidimos que continuaríamos hasta Andoas a través de la selva. Apenas teníamos qué comer y, si nos quedábamos allí más tiempo, moriríamos de inanición o deshidratados.

Ojalá lloviera, pensé. A Juanita le vendría bien beber un poco. Mi querida niña apenas se movía. Sus ojos no tenían vida y sus mejillas se encontraban cubiertas de pústulas supurantes, algunas de ellas ya secas. Le pedí al doctor Roche que la atendiera. No podía dejar que

muriera. Era tan solo una niña. Aún tenía mucho por vivir.

—No hay nada que hacer, señora Isabel. Esta gravemente enferma. Tiene la temperatura muy alta y sufre una deshidratación extrema. Apenas tiene fuerzas para respirar.

—No puede ser, doctor. Juanita no puede morir. ¿No ve que es una niña? Debe salvarla, doctor. ¿Me oye? ¡Debe salvarla!

Me abalancé con toda mi rabia sobre Roche y comencé a propinarle golpes en el pecho.

—¡Dígame qué hay que hacer! ¡Vamos! ¡Es usted un cobarde! ¡Maldito sea! ¡Maldito sea usted!

Mi hermano Antonio fue quien terminó por separarme de Roche.

—Cálmate, Isabel. Te lo ruego. Ninguno queremos que Juanita muera. Vamos a tratar de hidratarla lo máximo posible.

—Pero ¿cómo? Apenas tenemos agua y si no llueve pronto moriremos o tendremos que beber nuestros propios orines.

—Pues lo haremos. No voy a dejar que mueras, hermanita. —Antonio sonrió en una especie de mueca grotesca.

Fue Roche el que habló ahora, liberado ya de mis embestidas.

—Andoas está a menos de una semana de donde nos encontramos. Podríamos ir algunos en busca de ayuda mientras otros se quedan aquí, esperándonos y cuidando a los enfermos. Si tratamos de viajar todos juntos, moriremos.

Juan habló.

—Me parece bien. No tenemos apenas agua ni comida y debemos tratar de avanzar lo más rápido posible.

—Entonces yo iré hasta Andoas —dijo el doctor—. ¿Alguien más quiere venir conmigo?

De inmediato su acompañante Bougé levantó la mano.

—Yo iré también.

—No me fio de ustedes. —Esta vez di yo mi parecer—. ¿Y si no vuelven a buscarnos?

—Yo iré entonces, si la señora me lo permite. —Joaquín, mi leal amigo, jamás me dejaría sola.

—Pues que así sea —volvió a hablar Juan—. Partiréis mañana al alba. Esperaremos vuestro regreso. En vuestras manos ponemos

nuestras vidas.

# XXXII

El 3 de noviembre de 1769 Roche, Bougé y Joaquín marcharon en dirección a Andoas en busca de refuerzos. No deberían tardar más de quince días en regresar y, aunque quienes nos quedábamos sabíamos de lo lento que pasaría el tiempo en aquel lugar, todos confiábamos a ciegas en aquella pequeña comitiva. De todos modos, estábamos en sus manos.

—No tenga miedo, señora. Volveré —habían sido las últimas palabras pronunciadas por Joaquín cuando nos dejó en aquel pequeño e infernal trozo de arena enfangada.

El fuego era el mejor modo de ahuyentar la presencia de animales salvajes y todas las noches mis hermanos preparaban la hoguera con ramas secas que Martín y yo buscábamos por los alrededores. Lamíamos las hojas húmedas de los árboles y de los abundantes matorrales de escasa altura que nos rodeaban. Por su parte, Juanita se apagaba.

—Tía —me dijo una mañana Martín cuando estábamos limpiando los restos de la hoguera del día anterior—. He visto que Juanita tiene en la nariz gusanitos blancos que se mueven.

Sin mediar palabra acaricié su pequeña cabecita y lo besé. Me dirigí hacia el lugar donde Juanita descansaba mientras las lágrimas me resbalaban por las mejillas. La joven criada estaba cubierta por mantas. El frío de la mañana era intenso y ella tiritaba. Me senté a su lado y tomé del suelo una pequeña tela que coloqué sobre mis hombros para protegerme también de las bajas temperaturas matinales. Y así me quedé observándola unos minutos. El candirú se había alojado en la fosa nasal derecha de la niña y se había abierto, extendiendo sus espinas, para absorber su sangre hasta terminar por provocarle la muerte. A Juanita apenas le quedaban unas horas de vida.

En medio de aquella barbarie, un guacamayo sobrevoló el banco de arena y fue a posarse sobre la rama de una hermosa palmera. Me quedé contemplando aquel ejemplar en silencio.

¿Cuánto tiempo había pasado ya desde que Joaquín y los franceses partieran hacia Andoas en busca de ayuda? Había perdido por completo la noción del tiempo, pero estaba segura de que no podríamos aguantar mucho más. Nos encontrábamos en una situación desesperada, en los límites mismos de la vida, y la tristeza y el pesar invadían todo mi ser a cada momento. Solo el recuerdo de padre y de Jean, y el deseo de proteger a Martín de las amenazas de aquel lugar, me libraban de la locura.

Dios nuestro Señor se llevó a Juanita apenas un par de días después. Nadie pronunció ni una sola palabra y una paz angustiosa vino a invadirlo todo. Fue el eco de la voz de mi hermano Juan lo único que sonó acompañando los aullidos de varios monos cuando cavamos una fosa para enterrarla y la circundamos con piedras para señalar el lugar en el que descansaría la dulce criatura, ajena ya a nuestro sufrimiento e impotencia.

—Es mejor así, Isabel. —Antonio me abrazó. Pude notar como su cuerpo se había convertido en una especie de armazón de huesos apenas envueltos en harapos.

—Debemos tratar de avanzar, Antonio. No podemos esperar más. ¿No te das cuenta de que moriremos aquí si no intentamos llegar a Andoas?

—Creo que es demasiado arriesgado. No conocemos el camino y la selva encierra peligros que ni imaginamos.

—¡Pero Antonio! ¿Qué más peligros podemos sufrir que el esperar a la muerte aquí, en este maldito lugar? No tenemos comida ni agua. Debemos irnos.

—Isabel tiene razón —intervino Juan—. Ya deberían haber vuelto a buscarnos. Llevamos aquí algo más de dos semanas si mis cálculos no fallan. Es momento de ponernos en marcha ahora que Juanita…

Todos estábamos exhaustos y agotados. Comíamos pequeños insectos

y gusanos aún a riesgo de que fueran venenosos, pues tampoco alcanzábamos a saber de su peligrosidad. Juan parecía un cadáver aterrador con aquella sotana negra y desgastada que casi le llegaba hasta los pies. Estos estaban cubiertos por una especie de botas que se sujetaban, milagrosamente, a sus esqueléticos tobillos. Tenía los dedos hinchados, incluso casi más que los míos, una barba espesa que le cubría el rostro y el pelo canoso y revuelto.

Antonio, por su parte, era el vivo retrato de un muerto en vida y Martín se encontraba tan frágil y desganado que inútilmente se sentaba a mi lado y reposaba su cabecita en mi regazo hasta permanecer dormido durante horas. Yo tenía dificultades para moverme, me costaba respirar debido al calor y la humedad y cientos de imágenes desgarradoras de muerte y dolor acudían a mí en sueños sin autorización ni sosiego para abandonarme en el extravío de la irrealidad que a veces pensaba que estaba viviendo. En ocasiones hablaba con Dios mirando hacia lo alto y buscando su protección paternal y misericordiosa, y otras, angustiada por la llegada de la noche y por la cobardía que proporciona la soledad, maldecía con palabras su abandono y le daba la espalda por haber puesto en mi vida tanta desolación y padecimiento.

La zona arenosa en la que nos encontrábamos pronto se convirtió en una ciénaga fangosa debido a la estrepitosa tormenta que se desató un día antes de nuestra marcha. Aprovechamos para recoger, en el único cuenco que nos quedaba, toda el agua de lluvia que pudimos y terminamos por agrupar nuestras escasas pertenencias.

De pronto Martín trató de gritar, pero apenas un hilo de voz tenue salió de su garganta.

—¡Una serpiente! ¡Una serpiente! —dijo mientras señalaba un lugar indefinido en mitad de la ciénaga.

Antonio agarró rápido el machete que habíamos logrado salvar del desastre en el río y se fue directo en dirección al animal. Una larga y estrecha culebra de bandas rojas y amarillas asomó por el barro. Antonio esperó paciente a que esta se acercara y de un solo tajo le cortó la cabeza. Su cuerpo se mantuvo aún durante unos eternos segundos zigzagueando hasta que se detuvo en seco. Antonio cogió el

cadáver del animal con ambas manos y, frente a la mirada atenta de todos, lo cortó en varios trozos que luego envolvió en los jirones de lo que antes había sido una camisa. Los metió en un saco y, sin mediar palabra, lanzó a su hijo una sonrisa exhausta. Al menos, pensé, tendríamos algo que comer.

Y así fue como abandonamos aquel inhóspito lugar para adentrarnos de lleno en la selva. Antonio abría la comitiva a golpe de machetazo y Martín, Juan y yo le seguíamos.

Avanzábamos despacio entre ceibas, palmeras, mosquitos y animales salvajes que nos contemplaban ocultos con la intención de preservar de lo humano toda aquella belleza de poder desconocido y lejano. Nos despertábamos con la luz del día y nuestras piernas, exhaustas y agotadas, atacadas inmisericordemente por los insectos, se encontraban cubiertas de llagas y heridas por las que manaba un líquido putrefacto y oloroso. Los enormes árboles que nos rodeaban nos protegían parcialmente de los rayos del sol; sin embargo, la humedad era altísima y nuestras ropas también comenzaron a pudrirse y a adherirse al líquido infeccioso que salía de nuestras heridas. De noche, las temperaturas eran frescas y, normalmente, solíamos dejar encendida la hoguera para ahuyentar a los animales y, a veces, dormíamos en pequeños refugios que levantábamos con maderas y hojas de palmera atadas con alguna especie de cuerda que obteníamos de las hojas de los árboles.

Desde hacía unos días, mi hermano mayor, Juan, era el encargado de recoger palos y hojarasca con los que disponía la lumbre. Era su rutina diaria, un modo de no sucumbir ante la adversidad. Los graznidos de loros y guacamayos no se hacían esperar y muy de mañana iniciaban su habitual fiesta de bienvenida, agradecidos por la llegada de un nuevo amanecer y no tanto por la presencia de unos huéspedes incómodos que no lograban acoger a pesar del paso de las jornadas.

—Voy a tratar de hacer una hoguera. —Juan tenía los ojos hundidos y apenas podía caminar erguido.

—Déjalo, hermano. Hoy hace un día espléndido. La humedad será cada vez mayor y no será necesario que malgastes las pocas fuerzas

que te quedan. —Mi voz sonaba convincente—. Yo intentaré buscar algo de comida. Despierta a Antonio —dije mientras dirigía la mirada hacia el lado del claro donde se encontraba mi otro hermano.

Me levanté con sumo cuidado del suelo, sacudí varias hojas secas e insectos que se habían agolpado sobre las faldas de lo que en su día fue un hermoso vestido estampado de algodón y me dirigí hacia el interior de la selva en busca de alimento. Llevaba en mi mano derecha el pequeño machete que nos quedaba, muy útil para cortar maleza poco abundante y que en alguna ocasión me había servido para matar de un solo golpe a inofensivas culebras, así como para abrir frutos silvestres o extraer cogollos de las palmeras. Estaba segura de que el día sería especialmente caluroso y de que la humedad podría deshidratarnos hasta hacernos morir de sed. Así que, una vez más, el único objetivo era tratar de sobrevivir.

Me dejé abrazar por un conjunto de árboles de mediano tamaño que parcialmente me ocultaban el nacimiento del sol. Avanzaba con paso lento y parsimonioso mientras las llagas de las manos se me reblandecían a causa del sudor. Varios mosquitos comenzaron a revolotear a mi alrededor para terminar posándoseme en los brazos, llenos de heridas en carne viva en las que aquellos bichos parecían deleitarse. Algunas rocas irregulares rodeadas de maleza y tierra húmeda fueron a mezclarse con las raíces torsionadas de tremendos árboles centenarios. Traté de sortearlas, pero mis fuerzas eran tan pocas que no tuve más remedio que detenerme sobre una de ellas a descansar. Era enorme, lisa y muy regular y tenía forma de rostro humano. Parecía estar ahí colocada a propósito. Recordé entonces como, en una ocasión, padre me había contado que en las grandes piedras, llamadas del saber, se encontraba el hogar de la Yacumama, una serpiente devoradora de hombres a la que había que pedir permiso para entrar en su morada.

Entonces tomé del suelo un pequeño canto rodado de color grisáceo y ligero y golpeé con fuerza una parte de la roca mientras respiraba profundamente. Tuve la sensación, por un leve instante, de que el cuerpo se me recargaba de una energía extraña, antigua.

—Te pido permiso para entrar y descansar en tu morada. —Era así

como padre me había enseñado a hacer. Nadie debía tomarse la confianza de ocupar una casa que no era la suya sin autorización previa.

Golpeé varias veces la gran roca con el canto que había recogido del suelo y, después de aquel ritual, cerré los ojos y me dejé arropar por el sonido de la selva. Añoraba mis antiguos lujos y comodidades, mi vida de adolescente, sin preocupaciones, en medio de la civilización de la que tanto había disfrutado. Apenas me quedaban fuerzas y tampoco había encontrado nada que comer. Así fue como comenzó la verdadera tragedia de nuestra aventura.

# XXXIII

No recuerdo cuánto tiempo permanecí ahí, junto a la gran roca, tratando de recomponer la historia de mi vida en un ejercicio desesperado de reconocimiento y aceptación. Luego, esta me dejó partir, liberándome y aligerando el peso de mi existencia para regresar en busca de mis hermanos y del pequeño Martín.

Necesitábamos beber algo o moriríamos, así que, sin apenas fuerzas, extendí el brazo, descarnado y repleto de pústulas, para recoger unas hojas húmedas que yacían en el suelo. No pude distinguir su color, pero al tacto resultaban ásperas y hostiles, como todo lo que las rodeaba. Sin embargo, no vacilé. Me metí una en la boca y comencé a lamerla para tratar de refrescarme. Estaba húmeda y, a pesar de que la lengua se resentía al contacto con su superficie, lograba que produjese saliva.

—Antonio… —llamé la atención de mi hermano extendiéndole algunas hojas de las que había recogido—. Acércaselas a Martín a la boca. Quizá puedan aliviarle y refrescarle un poco.

El niño, de apenas seis años y al que tanto amaba, estaba sentado junto a mi hermano Antonio. Parecía un esqueleto. Sus pequeños huesos se sostenían por ínfimas tiras de carne de un blanco amarillento que estremecía. De día, las cuencas de sus ojos brillaban desecadas por profundos derrames de desdicha y en mitad de la noche, como ahora, apenas emitía una leve respiración acompasada que acompañaba al estruendo de la selva. ¡Con qué facilidad me había engañado este Amazonas de valles verdes y soleados, de arroyos pequeños y tranquilos que de pronto fluía salvaje e indómito, torrencial y pantanoso, inmenso e infranqueable!

—Martín se muere, Isabel. —Antonio, quien fuera un joven corpulento, de rasgos hermosos, bonitos ojos negros y cabello abundante de cuidadas patillas, era ahora un pequeño y desvalido ser

humano que se encontraba consumido por la tristeza.

Mi hermano quería que Martín estudiara en Europa, que fuera un hombre de provecho y que alcanzara los éxitos que él no había podido lograr por su mala cabeza y su falta de seriedad en los negocios. Y ahora todas las expectativas, todos los planes que mi hermano había soñado para su primogénito, se habían ido al traste. Sentí una tremenda compasión por él, pues imaginaba lo culpable que debía de sentirse, y agradecí al cielo que el nuevo hijo que venía en camino no tuviera que sufrir tales desdichas. Gracias a Dios, Marcelina se había quedado en Riobamba debido a su estado de buena esperanza, por lo que ella también se había salvado de morir entre ciénagas y combativas alimañas.

Miré a mi hermano con lástima. Un pájaro de garganta rosada, apenas perceptible entre las ramas del enorme árbol que se encontraba a mi espalda, chilló de modo ensordecedor. Nadie se movió. Antonio protegió a su hijo del estruendoso sonido tapándole con sus manos sus minúsculas orejas. No quería que nada lo perturbase ni alterase aquella incierta calma.

—Solo nos queda seguir rezando —sentenció Juan, el agustino, el hombre de Dios, el que más cerca de todos nosotros estaba de la salvación.

—¿Rezar dices, hermano? —Antonio levantó la voz, pero Martín no se movió—. ¿Dónde está ahora tu Dios? ¿Crees que si existiera dejaría que mi hijo se me muriera entre los brazos?

Entonces me incorporé de pronto deslizándome entre la maleza.

—Ya basta, Antonio —dije mientras me acercaba cojeando al lugar en que se encontraba mi hermano—. No digas barbaridades y déjame al pequeño Martín. Estás agotado. Todos lo estamos.

Antonio torció el gesto en una extraña mueca. Su piel estaba seca y ajada. Parecía un anciano. Se levantó con el niño en brazos y me lo entregó para que, suavemente, lo acunara. El pequeño tenía el pelo del color del trigo recién cortado. No pesaba más de ocho o diez kilos y tenía el cuerpo lleno de enormes ronchas de un rojo intenso. Algunos insectos se arremolinaban sobre ellas en una especie de ceremonia infernal en la que todos debían disfrutar del festín.

—Mi pequeño bendito, sueña con flautas de oro, llega al sol dormido y olvida el llanto del aire. Que la noche te proteja y que la vida te dé risa. Duerme, mi pequeño bendito, lejos de los engaños del mundo, que la vida te anuncie baile, que el baile te anuncie dicha.

Así le susurraba a Martín la nana que me cantaba madre cuando yo también era una niña. Ahora, con cuarenta y un años, aquella joven risueña, valiente y curiosa se había convertido en una mujer golpeada por la desgracia. Pero no tenía tiempo para volver a pensar en ello, tenía que preocuparme por Martín.

Avancé unos pasos para apoyarme en el grueso tronco de un árbol cuya copa se había convertido en el refugio seguro de varias especies de aves de plumaje variopinto. A lo lejos podía oír la conversación de mis hermanos y los reproches continuados de Antonio. ¡Cuántas veces yo había maldecido mi suerte y cuántas veces había encontrado refugio en un Dios que sabía que no iba a abandonarme! Pero comprendía a mi hermano. Era consciente de que el final de Martín estaba cerca y el dolor, la culpabilidad y la inmensa tristeza le empañaban el entendimiento.

Era necesario buscar culpables. El ser humano necesita hacerlo para comprender de algún modo una existencia tan bella como injusta y lastimera.

Acaricié con dulzura los cabellos de Martín mientras las lágrimas me cubrían los ojos hasta ocultarme casi por completo la visión del angelical rostro de la muerte. Una leve expiración, siquiera profunda, puso fin a aquella terrible agonía. Martín descansó entre mis brazos, mecido por mis extremidades, ahora sí, firmes y poderosas. Un beso cayó, silencioso, sobre la frente del niño. ¡Qué hermoso es!, pensé mientras permanecía en silencio retirándome cuidadosamente las lágrimas de las mejillas. La noche se hizo silencio en un generoso gesto para acompañar el duelo. Y volví a llorar. Lloré por Martín, por mi hermano Antonio, por Juan, por mi hija Manuela y por mi esposo Jean. Y lloré porque, después de todo, yo aún seguía viva.

# XXXIV

Llevaba al niño muerto entre los brazos y avanzaba despacio. El peso de la vida, de aquella decisión que un día ya lejano me empujó fuera de los muros de mi hogar, me aplastaba implacable hasta reducirme a nada. No fue necesario hablar. Las palabras no hicieron ningún esfuerzo por salirme de los labios, escondidas como estaban al sentir el grito lastimoso de Antonio. Acerqué al niño a los brazos de su padre con ternura, con la misma suavidad con la que años atrás lo había colocado en su regazo nada más nacer. Y entonces pensé en Marcelina. No había nada más terrible en el mundo que la pérdida de un hijo. ¡Yo lo sabía tan bien! Mis abortos espontáneos y la muerte de mis vástagos, especialmente la de mi amada Manuela debido a la viruela, me habían privado de disfrutar del calor de una gran familia, y eso también me atormentaba.

Antonio se alejó con Martín en brazos. Se adentró unos pasos en la profundidad de aquella insondable maleza y pronto ambos fueron devorados por la oscuridad.

—Juan, ayúdame a excavar. Vamos a hacerle una bonita cuna a Martín para que el calor de esta tierra húmeda lo meza hasta la eternidad.

Juan rezaba en voz alta y pedía al cielo consuelo ante tan terrible tragedia. Mientras, yo me arrodillé en el suelo y comencé a cavar. Apenas tenía fuerzas y las lágrimas que me resbalaban intermitentes por las mejillas se mezclaban con aquella tierra fangosa pero llena de vida. Cuando terminé, mi hermano Juan, el mayor y más débil de los tres, ya había recogido unos estrechos palos del suelo y los había atado con hojas formando una hermosa y rudimentaria cruz como ya hiciera unos días antes en el entierro de Juanita. La muerte se había convertido en la mejor compañera de nuestro maltrecho grupo de almas, que, empujadas por su inconsciencia, habían decidido retar a la naturaleza en un acto tan estúpido como desafortunado.

No pude precisar el tiempo que tardó en regresar Antonio con su

hijo muerto.

—Voy a quedarme así, con él, hasta que la muerte me lleve a mí también —sollozó en un hilo de voz.

Se hizo el silencio. Nadie pronunció ni una palabra. Solo el aullido de un mono perturbó ligeramente mis propios pensamientos. ¡Si pudiéramos cazar uno!, pensé. Y rápidamente me sentí culpable. Mi sobrino había muerto y mi instinto de supervivencia era aún más poderoso que el dolor.

—Hermano —Juan se dirigió a Antonio con enorme cariño mientras le acariciaba el hombro—, vamos a dar cristiana sepultura a Martín. Debe descansar en paz.

—¡Te he dicho que nos dejes! —Antonio se zafó de aquel gesto de modo brusco—. ¿No comprendes que mi hijo me necesita? Necesita de mi protección. ¿Acaso crees que voy a dejarlo aquí, en medio de la oscuridad?

A mí se me heló el corazón. Esta tierra hostil y brutal había trastornado el entendimiento de Antonio. Nos había trastornado a todos.

—Déjame cogerlo —dije dirigiéndome a mi hermano—. Yo lo acunaré. Sabes que conmigo estará tranquilo.

Antonio se acercó a mí con lentitud.

—Debes tener cuidado o se despertará —respondió en un susurro.

Extendí los brazos para recoger a Martín, pero, antes de poder alcanzarlo, Antonio hizo un quiebro brusco y giró en redondo gritando descontrolado.

—¡Queréis llevároslo! ¡Queréis meterlo en ese agujero oscuro y profundo! ¿Es que no sabéis que tiene miedo a la oscuridad? ¡Sois crueles y despiadados! ¡Mi pobre hijo…!

—Cálmate, Antonio —le dije tratando de mantenerme serena mientras un grupo de murciélagos revoloteaba sobre la escena alertado por los gritos—. Nadie va a hacerle daño a Martín.

Juan se acercó a su hermano.

—Todos estamos hechos del mismo barro —dijo con serenidad—. Nuestro destino está en manos de Dios. Debes dejar que vuele alto.

Juan miró hacia el cielo. Los negros murciélagos continuaban allí,

revoloteando, agitados mientras contemplaban con desazón el desenlace de aquel cruel acto.

Antonio se sentó en el suelo con el niño en su regazo. Su rostro, demacrado, le hacía parecer un muerto en vida y, probablemente, lo era. Las pústulas de sus brazos desprendían un tremendo olor a podredumbre y, en algunas de ellas, anidaban decenas de niguas, unos insectos de menor tamaño que las pulgas que depositaban allí sus huevos y que producían terribles picores e infecciones.

Me acerqué de nuevo a él. Tuve que contener el aliento unos segundos, pues el hedor de sus heridas era tan intenso como descorazonador. Extendí los brazos cuidadosamente y Antonio me dejó al niño en el regazo. Juan suspiró a escasa distancia de la escena y alzó, una vez más, la vista a lo alto en señal de agradecimiento.

Con el niño entre mis brazos, avancé hasta arrodillarme en la tierra excavada. Juan, siempre atento, cubrió el cuerpo con los restos de lo que un día fue una hermosa manta de fibra de vivos colores. Antonio se adentró de nuevo en la selva. No pudo resistir tanto dolor. Un grito abrazó la noche. Los animales que ya dormían tranquilos se agitaron en sus lechos. Las aves que descansaban en las frondosas e infinitas ramas de los árboles alzaron su último vuelo del día en dirección a las pocas nubes que cubrían el techo del mundo.

Los murciélagos acompañaron el sepelio y yo, después de enterrar al niño, me desmayé presa del cansancio y del agotamiento. Entre el sueño y la muerte había una estrecha línea. Tan estrecha que a veces era difícil de discernir. En aquellos momentos, presa de la sed, del hambre, y embargada por la más profunda tristeza, me entregué a la muerte.

# XXXV

Ya había amanecido. El sol apretaba en lo alto del cielo. Martín había muerto y mis hermanos, agotados por el dolor y sepultados por el abatimiento, aún permanecían dormidos. Moriríamos irremediablemente. Estaba segura de que la ayuda no llegaría, de que mi negro sirviente, casi mi hermano, mi querido Joaquín, me había traicionado y que, una vez a salvo en Andoas, nada ya podía esperar de él. ¡Con las veces que nos habíamos jurado fidelidad eterna siendo aún unos niños! Nunca pensé que pudiera abandonarme en medio de una selva tan salvaje como indómita, pero el veneno extendido por aquellos malditos franceses que se unieron a la expedición en Riobamba había calado como ponzoña en el corazón del débil Joaquín. Nunca me fie de ellos. Roche y Bougé no eran más que dos advenedizos, dos farsantes con ínfulas de grandeza que estaban dispuestos a vender su alma al diablo a cambio de una pizca de gloria y protagonismo.

Tenía que lograr encontrar comida. De eso dependía vivir o morir. Avancé, ágil y, machete en mano, me abrí paso por la espesura de la selva a la que ahora veía como una aliada, siempre peligrosa pero honesta. Serpenteando hacia el exterior del claro en el que nos encontrábamos, me puse en marcha. La masa selvática se expandía a veces, mientras que otras se diluía misteriosa y transitable. ¡Parecía que habían pasado siglos desde que partiera de Riobamba transportada en aquella silla de manos que casi rozaba el cielo!

De pronto algo se movió entre la maleza. Las hojas temblaron agitándose inquietas. Me detuve en seco y levanté, en un gesto instintivo, la mano que portaba el machete. Un capibara de mediano tamaño asomó, asustado, su bigote peludo entre la vegetación. No lo dudé ni un momento y lo atravesé de un solo tajo. El golpe seco cortó al animal casi en dos y el machete se clavó, ensangrentado, en el cuerpo de aquella especie de roedor con el que ya había tenido antes ocasión de encontrarme. Ya había dado buena cuenta de algunos de

estos ejemplares y sabía que ahora, más que nunca, eran un manjar que no podía ni debía dejar escapar. Su piel, gruesa y grasienta, nos ayudaría, al menos por el momento, a reponer fuerzas y elevar el ánimo. Y bien sabía yo que eso era más importante incluso que el propio alimento.

Saqué con fuerza el machete del cuerpo del roedor, limpié la sangre que se había concentrado en su hoja con algunas hierbas del suelo y agarré al capibara con mi mano izquierda para iniciar la marcha en busca de Juan y de Antonio. Algunas gotas de sangre que se desprendían del animal fueron a parar a las sucias y desgastadas mangas de mi camisa, pero eso ya no me importaba. Caminaba decidida. Teníamos comida para un par de días.

Llegué al claro donde se encontraban mis dos hermanos.

—¡Juan, Antonio! —grité esperanzada mostrando la presa que llevaba en la mano—. ¡Tenemos comida si sabemos racionarla!

Juan estaba acurrucado junto a un enorme árbol de tronco grueso color miel. Abrió los ojos y me miró preso del dolor y del pánico.

—¡Juan! ¿Qué te pasa? ¿Qué tienes? —Arrojé al suelo el capibara mientras corría desesperada a abrazar a mi hermano—. ¡Dime algo! ¿Te encuentras bien?

Juan tenía la mirada congelada, como detenida en el tiempo. Heladora. No acertó a pronunciar palabra.

—¿Qué te ocurre, hermano? ¿Dónde está Antonio?

El chillido de un mono vino a romper aquella tensa calma.

—Dime, Juan. ¿Dónde está Antonio?

Juan comenzó a gritar presa del terror y del pánico. Su gesto se convirtió en una mueca grotesca y absurda. Apretó los puños con fuerza y se golpeó en la cara varias veces antes de que pudiera detenerlo.

—¡Lo he matado! ¡Lo he matado! ¡Ha sido culpa mía!

Salí disparada, completamente desesperada, en busca de mi hermano pequeño. Lo busqué durante unos minutos hasta que, a lo lejos, en posición fetal y apoyado sobre unas hojas secas, vi el cuerpo sin vida de Antonio.

El manojo de huesos en los que este se había convertido poco o

nada tenía ya que ver con lo que había sido mi hermano más querido. Un joven díscolo y difícil, fuerte y de belleza singular, que siempre quiso seguir la estela de padre en los negocios, pero que carecía del arrojo y la pericia del general. Eso le había hecho sentirse un segundón, un hombre a medio hacer que nunca estuvo a la altura de lo que se esperaba de él.

Sin embargo, y gracias a su matrimonio y al nacimiento de su pequeño Martín, había enmendado en parte la decepción que había traído a la familia, pero ahora Antonio estaba muerto.

La muerte, como yo bien sabía, era solo un tránsito, una etapa más de la vida terrenal que suponía trascender, elevarse hacia un nuevo plano, esta vez el del espíritu, que llevaría a encontrarnos con Nuestro Señor. Eso era, sin duda, un motivo de alegría para cualquier creyente, ya que no había mejor regalo que estar cara a cara con el Salvador del mundo. Sin embargo, y como yo ya había experimentado antes, esto solo producía tristeza. Una terrible y dolorosa sensación de pérdida, de vacío, de ahogo, que apenas permitía respirar.

—¡Yo he dejado que sucediera! ¡Maldita sea! ¡Maldito seas tú, mi Dios! —gritó Juan mirando hacia lo alto—. ¿Por qué has vuelto a dejar que ocurriera? ¿Por qué nos has abandonado? ¿Acaso no me he portado como el mejor de los hombres? ¿No he cumplido tus mandamientos? ¿No he celebrado tus sacramentos? ¿No he dado de beber al sediento y de comer al hambriento? ¿Es este el modo que tienes de pagarme?

Acaricié por última vez los negros cabellos de mi hermano. Dejé descansar su rostro unos segundos en mi hombro y lo besé en la frente haciendo, sobre ella, la señal de la cruz. Me levanté y caminé sepultada por la tristeza en dirección a Juan.

—¡Llévame de una maldita vez! —gritaba desesperado—. ¡Acaba con esto de una vez por todas! ¿Por qué prolongas más esta desdicha? ¿Tanto odias a tus hijos que dejas que sufran estas penalidades solo para encontrarse contigo? ¿En tan alta estima te tienes?

—¡Basta, Juan! ¡Basta te digo! —Corrí hacia él para tratar de frenar aquel desatino.

—¿Eres tú el Dios de los débiles, de los que sufren, de los

desamparados? ¿Tú eres el que ama al hombre por encima de su propia vida?

Juan estaba fuera de sí. Lo agarré con fuerza por los brazos. Era apenas un saco de huesos con algo de piel a la que asirse.

—¿No ves que no puedo más? ¿No ves que ya no tengo fuerzas para seguir aceptando tus designios?

Zarandeé con ímpetu a mi hermano.

—¡Basta, Juan! ¡Déjalo ya! —El golpe sonó secó, estridente.

Juan se sonrojó. Lo había abofeteado y era la primera vez que lo hacían desde que padre, el general Gramesón, lo había sacudido por olvidar entregar un aviso a uno de los capataces de la finca de Quito. De eso hacía más de veinticinco años.

Sin fuerzas, se dejó caer sobre la tierra húmeda y lloró. Lloró recordando los juegos infantiles, las bolas de colores que junto a Antonio arrojaba lejos en Otavalo, tan lejos que ahora ya no quedaba nada. Solo el pasado de un tiempo mejor. Un tiempo que jamás regresaría, aunque diera la misma vida por que así fuera.

# XXXVI

Juan estaba completamente abatido tras enterrar a Antonio. Hacía horas que había salido el sol y aún no había probado bocado. Yo, por mi parte, necesitaba reponerme y, a pesar de la aflicción que pesaba sobre mi corazón, recordé que había dejado al capibara junto a uno de los enormes árboles del claro. Me dirigí hacia el lugar con pasos cortos y cansados. Me encontraba extenuada, hambrienta, y sabía que no me quedaría mucho tiempo de vida si no trataba de comer un poco.

Primero, debía despellejar al animal, así que lo agarré con firmeza del rabo. El procedimiento era bastante sencillo, o al menos eso me parecía después de haberlo visto hacer a Juanita en la cocina de nuestra residencia en Riobamba. De un tajo le corté las patas y la cola y, a continuación, con suma destreza, le hice una pequeña incisión justo detrás de la cabeza. Así, arranqué la piel de un golpe seco de arriba abajo y desnudé al animal hasta ver su deliciosa carne rosada. Lo mejor, pensé, hubiera sido poder asarlo… incluso bien sazonado mejoraría mucho… Me mojé los labios y le asesté un buen mordisco. La carne cruda estimuló la saliva en mi boca y comencé a masticar despacio, saboreando aquel manjar. Pasar hambre era realmente una auténtica desdicha y convertía a los seres humanos en criaturas indignas, mediocres combatientes contra una realidad tan obsesiva que terminaba por volverlos locos. Y ¿qué era sino la locura? Un plano demoledor de puros reflejos y espejismos, de falsos e histéricos anhelos en los que ahora me encontraba sumergida.

Después de disfrutar del capibara gracias a los dos suculentos mordiscos que no dudé en darle de seguido, recobré el ánimo y me sentí algo más reconfortada. Debía compartir bocado con mi hermano, pues Juan estaba tan débil que si no comía acabaría compartiendo el mismo destino que el resto de miembros de aquella maldita expedición. Me acerqué entonces a él. Un terrible acceso en su fosa nasal derecha supuraba una especie de líquido amarillento. Por el agujero, apenas ya visible de su nariz, asomaba parte del alargado

cuerpo del famoso candirú, el maldito gusano parasitario que se introducía por los orificios nasales, anales o vaginales de sus víctimas y que se abría formando espinas para alimentarse de la sangre de su presa.

No le quedaba mucho tiempo. Juan había sido un buen hombre, un hombre de Dios, y, a pesar de la soledad y el miedo que le embargaban y a los que terminaría por sucumbir, siempre había sido un sacerdote recto, un orgullo para la familia, al contrario que el pobre Antonio.

—Juan, debes tratar de comer un poco.

Sostuve con cuidado su cabeza y me la coloqué sobre el regazo. Acerqué el capibara a su boca con delicadeza y, con mis dedos, corté un pequeño pedacito de carne rosácea para llevársela a los labios. Juan convulsionó, se agitó bruscamente y tosió. Una sangre viscosa y negra manó de su garganta. Un grupo de moscas se arremolinó sobre su barbilla y tuve que espantarlas con la mano. Olía a muerte. Ese olor tan característico que ya conocía tan bien. Intenso, doloroso, desgarrador, una auténtica tormenta de delirio que ya no me abandonaría jamás. Por muchos años que viviera.

Limpié con los restos de mi vestido la sangre de la boca de mi hermano y lo abracé mientras cerraba los ojos con fuerza. El olor fétido de la ceiba se mezcló con el de la muerte en un baile infernal, grotesco.

Mi habitual ímpetu y arrojo habían sido devorados por la selva. Ya no tenía nada más. Juan había muerto. Ahora estaba sola. Sola en medio de aquella hermosa inmensidad llena de melodías que incluso podía identificar. Una persona corriente en un paraje extraordinario. Una suma de centenares de arroyos que buscaban su salida al océano, de verdes valles donde abundaba tal variedad de plantas y animales que ni en millones de años el ser humano podría imaginar. Un lugar hermoso donde crecían la orquídea y la canela, donde las ciénagas se convertían en prados y al que mis antepasados españoles quisieron regresar para fundar ciudades y morir aquí.

Estaba empezando a anochecer y un viento ligero y fresco me despertó de mi letargo. Aún permanecía abrazada a Juan, pero sabía que no podía mantenerme así toda la noche. Algunos gusanos le habían invadido las costras abiertas de los brazos y piernas y el acceso de su nariz ya había dejado de supurar. Tenía que enterrarlo, debía abandonar a mi hermano allí, en mitad de la selva, y no podía dejar pasar mucho más tiempo. Antes pensé que sería buena idea utilizar los restos de su calzado para cubrirme los doloridos pies, pues los hermosos zapatos con los que había salido de Riobamba se habían convertido en abarquillados trozos de tela que se me pegaban a las heridas de los entumecidos dedos. Así que empleé lo que quedaba de las suelas del calzado de Juan para, con la fibra vegetal que arranqué de la maleza que nos rodeaba a ambos, atármelas a las piernas y poder emprender mi marcha en solitario. Jamás volvería a verlo.

Observé la tierra bajo mis pies. Tres hermosas flores brotaban de ella aisladas, serenas y solitarias. Fue allí donde comencé a cavar con las manos arrodillándome sobre el suelo húmedo. La noche ya había caído y la tarea me llevaría al menos un par de horas.

Cavaba y cavaba con todas mis fuerzas mientras rememoraba en la mente aquella hermosa historia de tesoros escondidos y de civilizaciones perdidas que padre nos había contado siendo aún unos niños. Yo moriría allí al igual que hacía más de doscientos años le había ocurrido al intrépido explorador de Trujillo. Mi cuerpo sería devorado por algún jaguar o tortuga gigante y ni siquiera alcanzaría la gloria de ser mecida por las aguas de aquel glorioso gigante. El grandioso Amazonas.

El sudor me resbalaba por la frente y los graznidos de las grullas salvajes arrancaban de su letargo a algunos papagayos que se unieron al dantesco espectáculo que estaba ofreciendo. Tenía las manos despellejadas, pero el claro luminoso de la luna, en un generoso gesto de conmiseración, me permitió seguir un poco más. Algunas veces me ayudaba del machete, herramienta poco apta para cavar un agujero en la tierra; otras, me detenía llorando presa del pánico y el desaliento. El tiempo que estuve construyendo la última morada para mi hermano Juan fue una incógnita. Hacía ya mucho que ni el más hermoso de los

recuerdos podía atenuar aquella terrible pesadilla. No sabía en qué día vivía, tampoco la hora ni el lugar en el que me encontraba. De lo que con total certeza estaba segura era de que moriría en pocas horas. Así que, abatida, me dejé caer en el interior del agujero que había terminado de cavar.

¿Era eso la muerte? ¿Un cuerpo putrefacto en el interior de un oscuro agujero llorado y vanagloriado, con suerte, a partes iguales?

Pensé en terminar de una vez por todas. Me aparté un trozo de carne muerta de la parte trasera de la oreja izquierda y quise quedarme ahí, sumergida, mientras los hambrientos roedores e insectos daban buena cuenta de mi desnutrido cuerpo. Así que cerré los ojos. La muerte vendría a buscarme por compasión para ofrecerme una paz que ya no conocía.

No sé cuánto tiempo pasó. Solo recuerdo que estaba tiritando de frío. El clima en la selva podía oscilar entre las altísimas temperaturas de un día soleado hasta llegar a bajar terriblemente durante la noche. Abrí los ojos y me di cuenta de que aún seguía en el interior del agujero que había cavado para Juan. Todavía no era mi hora. Me levanté con terribles dolores en todo el cuerpo y me dirigí en busca de mi hermano. Debía dejarlo descansar. Lo arrastré de los pies unos pasos con sumo cuidado, pero tuve que detenerme. Las llagas que yo tenía en las manos comenzaron a sangrar, así que arranqué los pellejos de la carne sin apenas pestañear. Seguí avanzando lentamente con mi hermano muerto hasta dejarlo en el agujero que yo misma había excavado.

—La muerte no es el final del camino. Tú mejor que nadie lo sabes. Nuestro destino es vivir siendo felices en el Señor, sin miedos ni padecimientos. Descansa en paz, Juan. Hasta el día en que volvamos a encontrarnos.

Me persigné y di un último beso en la frente a mi hermano. Arrojé varios montones de tierra sobre su cuerpo hasta que no pude más y caí desmayada junto a aquella tumba de dolor y muerte mientras la mente me viajaba lejos, muy lejos. Ahora estaba sola en mitad de la selva.

# XXXVII

El frío me despertó de golpe. Soplaba un viento helador procedente, quizá, de alguna cordillera cercana. Los hermosos árboles agitaban sus ramas con fuerza y sus hojas parecían querer abrazarme en un último intento de protegerme de aquel frío infernal. Para felicidad de algún que otro estudioso de insectos, pude ver cómo un mosquito de enormes dimensiones, de color grisáceo y velludo, se me posaba en la maltrecha pantorrilla para apurar la poca sangre que quedaba de esta pobre infeliz abandonada a su suerte en mitad de la selva.

Tenía la cara y el cuerpo tatuados con enormes y pestilentes costras y, a pesar de que había logrado rescatar el resto de lo que en su día habían sido unas hermosas botas de cuero pertenecientes a mi hermano para colocármelas y protegerme de las picaduras, varios insectos se me habían introducido bajo los dedos de los pies y me habían causado heridas imposibles de curar.

La noche anunciaba tormenta y la luna se erguía poderosa en mitad de aquella selva, mi morada, amenazadora y hostil. Debía hacer fuego si no quería morir de frío. Con toda la destreza que me permitieron las doloridas manos comencé a recopilar algunas ramas secas y hojas de palmera, tal y como había visto hacer a mi hermano Juan en numerosas ocasiones durante esta terrible aventura, si así podía llamarla. Ahora él estaba muerto y yo trataba de sobrevivir.

Varios murciélagos comenzaron a revolotear agitándose sobre mi cabeza. Estos chupadores de sangre solían atacar sin remilgos a quienes, bajo la imprudencia y el abatimiento, se dejaban caer, rendidos por el cansancio, en los amorosos brazos de Morfeo. Pero yo ya estaba prevenida. Esta noche, al menos, no habría festín para ellos.

Tras recoger una ingente cantidad de hojarasca y ramas, busqué el lugar idóneo para prender la hoguera. La atmósfera era pesada y yo trataba de fortalecerme el ánimo recordando el hermoso rostro de Jean y el olor a menta y a canela que desprendía su cuerpo, al que hacía ya casi veinte años que no abrazaba. Las lágrimas brotarían

pronto, pero no era momento para el desahogo. Quizá mi energía procediera de dioses antiguos que sembraban en el corazón de algunos hombres (y, por qué no, de algunas mujeres también) la semilla de la lucidez, del honor y de la valentía. Aunque, pensé, a fin de cuentas, que simplemente era una pobre mujer, sola y asustada.

Apreté los párpados con fuerza, fruncí la frente y traté de recordar algunas de las enseñanzas de padre. «Las personas se definen por las oportunidades que se conceden a sí mismas y a los otros», me dijo el día en que le perdoné la vida a aquel intruso que había entrado a robar a nuestra casa en Quito. Ahora yo era ese intruso y debía tratar de perdonarme la vida y de seguir encontrando mis oportunidades para poder sobrevivir.

Comencé a frotar aquellas ramas entre sí, con las pocas fuerzas que me quedaban, protegida del viento por la silueta de hermosos árboles que desplegaban sus copas en forma de sombrillas. La noche era hermosa y, a pesar del frío, el cielo permanecía estrellado. No sé cuántos minutos estuve tratando de que la luz se hiciera entre mis manos y el calor del fuego me alumbrara el rostro otorgándole la calma y la serenidad que ahora necesitaba más que nunca. No logré nada.

Apenas unos harapos cubrían mi escuálido cuerpo. Lo que antes había sido una hermosa falda de seda estampada de vivos colores y un cuerpo a juego con mangas de delicado bordado era ahora un enorme y sucio remiendo que colgaba de aquella fantasmagórica silueta.

Alcé la vista hacia las estrellas y pedí a Manuela, a madre, a mis hermanos, a Juanita y a todos los muertos que había enterrado con mis manos en aquella selva que me permitieran vivir. Eso era lo que me había pedido también el doctor Serrano. Y no quería defraudarlo. Así que seguí frotando aquellas ramas secas mientras un mirlo de plumaje anaranjado me contemplaba desde lo alto, apoyando sus frágiles patas en una extraña planta de tronco grueso y retorcido.

De pronto el tímido calor de una tenue llama me hizo esbozar una leve sonrisa. Añadí algunas ramas secas más a aquel inicio de hoguera y lancé sobre ellas varias hojas con cuidado de no ahogar el conjunto y provocar así que el fuego no resistiera y terminara por apagarse.

¡Funcionaba! Las llamas comenzaron a elevarse sacudidas por el viento y el batir de alas de algunos murciélagos que aún permanecían surcando el cielo. Los árboles me parecieron ahora más hermosos que antes y el alma se me sosegó embelesada con el compás armónico y pausado del fuego.

Me senté en el suelo fangoso de aquel claro junto a la columna de llamas, arremangando los harapos que me cubrían y dejando a un lado mi inseparable machete. Crucé las piezas y me quedé mirando al fuego pensativa hasta que fui cayendo en una especie de sopor y abatimiento que terminó por cerrarme los ojos. El sonido de un riachuelo llegó nítido a mi mente. El viaje había sido muy largo hasta aquí, pero ahora había comprendido que todo había tenido sentido. Las personas vivíamos muchas vidas en una sola y éramos débiles, simples criaturas a merced de la naturaleza y de la suerte. Dios siempre terminaba por imponer su sabiduría. Y eso era lo que me había ocurrido a mí. ¿Acaso creía que Él ignoraba mi sufrimiento? Lo que trataba era que comprendiera el verdadero sentido de la vida y, a estas alturas, por fin lo había logrado. ¿Bastaría con eso? Era ahora la voz de Juanita la que me susurraba al oído.

«Es peligroso querer conocerlo todo, querida niña. No todas las preguntas tienen respuesta, no todos los dioses alivian el sufrimiento ni todas las estrellas del cielo alumbran el horizonte».

El sonido del río era cada vez más cercano. Quería sentir el agua tibia recorriendo mi maltrecho cuerpo. Quería que me purificara, que me aliviara el dolor.

De pronto un calor abrasador me recorrió por entero. Llamas salvajes ascendieron por los restos de mis harapos en el mismo momento en que abría los ojos e intentaba espantar con las manos aquel fuego que minutos antes me había resultado tremendamente vivificador. Rodé por el suelo y me mezclé con el fangoso barro de aquel claro que ahora me parecía un infierno de humeante negrura, hasta que fui a detenerme en la espesa maleza que terminaba por delimitar una especie de sendero.

Ya no ardía, pero estaba exhausta y me faltaba la respiración. Extendí la mano en busca del machete. Se había quedado junto al

fuego. Era el único aliado, el único amigo que me quedaba y no podía perderlo como ya había hecho con el cuenco que creía que había dejado abandonado junto al cuerpo de Juan. Traté de incorporarme en un acto de abierta rebeldía, pero las piernas no me respondieron. Apoyé las manos sobre la mullida maleza. Era pegajosa, húmeda, y la desesperanza de nuevo se apoderó de mí. Así me quedé dormida.

El sol comenzaba a asomar y el frío había arreciado. Las finas cuerdas que me ataban al mundo eran cada vez más frágiles, más irreales. Los restos de mi falda se habían calcinado con el fuego de la hoguera y la culpa por mi temeridad me golpeó en la sien hasta hacerme maldecir. Quise gritar de dolor, de miedo.

«No desesperes —me repetía en la mente como una letanía mi hermano Juan—, todos los sufrimientos tienen sentido. Yo lo he visto».

Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo.

Me levanté impulsada por una extraña fuerza mientras algunas hojas crepitaron a mi lado.

Cuando llegué de nuevo al lugar donde se encontraba la hoguera, el fuego se había apagado. Agarré el machete con mi mano derecha y golpeé con furia los restos de la fogata. Debía ponerme en marcha si quería sobrevivir. El día amanecía callado. Necesitaba tratar de comer algo.

Dos papagayos y una cotorra se dejaron escuchar en la lejanía. ¡Cómo reconocía ya el sonido de la naturaleza y qué locura extraña me hacía congratularme por seguir aún viva! Avancé, machete en mano, hacia el sendero incierto que trazaba la selva. Gruesas raíces brotaban del interior de la tierra en la margen izquierda del camino y me decidí por arrancar algunas para que me sirvieran de alimento aún a riesgo de que pudieran matarme, pues muchas de ellas podrían resultar venenosas. El sonido del tiempo seguía detenido. El calor comenzaba a apretar con fuerza. Continué avanzando por el sinuoso sendero adentrándome cada vez más en las antiquísimas y temerarias moradas de los dioses.

Tras mucho tiempo caminando y muerta de hambre y sed, apoyé mi espalda junto al tronco de un inmenso árbol para tratar de recobrar el aliento. Una enorme oquedad se abría en el centro de aquel majestuoso prodigio de la naturaleza. Como impulsada por alguna extraña fuerza y con la intención de encontrar algo comestible en su interior, introduje el filo del machete en el agujero y comencé a remover con fuerza. Quizá algún pequeño animal se hubiera refugiado allí y pudiera darle caza. Me asomé con cuidado a la oquedad mientras seguía golpeando con el machete el interior. De pronto un zumbido ensordecedor me impulsó hacia atrás con tremenda fuerza casi al mismo tiempo que un grupo de decenas de murciélagos asustados se abalanzaban sobre mí tratando de defenderse. El ataque me cogió por sorpresa y fui a caer de espaldas al suelo. Trataba de defenderme sin apenas poder ver; golpeaba el aire con el machete. El zumbido se hizo más y más insoportable y, aturdida y agotada, terminé por soltar mi arma e intenté zafarme de aquellos animales salvajes agitando los brazos descontroladamente. Pronto sentí sus mordiscos en la cabeza y en ambos brazos. Eran cortos, pero de gran intensidad, y en cada uno de ellos percibía cómo aquellas criaturas succionaban mi sangre con su pequeña y desagradable lengua. No cabía duda de que se habían sentido amenazadas por mí y ahora no hacían más que cobrarse su venganza.

Me costó mucho tiempo liberarme de aquella desagradable colonia de murciélagos. En realidad, fueron ellos quienes se cansaron de revolotear agitando cruelmente sus alas sobre mi cabeza. Tenía los brazos llenos de arañazos y de pequeñas mordeduras, pero estas apenas se distinguían de las pústulas y picaduras de infinidad de insectos que hacía ya mucho más tiempo del que podía recordar me habían dejado la piel tatuada para siempre. Sabía por el doctor Serrano que los murciélagos eran transmisores de un sinfín de enfermedades y que eran animales peligrosos si se sentían atacados, pero poco o nada importaba aquello. Vivir o morir era ya solo cuestión de suerte.

# XXXVIII

Despedazaba a golpe de machete las hojas que se arremolinaban salvajes a ambos lados del camino. Las hermosas palmeras, cuyas fibras se empleaban para realizar redes de pesca o cómodas hamacas, se alzaban pintorescas en medio de aquella inmensidad. La humedad era sofocante y el sudor me empapaba la frente y las extremidades deslizando sobre ellas abundantes e imperfectas gotas. De pronto el cielo crujió. El sol menguó de tamaño y rápidamente la oscuridad me rodeó como una sombra. Varias aves que apenas pude distinguir entre la maleza sobrevolaron el horizonte. Un ruido atronador atravesó el cielo y yo, paralizada de terror, me detuve elevando la vista a lo alto.

El mundo que había conocido nada tenía que ver con lo que ahora me rodeaba. Las imágenes de aquellos días felices se me desvanecieron en la mente como castillos de naipes, presa del desaliento y la desesperanza. Sentía que las leyes del universo que había conocido no tenían ningún sentido aquí y que había vivido protegida, fuera de un mundo donde de verdad sucedían cosas imposibles. Me hubiera gustado poder ser capaz de trepar por los árboles, disparar flechas venenosas y cortar las cabezas de mis enemigos. Sin duda me hubiera ido mucho mejor en esta selva, pero ya era tarde, demasiado tarde.

Una terrible y furiosa tormenta se desató. Una nube intimidatoria y cargada de agua me ensombreció parte del rostro. Me quedé contemplándola a su paso hasta que se abrió lenta y rotunda para golpearme con su estrepitoso maná todos los doloridos miembros. Me quedé quieta, en silencio, dejando que la lluvia me empapara. Extendí los brazos todo lo que estos me permitieron mientras abría la boca gozosa y dejaba que aquel delicioso líquido de vida se me deslizara por la garganta. Una tremenda carcajada se me escapó de los pulmones.

—Este es el poder del mundo —dije en un susurro. ¿Acaso pensaba que alguien podría oírme?

Reí a gritos sin poder contener aquel arrebato de furia y locura hasta que me dejé caer de rodillas en el suelo. Con las palmas de las manos removí la tierra empapada y me la restregué sobre el rostro. Apenas podía ver, pues mi pelo enmarañado se mezclaba con el barro y el agua de lluvia. Retiré con cuidado algunas canas justo al mismo tiempo en que varias nubes atravesaron el cielo como pájaros experimentados rumbo a casa.

¡Cómo me hubiera gustado poder regresar a ella! Juanita se encontraría en la cocina preparándome un buen guiso caliente. Padre estaría leyendo en su biblioteca y madre organizando el menú semanal, preparando la lista de la compra y señalando en ella los días propicios para acudir al mercado y localizar las mejores frutas de temporada. ¿Y Jean? ¿Qué sería de él? ¿Aún estaría vivo? ¿Seguiría esperándome?

El agua me empapó los pies. Sentí su poder regenerador y una felicidad que casi había olvidado. Y volví entonces a pensar en Jean, en sus caricias, consciente de que, probablemente, jamás volvería a sentir sobre la piel el suave roce de sus manos. Observé en silencio la maleza que me rodeaba. Arranqué con ímpetu una enorme hoja verde que crecía junto a la raíz de un pequeño árbol y doblé con cuidado sus extremos hasta formar una especie de cuenco que me permitió recoger las gotas de lluvia. Bebí primero con ansia, con el ímpetu desgastado de una juventud marchita de la que ya no quedaba nada. Una vez estuve saciada, seguí bebiendo para hartarme, para adiestrarme y protegerme del mundo que me había llevado hasta allí. Juanita decía que algunas personas podían ir y venir a su gusto del universo de los dioses al universo terrenal. Quizá yo fuera una de ellas.

El tiempo transcurría en la selva de otro modo. Por eso no sé cuánto estuve sentada sobre la tierra mojada ni cuándo dejó de llover. Tampoco la distancia que había recorrido ni mucho menos dónde me encontraba. Las nubes dieron paso al sol y este comenzó a brillar de un modo diferente. Sentí una enorme paz y escuché a lo lejos, como en una especie de sueño, la voz musical y pausada de Manuela.

—Conozco este lugar, madre —me dijo con su enorme sonrisa.

—Pero ¿cómo puedes conocerlo si nunca has estado aquí? —Quería hablar con ella, quería revivir aquellas largas conversaciones que mantuvimos en un tiempo ya lejano.

—Es el lugar del encuentro, de la redención.

—¿Qué quieres decir con eso, hija mía? Solo anhelo volver a abrazarte, no quiero estar en otro sitio que no sea contigo…

—Ahora debes permanecer aquí, madre. No puedo acompañarte. Has sido muy valiente…

—Pero… no quiero ser valiente. Ya estoy preparada para morir, Manuela. Solo dime, ¿es doloroso?

—No vas a morir, madre. Ya estás cerca.

—¿Cerca de qué?

Manuela ya no respondió.

—¿Permanecerás aquí, conmigo? —grité desesperada tratando de encontrar una respuesta—. ¡Quédate! ¡No te vayas! ¡No me dejes sola!

Era mi voz la que retumbaba en la inmensidad de la selva. Allí no había nadie más.

Los ojos se me llenaron de lágrimas y dejé que el poder del sol y de la tierra me inundara y me rodeara de armonía. Sentí que todo aquello era hermoso y que el respeto que el mundo me otorgaba no tenía límites. Supe, en ese mismo instante, que no moriría. Que el espíritu de la Pachamama extendería sobre mí su manto protector y que, a pesar de todas las tribulaciones, de todas las batallas perdidas, la vida me había dado otra oportunidad. Así que dejé de llorar y me puse de nuevo en marcha. La tierra se movió bajo mis pies y el barro me envolvió hasta los tobillos. Tenía la ropa mojada, pero el machete aún seguía férreo abrazado a mi mano. Nada malo podía sucederme. Estaba débil y exhausta por lo que, si quería tratar de revertir, aunque solo fuera ligeramente, aquella situación, debía tratar de buscar alimento.

El viento comenzó a soplar con fuerza y algunos árboles de corteza rojiza y reluciente, de los que emanaban pequeños frutos blancos, comenzaron a surgir sin permiso a ambos lados del sendero. En la profundidad de la selva no era fácil obtener alimento, pero quizá hoy

fuera mi día de suerte.

Un sonido extraño y desconocido hizo que me detuviera de golpe y elevara sobre la cabeza, en actitud defensiva, la mano que portaba el machete. De haberlo sabido desde un principio hubiera alzado la vista hacia la copa de uno de los hermosos y robustos árboles que me rodeaba, pero pensé que el sonido provenía de apenas unos palmos delante de mí. Por eso no pude distinguir nada hasta que ya fue demasiado tarde y la enorme cola del guariba me envolvió alrededor del cuello. Esta tenía la increíble propiedad de ser capaz de asirse a casi cualquier cosa, y eso fue lo que ocurrió. Aquel amistoso y sociable mono comenzó a girar sobre mi cabeza emitiendo voces y ruidos monótonos. Era ágil y fuerte y traté de quitármelo de encima golpeándolo con el machete. Para los indios, este animal, fuera cual fuera su especie, era un manjar sabroso y solían cazarlo y comérselo por placer. Así que yo, que necesitaba con urgencia poder llevarme a la boca un alimento sólido cuanto antes, no tuve mucho que pensar antes de tratar de darle caza.

El guariba esquivó un par de mis embestidas con el machete y huyó en dirección al árbol más próximo. Allí se detuvo y me contempló con curiosidad con sus brillantes y pequeños ojos.

Por entre las ramas, un rayo de sol asomó resplandeciente como el cristal de un espejo. Me acerqué lentamente al lugar donde se encontraba el animal. Levanté el machete y descargué el golpe cortando de cuajo la rama donde el mono se sostenía. El guariba cayó al suelo aturdido, pero casi al instante se incorporó y se preparó para la defensa. Se abalanzó sobre mí y comenzó a morderme y arañarme por los brazos y el rostro sin dejar de emitir salvajes y atronadores sonidos. Yo trataba de quitármelo de encima sin ningún éxito, hasta que comencé a sangrar por las heridas que aquella criatura me estaba provocando con sus uñas largas y sus dientes afilados. Cuando se hubo cansado, de un salto se abrazó al tronco del grueso árbol que se situaba a mi derecha y allí permaneció descansando de tan cruenta pelea.

Estaba exhausta y abatida, llena de rasguños y llagas, pero aún con el machete en mi mano. Así que, sin pensarlo, casi de modo instintivo,

lo lancé con todas mis fuerzas en dirección al animal que, despistado, contemplaba con curiosidad una de las flores blancas que crecían de las ramas del árbol. La hoja del machete fue a clavarse justo en la cabeza del guariba. Un alarido de dolor atravesó el cielo y un chorro espeso de sangre de un rojo intenso brotó violento salpicando el tronco del gigantesco árbol. El mono cayó al suelo con el machete que le atravesaba el cráneo mientras se retorcía de dolor moviendo espasmódicamente las patas y los brazos. Me acerqué deprisa a él y, agarrando con fuerza el arma, la introduje con más fuerza en su carne para tratar de evitar su agonía y que aquel cruel espectáculo terminase cuanto antes. El guariba dejó entonces de moverse. Estaba muerto. Sus ojos habían perdido el brillo con el que apenas unos segundos antes me habían contemplado. Sentí cierta lástima por él, pero no tenía tiempo para pensar en eso, así que extraje de un solo movimiento el machete de la cabeza del mono, lo agarré por la cola y caminé con él a cuestas en busca de un claro en el que poder hacer una buena hoguera para cocinarlo y pasar allí la noche.

El sol comenzaba a ocultarse. Apreté el paso a través del sendero mientras la sangre del mono dejaba un ligero surco a mi paso. Algunas gotas me habían manchado los harapos. Estos, mezclados con el barro, la lluvia y la suciedad imagino que me proporcionaban un aspecto completamente deleznable, yo que siempre había sido una mujer coqueta y hermosa que gustaba de parecer bella a los ojos de los otros.

¡Qué lejos habían quedado ya aquellos intereses y cuánto había cambiado todo! Ya no tenía nombre y en la selva era solo una parte más de la vida que clamaba poderosa por la supervivencia.

El reflejo de la incipiente luna iluminó la oscuridad de un claro. Las estrellas refulgían con fuerza en el cielo y, a pesar de que estaba muy cansada, aún tenía que despellejar a aquel bicho y cocinarlo. Respiré hondo y dejé al guariba en medio del claro mientras iba en busca de algunas hojas y ramas secas para iniciar el ritual vivificador del fuego.

Pasado ya el temor vino la calma, y, con ella, el hambre y el agotamiento. Tras encender la hoguera y despellejar al mono, comí con entusiasmo y con esperanza. Los dioses me contemplaban desde lo alto, sentí sus miradas posadas en mí cuando un escalofrío me recorrió

la columna vertebral. Quizá no fuera un buen momento para sufrir por amor, pero, a fin de cuentas, era este el motor del mundo. Por amor había iniciado esta aventura y por amor la terminaría. Ya apenas sentía dolor, solo desesperación, incertidumbre, temor. El tiempo de la noche avanzaba y, cuando estuve saciada, me aparté con cuidado del fuego y me dejé acunar por los recuerdos del pasado.

«¿Podrás hacerlo? —La voz de Jean me resonaba en la cabeza—. Te estoy esperando, ¿recuerdas?».

# XXXIX

Quizá esto fuera una broma del destino, una treta del diablo para modelar mi debilidad.

Entre el miedo y la esperanza abrí de nuevo los ojos y miré con recelo a mi alrededor. El fuego se había apagado hacía ya bastante tiempo y los restos de ramas ennegrecidas desprendían un cálido aroma que me entristeció.

El sol volvía a lucir con fuerza en lo alto y el calor, después de la intensa tormenta, había decidido no dar ya más treguas. Me obligué a comer los restos del guariba que aún permanecían sobre el fuego apagado, pero una intensa arcada hizo que me detuviera. Estaba mareada, pero debía continuar la marcha. Me levanté con cuidado, recogí en mi mano izquierda los pocos restos del mono que aún no había devorado, tomé el machete con la diestra y me puse de nuevo en camino.

Las espesas matas de bosque y los gruesos troncos de árboles milenarios surgían entrelazándose entre la tierra sin aparente orden. Sus tallos parecían elásticos y debía tener mucho cuidado y fijarme especialmente bien para no tropezar con ellos y caer de bruces sobre aquel suelo irregular y robusto. No tardé en encontrar un pequeño riachuelo que, caprichosamente, se abría a un extremo del camino. El agua era limpia y tranquila y parecía mecerse con calma empujada por la suave brisa. Algunas aves acuáticas revoloteaban sobre su superficie para luego sumergirse gráciles antes de volver a emerger otorgando al espectáculo un hermoso guion de vivo colorido.

Me acerqué a la orilla, dejé a un lado el machete y los restos del guariba, que ya empezaban a desprender un olor ligeramente fétido, y me lavé las manos. Dejé que el agua se me deslizara entre los dedos. Mi mirada se perdió en el movimiento suave y delicado del fluir del río. Cerré los ojos. A pesar del calor, sentí alivio. Escuché el revoloteo de las aves, el batir de sus alas contra el agua y el sonido de la naturaleza que se abría paso a mi alrededor. Las cosas hermosas

suceden muy deprisa, pensé. Jean, Manuela, Juanita…, apenas sentía que había podido disfrutar de su compañía.

Me incorporé con sumo cuidado. Quería que mi cuerpo se empapara de aquella agua vivificadora. Me despojé de lo que quedaba de mis ropas y las dejé a un lado junto al machete y los restos del mono. Estaba desnuda y el sol golpeaba mi cuerpo llenándolo de luz y de vida. Avancé hasta sentir en los pies el frescor del agua. Pequeñas piedrecitas irregulares se deslizaron entre mis dedos acariciándolos. Noté un agradable cosquilleo mientras avanzaba hacia el interior del río. El cuerpo, entumecido, olvidó el dolor y comenzó a sanar. Era como si la carne y los huesos se me sobrecogieran inesperadamente resurgiendo de nuevo con fuerza para coronarse apuestos y elegantes.

Sabía que aquello no era el mundo real, sino una especie de sueño encantado donde extrañas criaturas convivían con extraños dioses y con extraños hombres que me observaban y que, quizá, solo quizá, yo también pudiera observarlos.

El sol refulgía y se me reflejaba con aspereza sobre la piel marchita. Seguí caminando hacia el interior del río hasta que, de pronto y sin previo aviso, este traicionó mi confianza y me hundió casi hasta la cintura. Temí avanzar más, así que me detuve. Una hermosa ave de plumaje anaranjado y verdoso se acercó a mí y abrió su pico con gracia para beber. Lo hacía de modo abrupto y se atragantó un par de veces antes de elevar el vuelo. Sonreí mientras me embargaba un recuerdo difuso.

«Vive».

¿Era el doctor Serrano quien me recordaba justo ahora que, después de todo el sufrimiento, mi destino no era otro que el de seguir adelante? El mismo que me había traído al mundo, el que había sido testigo de la muerte de todos mis hijos malogrados, el que había desahuciado a Manuela asolada por la viruela…

«No vuelvas a llorar», su voz sonó de nuevo nítida y clara mientras me sumergía dejando que el agua me cubriera por completo.

Cerré los ojos. La voz del doctor me hablaba. Parecía dirigirse solo a mí. No había nadie más a mi alrededor. Solo el agua que me abrazaba y me aliviaba del peso del dolor y del miedo.

«Abandona tu estúpida ceguera y acepta con prudencia y sabiduría tu destino. No perecerás aquí, querida niña».

Sentí una suave caricia en el brazo derecho como si alguien me rozara la piel de forma delicada y sutil.

Saqué mi cabeza del interior del agua, abrí los ojos y parpadeé con fuerza. Ya no podía oír la voz del doctor Serrano, pero su infinita sabiduría me había ordenado la mente y apaciguado la incertidumbre. Entonces bebí también del agua de aquel río y sentí cómo los labios llenos de pústulas también se me liberaban del dolor.

Cuando estaba a punto de salir del río, un ligero calambre a modo de descarga me paralizó ligeramente el tobillo izquierdo. Aún tuve tiempo de ver cómo una larga y veloz culebra se deslizaba alrededor de mis pies tratando de darme pequeños mordiscos y de rozarme los dedos con su pegajoso cuerpo. Salí corriendo de allí todo lo rápido que pude a pesar de que tenía paralizado parte del pie izquierdo. Recogí mis ropas, con las que me cubrí el cuerpo, y me quedé quieta, sentada junto a un gran árbol de tronco de color escarlata, contemplando cómo la culebra se agitaba ansiosa a orillas del río.

El tobillo se me había inflamado y había comenzado a adquirir un color amoratado. Evité calzarme con los restos de las suelas de los zapatos que habían pertenecido a mi hermano Juan y que había sujetado con una especie de cuerda a mis piernas y decidí dejar que el tiempo pasara.

«¿No temes a nada, verdad, Isabel?».

Esta vez era la voz de Jean la que se dirigía a mí, suave y cálida.

—Claro que sí —le respondí elevando la voz—. Nunca quise que te alejaras de mí. Si no te hubieras ido, nada de esto hubiera ocurrido.

Las lágrimas asomaron por mis mejillas como una especie de tibia reacción ante mi protesta.

De pronto sentí su cálido abrazo, su olor a canela y a menta. Cerré los ojos para tratar de olvidarme del tiempo transcurrido, de los sinsabores vividos, de los reproches pronunciados. Imaginé sus manos acariciándome con destreza los senos yermos y sus labios apretándose contra los míos con fuerza y desesperación. Aparté de mi mente cualquier ápice de resentimiento, de nostalgia, de duda, y me

abandoné al deseo sin resistirme. Los besos salvajes de Jean me abrumaron. Me acariciaba con el ansia de quien sabe que esa será la última vez. Dejé que mi cuerpo gozara del suyo no sé por cuánto tiempo hasta que, de pronto, el clamor de unos gritos en la lejanía me despertó de aquel placentero sueño.

Abrí los ojos aún con la respiración agitada. El río seguía ahí, delante de mis ojos, alumbrado por la luz de la luna, que había terminado por aparecer. Las voces se repitieron a lo lejos. Recogí el machete, me calcé todo lo rápido que pude y que el tobillo hinchado me permitió y dejé allí, abandonados y a merced de las alimañas, los restos del guariba, putrefactos e incomibles.

Volví al camino y me escondí entre la maleza mientras las voces se acercaban. Ahora estaba segura. Eran voces humanas que dialogaban entre sí en un lenguaje desconocido para mí. Sus pasos eran rápidos y parecían moverse con agilidad, hasta que entonces lo vi. Fue la luz de la luna la que iluminó, a escasos pasos de donde me encontraba, el rostro de un indio de cabello largo y negro adornado con brillantes plumas de tucán rojas y amarillas y embellecido con anchos tubos de bambú que le perforaban los lóbulos de las orejas.

# XL

Apenas podía caminar, aunque la inflamación del tobillo izquierdo había disminuido considerablemente. Por eso decidí permanecer escondida mientras aquel grupo de cuatro indígenas se detenía al lado del río donde hacía unos minutos acababa de bañarme. Los restos del guariba aún permanecían allí y el más delgado de todos ellos los retiró hacia un lado antes de detenerse junto a sus compañeros. Los cuatro iban armados con flechas y cerbatanas, pero en ningún momento mostraron intención de utilizarlas. Parecían pacíficos. Vestían un diminuto taparrabos que les cubría los genitales y tenían el cuerpo decorado con extrañas líneas y símbolos en tintas negras y rojizas. Uno de ellos llevaba algo envuelto en una especie de manta de lino pardo.

¿Debía arriesgarme a salir a su encuentro y tratar de pedir ayuda? No podría aguantar mucho tiempo más en las circunstancias en las que me encontraba y la idea, a pesar de que me aterrorizaba, no me parecía en absoluto descabellada. Estuve unos instantes cavilando sobre qué hacer. De pronto, el más fornido de los indígenas extrajo algo de debajo de la manta. Al principio, desde mi posición, no puede distinguir con claridad de qué se trataba. Parecía un objeto redondeado, de color negruzco, no muy grande ni muy pesado. El indígena lo sostuvo entre sus manos y lo elevó al cielo. ¡Era la cabeza de un hombre!

A punto estuve de gritar de pánico. El machete se me deslizó de la mano y fue a caer a la maleza de arbustos y plantas que me rodeaba sin hacer apenas ruido. Me tapé la boca con ambas manos tratando de ahogar aquel grito que, afortunadamente, mantuve aprisionado en mi garganta.

—¡Bendito sea Dios! —exclamé en un susurro para tratar de no ser oída.

El indígena pronunció unas palabras manteniendo alzada la cabeza de aquel pobre desgraciado y esperó a que uno de sus compañeros

extrajera de un extremo de su cintura un cuchillo ancho y puntiagudo. Entonces el indígena más fuerte, junto a otro de los suyos, se acercó al que portaba el arma y, sujetando entre ambos aquella terrorífica cabeza, esperó a que este hiciera una incisión en su parte trasera y arrancara con cuidado la piel del cráneo.

Un líquido agrio me subió por la garganta. Evité vomitar. Si lo hacía, mis fuerzas se verían aún más mermadas y eso podría llevarme a la muerte. El estómago me daba vueltas y el pánico se reservaba cómodamente un pequeño espacio dentro de mi cabeza.

«Ahora estás sola —me dije—. Realmente sola. Nadie vendrá a ayudarte, así que mantén la calma y trata de tranquilizarte».

Respiré profundamente y volví a dirigir la mirada al grupo de nativos que seguían entretenidos en su macabra tarea. El más fornido hizo varias incisiones alrededor de los ojos del muerto hasta que los extrajo con sumo cuidado. Los otros tres comenzaron a caminar hacia donde yo me encontraba. Parecían estar buscando hojas secas y ramas. Probablemente para hacer una hoguera.

El hilo que separa la vida de la muerte es a veces tan fino y quebradizo que ni siquiera somos conscientes de la fragilidad y delicadeza con la que transitamos por el universo. Yo, que nunca hasta que emprendí esta aventura había decidido alterar en demasía mi destino, me encontraba ahora en manos de Dios (como solía decir mi hermano Juan) o de los dioses (como siempre defendía Juanita). A pesar de que estaba casi en cuclillas entre la frondosa vegetación, traté de levantarme para cambiar mi posición y ocultarme un poco más. ¡Si me viesen aquellos salvajes, quizá podría correr el mismo destino que el pobre decapitado al que habían despellejado!

No me atreví siquiera a alzar el rostro cuando uno de los indígenas se acercó al lugar donde me encontraba. El ruido de los pies descalzos al andar lo delataba. Recogió algunas hojas secas y, de pronto, se detuvo. Yo permanecía oculta entre la maleza, pero mi curiosidad era entonces más fuerte que mi miedo. A pesar de que mi respiración era intensa, me quedé quieta y lo observé durante unos instantes. Parecía olisquear el aire tratando de que este le devolviera los interrogantes que le planteaba. ¡Cuántas veces había oído decir a Juanita y cuántas

veces había escuchado de boca de padre que la naturaleza siempre respondía a nuestras dudas si nos dirigíamos a ella con la humildad de quien se sabe ignorante frente a su poder y magnificencia!

Un ave atravesó el cielo y el indígena la observó con complacencia. La tarde había sido calurosa y el sol pronto comenzaría a ocultarse. El nativo escudriñó durante unos segundos más la maleza y decidió ir en busca del resto de sus compañeros, que ya comenzaban a preparar la hoguera. Mientras uno de ellos recogía agua del riachuelo en una sencilla olla de madera que debía de haber estado oculta bajo la tela de lino que también envolvió la cabeza, el más fornido seguía separando de la testa del muerto los músculos y la grasa con la habilidad con la que Juanita realizaba nudos simétricos y regulares en el quipu para no equivocarse con las cuentas.

Tras colocar la olla sobre el fuego, el desollador introdujo la cabeza en el interior y ordenó al resto que se sentaran. Parecía que aquello iba a llevarles algunos minutos. Todos se acomodaron alrededor del fuego.

Había escuchado tantas veces historias sobre salvajes reductores de cabezas que me parecía irreal que fuera yo la que ahora me convirtiese en testigo de un hecho que nunca juzgué como cierto. Siempre había pensado que todo aquello no eran más que descabelladas historias para asustar a los conquistadores europeos y que, como en el caso de El Dorado, estas solo se encontraban en la mente de quien las transmitía. Pero ¡ahora era yo la que estaba allí! ¡Testigo muda de aquel increíble acontecimiento!

Gigantescas nubes azuladas atravesaron el cielo sin intención alguna de descargar agua. Los indígenas apenas hablaban. Contemplaban el río ensimismados hasta que uno de ellos decidió comenzar a afilar su cuchillo con un par de piedras redondeadas que posiblemente hubiera encontrado por el camino. No pasó mucho tiempo hasta que el indígena que parecía el líder del grupo se levantó en dirección a la olla. Introdujo su mano en ella y extrajo, tirando de su pelo, la cabeza del decapitado. ¡Era casi la mitad de pequeña que una cabeza humana! Parecía imposible, pero había ocurrido. ¡Las leyendas eran ciertas!

Los otros tres miembros de la comitiva, al ver el efecto causado, se levantaron de inmediato en busca de pequeñas piedrecitas, que luego calentaron en el fuego e introdujeron en varios de los orificios de la cabeza del muerto. Sin embargo, el ritual no había terminado aún.

Yo, por mi parte, hacía auténticos esfuerzos por seguir permaneciendo oculta y sin hacer ruido para no ser descubierta. Me dolían las piernas y no sabía cuánto tiempo más podría continuar así.

Aquellos extraños hombres terminaron por cerrar todos los orificios del rostro del decapitado con arena y barro que tomaron del suelo y que calentaron previamente en el fuego, y así, como por arte de magia, una magia lejana y ancestral, lograron reducir aún más la cabeza del hombre. A continuación, el líder del grupo tomó en su mano un puñado de ceniza y la frotó contra el rostro del difunto y lo mismo hicieron el resto, siguiendo las órdenes del primero. Después, uno de ellos tomó del suelo unas pequeñas conchas (quizá obtenidas durante la búsqueda de ramas para hacer la hoguera) y comenzó a adornar las cuencas vacías de los ojos del muerto. Uno de ellos le colocó sobre los cabellos dos vistosas plumas rojas e hizo una señal al jefe. Parecía que aquello había terminado.

Me moví inquieta entre la maleza para tratar de cambiar de posición con la mala suerte de que fui a pincharme en un muslo con el filo del machete que había dejado a un lado. Un pequeño grito de dolor se me escapó de la garganta.

El grupo de extraños se quedó quieto mientras me tapaba la boca con ambas manos para evitar que ningún otro sonido saliera de ella. ¿Cómo había podido ser tan torpe? ¿Y si después de tantos padecimientos eso terminaba por costarme la vida?

«Estás tensando el hilo, Isabel, ese hilo tan fino entre la vida y la muerte…», me decía a mí misma.

El indígena más delgado y bajito se dirigió, como alma que lleva el diablo, cuchillo en mano y mirada desencajada, hacia la parte de la maleza en la que me encontraba. Se movía con rapidez y agilidad y acariciaba las enormes hojas que me rodeaban con la afilada punta de su cuchillo.

De pronto, y sin previo aviso, un guariba apareció asustado

trepando por entre las ramas de un árbol. En un gesto instintivo que apenas duró un segundo, el indio tomó una flecha del carcaj que llevaba a su espalda, disparó contra el animal y lo derribó de inmediato. Este se desplomó contra el suelo de un golpe seco y ¡a punto estuvo de caerme encima si no llego a desplazarme ligeramente hacia la derecha! El extraño ni siquiera hizo ademán de dirigirse a recoger su presa. Pareció quedarse tranquilo y regresó junto a sus compañeros. Al menos, pensé, podría seguir comiendo mono un día más si terminaba por salir ilesa de aquella situación que ya estaba durando demasiado.

Como no podía hacer otra cosa, continué observando al grupo con temor y curiosidad. Apenas pasaron unos segundos cuando el líder tomó el cuchillo que guardaba en el costado y, tras pedirle a uno de sus compañeros que sostuviese la cada vez más pequeña cabeza, le realizó un par de incisiones en la parte superior. Después, sacó del carcaj que llevaba a la espalda una delgada cuerda con la que atravesó ambos orificios y se la colgó del cuello como si fuera una piedra preciosa.

¡Qué extraño me resultaba todo aquello ahora y qué lejos me encontraba de la realidad que había vivido tiempo atrás! En mi cabeza se arremolinaron los recuerdos en los que Juanita me adornaba con las más hermosas joyas para las recepciones y fiestas de gala que padre solía celebrar en nuestra residencia de Quito. Precisamente allí, en una de ellas, había conocido el amor, el verdadero amor.

Jean vino de nuevo a mi mente acompañándose de un soplo de brisa fresca que sacudió mi rostro. La noche llegaba de nuevo y, con ella, el abatimiento y el pesar. Varios murciélagos revolotearon sobre mi cabeza y un grupo de insectos blancos y peludos fueron a posarse en un par de heridas abiertas que tenía en el brazo derecho y supuraban un líquido pestilente. Como no quería hacer ruido, dejé que caminaran confortablemente, tatuando a cada paso que me daban sobre la piel su desagradable seña de identidad: una negra y pequeña oquedad que fue desollándome como los nativos habían hecho con aquella cabeza.

La noche terminó por cubrirlo todo y solo la luz de la luna reflejada

en el río me otorgaba cierta sensación de paz.

«Los dioses te conocen mejor que tú te conoces a ti misma —me había dicho Juanita cuando solo era una niña—. Conserva la calma y todo irá bien».

«Pero ¿por qué yo? ¿Por qué a mí?», le respondió una voz lejana en mi interior.

«Tú eres la primera. Eres la criolla del Amazonas. Esta tierra te pertenece y tú le perteneces a ella».

Contuve el llanto. La luna se había reducido a un simple reflejo sobre el agua que se desvanecía lento y pausado. Tenía las manos frías, casi heladas sobre el regazo.

El grupo de indígenas avivó el fuego y se recostó junto a él. Pasarían allí la noche.

No había lugar para mí al lado de aquella hoguera, así que me cobijé entre la imprevisible maleza de penetrante y oscura fuerza. Me acurruqué y apreté los ojos antes de quedarme dormida.

—La criolla del Amazonas… —susurré mientras la luna descendía hasta casi acariciar el río. Quizá Juanita tenía razón y esta tierra también me pertenecía.

# XLI

Un terrible dolor en el pie me despertó. Después de lo ocurrido con el grupo de indígenas había olvidado por completo el incidente en el río con aquella maldita culebra. Seguía teniendo el tobillo ennegrecido e hinchado y el dedo meñique había comenzado a adquirir un color amoratado que, para ser sincera, no tenía buena pinta. Traté de incorporarme con cuidado y sin hacer ruido. Quizá los nativos anduvieran aún por ahí cerca.

Tenía el cuerpo entumecido y me costaba andar. Me asomé con sigilo entre la maleza y dirigí la mirada hacia la hoguera alrededor de la que, solo algunas horas antes, los indígenas habían dormido, imaginaba que muy plácidamente. Ni rastro de ninguno. Parecía como si la mismísima tierra se los hubiera tragado. Los restos de la fogata aún permanecían junto al río, pero no había nadie a la vista.

Avancé con el machete en la mano y cojeando en dirección al claro, hasta que reparé en el guariba muerto que yacía en el suelo, bajo la copa de aquel hermoso árbol y que el indígena había derribado de un flechazo. Sería mi comida al menos durante el día de hoy. Ya tenía experiencia en su cocinado y, aunque el animal no era muy grande, su carne era jugosa (o eso me parecía). Lo cogí del rabo y caminé arrastrándome hacia el río para sentarme junto a la orilla.

A estas alturas ya me había dado cuenta de que la infección que comenzaba a extendérseme por el pie izquierdo no me dejaría caminar. Eso siempre que no terminara por matarme. Resignada, me senté junto al riachuelo dejando que los rayos de sol se jactaran, traviesos, de ver a una mujer tan sola y desprotegida en mitad de un todo tan reparador como peligroso. Comencé a mover los dedos de los pies para tratar de desentumecerlos y mejorar la circulación de la sangre a través de ellos. En la cabeza me resonó una melodía como guiada por el movimiento acompasado de sus hermosas notas. Era la que la señora Urquijo me hacía repetir con frecuencia durante mis clases de piano.

Me vi a mí misma sentada en el taburete de madera de nogal heredado de mi abuela materna. Me sentía débil y pequeña, como aquella niña con dedos de músico que ahora estaban despellejados y heridos de muerte. Concentré la mirada en ellos y toqué. Lo hice como lo hacían los músicos en las grandes fiestas. Primero nerviosa y encorsetada para, luego, ir liberando mis instintos en cada nota, adornándolas con arrebatos de pasión desenfrenada. Dejé correr las lágrimas sobre el rostro sin parar de mover los dedos de mis pies. Era como si la música los acariciara para sanarlos. Pero ya no era la niña que tocaba en Quito dejándome guiar por las enseñanzas de la señora Urquijo. Me odié por ello, me odié porque quise volver a ser ella aun sabiendo que eso sería ya imposible. Mi ira se transformó en dolor, pero seguí tocando. Aún era hábil. Quizá hubiera podido ganarme la vida con la música, pero ¡qué más daba ahora eso!

El dolor se hizo cada vez más intenso, pero no quería dejar de mover los dedos. Lloraba porque sabía que no podría evitar lo inevitable. Suspiré justo antes del momento en que detuve mis movimientos.

Las nubes blancas se extendieron sobre mi cabeza y vi el agua del río ondear hasta mostrarme mi reflejo. Tuve que apartar rápidamente la vista del agua. ¿Era yo aquella mujer? Me acobardé antes de enfrentarme a una realidad que no sé si estaba dispuesta a aceptar. Apreté los puños, cedí, y me asomé de nuevo a las aguas del río. La visión me produjo contrariedad y desasosiego. Mis cabellos se habían vuelto blancos, grandes surcos me recorrían las mejillas y la frente, y dos enormes bolsas asomaban a unos pequeños ojos sin vida enrojecidos por las lágrimas. Me acaricié el rostro con suavidad, siguiendo con los dedos cada una de las arrugas que, sin piedad, iban mostrándose ante mí. Pasados unos segundos, minutos tal vez, comencé a acostumbrarme a mi nuevo rostro. El de una anciana que no había tenido la posibilidad de ver crecer a sus hijos ni de vivir una vida plena junto al amor de su vida.

¿Y si Jean me viera ahora? ¿Me amaría aún? Aparté la mirada del río. En medio del silencio, el hermoso canto de un ave vino a aliviar el dolor de sentirme vieja, de no ser capaz de defender mis debilidades

con la honra del espíritu, con la belleza del alma. Pero ¿cómo podía hacerlo si mi cuerpo albergaba un corazón roto?

No tenía hambre. Solo quería dormir, cerrar los ojos y olvidar todo aquello. Quería echar el tiempo atrás, recuperar el momento en que vi por vez primera el hermoso rostro de Jean a los pies de aquella escalera celestial. Volver a las cosas mundanas que había dejado atrás para siempre y que estaba segura de que ya nunca recuperaría.

«Todo está en silencio, niña. —Era la voz de Juanita la que siempre escuchaba antes de acostarme y que ahora clamaba con fuerza en mi cabeza—. Duérmete de una vez».

«Pero… ¡prometiste que me contarías la historia de la princesa Uru!».

«Mira que eres pesada, mi hijita».

«¡Vamos, vamos, cuéntamela, Juanita!».

«¡Está bien, está bien! Pero deja de dar voces y escucha atentamente… Había una vez una princesa llamada Uru…».

«¡Bien, bien!», recuerdo cómo gritaba siempre al escuchar de sus labios el nombre de la princesa inca.

«Era la más hermosa y bella, la predilecta de su padre y la heredera al trono. El monarca quería hacer de ella una mujer inteligente y justa, bondadosa y compasiva, pero Uru solo estaba preocupada por su belleza. Era una niña malcriada que, a medida que fue creciendo, se volvió una mujer insoportable y caprichosa. El día que murió su padre, ella se convirtió en reina, pero no le gustaba tener que cumplir con sus obligaciones, así que, un buen día, reunió a toda la corte y les dijo:

»“Ya no quiero trabajar más. Deseo viajar a países lejanos, recorrer mundo y vestir hermosos trajes, acudir a fiestas y que todos admiren mi belleza”».

«¡Sí, sí! ¡Uru era la más bella!», solía gritar exaltada en esa parte del cuento.

«Pero, como eso no podía ser, cuando les estaba diciendo estas cosas a sus consejeros, una diosa apareció en lo alto del cielo y se dirigió a ella en tono amenazante:

»“Eres egoísta y estúpida y no mereces ser reina. A partir de ahora

serás fea y trabajarás sin descanso porque no eres digna de nada mejor”. Y, agitando sus brazos, la convirtió en…»

«¡Una araña! ¡Una araña negra, fea y peluda!»

«¡Eso es, niña! ¿Acaso quieres convertirte tú en eso?».

«¡No, no!».

«Pues duérmete de una vez y déjate de tantas historias que terminarán por volverte loca…».

El tiempo había pasado deprisa, o quizá no. Pero había pasado. Y todo aquello no era más que un lejano recuerdo, casi olvidado en recónditos lugares de mi memoria.

El dedo meñique de mi pie izquierdo era ya un bulto deforme y completamente negro que no me permitía apenas moverme. La infección avanzaba y tenía que hacer algo o moriría. Deslicé tímidamente la mirada hacia el machete que estaba a mi lado. Tenía que hacerlo. Debía cortarme el dedo para seguir viva.

Arranqué de cuajo un buen trozo de la hermosa seda de mi falda. Estaba sucia y descolorida, pero serviría para anudarla al pie cuando todo hubiera pasado, tal y como me había dicho el doctor Serrano que debía hacerse. Por lo visto era el modo más eficaz de detener las hemorragias provocadas por la abundante pérdida de sangre, especialmente en las extremidades. Agarré el machete con fuerza con la mano derecha. Tragué saliva. Tenía la boca seca. Un sudor frío me recorrió todo el cuerpo a pesar de que el sol brillaba con intensidad en lo alto del cielo. Era uno de esos días de calor intenso que tan bien ya conocía. El agua del río discurría limpia y las flores de la ribera se abrían espléndidas duplicando su tamaño y su color.

—Voy a morir —dije mientras una dolorosa punzada me atravesaba el corazón.

«No, no lo harás». Jean me observaba sonriendo desde la otra orilla. Era una visión, un anhelo de mi imaginación para tratar de escapar del dolor de la soledad.

Estaba igual que la última vez que lo vi, hacía ya casi veinte años. El tiempo se había detenido para él y, sin embargo, yo era una

anciana enferma y frágil. Su voz me sonó con ternura en la mente.

«Recuerda, amor mío. La selva tiene su propio equilibrio. Y tú y yo hemos hecho un viaje que ningún otro ser humano podrá nunca imaginar».

Me acerqué con determinación el machete al dedo meñique mientras, con la mano que tenía libre, lo agarré con fuerza a pesar del dolor. Alcé el brazo. Jean asintió sin dejar de mirarme con aquellos ojos bellos y soñadores que me enamoraron.

Dejé caer el machete con fuerza sobre el dedo. Un grito de dolor cortó el aire. Un chorro de sangre mojó el suelo y fue a mezclarse con la tierra humedecida. Solté el arma y rápidamente hice un nudo, con el trozo de falda que había arrancado minutos antes, alrededor de los restos de la falange. El tajo había sido limpio. La sangre manaba a borbotones. Un ave extraña de blancas y grandes alas explayadas voló a ras del suelo y recogió con su pico ganchudo y morado los restos de mi dedo que aún yacían sobre la tierra. Lo tragó de inmediato y al hacerlo provocó un sonido grave que retumbó durante unos instantes en mi cerebro.

Estaba mareada. No era conveniente permanecer mucho más tiempo al sol, así que, arrastrándome, fui a cobijarme bajo uno de los grandes árboles que se encontraban selva adentro, dejando los restos del guariba y el machete junto al río. No podía pensar y la vista se me nublaba. Aspiré hondo el aire húmedo mientras sentía como la sangre de mi pie izquierdo empapaba la tela anudada a su alrededor. Fue entonces cuando me desmayé.

No recuerdo el tiempo que pasé allí, solo que, de nuevo, se hizo de noche. Incluso había olvidado, cuando desperté, que me había amputado el dedo meñique del pie izquierdo, así que traté de incorporarme apoyando todo mi cuerpo en mis extremidades inferiores hasta que reparé en que apenas podía descansar el pie en el suelo.

Un bonito recuerdo de juventud, recogiendo algunas flores en el jardín de nuestra casa de Quito, me vino a la mente. Mis hermanos

correteaban divertidos escondiéndose entre las plantas y padre leía absorto algún viejo libro de su biblioteca que yo también solía ojear casi a escondidas. Algunas ramas doradas resplandecían iluminadas por la luz del sol y yo paseaba tranquila entre ellas acariciándolas con suavidad con los dedos de la mano.

Tenía hambre y sed, así que me arrastré apoyando las manos en la tierra hasta alcanzar la orilla del río. El guariba yacía muerto junto al machete, despedazado por alimañas, y emanaba un olor pestilente después de haber recibido durante todo el día el calor directo de un implacable sol. La hemorragia del dedo se había detenido y la sangre seca empañaba la tela que se anudaba a su alrededor. Comencé a retirarla con cuidado. Se había pegado a la carne y tardé unos minutos en deshacer el nudo. Ahora era también una tullida.

Me avergoncé de mi debilidad. Me levanté y mojé los pies en el río bajo la atenta mirada de la luna. Junté las manos formando un pequeño cuenco y bebí hasta saciarme. No había probado bocado en todo el día, pero ahora, en mitad de la noche, pensé que no sería buen momento para emprender otra nueva aventura en busca de alimento. Trataría de hacer una hoguera y mañana emprendería la marcha. También tendría algo más de tiempo para recuperarme de la herida del pie. «¿Más tiempo?», pensé. Desde luego, eso era lo que me sobraba aquí.

## XLII

Las horas eran interminables en la selva y avanzaban y se detenían a su antojo instalándose con normalidad entre aquellos frondosos parajes. El día había llegado de nuevo y con él la humedad asfixiante que apenas me dejaba respirar con normalidad. En muchas ocasiones sentía que me ahogaba. Era una extraña y desagradable sensación que nunca llegaba a ser real del todo, pero que hacía lo posible por hacerme sentir al arbitrio de aquel entorno.

Debía ponerme en marcha cuanto antes para evitar las horas en las que el sol azotaba con más fuerza mi piel ajada y desprotegida. Bebí por última vez de aquel río y emprendí camino hacia el interior de la selva. Quizá estuviera ya cerca de algún poblado. Loreto no podía encontrarse muy lejos, aunque no sabía si había tomado la dirección correcta. Era del todo imposible orientarse entre aquella desorbitada y salvaje naturaleza.

Avanzaba cojeando entre la maleza a golpe de machete, siempre vigilada por aves variopintas que me observaban con curiosidad desde lo alto. De algún modo sabían que no debía estar allí, pero tampoco les importaba. Se limitaban a volar surcando el cielo.

Necesitaba comer algo. Me dolía otra vez la cabeza (como casi todos los días) y sentía que el oxígeno me faltaba.

De pronto, pude escuchar claramente un leve silbido detrás de la nuca. Me quedé quieta, petrificada, sin ni siquiera girarme. Y de nuevo otra vez ese suave silbido y el deslizar de un cuerpo sobre la maleza. Fue entonces cuando me di la vuelta. Una enorme serpiente de piel marrón y anaranjada avanzaba hacia mí contoneándose en sensuales y sutiles movimientos. ¡No había visto nada igual en mi vida! Desde luego era hermosa.

La serpiente se detuvo muy cerca. Ahora creo que se paró a mirarme. Tenía los ojos grandes y rasgados con una fina línea negra alrededor. Medía algo más que un hombre adulto. ¿Sería comestible?

Sabía que buena parte de estos reptiles podían ser altamente

venenosos hasta llegar incluso a causar la muerte. Y aquí, tan alejada como estaba de la civilización, no tendría escapatoria, pues sería imposible acceder a ninguna clase de antídoto.

No parecía agresiva y se mostraba tranquila y confiada. No debía de ser muy habitual esa actitud en un gran reptil, especialmente cuando yo era la intrusa y estaba invadiendo su territorio. Por eso sentí un especial vínculo con aquel animal. Parecía incluso entender, aunque errónea y sin sentido, mi existencia en ese lugar. Pero debía matarla para poder comer aun a riesgo de que fuera venenosa y pudiera causarme la muerte. ¡Qué más daba ya! Cada día que pasaba mis posibilidades de supervivencia se reducían drásticamente. Solo era cuestión de tiempo.

¡Zas! De improviso dejé caer el machete para asestarle un golpe mortal que separó su cabeza del resto del cuerpo. Este siguió deslizándose por entre la maleza en movimientos bruscos y espasmódicos que nada tenían que ver con su sutileza inicial. Su cabeza quedó tendida en el suelo con aquellos bellos ojos, esta vez sin vida, mirando hacia el infinito. Una enorme tristeza me abatió. El cuerpo del animal dejó de moverse. Me acerqué a él para contemplarlo. En cuestión de segundos había perdido todo su brillo. ¿Y si Dios me castigaba con el fuego eterno? Me había saltado todas sus reglas, no había sido capaz de cuidar de mi hija ni de conservar a mi esposo, había desafiado al poder de la naturaleza, había confiado en la magnificencia de otros dioses y, a pesar de todo, aún seguía viva.

Me agaché para recoger el cuerpo del reptil y arrastrarlo hasta encontrar un lugar en el que descansar y poder dar buena cuenta del animal. Su cabeza la dejé, en señal de respeto, en el lugar en que había perecido. No se trataba de ningún ritual, nada de lo que hubiera oído hablar a Juanita en sus cuentos e historias de dioses y héroes ni que hubiera leído en ninguno de los libros de la biblioteca de padre. Era el instinto el que me había empujado a hacerlo. Una fuerza más allá de las creencias y más profunda e indómita que la propia selva que me rodeaba.

Había perdido a toda mi familia, así que ya poco o nada me importaba vivir o morir. Me apoyé en el tronco de un árbol grueso de

enormes y acogedoras raíces y dejé el machete y el cuerpo de la serpiente junto a mí.

Padre se sentó a mi lado. No era más que el producto de mi imaginación, una alucinación fruto de la desesperación y del abatimiento, pero tan real que me estremeció. Tenía los ojos cansados; sin embargo, una luz, como venida de otro mundo, iluminaba su envejecido rostro.

—¿Eres tú? —le pregunté tímidamente. Hacía mucho tiempo que nos habíamos separado. Él había partido antes desde Riobamba y no había vuelto a verlo.

—Esta es la más dura de las batallas que has de librar, querida hija.

—Pero… ¿dónde estás? ¿Te encuentras bien? —Tenía tantas preguntas que hacerle… Su voz sonaba lejana y con un cierto toque musical que incluso me resultó divertido.

—No existe mujer alguna que haya atravesado sola este inmenso paraje y haya regresado a la civilización para contarlo. Así que tú debes hacerlo.

Una suave neblina me envolvió de repente. Era como una especie de sombra blanquecina, inofensiva. Sentí que los pulmones se me llenaban de oxígeno y que volvía a respirar con normalidad, como antes de partir de mi casa en busca de Jean.

—¿Yo? Temo por mí y por mi vida cada día que pasa. ¿Cómo puede pensar siquiera que seré capaz de superar todo este dolor cuando solo trato de adormecerlo con el recuerdo?

Padre me sonrió.

—El río es ahora tu hogar. Tú eres la criolla del Amazonas. No debes olvidarlo jamás.

Otra vez esa extraña frase me resonó como el estallido de la pólvora en la cabeza. Fue Juanita quien primero la había mencionado también en sueños y ahora era padre quien me la recordaba.

—Todo se mostrará ante tus ojos a su debido tiempo, hija mía. Solo has de ser capaz de verlo con la luz que ilumina tu corazón y tu intelecto.

La figura de padre se desvaneció y, de nuevo, la soledad vino a inundarlo todo.

El sol estaba a punto de desaparecer. Una extraña calma lo invadió todo. Recé a los dioses en silencio aún a sabiendas de que eso me podría costar el castigo eterno.

Mantuve mi miedo a raya y corté con el machete un par de pedazos del cuerpo inerte del reptil al que había dado caza y me llevé uno a la boca con el convencimiento de quien goza de la sabiduría infinita del espíritu de la naturaleza. Mastiqué aquella carne mientras algunos mosquitos se arremolinaban alrededor de aquel manjar. Apenas tuve tiempo de terminar el primer pedazo cuando terribles punzadas de dolor me atravesaron el estómago. Lo supe al instante. El veneno de la serpiente comenzaba a consumirme por dentro. Si era letal, en apenas unos minutos acabaría conmigo.

—Creo que nunca valoré lo suficiente el peligro, querido amigo.

Era yo quien me dirigía ahora al doctor Serrano, casi en un susurro. Todo me daba vueltas y estaba perdiendo la visión de ambos ojos. El veneno me provocaba alucinaciones.

«Has hecho lo que tenías que hacer», respondió sin paliativos, como era habitual en él.

—Esta será mi última batalla, doctor —le respondí con un hilo de voz.

«Nada de eso, querida. Tú eres la criolla del Amazonas. La mujer que desafió al desierto verde, la primera de todas».

# XLIII

Jean siempre había sido un hombre apuesto. Un osado aventurero deseoso de conocer el mundo y sus misterios. Creo que fue eso lo que me enamoró de él. Yo solo era una niña hermosa de grandes ojos negros que trataba de dominar sus impulsos, aunque a duras penas lo lograba. Por eso me dejé hipnotizar por sus encantos y me lancé a disfrutar de la pasión de la juventud.

Su recuerdo se me perdía en la memoria al igual que su dulce y bello rostro. Entregada al encanto de la muerte, una serie de terribles dudas me asaltaban. ¿Por qué Jean me había abandonado? ¿Me había querido alguna vez? Quise reclamarle el juramento que había hecho cuando nos casamos. Había prometido estar a mi lado hasta el fin de los días, pero todo había sido en vano. ¿Cómo había podido traicionarme? Dios debía de ser tremendamente cruel y despiadado para no castigar algo así. Pero ¿y si lo había hecho y ahora Jean estaba muerto? ¿Y si todos estaban muertos?

Sentí como el viento fresco golpeaba mi rostro y también como pequeños animales me olisqueaban inquietos deslizándose a mi alrededor. Sin embargo, era incapaz de moverme ni de abrir los ojos. Todo era oscuridad para mí. La pesadumbre y el cansancio habían paralizado mis extremidades y el veneno del reptil se me extendía por la sangre como la primavera se extiende por los campos yermos tras el invierno.

Las alucinaciones continuaron durante un tiempo. Varios rostros se mostraron ante mí y todos se parecían al de Manuela, pero ninguno era ella. Solo eran inútiles oasis en mitad de un solitario desierto. De pronto su voz melodiosa, cándida y turbadora, me habló.

—Madre —sentí cómo Manuela me tomaba de la mano—. He viajado desde muy lejos para estar contigo.

—¿Dónde estamos? —le pregunté.

Mi querida hija llevaba el pelo suelto adornado con hermosas guirnaldas de flores. Una larga túnica del color del azul del cielo le

cubría hasta los pies. Me condujo hacia una enorme mesa repleta de viandas y de licores y me hizo sentar a su lado, acompañándola en la cabecera.

—Este banquete es en tu honor, madre. Puedes comer y beber cuanto quieras.

A pesar de que tenía hambre y sed, no podía dejar de mirarla. Quise abrazarla, pero una fuerza extraña me lo impidió. Y ocurrió lo mismo cuando traté de acercarme a ella para deslizar sobre su mejilla sonrosada un dulce beso maternal. Así que me serví hasta saciarme. Carnes y aves de diferentes especies se mezclaban con frutas de vivos colores como en la fiesta en la que conocí a Jean. Probé de todos los licores y me embriagué de sus sabores y olores, muchos de ellos completamente desconocidos para mí. Manuela no despegaba sus ojos de los míos. Incluso me turbaba que me viera en ese estado de desesperación causado por el hambre.

—Lo siento, hija mía. Siento que tengas que verme así. He sufrido mucho todo este tiempo.

—Lo sé, madre. Lo sé —dijo mientras me colocaba en el pelo, con enorme cariño, una de las flores que había desprendido cuidadosamente de sus negros cabellos.

—Pensé que jamás volvería a verte —dije con un halo de tristeza en el rostro.

—Me verá siempre que su corazón me reclame con fuerza —respondió sonriéndome—. Pero esta noche es noche de fiesta. No quiero verla triste. Usted es poderosa, es la criolla del Amazonas, ¿recuerda?

De nuevo aquella especie de letanía.

—¿Qué quieres decir con eso? —le pregunté extrañada.

—¿Es que no se ha dado cuenta aún, madre?

Fruncí el ceño y miré a mi hija con curiosidad.

—Nada sucede en el mundo sin la bendición de los dioses. Usted ha sido la elegida, la primera de las mujeres. La honrada con su fuerza para salir viva de aquí y poder escribir su historia.

—¿Yo? Yo solo quiero estar contigo para siempre, ¿recuerdas? Quiero que seamos felices, que juntas podamos recuperar a tu padre,

que…

Manuela me tapó la boca con sus finas y delicadas manos.

—Su destino, madre, es encontrarse con él ahora, pero no es tiempo aún de reunirnos los tres. Pronto se dará cuenta de que sus sacrificios habrán valido la pena.

Comencé a temblar.

—No necesita más que aire en los pulmones, madre. Disfrute del viaje y no trate de comprenderlo todo.

Un insecto volador se posó en mi nariz. Sacudí la cabeza para espantarlo y la visión de Manuela desapareció de mi mente como por arte de magia.

—No te vayas, ¡por favor, no te vayas, hija mía! ¡Regresa, regresa! —gritaba desesperada tratando de capturar de nuevo su recuerdo.

Las lágrimas me resbalaron como torrentes por las mejillas. Solo quería dormir y no despertar jamás para volver a encontrarme con ella. No estaba lista aún para ver amanecer. Así que dejé que se sucedieran las horas repitiendo una y otra vez las palabras de Manuela y enloqueciendo un poco más a cada segundo que pasaba a causa de su ausencia.

¿Cuánto tiempo había transcurrido desde que había sentido su presencia y sus dulces caricias? ¿Un día? ¿Quizá dos? ¿Toda la eternidad? No lo sabía, pero tampoco me importaba. Ahora estaba segura de que nada estaba en mis manos. Así que acepté mi destino, entregada y sumisa, como lo había hecho Uru, aquella hermosa princesa inca que tejió y tejió durante toda la eternidad cuando la diosa la convirtió en araña.

# XLIV

Entre las historias que me habían contado cuando era una niña, una de las más sorprendentes era la de las amazonas. Quizá fuera eso lo que hizo que el río adoptara este nombre. El cronista de la expedición dirigida por Francisco de Orellana en busca de El Dorado, el sacerdote dominico Gaspar de Carvajal, un misionero español gran defensor de los derechos de los indios, contaba que durante el viaje por la selva habían sufrido el ataque de un grupo de mujeres de enorme estatura, piel blanquecina y largos cabellos trenzados alrededor de la cabeza. Decía que iban desnudas y que se cubrían las vergüenzas con taparrabos como los que yo misma había visto lucir a aquel grupo de reductores de cabezas con los que me había topado hacía ni sabía ya cuánto tiempo. Contaba Carvajal que eran fieras guerreras y que disparaban, si se sentían amenazadas, dardos de cerbatanas y flechas hasta acabar con sus enemigos.

Yo, por mi parte, había leído en un libro antiguo de hermosa cubierta plateada, de los que padre tenía en su biblioteca, que los griegos decían que, desde niñas, a estas mujeres se les amputaba el seno derecho para poder armar el brazo con agilidad y sin ningún tipo de impedimento y así lograr disparar con rapidez y destreza.

El misterio de la existencia de estas mujeres me hizo pensar durante algún tiempo a lo largo de mi infancia si realmente eran solo personajes de leyenda o mujeres reales que combatían si se sentían en verdadero peligro. Pero esto pasó y nunca más volví a pensar en ellas.

Seguía como adormecida, en un plácido y peligroso sueño cercano a la muerte y paralizada en medio de aquella espesura a pesar de que podía escuchar los sonidos de la selva a mi alrededor y percibir el paso del día a la noche, de la luz a la oscuridad.

Fue entonces cuando unas voces me alertaron. Como no podía moverme, anestesiada por el veneno de la hermosa serpiente, me mantuve expectante. No sabía si aquello era real o solamente un hermoso sueño que, como Manuela, se desvanecería pronto.

Un grupo de cinco bellas mujeres, sin rostro definido, perseguía a un puma de pelaje negro azabache. Eran tan ágiles y rápidas que, a pesar de la tremenda velocidad del felino, lograban mantenerse a una distancia aceptable del animal y disparaban sus flechas contra él tratando de darle caza sin lograrlo. De pronto una de ellas se detuvo en seco. ¡Se había dado cuenta de mi presencia y me miraba fijamente! Me asusté tanto que grité, grité con todas mis fuerzas, pero nadie pudo oírme. Solo aquella hermosa y esbelta mujer de piel de nácar. Se acercó a mí con el arco en la mano. Le faltaba el pecho derecho. Traté de huir despavorida, pero seguía sin poder moverme. Había llegado el momento. Por fin todo aquello terminaría y podría reunirme con Manuela para siempre.

La joven no tendría más de unos doce años. Se sentó a mi lado, detuvo la mirada por unos segundos en el machete que continuaba junto a mí y comenzó a escrutarme. A pesar de su aspecto fiero y temible, había algo en ella que me resultaba familiar. No le tenía ningún miedo. No podría decir el tiempo que pasó contemplando cada uno de los rasgos de mi rostro ni deteniéndose en mis manos ni en mis vestiduras (que acarició con curiosidad y delicadeza). Cuando hubo quedado satisfecha, se marchó para volver casi de inmediato con su carcaj repleto de un licor agradable y dulce y de lo que parecía una especie de huevos de tortuga en las manos. Me dio de beber y me ofreció aquel manjar de dioses con sumo cuidado, evitando que me atragantase. ¿De dónde había salido aquella joven? ¿Cuál era su procedencia y origen? Y sobre todo ¿por qué había decidido ayudarme?

Era consciente de que muchas tribus indias habían desaparecido y de que otras muchas se habían ido internando cada vez más hacia el interior de la selva para huir del hombre blanco y de la civilización que los había convertido en enemigos. Quizá ella procediera de una de tantas. A fin de cuentas, los indígenas estaban acostumbrados a vivir en la naturaleza, a disponer de sus recursos y a respetarlos con sabiduría. ¿Y si después de todo la belleza y el misterio que me rodeaban fueran suficiente recompensa en sí mismos?

La joven parpadeó con fuerza. Empuñó el arma, se levantó y colocó,

junto a mí, varios huevos más. Eran una especie de regalo. O así quise entenderlo yo. Un nuevo episodio dentro del misterio de la vida.

El sol se había ocultado pronto y mi sueño, apacible y tranquilo, se había convertido en un camino seguro hacia el más hermoso de los recuerdos.

# XLV

Me desperecé con fuerzas renovadas, así que pude darme cuenta de que aquella parálisis, acompañada de un sinfín de alucinaciones que me habían castigado durante horas, había casi desaparecido. Tenía los dedos de las manos y de los pies (a excepción del meñique izquierdo que había perdido) entumecidos, pero aún ágiles para emprender la marcha. Me levanté con cuidado para evitar desvanecerme y entonces supe que la visita de aquella joven no había sido un sueño. Junto a mí, depositados en orden de mayor a menor, se encontraban cuatro armoniosos huevos de tortuga.

Juanita me había contado que estas solían encontrar en los ríos su hábitat más favorable, aunque, en tiempo de puesta, podían alejarse mucho del agua, llegando incluso a excavar con sus patas delanteras zanjas de enorme profundidad para esconder sus huevos recubriéndolos de capas de arena. Su carne era muy apreciada y se estaba desarrollando un incipiente comercio que ya comenzaba a enriquecer a algunos. Agradecí al cielo aquel regalo de los dioses y, machete en mano, me puse de nuevo en marcha. Quizá un río, pudiera ser el Bobonaza, no se encontrase lejos de donde ahora estaba.

El sol ascendía vertiginoso hacia lo alto del cielo y la temperatura y la humedad lo hacían casi a la misma velocidad. Caminaba sobre la tierra áspera y abría a mi paso, con el machete, rutas improvisadas hasta entonces no transitadas por ninguna mujer en solitario. La falta de oxígeno me hacía respirar con dificultad, pero eso no era nada nuevo. A veces la espesura se fragmentaba de repente, daba quiebros bruscos y giros inesperados y volvía a seguir su curso natural como si fuera un río.

Después de estar caminando durante lo que creí que pudieron ser varias horas, me senté a descansar junto al tronco de un árbol. Apoyé en él mi maltrecha espalda, dejé el machete a mi lado y comí con ansia dos deliciosos huevos de tortuga. Estaba hambrienta, pero, a pesar de todo, reservé el último para el día siguiente. Eso si lograba

sobrevivir.

Estaba jugoso y tenía un intenso sabor a carne de ternera. Pronto comenzaría a anochecer y aún no había logrado encontrar el río. Estaba sedienta y el tiempo jugaba en mi contra.

Un grupo de desagradables murciélagos se detuvo sobre mi cabeza girando en círculos y tratando de molestarme. Eran viejos conocidos, así que procuré no hacerles demasiado caso para evitar ser, de nuevo, el blanco de sus despiadados ataques. Dejé que el tiempo transcurriera hasta que, cansados, emprendieron rumbo lejos del lugar en el que me hallaba. Luego, dirigí mi mirada hacia los animales despidiéndolos satisfecha y fue entonces cuando lo vi. Un conjunto de piedras escalonadas de color gris se levantaba armoniosamente a varios pasos de donde me encontraba. Casi escondido entre la maleza.

Pero ¿qué hacía aquello ahí? Mi curiosidad fue mucho más fuerte que el miedo, por lo que avancé sin pensarlo hacia aquellas extrañas arquitecturas que parecían abandonadas en mitad de la selva. Estas se alzaban majestuosas en un enorme claro. Las piedras, bastas e irregulares, formaban amplias terrazas dispuestas en horizontal, algunas de ellas creando pequeñas calles. ¡No podía creer lo que estaba viendo! ¡Una especie de pequeña ciudad levantada por los indios! ¿O habían sido europeos los que habían construido todo lo que mis ojos alcanzaban a contemplar? Quizá fuera la morada de aquella hermosa y blanquecina joven que me había salvado de morir de hambre y sed y ahora muchas de ellas, de su misma especie, me estarían observando, escondidas entre aquellos restos.

Estaba realmente extasiada y sorprendida. Avancé con determinación por entre las ruinas y a mi paso todo tipo de objetos se mostraron, delirantes y misteriosos, abandonados a su suerte de improviso: recipientes cerámicos en forma de cabezas de felinos toscamente policromados, botellas de cuerpos esféricos y pequeñas asas laterales, puntas de sílex hechas de metal, hojas de cuchillos, espejos de obsidiana, fragmentos de ídolos antropomorfos con restos de pintura roja y negra, e incluso restos de tejidos hechos con pelo de vicuña y decorados con formas geométricas y vegetales en vivos colores.

No me cabía ninguna duda. Todo aquello pertenecía a pueblos legendarios más antiguos que el propio hombre blanco y nosotros habíamos sido arrogantes y despectivos con ellos a pesar de que todos estábamos hechos del mismo barro.

Mi cordura se mantenía intacta y, aunque no conseguía apartar de mí el abatimiento y el dolor, me sentía hasta casi feliz. Era bonito saber que no estábamos solos en mitad del universo y que otros pueblos y otras civilizaciones luchaban por su propia supervivencia. Allí pasaría la noche. Rodeada de leyendas y protegida por aquellas piedras, quizá centenarias, y por todos los objetos que habían sido creados por otros hombres muy diferentes a mí, pero, en el fondo, mucho más cercanos a buena parte de los que había conocido hasta entonces.

La luna provocaba un efecto místico sobre las piedras. Eran como un canto a la vida, a mi propia vida, a pesar de que la muerte me acechaba desde que había partido de Riobamba. ¡Qué contradictorio era todo aquello! Me recosté en el suelo protegida por una hilera de estructuras de gran tamaño para evitar el frío de la noche. Esta vez sentía que nada malo podría sucederme. Además, aquella especie de ciudad parecía haber sido abandonada hacía mucho, pero que mucho tiempo, y yo era ahora su huésped. Una invitada agradecida que no iba a causar problemas.

A la mañana siguiente el calor del sol me despertó como había hecho ya muchas veces desde que comenzara aquella aventura. Tenía que ponerme en marcha si quería encontrar el río. Necesitaba beber o terminaría por morir de sed.

Me hubiera gustado quedarme allí, imaginando los momentos de esplendor vividos por aquellas gentes de las que ahora no quedaba ni rastro. ¡Quizá fuera cierto que se embadurnaban con oro y que realizaban ofrendas de piedras preciosas y de hermosas joyas a sus dioses! Todo me impresionó tan favorablemente que una extraña fuerza me mantuvo todavía, por unos minutos más, allí de pie contemplando objetos y piedras que me hablaban de pueblos

legendarios. Me sentí como debieron de hacerlo los antiguos exploradores: heroica, suicida.

Di buena cuenta del último huevo de tortuga que me quedaba, recogí mi inseparable machete y me despedí de aquellas ruinas mistéricas no aptas para la estrechez de miras de los necios. Eché un último vistazo a todo aquello y pensé, de nuevo, en qué habrían sentido los colonizadores si hubieran tenido la oportunidad de contemplar con sus propios ojos tanta belleza. A punto estuve de tomar prestada una punta afilada de sílex que descansaba junto a un montón de armas bastante sofisticadas e ingeniosas, pero no quise profanar el vínculo sagrado que me uniría ya para siempre a aquel lugar.

A medida que me alejaba de allí me sentía más pesada y abatida. Pensé en Juan, en Antonio, en madre, y los llamé a gritos para que me llevaran a casa. Ninguno respondió a mis súplicas. En la selva, las fuerzas y los ánimos cambiaban con la misma rapidez con la que las nubes atravesaban el cielo en días de lluvia. ¡Ojalá fuera hoy un día de esos!, pensé mientras me arrancaba de la mejilla un trozo de piel blanda que se había desprendido de una herida de las tantas que tenía abiertas desde hacía días.

Agotada y sedienta me desplomé de rodillas sobre el suelo mientras el graznido de varias aves amortiguaba el sonido seco del golpe.

«¿Sabe lo que creo, madre? —La voz de Manuela me resonaba en la cabeza liviana y sanadora. Era ella la que me hablaba de nuevo para darme su último aliento—. Que todos están impacientes por su regreso. No les haga esperar más».

# XLVI

No sabía el tiempo que podía haber pasado desde que salí de aquella especie de ciudad en ruinas. Me toqué el pelo, me acaricié el rostro abrasado por el sol y repleto de heridas supurantes que poco a poco me iban destrozando la carne alrededor de las mejillas, de los labios y de la nariz, y pude comprobar que aún seguía viva. Despedía un tremendo hedor a muerte y tenía los pies y manos hinchados y doloridos. Tenía un terrible dolor de cabeza desde hacía varios días que me martilleaba con fuerza el lado derecho de la sien, pero, en efecto, no cabía duda, seguía respirando.

Había aprendido a moverme con sigilo en la oscuridad, a distinguir los sonidos de los animales salvajes y a calcular la hora del día atendiendo a la altura del sol. Incluso había logrado hacer fuego con la ayuda de algunas ramas secas. Probablemente eso me había salvado de la muerte. Eso y que Dios aún no había decidido que fuera mi hora. A veces me lo imaginaba como un hombre viejo y sabio, de poblada barba blanca y ojos pequeños y brillantes, como los de Jean, anotando en un cuaderno el destino de cada ser humano.

Traté de incorporarme. Necesitaba beber agua fresca y poder aliviar el dolor de mis heridas. Estaba segura de que no muy lejos se encontraba el río que estaba buscando. Había escuchado el sonido del agua abriéndose paso entre la tierra, aunque no estaba segura de si eso también había sido un hermoso y placentero sueño. Así que emprendí de nuevo la marcha.

Apenas había avanzado unos minutos cuando, frente a mí, empapando la maleza y los gruesos troncos de los enormes árboles que bordeaban la orilla, el agua corría ágil y briosa en busca del lejano océano. Quizá fuera el Bobonaza, pensé. En realidad, tampoco importaba demasiado.

Me acerqué a una de sus márgenes y metí los pies con cuidado en sus cristalinas aguas. Sentí que el líquido milagroso sanaba mis miedos y dolores, que los egos de los hombres que habían recorrido aquellas

tierras no eran más que minúsculas partículas de nada en la inmensidad de un mundo que apenas conocían y que ni la ciencia ni todo el conocimiento que la mente humana pudiera abarcar serían nunca capaces de comprender una mínima parte de la trascendencia de un lugar como aquel.

Saqué los pies del río y me mojé el rostro y la nuca con las manos. ¡Si Jean pudiera verme hora! Ojalá pudiera abrazarlo y decirle que su única hija había muerto. Aunque quizá fuera mejor así. Dejar este mundo sin tener que anunciar a un padre la más terrible de las noticias que la existencia le pudiera deparar.

Detenida en estos pensamientos me quedé de nuevo dormida mientras el sol acariciaba un rostro que, no hacía mucho tiempo, había sido bello. Pero la belleza no era otra cosa que una breve y divertida jornada de verano, un instante ambicioso y burlesco, una diversión que enviaba al pobre al humo despiadado de lo engañoso. Un saber aceptar que siempre se pierde. Yo lo había aceptado, y eso era de valientes.

El tiempo transcurrió en una paz serena hasta que los ruidos y las voces me despertaron. Esta vez no eran animales salvajes ni indios reductores de cabezas, ni siquiera se trataba de la propia naturaleza que rugía marcando su lugar para evitar ser perturbada. Eran personas que conversaban animosamente no muy lejos del lugar donde me encontraba. Asustada, corrí a esconderme tras la maleza.

Mi primera reacción no fue la de pedir auxilio, ni siquiera la de tratar de acercarme y ver de dónde procedían aquellos sonidos. Solo se me ocurrió ocultarme. ¿Y si se trataba otra vez de salvajes que reducían las cabezas de sus enemigos con la intención de emplearlas como amuletos?

Sin embargo, el miedo a perecer sola y el sufrimiento hasta ahora vivido, junto al instinto nato de supervivencia que todo ser humano posee de modo natural a pesar de los sinsabores y de lo cruel que puede resultar la existencia, hicieron que, esta vez sí, abatida y desesperada, terminara por salir de mi escondite olvidando el machete que nunca me abandonaba en dirección a las voces que provenían de la margen del río.

—¡Aquí! ¡Aquí! —grité agitando las manos y caminando en dirección a ninguna parte.

Corría sin poder hacerlo, gritaba sin apenas emitir un ligero y gutural sonido y miraba sin ver tratando de ser reconocida. Desesperación, impotencia, debilidad. Hasta que no aguanté más y caí sobre el suelo desplomada. Una vez más. La última.

# XLVII

Un dulce olor a carne hizo que abriera los ojos. Apenas tenía fuerzas para parpadear, pero pude intuir que me encontraba en el interior de una rudimentaria cabaña de paja. Algunos pequeños muebles y utensilios de cocina sobre un fuego abrasador y vigoroso poblaban la estancia. Una mujer hermosa, extremadamente delgada y de cabellos largos y lacios que le llegaban más abajo de la cintura, removía una enorme olla colocada sobre la lumbre.

Traté de incorporarme, pero me resultó imposible. El enorme esfuerzo hizo que tosiera. La mujer se acercó al jergón en el que descansaba y me sonrió. A continuación, me acarició la frente y se dirigió hacia un lado de la estancia para recoger unos paños humedecidos que permanecían colgados de una especie de cuerdas, con la intención de colocármelos en la frente. Una vez lo hubo hecho, sentí un enorme alivio y volví, de nuevo, a caer en un profundo sueño. En él Manuela abrazaba con fuerza a su padre y le pedía que no se volviera a alejar de su lado.

«¡No te vayas! ¡No te vayas!», gritaba con desesperación agarrada con fuerza a su cuello.

Yo, por mi parte, contemplaba la escena a lo lejos. Sin hablar. Absorta. Detenida. Expectante. Los segundos pasaban y Jean trataba de zafarse del abrazo de su hija, pero no lo lograba. Estaba como pegado a ella. Atado por un sinfín de cuerdas invisibles que lo aprisionaban. De pronto y sin previo aviso, Manuela se sacudió del abrazo de modo brusco. Su rostro era una terrible calavera cubierta de gusanos que asomaban por las cuencas vacías de sus ojos y por el agujero abismal de una boca negra sin dientes. Y yo gritaba, gritaba con fuerza hasta despertarme, de nuevo, en mitad de aquella cabaña.

La mujer indígena me acercó un tazón de caldo caliente a los labios. Las heridas se resintieron al contacto con aquel líquido abrasador. No importaba. Era tan regenerador que mi cuerpo pareció sacudirse en señal de agradecimiento. Bebí hasta caer de nuevo rendida. Y otra vez

soñé ese sueño recurrente en el que Manuela se mostraba como un cadáver devorado por larvas y gusanos. Una pesadilla infernal de la que sabía que jamás podría sacudirme.

—¿Cómo se llama? —La mujer tenía una cálida y armoniosa voz.

—Isabel.

—Y ¿cómo ha llegado hasta aquí?

Tragué saliva con dificultad. Respondí.

—Éramos varios. Todos murieron. Mis hermanos, mi criada…

Una lágrima resbaló aislada por mi rostro. Era un dolor frío, profundo, imposible de mitigar ya. Por eso dolía tanto, porque no permitía llorar. Esa era solo la primera fase del sufrimiento. Y yo lo sabía mejor que nadie. Luego estaba el sobrevivir.

—Ahora debe tratar de recuperarse. Soy María. Mi esposo Antonio y yo la encontramos junto al Bobonaza.

Me toqué de modo instintivo la cabeza. Notaba como algo me oprimía y aprisionaba mis cabellos contra el rostro.

—No se preocupe, señora. Todo está bien. Hemos tenido que limpiarle con aceite de nuez de anacardo. Varias larvas y gusanos del tábano se habían adherido a su piel y ha habido que acabar con ellos lo más rápido posible. Ahora estará mucho mejor y ya no tendrá el terrible dolor de cabeza que le provocaba la infección.

Apenas tuve fuerzas para sonreír antes de volver a dormirme.

# XLVIII

Antonio, el esposo de María, era también un hombre hermoso, de facciones equilibradas y uniformes. Con labios gruesos y nariz pequeña. Llevaba varios collares al cuello y unos pendientes de aros del color del sol que le llegaban casi hasta los hombros. Su labio inferior estaba adornado con una especie de clavo metálico que lo atravesaba y estaba prácticamente desnudo, a excepción de un taparrabos de cuero marrón que le cubría los genitales. Su cuerpo se encontraba decorado con bellas y armoniosas líneas geométricas que formaban figuras misteriosas, y su pelo, recogido en una larga coleta, era del color del azabache.

—Debe tratar de comer un poco de carne de cerdo. Le vendrá bien y así recuperará la energía —dijo Antonio mirándome con ternura.

Abrí la boca. Mastiqué con suavidad saboreando cada mordisco, pero fui incapaz de tragar aquel suculento bocado. Entonces vomité.

Aún tuvieron que pasar muchos días hasta que pude levantarme del jergón situado en el interior de aquella pequeña cabaña. Caminaba despacio y mi aspecto era el de una anciana, con los cabellos blancos como la nieve del Chimborazo y las manos hinchadas y llenas de picaduras de insectos. Los nativos me trataron con tanto cariño y cuidado que hasta me sentí una desagradecida cuando les pedí que me trasladaran a Andoas, lugar al que habían partido Joaquín y los dos franceses en busca de ayuda. Posiblemente ellos estuviesen aún allí. Al menos mi fiel criado. Él me ayudaría a regresar a casa.

Antonio y Rosa prepararon con esmero la canoa que nos trasladaría río arriba. Yo había recuperado parcialmente las fuerzas, aunque apenas comía y las noches eran para mí pesadas sombras que trataban de engullirme.

El viaje era corto y, durante el recorrido, Rosa estuvo siempre pendiente de mí, protegiéndome del sol, abanicándome con largas hojas de palmera y ofreciéndome agua tibia para aliviar mi sed y mis dolores. Mientras, Antonio dirigía con destreza la embarcación,

guiándola con tanta pericia que, por primera vez, me sentí segura en mucho tiempo.

A mediados de febrero del año 1770 desembarqué en el pueblo de Andoas en compañía de los dos nativos. El primer blanco con quien tuve contacto fue el sacerdote Juan Suasti, que, cuando me vio caminar lentamente en dirección a la iglesia que se erguía con humildad en medio de la naturaleza salvaje, exclamó incrédulo:

—¡Señora! ¡Dios mío! ¿Es usted?

Suasti corrió a comprobar de primera mano si la mujer que tenía apenas a unos pocos pasos de él era la mismísima Isabel Gramesón.

—¡No puedo creerlo! ¡Bendito sea Dios! ¡Está usted viva! ¡Viva!

Yo apenas podía pronunciar palabra. Me sentía yerma, áspera, seca. Afloraron a mis ojos abundantes lágrimas sin ningún llanto hasta que la realidad de la vida comenzó a mostrarse de nuevo.

—Si no hubiera sido por Rosa y Antonio, estaría muerta —respondí con un hilo de voz señalando a mis salvadores.

El sacerdote hizo caso omiso a mis palabras y preguntó:

—¿Qué ha sido del resto? Uno de sus criados, Joaquín, creo que se llamaba, y dos franceses estuvieron por aquí hace ya tiempo. Encontraron algunas de sus pertenencias en la selva, pero volvieron para confirmar que estaban todos muertos…

—Todos excepto yo —respondí taxativa.

—¡Es un auténtico milagro! No cabe duda de que Nuestro Señor Jesucristo está con usted. Pero venga, venga conmigo.

El sacerdote me introdujo en la iglesia dejando a un lado a Rosa y a Antonio.

—Disculpe, padre, pero antes tengo que hacer algo.

Entonces me deslicé los dedos con sumo cuidado alrededor del cuello. Dos cadenas de oro se descolgaron de él.

—Gracias de todo corazón por haberme salvado la vida —dije mientras entregaba una cadena a Rosa y otra a Antonio—. Nunca olvidaré lo que habéis hecho por mí.

Los nativos se miraron sin saber bien qué decir. Fue Suasti quien

rompió la belleza del momento.

—Nada de eso. Estas cadenas son suyas, Isabel. Va a necesitarlas. No puede ir por ahí regalando objetos tan valiosos así, sin más, a cualquiera que la haya ayudado. —Arrancó bruscamente de las manos de los nativos ambas joyas—. No se preocupe, que ellos tendrán su recompensa. Ahora les traeremos unas preciosas telas de algodón regalo de la familia Duarte a la iglesia por los favores recibidos al salvar Nuestro Señor la vida de su pequeña hija.

Quise gritar de rabia, pero la angustia me secó la garganta. Me resigné invadida por el pesar de la presencia inevitable del dolor y dejé que Suasti me devolviera aquellas hermosas cadenas regalo de padre y que me habían acompañado durante aquel viaje hacia el interior de la selva y… de mí misma.

Después, dos mujeres que ayudaban en la iglesia como voluntarias me lavaron, me vistieron y peinaron y trataron de calzarme, pero ni siquiera los zapatos me cabían. Tenía tan hinchados los pies que preferí seguir descalza hasta que aquel terrible dolor remitiera. Para eso aún tendría que pasar mucho mucho tiempo.

Como no quería permanecer más días en la compañía de Suasti, solicité, a la mañana siguiente de llegar a Andoas, poder ser trasladada a La Laguna. Era incapaz de dejar de pensar en Jean. Estaba segura de que aún estaba esperándome. Iría a buscarlo costase lo que costase. Ya había puesto en peligro la vida tantas veces que no tenía sentido dejar de intentarlo. Si no había muerto ya, quizá fuera porque el destino me deparaba volver a abrazarlo.

—Insisto en que debería permanecer bajo nuestros cuidados algún tiempo más. No está usted recuperada del todo para emprender viaje. Es demasiado precipitado. —El padre Suasti parecía preocupado.

—Descuide. Los nativos cuidarán bien de mí. Estoy muy acompañada y le agradezco que los haya puesto a mi disposición.

—Espero que el viaje discurra sin problemas. De cualquier modo, conocen muy bien el río.

Eran siete los indígenas que me acompañarían hasta el poblado de La Laguna. Tardaríamos, si todo iba bien, unos diez días en llegar. Antes de partir, Rosa me regaló una hermosa falda de algodón blanco

hecha con las telas que le había entregado el padre Suasti. Había estado tejiéndola toda la noche para mí. El sol brillaba ahora rasgando de oro las copas de los árboles. Respiré profundamente y me volví hacia ella. Así era el mundo.

—*Riqsikuyki*.[5]

—Que los dioses la acompañen, señora.

—Que así sea. —Me incliné ante Rosa en señal de respeto y me toqué el corazón con ambas manos.

Suasti me miró sorprendido, pero no fue capaz de decir nada. Solo un escueto y banal:

—Qué Dios la acompañe.

# XLIX

Durante el trayecto, mi estado de salud empeoró considerablemente. A pesar de que los nativos estaban siempre pendientes de mí y me atendían y cuidaban con todo el esmero, la fiebre pronto hizo su aparición. Mi pequeño y débil cuerpo no era capaz de detener las innumerables infecciones que lo atenazaban y los párpados, perezosos, descendían lentamente como lo hacía la canoa en la que viajaba a través de aquel interminable e impredecible río. A veces solo escuchaba lejanas voces que se acompañaban de cánticos extraños, plegarias antiguas perdidas en la inmensidad de enormes árboles de canela y caucho. Los frecuentes vaivenes de la embarcación me mareaban, pero no podía detenerme a pensar en eso. Quería volver a Jean. Sentir su dulce aroma para que ahuyentase los malos presagios como hacían los nativos implorando a sus dioses.

De este modo pasaron los días hasta que el poblado de La Laguna se mostró ante la comitiva entre una estructura de un verdor hermoso, salvaje y desconcertante.

De inmediato fui trasladada a casa del doctor Vázquez. Este era una autoridad en la localidad y había sido avisado previamente por el padre Suasti para que me recibiera con todo el boato y me proporcionara la mejor de las atenciones. Allí permanecí casi cuarenta días con sus cuarenta noches, tan solitarias como impasibles, imposibles, asfixiantes agujeros de pesado desasosiego.

Vázquez tenía una hermosa residencia a las afueras de la ciudad hecha en madera de cedro con un amplio porche que daba a un vasto terreno donde varios caballos pastaban tranquilos sin prestar atención a lo que sucedía a su alrededor. Cuando comencé a mejorar, solía disfrutar de la compañía de los animales, les hablaba y les hacía partícipes de mis expectativas y anhelos. ¡Hasta creía que podrían tener algo de cariño hacia Jean! Tanto les había hablado de él que no me parecía descabellado que así fuera. Quizá ese era uno de los pocos modos que tenía de no perder la cordura y de abrazarme a un

recuerdo tan vago como desesperanzado.

—Disculpe, Isabel. No quisiera importunarla, pero me gustaría hablar con usted unos minutos. —El doctor Vázquez había sido consciente, casi desde el primer momento en que me vio, de cuánto le costaría llegar al fondo de mi corazón de mujer. Había sufrido tanto que me había convertido en una sombra de mí misma, en un alma insondable—. Veo que se encuentra mucho mejor.

Había salido a pasear, como en los últimos días, dejándome acompañar por los caballos, que ya me sentían como una de los suyos.

—Sí, así es. La brisa de la mañana y estos dos nuevos amigos —dije acariciando al más pequeño y frágil de los animales— son buenas razones para sentirme mucho mejor.

—No sabe lo que me alegra oírle decir esto. Porque precisamente tengo noticias que darle. Ha llegado a mis oídos que su criado negro, Joaquín…

Tuve que sujetarme a las crines del caballo que se encontraba a mi lado para no caer desvanecida. Solo escuchar el nombre de mi fiel y querido amigo me produjo un escalofrío.

—¿Es que ha tenido noticias suyas? ¿Dónde está? ¿Qué es lo que le ha ocurrido?

—Cálmese, su criado está bien. Parece que regresó con varios nativos en su busca, pero todo fue en vano y no dio con usted. Aún debe de creer que está muerta. Solo sé que entregó a dos franceses parte del equipaje que le pertenecía y que pudo recuperar en la selva. Ahora está en Quito. Le han pedido que testifique y explique lo que sabe sobre el desafortunado viaje que todos emprendieron desde Riobamba y que terminó con la muerte de casi toda la comitiva.

—¡Oh, Dios mío! ¡Mi pobre y querido amigo! ¡Sabía que no podía haberme traicionado! ¡Estaba segura de que volvería a por mí!

Me sentí rejuvenecer de pronto. La mirada me resplandeció y una hermosa sonrisa me asomó al rostro, ajado por el sol y por los implacables insectos.

—He pedido que traigan lo que aún queda de sus pertenencias aquí, a La Laguna. Los dos franceses las tienen custodiadas en Omaguas, pero en unos días recuperará lo que es suyo.

Poco valor tenían ya para mí los bienes materiales. Aquellos malditos traidores podían quedárselas todas, aunque ¿por qué darles esa satisfacción si ellos y solo ellos habían sido los principales culpables de la muerte de mis dos hermanos, de mi sobrino y de mi querida Juanita? Pensar en aquellos desalmados me helaba la sangre. Y mientras, mi familia estaba muerta y enterrada en un lugar indeterminado que yo ya no recordaba.

—También quería decirle que el general Gramesón se encuentra en Loreto, esperándola.

No fui capaz de soportar tantas emociones y terminé por desmayarme. Padre, la única razón de mi vida junto a mi esposo, estaba vivo y solo anhelaba su abrazo. No en vano seguro que él esperaba lo mismo. A fin de cuentas, yo era lo único que le quedaba.

# L

Una semana tuve que esperar en La Laguna la llegada de Roche y de Bougé. Nunca jamás imaginaron que pudiera estar viva. Sin embargo, durante el tiempo que duró el viaje que les trajo a ambos desde Omaguas, tuvieron tiempo para hacerse a la idea y preguntarse una y mil veces cómo había sido posible que aquello hubiera sucedido.

—Debe de ser cosa del demonio. —Había llegado a decir Roche cuando se enteró de que aún seguía con vida.

Los franceses fueron invitados por el doctor Vázquez a almorzar en su residencia y fue allí donde me hicieron entrega de varios platos de oro y plata, un par de vestidos de terciopelo, tres faldas y otros tres pares de zapatos.

—Al menos ha podido usted recuperar parte de lo que es suyo. —Roche parecía algo contrariado y, desde luego, poco entusiasmado con la noticia.

—Gracias a Joaquín todo ha resultado mucho más sencillo. Si hubiera esperado el regreso de ustedes dos, aún estaría en la selva, pero muerta.

El doctor Vázquez trató de ignorar el comentario mientras apuraba de un buen trago lo que le quedaba de vino en una copa de cristal grueso con motivos decorativos florales.

—No está siendo usted justa con nosotros, señora Gramesón —respondió Bougé tratando de sonar convincente—. Estábamos muy enfermos y hubiera sido imposible para nosotros, en el pésimo estado en el que nos encontrábamos, regresar a buscarla.

—Claro, por eso prefirieron dejar que un pobre y mísero negro y un puñado de indios se jugaran la vida y fueran ellos quienes regresaran, ¿verdad? ¿Quién les iba a llorar a ellos si morían?

Ni los franceses ni el doctor Vázquez respondieron.

—Ustedes y solo ustedes han sido los culpables de la muerte de mi familia. Jamás olvidaré lo que me han hecho pasar. Jamás. Y ahora, si me disculpan…

Me levanté de la mesa y dejé a todos con la palabra en la boca. Había recobrado parte de las energías que un día tuve y la luminosidad en mi rostro que la selva me había robado. Pero nada dura eternamente y a veces el odio y la rabia pueden más que el dolor y el sufrimiento. Por eso estaba decidida a encontrarme con Jean. Nada ni nadie podrían impedirlo ya.

Al día siguiente le dije al doctor Vázquez que me marcharía rumbo a Loreto para reencontrarme con padre, acompañada de los siete indígenas que me habían cuidado y traído sana y salva hasta La Laguna.

—Comprendo bien que quiera ir en busca del general, Isabel. Pero ayer, durante el almuerzo, monsieur Roche se mostró muy arrepentido y se ofreció a acompañarla a cualquier lugar al que deseara ir. Juró que no la volvería a dejar sola. Sentí mucha lástima por él…

—¿Monsieur Roche, dice? ¡Ni hablar! ¿Es que se ha vuelto usted loco de remate? Ese hombre ya estuvo una vez a punto de matarme. No tendrá más oportunidades para volver a intentarlo, se lo aseguro.

—Pero, Isabel, ¡no diga eso! El pobre estaba herido y muerto de miedo. Por eso no regresó en su busca.

—Usted lo ha dicho, doctor. Es aún mucho peor. Un cobarde desalmado.

—No sea testaruda, Isabel. Él tiene buenos contactos en la zona y, si fuera necesario, podría ayudarla a obtener autorizaciones y permisos que le facilitaran el paso hacia Cayena.

No respondí. Odiaba a aquel hombre con toda mi alma, pero mi principal prioridad era ahora encontrarme primero con padre y, más tarde, reunirme con mi amado esposo. Por eso acepté. Quizá aquel indeseable pudiera servirme de algo después de todo. Aunque la única utilidad que por ahora le veía era la de servir de alimento a los caimanes.

Los preparativos para mi partida se pusieron en marcha. El doctor Vázquez, siempre amable y diligente, hizo lo posible para que viajara rodeada de todas las comodidades. Cojines para descansar los riñones,

varios abanicos, abundante agua y provisiones, y ropa limpia y fresca que me aliviase de la tremenda humedad que asfixiaba el ambiente. El viaje era largo y, aunque todavía no me sentía del todo recuperada, el solo hecho de volver a ver al general transformaba mi espíritu por completo. Sabía bien que la selva podía engañar de muchas maneras, que era tan traicionera como hermosa, una mujer habilidosa y pendenciera que encerraba los más ocultos tesoros y las enseñanzas más insondables.

Vázquez mandó por delante a un par de emisarios nativos a Loreto para avisar de mi llegada. Todo debía estar preparado. Nadie quería perderse mi regreso. La mujer que había sobrevivido al horror de la naturaleza hostil e indómita de la selva y que había vuelto con vida para contarlo. ¿Acaso estaría bajo la protección de alguna fuerza misteriosa? ¿Eran los mismos dioses los que me habían dotado del don de la inmortalidad? Había muchos que se preguntaban todas estas cuestiones y muy pocos los que se aventuraban a responderlas.

Roche resultó un buen compañero, atento a mis necesidades y muy hablador, aunque apenas le dirigí la palabra en los dos meses que duró el trayecto hasta Loreto. No faltaba mucho para llegar cuando el francés exclamó a voz en grito:

—¡Aquí! ¡Aquí! ¡Estamos aquí!

Una pequeña galeota a remo ocupada por varios soldados con cuidados y brillantes uniformes remontaba el río. Parecía que iban a nuestro encuentro.

—¡Dios mío! —Yo no podía creer lo que mis ojos estaban viendo.

La embarcación avanzó hasta nuestra altura y se colocó en paralelo a la canoa.

—En nombre de la Corona portuguesa y de nuestro capitán, el señor Rebello, venimos a buscarla, señora Gramesón, para llevarla hasta Loreto.

Mis ojos se empañaron de lágrimas. No podía apenas ver, pero las palabras sonaban a salvación.

—Quédese quieta. Voy a saltar con cuidado a la canoa y la cogeré en brazos para trasladarla aquí a la galeota.

El soldado, con sumo cuidado, hizo lo que había anunciado y pronto

me encontré en brazos de aquel apuesto joven, que me dejó sobre la cubierta del barco portugués.

Apenas unas horas después la galeota entraba, grácil y orgullosa, en la población de Loreto, la que fuera centro espiritual y misionero de los padres jesuitas, y donde el general aguardaba mi llegada. Ocho meses habíamos estado separados desde que partimos de Riobamba en un viaje hacia la muerte que casi acaba por sepultarnos a todos.

Padre esperaba en la orilla. ¡Qué increíbles expectativas se habían creado en torno a mí! Parecía más una heroína que una triste y melancólica mujer que había vencido a la muerte gracias a los designios del destino.

El general era un hombre de unos sesenta y seis años. Tenía el pelo blanco, al igual que yo, y unas profundas arrugas que le rodeaban el rostro. Caminaba con dificultad y ya no era aquel hombre poderoso, erguido como el tronco de los árboles de la jungla. Era un anciano tierno y frágil que solo quería abrazar de nuevo a su hija.

—¡Padre!

Corrí a su encuentro. La vida daba y quitaba a su antojo sin consideración, sin remordimiento. La mayoría de las veces tocaba perder y solo unas pocas las cartas eran buenas. El as de oros por fin estaba en la manga del hermoso vestido de seda con el que me vestí para la ocasión. Ya no era la inquieta y curiosa niña que atenta escuchaba las historias de exploradores que atravesaban montañas, ríos y lagos en busca de El Dorado. El regalo más preciado, la piedra más hermosa y reluciente, la más valiosa, la angular, era la que ahora abrazaba con toda la ternura que encerraba mi alma.

—¡Gracias al cielo estás viva, hija mía!

Fue entonces cuando vi llorar a padre por primera y única vez.

# LI

Es curioso cómo el amor puede hacer olvidar el dolor y el sufrimiento. Cómo borra con un beso, un abrazo, una caricia las ganas de abandonar un mundo que no comprendemos. Pero quizá consista en eso. En tratar de no comprender para poder ser un poco felices.

Sentía que comenzaba de nuevo a vivir y, por eso, no percibía el dolor físico que me atenazaba. Mis articulaciones ya jamás se recuperarían y apenas podía ejercitar la mano izquierda debido a una infección que casi me costó la amputación del pulgar. ¿Qué importaba eso cuando había vivido al borde de un precipicio tanto tiempo que ya no recordaba cómo era la felicidad? Pero esta jamás sería completa. ¡Habían sido tantas las pérdidas, tantos los muertos! Mi hija Manuela, madre, mi pequeño y adorado sobrino Martín, Juanita, mi fiel negra, mis hermanos y mi criada. ¿Cómo se sigue viviendo a pesar de todo? Yo no tenía la respuesta, pero, si la había, quería descubrirla junto al hombre al que había amado desde el primer momento que nuestras miradas se cruzaron en la escalera principal de mi vivienda en Quito.

El jefe de la guarnición de Pará era ahora un tal señor Martel, que, muy amablemente, puso a nuestra disposición una nave para que nos trasladase a la fortaleza de Curupa. Habíamos tenido noticias por Rebello de que Jean se encontraba enfermo, de que finalmente no había podido viajar a Loreto y de que había decidido permanecer en su residencia de Oyapoc con intención de recuperarse hasta poder emprender viaje. Así que no tenía tiempo que perder si deseaba volver a abrazar al único amor de mi vida. Padre me acompañaría y Roche se quedaría en Loreto por un tiempo. La verdad es que poco me importaba lo que el francés decidiera hacer. Nosotros iríamos al encuentro de Jean.

El señor Martel tenía intención de enviar noticias a Cayena de la llegada de una nave procedente de Loreto con el general Gramesón y su hija a bordo para alertar al propio monsieur Godin des Odonais del retorno de sus familiares. Todo era poco para ayudar a aquella familia

que tanto había sufrido y que aún no había logrado descansar en paz. Solo faltaba propiciar el encuentro y Martel quería también un poco de gloria.

La noche antes de partir en dirección a Oyapoc tuve un mal presagio. Soñé que Jean había muerto enroscado en un nauseabundo jergón de paja en mitad de una cabaña. Solo, devorado por animales salvajes que habían dado buena cuenta de un pobre hombre. Me desperté sudando. Estaba inquieta y recé. Hacía mucho tiempo que no lo hacía. Por una extraña razón que no sabía explicar sentí la necesidad de acercarme a Dios. Al fin y al cabo, era mejor estar ahí que en cualquier otro lugar.

Nunca un viaje se hizo más lago que el que nos trasladó, a padre y a mí, hasta la costa del Atlántico guayanés.

—Padre —caminaba por la cubierta cogida del brazo del general—, ¿usted cree que Jean seguirá vivo? ¿Piensa que ha podido olvidarnos?

—Nunca se olvida a quien se ha amado de veras. —El general me miró con tristeza.

Ambos nos acercamos a la popa del barco y contemplamos el atardecer. El sol rojizo dejó paso a una luna hermosa de color plata. El silencio lo eclipsó todo. Parecía como si la selva hubiera ofrecido una tregua a los vencedores. Un tributo a la grandeza de los héroes que perecieron, a los que cayeron en combate y que ahora ascendían al cielo para reunirse todos juntos en el banquete final.

El general siguió hablando:

—Yo no he olvidado a tu madre, y tampoco olvidaré nunca a tus hermanos y a mis nietos muertos. ¿Acaso lo has hecho tú?

Lloré mirando al cielo. La luna ya había salido, pero el silencio seguía sobrecogiendo. La tierra entera se había conmovido.

# LII

Y fue así como, llegando a Oyapoc, en la bahía de Mayacaré, un pequeño y rudimentario barquito, apenas esbozado por el ligero pensamiento de un joven inquieto y curioso, salió al encuentro de la embarcación en la que viajaba junto a padre. Era el 18 de julio de 1770. Habían transcurrido casi veintiún años desde que Jean partiera de Riobamba.

La frágil nave avanzaba a regañadientes por el río comandada por un hombre de cabellos blancos agarrados por una cinta de seda en una frondosa y salvaje coleta. Enseguida supe que se trataba de Jean.

Cuando apenas faltaban unos brazos para que ambas embarcaciones se rozaran, el hombre de cabellos canos se lanzó al agua. Con dificultad y ayudado por dos remeros subió a bordo de la pequeña galeota. A un lado de la nave, una mujer esperaba para abrazarlo.

—Es hermoso todo esto, ¿verdad? —dije mirando a Jean a los ojos.

—Lo es —respondió acariciándome con suavidad el rostro y estrechándome con fuerza entre sus brazos.

Nos encontramos como amantes y percibimos la realidad de sentirnos humanos de nuevo. Fuimos juntos una única alma, insignificante, invisible, sometida a la purga, a la sanación, al misterioso e insondable secreto de la vida. Nos deseamos con hambre sincera, adulta, real, trágica. Revoloteamos sobre la pasión auscultándonos, reconociéndonos. Hasta que un intenso olor a menta y a canela me estremeció para alcanzar, de nuevo, el fondo mismo del amor.

*Con estrépitos de músicas vengo,*
*con cornetas y tambores.*
*Mis marchas no suenan solo para los victoriosos,*
*sino para los derrotados y los muertos también.*
*Todos dicen: es glorioso ganar una batalla.*
*Pues yo digo que es tan glorioso perderla.*
*Las batallas se pierden con el mismo espíritu que se ganan.*
*¡Hurra por los muertos!*
*Dejadme soplar en las trompas, recio y alegre, por ellos.*
*¡Hurra por los que cayeron, por los barcos que se hundieron en la mar*
*y por los que perecieron ahogados!*
*¡Hurra por los generales que perdieron el combate*
*y por todos los héroes vencidos!*
*Los infinitos héroes desconocidos*
*valen tanto como los héroes más grandes de la Historia.*

WALT WHITMAN, «Con estrépitos de música vengo»

# Epílogo

Esta historia habla de la muerte, de las cosas que hemos perdido, de las personas a las que hemos amado. El ser humano es el único sobre esta tierra que tiene conciencia de su propia existencia y, por esa razón, vive intranquilo, infeliz, en una continua zozobra que todo lo hace terrible, incomprensible. La muerte, al igual que el amor, desdibuja, conmueve, borra y olvida, acosa con la memoria, humilla con el azote de la irrealidad. Pero esta historia habla también de amar, de recorrer el camino de la eternidad nombrando al otro, de librar las culpas de la vida a través de la imaginación de sentirnos libres.

Existen muchas historias increíbles. Historias reales protagonizadas por mujeres y hombres que no han sido apenas escritas, que no han sido apenas contadas. Historias únicas que superan la realidad de la vida. El olvido es el más peligroso de los enemigos, el más duro de los rivales a los que todos debemos enfrentarnos si queremos seguir transitando por una vida en la que luces y sombras se intercalan de modo simple y puro, sin ambages. Por eso debemos evitarlo a través del recuerdo, a través de las páginas de los libros, de las letras de las canciones, de las pinceladas de las obras de arte, de los medios de comunicación, de las películas y de las tradiciones orales que se transmiten ligeras como aves de paso.

Esta es una de esas historias. La de Isabel Gramesón, de la que he preferido emplear su apellido paterno y no por el que se la conoce gracias a su matrimonio con Jean Godin des Odonais. La historia de una mujer valerosa, quizá inconsciente, y, desde luego, única.

Isabel fue la primera mujer que padeció la adversidad, la muerte y el dolor en medio de la hostilidad y de la belleza de la Amazonía ecuatoriana en mitad del siglo XVIII. Una época en la que la «función social» de las mujeres era la de convertirse en esposas fieles y abnegadas y en madres que educaran a sus hijos bajo los postulados de la moral y del amor a Dios. Isabel aceptó con docilidad esos designios, cumplió las normas sociablemente establecidas, pero el

amor hizo que todo eso se desmoronara como un castillo de naipes. Y así, dispuesta a entregar su vida para ir en busca de su amado, Isabel se sumergió en una aventura jamás iniciada hasta entonces por una mujer. El amor la invadió salvaje y la convirtió en caminante de tierras aún por explorar. Fue también el amor el que la liberó del miedo, la hizo combatir cara a cara con la muerte y le devolvió, con manos desnudas, las alas y los vuelos.

Isabel Gramesón cuenta en estas líneas su historia para que no se pierda en el tiempo, para que no sea absorbida por el silencioso enemigo del olvido. Me pregunto cuántos de vosotros, que ahora leéis estas páginas, habíais odio hablar de ella. ¡Qué bello y emocionante fue para mí descubrirla cuando tampoco conocía apenas nada de su existencia!

Los bucles del tiempo, los finos hilos que unen a sus protagonistas, son los mismos que ahora nos entrelazan a nosotros. Sentimos sus mismos miedos, sus mismos deseos, nos mueven sueños y anhelos parecidos. No hemos cambiado tanto.

El destino de Isabel quedó para siempre unido al de su esposo. Conoció el amor de miel, de hiel, de hilo de horas, de hogar de años. Fue desesperación, tiempo transcurrido, fingido, civilización perdida, cuentos de viejos nativos a la luz de la hoguera.

La pérdida siempre cuesta. Está formada por pequeñas imágenes borrosas, por momentos nítidos que han de ser cosidos hasta formar retales de anormalidad. Pero Isabel ganó también y aprendió a agradecer, a caminar en soledad por entre las sombras, a desafiar al silencio que, pueril, trataba de intimidarla como un tonto trata de descubrirse ante un espejo opaco. Nada hubo de indigno en su historia, quizá de pecado confesable, el de amar de modo peligroso, inconsciente, placentero y vanidoso, siempre bello.

Isabel Gramesón fue real, un asunto olvidado que se encontraba en medio del contexto de la expedición científica más importante de la Ilustración. Antes que ella solo unos pocos hombres, exploradores, curiosos, conquistadores, habían recorrido aquellas tierras peligrosas y perdidas de la Amazonía en busca de oro y de tesoros registrados en la memoria de unos pocos. Isabel, diferente a ellos, nadando siempre

contra corriente, deseó algo distinto hasta entonces. Persiguió la angustia del amor perdido, sintió en sus carnes la inutilidad de la costumbre, la inofensiva mediocridad de lo útil.

Isabel fue eclipsada por el tiempo único de los hombres. Pero ese tiempo pasó. Sin vuelta atrás, algunos gravitan entre la incertidumbre y el miedo siendo ilógicos testigos de conjuras inexistentes.

Muchos creen que la historia de Isabel no fue cierta. Que era imposible que una mujer sobreviviera en la selva sin agua, sin comida y sin ningún recurso para poder defenderse. ¿Quizá fuera porque se trataba de una mujer? ¿Por qué no estaba preparada para ello? Lo que creo es que la fortaleza y la capacidad del ser humano en circunstancias de extrema necesidad superan con creces lo que nuestra mente pueda imaginar. Por eso no somos capaces de entender hazañas tan únicas, extremas e irrepetibles como esta. Pero la historia de Isabel fue una historia real como así lo atestiguan muchos de los datos que aquí se recogen. Si bien es cierto que no sabemos cuántos días pasó Isabel sola en mitad de la selva (todo parece indicar que fueron unos diez aproximadamente), lo que está claro es que sobrevivió al infierno de la soledad, de la muerte y de la desolación sin más ayuda que su capacidad y fortaleza física y mental. Y en ello estriba la grandeza de este viaje.

Como buena parte de las historias que forman parte de nuestras vidas, los momentos de incertidumbre, de dolor y dudas se mezclan con alegrías inesperadas y con destellos de luz que, de improviso, alumbran el camino. Esta historia no iba a ser menos y, al final feliz que, afortunadamente, hemos narrado, le sigue una realidad posterior compleja y dificultosa, que convirtió la historia de amor de Isabel y de Jean en una extraña suerte de pesares que no terminarían de cerrarse nunca.

No fue fácil que el matrimonio, acompañado siempre del general Gramesón, terminara por poner rumbo a Francia. La escasez de recursos económicos acabó por retener a la familia en la Guayana francesa. Isabel necesitaba recuperarse de sus constantes brotes de melancolía y episodios de pánico que prácticamente la asaltaban todas las noches. Jean, por su parte, había contraído importantes deudas

que lo obligaban a permanecer en territorio francés, por lo que, para pagarlas, se dedicó al comercio de madera y a la pesca, mientras que Isabel y su padre, ya anciano, esperaban pacientemente poder regresar a Europa y que todo se solucionase cuanto antes.

Casi tres años tuvieron que pasar desde su encuentro para que el matrimonio lograse pagar sus deudas pendientes y regresase a Francia, no sin antes Isabel solicitar, mediante una carta escrita a su querida hermana Josefa (que aún vivía en Riobamba), que esta le concediese la libertad a su esclavo Joaquín, al que siempre consideró como a un hermano. Su fidelidad conmovió tanto y de un modo tan intenso a Isabel que jamás pudo olvidar los favores que recibió por parte de aquel indígena generoso y único al que siempre guardó en su corazón como al más preciado de los tesoros.

Tras casi cuarenta años fuera de Francia, Jean, junto a su esposa Isabel y su suegro Pedro Manuel, que ya rondaba los setenta años, partió de Cayena, el 26 de junio de 1773, a bordo del navío Le Rafleau para arribar al puerto francés de La Rochelle más de dos meses después, el 26 de junio de 1773. Por fin estaban en su amada patria, pero nadie los recibió allí. Muchos habían muerto y, la mayoría, ni siquiera tenían noticias de tan feliz acontecimiento. Todavía tuvieron que pasar por París y después por Berry antes de llegar a Saint-Amand.

La hermosa vivienda familiar, muy cerca del centro de la localidad, permanecía intacta esperando ser de nuevo habitada. En la rue Hôtel Dieu (hoy patrimonio histórico de la ciudad) vivieron Isabel, Jean y el general Gramesón los últimos años de sus vidas. Allí recibieron la visita de bienvenida de las dos hermanas viudas de Jean, Marianne y Elisabeth, y allí recibió carta de monsieur La Condamine donde le daba, en primer lugar, la bienvenida a Francia y le contaba que había intercedido por él ante el duque de La Vrillière para que el rey le concediera una pensión vitalicia de setecientos francos anuales (seiscientos treinta si descontamos los impuestos que debía pagar a la Hacienda Real) por sus trabajos como geógrafo oficial de su majestad durante la expedición realizada al Ecuador. La pensión le fue concedida el 27 de octubre de 1773 y, solo tres años después, Jean testó en favor de Isabel, dejándole buena parte de todos sus bienes, ya

que no podía convertirla en heredera universal, pues las leyes francesas determinaban que, si esto sucedía, la pensión de viudedad que pudiera recibir ella se vería enormemente mermada.

Parece ser que las dos hermanas de Jean, Marianne y Elisabeth, fallecieron antes que él, en una fecha cercana a 1778. Poco más tarde lo haría el general Gramesón, un 28 de septiembre de 1780, a la edad de setenta y siete años. El gaditano fue enterrado en el gran y primitivo cementerio de la localidad francesa de Saint-Amand. Al fin y al cabo, también tenía importantes raíces francesas por parte de su padre, el abuelo de Isabel.

Isabel y Jean vivieron con cierta tranquilidad el resto de sus días. Este último se encargó de las propiedades familiares, adquiriendo algunas nuevas y empleando otras como explotaciones vinícolas. Incluso siguió trabajando en su diccionario de gramática de la lengua quechua, que intentó publicar sin éxito hasta casi el día de su muerte. Del mismo modo, nunca se cansó de escribir informes dirigidos al gobierno francés para que invirtiera en métodos agrícolas y ganaderos en sus territorios de la Guayana. Tampoco obtuvo ningún resultado.

Isabel, por su parte, vivió siempre estigmatizada por el terrible episodio que marcaría su vida para siempre. Nunca más fue la joven hermosa y risueña que jugueteaba alegre por las calles de Quito, ni aquella niña que había descubierto el amor en brazos de un joven y apuesto francés que un día robara su corazón. A partir de entonces los miedos la amenazaban, no podía estar a oscuras en una habitación, padecía constantes tics nerviosos y las cicatrices en el rostro (consecuencia de las picaduras y ataques de todo tipo de insectos que había padecido) se le hicieron cada vez más evidentes con el paso de los años. Detestaba que se hablara de su hazaña y caminaba por el pueblo siempre sumida en una profunda melancolía, como un autómata apenas reconocible. Sin embargo, todos sus vecinos la identificaban y admiraban su enorme valor.

Curiosamente, en una fecha cercana a 1789, llegó a Saint-Amand, para estudiar en Europa y procedente de Riobamba, Juan Antonio, sobrino de Isabel e hijo de su hermano pequeño Antonio (fallecido en sus brazos en la Amazonía). La esposa de este, Marcelina Vallejo,

estaba embarazada de él cuando Isabel partió en busca de su esposo y no había llegado a conocer a su sobrino hasta entonces. El joven, que se quedó huérfano de madre por aquellas fechas (Marcelina falleció en Riobamba el 15 de octubre de 1788), vivió con Jean e Isabel en Saint-Amand y allí se casó con Madeline Picot el 21 de febrero de 1792. Al enlace Jean ya no pudo asistir. Estaba gravemente enfermo.

El 1 de marzo de 1792, a las once de la noche y en brazos de su adorada Isabel, Jean Godin des Odonais, con setenta y nueve años de edad, falleció en su habitación de la casa familiar de Saint-Amand. Moría un gran hombre, un excelente científico y un ser humano lleno de la curiosidad que hace únicos solo a algunos elegidos.

La soledad de Isabel fue ahora más terrible que nunca. A pesar de que Madeline, la esposa de su sobrino, estaba embarazada, no había ya nada en el mundo que la retuviera por más tiempo. Cuentan que conservaba, en un pequeño cofre de ébano, el vestido blanco de algodón que le había regalado la indígena de Andoas, así como los restos de una especie de sandalias que tuvo que fabricarse durante los terribles días vividos en la selva.

Isabel Gramesón falleció, a los sesenta y cuatro años, en la misma casa y habitación que lo hiciera su esposo, un 27 de septiembre de 1792, solo seis meses después de que él partiera. Ambos fueron enterrados juntos, al lado del general Gramesón, en el cementerio extramuros de la ciudad. Sin embargo, al poco tiempo y debido a la mejora de las condiciones higiénicas de la época, dejaron de celebrarse allí enterramientos. El gran cementerio se convirtió en la plaza principal de la ciudad (hoy un amplio aparcamiento) y los restos mortales de nuestros protagonistas desaparecieron o fueron depositados en osarios.

El 4 de febrero de 1797 un terrible terremoto destruyó por completo la ciudad de Riobamba. Actualmente los estudios indican que el seísmo alcanzó una magnitud de 8,3 en la escala de Gutenberg-Richter. Las viviendas, las calles, el hospital, la escuela, las iglesias, los conventos, las instituciones, hasta la orografía de la antigua población, todo desapareció para siempre.

Hubo alrededor de cinco mil muertos solo en Riobamba, aunque

estas cifras no son especialmente significativas, ya que muchos indígenas del extrarradio y esclavos que no contaban en la escala social ni siquiera fueron tenidos en cuenta para realizar las estadísticas de los fallecidos (que se hicieron atendiendo a las clases sociales: clérigos, religiosos, nobles, blancos, mestizos e indios). Los documentos conservados en los archivos de las órdenes religiosas y de las instituciones civiles de la ciudad se perdieron, y los supervivientes de la tragedia se trasladaron a unos veinte kilómetros al nordeste para fundar allí una nueva ciudad, la actual Cajabamba, capital del cantón de Colta. Incluso el propio geógrafo, astrónomo y naturalista berlinés Alexander von Humboldt, en su viaje al Ecuador, analizó y estudió este fenómeno considerado hasta la fecha como el más devastador de la zona americana. Además, el alemán visitó, el 22 de junio de 1802, la iglesia colonial de Santiago de Colpi (una pequeña población localizada a escasa distancia de la actual Riobamba), como así lo atestigua una placa conmemorativa situada en su fachada.

Quizá el resto de la historia de los descendientes de Jean e Isabel no sea de vuestro interés. Por eso podéis dejar de leer aquí si así lo deseáis (incluso podíais haberlo hecho mucho antes, ¡espero que no haya sido así!). Pero para los que tenéis curiosidad por saber hasta dónde he podido conocer acerca de esta historia aún podéis continuar leyendo un poquito más.

Isabel Gramesón testó a favor de su sobrino Juan Antonio, dejándole a él todos los bienes que había heredado de su esposo, especialmente la finca de Epourneaux, a la que siempre profesó un gran cariño. Y, como la muerte llama a la vida, a pesar de que Isabel ya no pudiera verlo, su amado sobrino tuvo una hija, Françoise Antoinette Marcelline, que nació el 26 de noviembre de 1792. Desgraciadamente esta murió al poco tiempo.

Sin embargo, el matrimonio formado por Juan Antonio y Madeline Picot tuvo otros dos hijos. Gilbert Félix, nacido en junio de 1799, y Guillaume Alexandre, que, al parecer, falleció con apenas veinte años. Gilbert Félix escribió la historia de Isabel y trató de recopilar toda la información de la que pudo disponer sobre su viaje a través de la selva amazónica. Se casó con Marie Madelaine Perrot y tuvieron dos hijos:

Emma Magdalena (nacida un 25 de marzo de 1826) y Félix Jacques Alexandre (nacido cuatro años más tarde). Desgraciadamente, este último se embarcó, con apenas dieciocho años, en el buque L'Oceanie, que partió de Burdeos el 23 de julio de 1848 con destino a San Francisco, bordeando el cabo de Hornos y haciendo escala en Valparaíso, Callao, Guayaquil y Panamá. Las dificultades de navegación y las terribles tormentas que las embarcaciones estaban abocadas a padecer al atravesar una de las zonas más complicadas del planeta trajeron como consecuencia la desaparición de Félix Jacques un 18 de octubre de 1848.

Como ya sabéis, la novela histórica es eso, novela. Y los escritores ficcionamos situaciones, diálogos, personajes… dentro de contextos históricos tan reales como reconocibles. O al menos eso es lo que tratamos de hacer. La mayoría de los personajes a los que me refiero en esta historia son reales, existieron, fueron hombres y mujeres de carne y hueso como lo fueron Isabel, Jean, su hija Manuela, sus familiares y los miembros de la más importante de las expediciones ilustradas que logró tomar datos definitivos del meridiano terrestre en el Ecuador.

Quizá algunas rutas no sean exactas, quizá algunas de las cartas no llegasen y otras se perdieran, ya que no es posible seguir su rastro en una época en que las comunicaciones eran complejas y tremendamente dificultosas. Los mapas y la cartografía tampoco eran los que ahora conocemos y los nombres de lugares, pueblos y regiones han ido variando con el paso de los siglos y con la independencia de los territorios que un día pertenecieron a la Corona española. Aquí se han empleado como referencia los datos, lugares y rutas de las que hasta entonces se tenía conocimiento, por lo que el lector debe comprender que no deben ni pueden coincidir en muchos casos con los actuales.

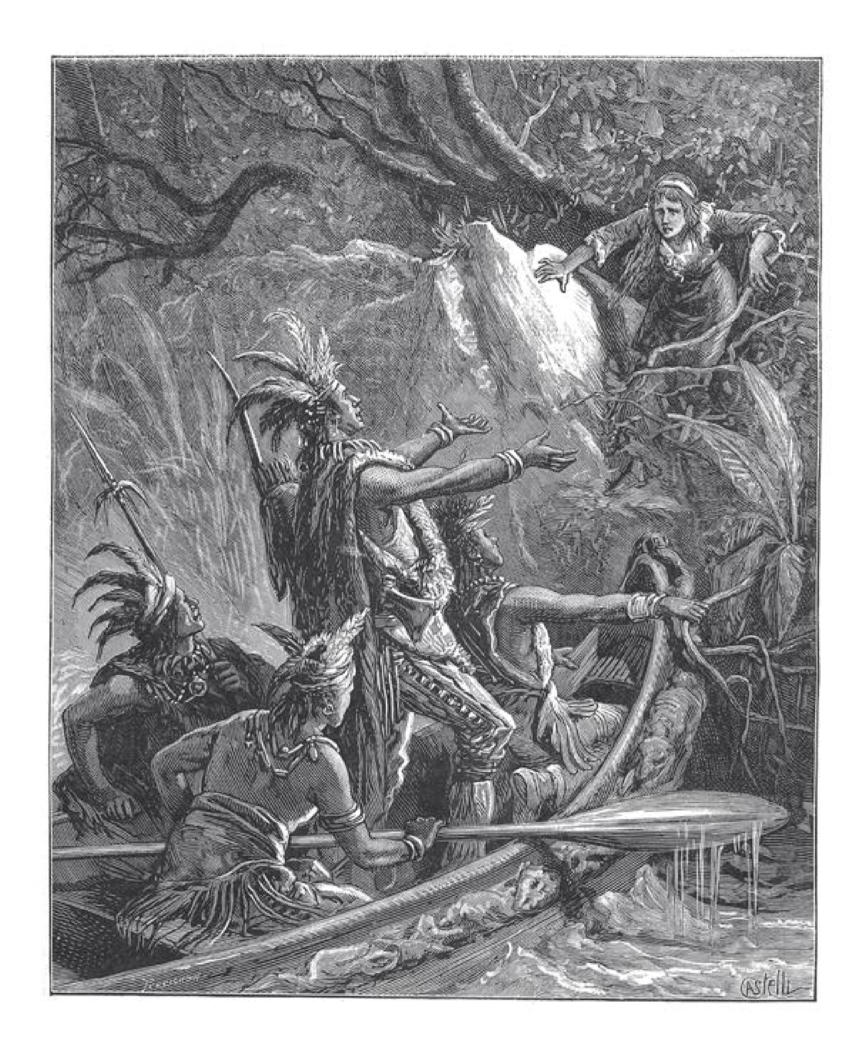
Esta novela no es un ensayo de investigación histórica. Hay cabida para las imprecisiones, para la imaginación y para lo novelado. Esta es una historia donde lo importante son los sentimientos. Son ellos los

que cobran especial protagonismo y los que sitúan a los personajes en el dolor, la soledad, el miedo, el amor, el temor y la desesperanza. Hay poco espacio para el valor, la osadía o la curiosidad, pues las situaciones a las que se ven abocados no lo permiten.

Esta es una historia a medio camino entre la muerte y la aventura, entre el amor y la soledad. La hazaña de un ser humano excepcional que, empujado por su arrojo y quizá porque ya lo había perdido casi todo, se lanzó a vivir una experiencia jamás vivida hasta entonces por una mujer. Sirvan estas líneas para recordarla, homenajearla y agradecer a todas las mujeres y hombres anónimos y desconocidos que nos precedieron su coraje, su ejemplo y las experiencias de unas vidas que, sin duda, merecen ser recordadas.



Grabado imaginario de Isabel Gramesón (1728-1792).
Dibujo de Chevignard. Magasin *Pittoresque*, 1854.



Grabado de Castell en el que se representa el momento en que un grupo de indígenas rescatan a Isabel Gramesón en medio de la Amazonía. Recogido en el *Journal des voyages et des aventures de terre et de mere* n.º 164, del 29 de agosto de 1880.

# Agradecimientos

Las historias siempre nos buscan, pero para ello es imprescindible que estemos en el momento adecuado, en el lugar exacto, con la mente despejada y trabajando con entusiasmo. Y así fue como ocurrió en este caso. Mi interés por las expediciones científicas y por el conocimiento del mundo que cobró especial fuerza durante el periodo ilustrado hicieron que comenzara a documentarme de modo más exhaustivo sobre las aventuras de marinos y científicos que, en aras del saber, atravesaban el mundo para estudiarlo, analizarlo y ponerlo al servicio del Estado y, por ende, de los ciudadanos. En este contexto fue donde Isabel Gramesón y su increíble historia cobraron especial fuerza y se mostraron ante mis ojos para convertirse en novela. Este personaje realizó una hazaña excepcional, única y jamás acometida por ninguna mujer antes que ella: adentrarse en la Amazonía ecuatoriana con todos los riesgos y peligros que eso suponía con la sola y única idea de poder reencontrarse con el amor de su vida, un hombre extranjero, con quien apenas había convivido seis años y al que no había vuelto a ver hacía casi veinte. ¿Qué la empujó a acometer tal acto de amor y generosidad? ¿Qué consecuencias tuvo esa aventura?

La historia de Isabel Gramesón y de Jean Godin des Odonais habla de amor, de pérdida, de sufrimiento, y me ha permitido conocer un poco más de cerca el alma humana. Gracias a ella también he podido encontrarme con personas maravillosas que me han alumbrado en el camino y me han permitido acercarme a los parajes, lugares y personajes que aquí se recogen. Por eso he de agradecer enormemente a la asociación Saint-Amand-Montrond-Riobamba (de la que ya soy miembro activo) y especialmente a su historiador, mi querido Régis Lamiable, por toda la información facilitada, sus amables e inteligentes conversaciones y sus visitas a los lugares por los que Isabel y Jean transitaron. Gracias también a Pascal Preault por abrirnos las puertas de su hogar, vivienda que fuera residencia de los protagonistas de esta historia en mi ya querida localidad de Saint-

Amand-Montrond. Un lugar entrañable, lleno de encanto, recuerdos e imágenes que me golpearon en la cabeza apasionadamente y sin pausa durante la redacción de estas líneas.

Al viajar a través del valle del Loira y disfrutar del encanto de sus rincones, viñedos y residencias señoriales, pudimos visitar el castillo d'Igny, lugar de belleza única y en el que sus propietarios, Georg-Marcus Hauser y su adorable esposa Kerry O'Donoghue, nos recibieron con todo cariño y hospitalidad y nos mostraron los encantos de un lugar magnífico donde se conserva la única obra de artes decorativas que existe sobre la protagonista: una vidriera con el rostro, posiblemente imaginario, de Isabel Gramesón.

Pero esta increíble aventura discurre especialmente en el actual Ecuador. Allí me trasladé con la intención de documentarme de modo exhaustivo sobre el país, sus gentes, paisajes, orografía, tradiciones y costumbres, en definitiva, sobre su cultura y su modo de vida.

Gracias a Graciela, ecuatoriana residente en Saint-Amand-Montrond y también miembro de la asociación de la localidad, hermanada con Riobamba, tuve la increíble oportunidad de conocer a mi guía y amigo Medardo Caisabanda, exdirector de la orquesta de Quito y de la orquesta de la ciudad ecuatoriana de Cuenca y hermano de Graciela, que me mostró la riqueza del país de norte a sur.

Partiendo desde Otavalo recorrimos las calles de la ciudad de Quito, viajamos a Tena (en la provincia de Napo) y, desde allí, embarcarnos en dirección al interior de la Amazonía en la confluencia entre los ríos Napo y Misahuallí para visitar a la comunidad indígena de los chiripuno (que en huaorani significa 'unión de dos ríos'). Avanzamos hasta Puyo (capital de la provincia de Pastaza), transitamos por la población de Baños de Aguasanta y sentimos la fuerza del río Pastaza bordeando los Andes para continuar hasta Ambato y Riobamba. Alcanzamos los cinco mil trescientos metros en el grandioso Chimborazo, repleto de hermosas vicuñas que pastaban distraídas haciéndonos caso omiso. Atravesamos el puente de las Juntas, lugar donde se unen los ríos Patate y Chambo en el Pastaza, charlamos con los indígenas de Salasaca y celebramos con ellos su famosa fiesta de la capitanía. Visitamos Santiago de Calpi y la iglesia de la Virgen de la

Natividad de Balbanera, primer templo cristiano de Ecuador, fundado el 15 de agosto de 1534.

Comimos llapingacho, tigrillos, yahuarlocro, mote, patacón, tilapia. Montamos en tarabita (especie de cabina colgada de cables y empleada para transportar personas y mercancías de un lado al otro del Pastaza). Pude acariciar plantas tan exóticas como el yute, el achote, la guayusa, la ayahuasca o la caña agria y hasta me cobijé en la mismísima Yachai Rumi, la piedra sagrada hogar de la gran anaconda, a la que pedí permiso de entrada golpeando a su puerta con una hermosa piedra de agua. Paseamos por el malecón de Guayaquil, atravesada por el río Guachi, y pudimos acariciar las iguanas domésticas del parque más famoso de la ciudad.

Por todo ello doy gracias también a la tierra ecuatoriana que no solo me descubrió a Isabel Gramesón y su historia, sino que me hizo vivir momentos inolvidables. Así que no quiero olvidarme de referenciar a las distintas comunidades indígenas con las que compartimos tradiciones y costumbres y que se mencionan en esta novela, siempre atendiendo a la mentalidad de la época, en un tiempo en que estos eran considerados por los europeos como salvajes que necesitaban ser civilizados. Afortunadamente tales consideraciones han sido superadas y son muchos los proyectos e iniciativas que, desde todas las partes del mundo, están en marcha y activas para promover la conservación, soporte, formación y desarrollo de comunidades indígenas y locales, así como la protección de la Amazonía contra las amenazas frente al cambio climático, el desarrollo no sostenible y los intereses económicos y políticos en la zona.

Pero entre las personas que siempre tendrán un lugar en todos y cada uno de los agradecimientos que puedan recogerse en mis novelas (pasadas, presentes, futuras, incluso las que nunca escriba) estarán siempre las más importantes de mi vida:

Abuela. Ya sabes que todo lo que hago, cada paso que doy, cada lugar que observo, cada proyecto que emprendo, todo es por ti y para ti. Hasta que volvamos a vernos, cuida de todos nosotros. Y sigue guiando mis pasos para sostenerme y levantarme. Yo pongo el resto, tal y como me enseñaste.

Papá, mamá, hermana. Os quiero y siento que muchas veces no os merezco. Por eso agradezco al cielo que en la baraja de la vida me hayan tocado las mejores cartas. Caer y levantarse, y de nuevo caer para volver a comenzar. Eso es lo que hace a los seres humanos especiales.

Beatriz, mi apoyo en esta aventura y en todas las locuras que emprendo y que habitan en mi cabeza sin descanso. Lectora incansable de mis manuscritos, correctora, generadora de ideas y generosa hasta el límite.

Gracias, querido Alberto, mi mejor editor y crítico. Cariñoso, amable y siempre comprensivo. Tuya es parte de esta historia. ¡Que vuele lejos y perdure en el tiempo!

Gracias a todo el equipo de Plaza & Janés que ha participado en la corrección, edición y diseño de esta novela. Sois también vosotros quienes habéis hecho que creciera con vuestros siempre acertados comentarios y apreciaciones.

Y, por último, gracias a ti, lector, que con curiosidad e interés te acercas a mi aventura para descubrir cómo y quién soy. Espero no haberte decepcionado y ojalá sigamos juntos a través de las páginas de los libros creando una comunidad de lectores que, al menos, sea tan amplia y fructífera como las tierras que acarician el río Amazonas, desde su nacimiento hasta su desembocadura.

# Algunos datos de interés que homenajean a los protagonistas de esta novela

La Condamine recogió esta historia, consciente de la importancia que podría tener en un futuro, en un relato editado de forma póstuma en la ciudad de Maastricht en 1778. Esta fue la primera vez (y casi la última) que esta increíble narración se dio a conocer. Tuvieron que pasar muchos muchos años para que, de nuevo, Isabel y Jean pasaran a formar parte de la memoria colectiva.

Carlos Bonaparte, de origen italiano, príncipe de Canino y Musignano y estudioso de la zoología, dio el nombre de *Champelix Godina* a un ave descubierta en América del Sur en honor a la protagonista de nuestra historia, Isabel de Godin (tal y como fue conocida en su tiempo). También existe una especie de mono de nombre *Pitheica Isabela* o *Isabel's Saki* procedente de Loreto (lugar donde se ubicó la misión española de los padres jesuitas en Maynas, provincia de Quito y actual territorio de Perú, en 1610). Este ejemplar es abundante en la zona del río Samiria y en la Reserva Nacional de Pacaya-Samiria. Tiene el pelaje oscuro, las manos y los pies blancos y también un blanco característico alrededor de los ojos.

En la actual población francesa de Saint-Amand-Montrond aún se conserva, en manos privadas, la antigua casa de la familia Godin en el actual número 10 de la rue Hôtel Dieu, en la que Isabel y su esposo vivieron durante diecinueve años hasta el fallecimiento de ambos en 1792 (Jean en el mes de marzo e Isabel en el de septiembre).

Esta vivienda fue ocupada posteriormente y hasta su muerte por Jean François Étienne Le Boys des Guays (1794-1864), iniciador del culto a la Nueva Jerusalén en Francia y discípulo y traductor al francés de las obras del teólogo y científico sueco Emanuel Swedenborg (1688-1772). La vivienda se convirtió en un lugar de celebración de este culto cristiano a partir de 1837. En su salón principal, todos los domingos, se reunían hasta unos cincuenta fieles. Le Boys des Guays está enterrado en el cementerio de Saint-Amand-

Montrond.

Durante el siglo XIX la vivienda fue ocupada por los hermanos Bailly, amigos muy queridos del escritor francés Jean Giraudoux (1882-1944), que, en su exitosa obra titulada *Siegfried et le Limousin* (1922), describía la atmósfera de la casa como ubicada «…sobre el Mont-Rond, donde las brujas fueron quemadas, en el centro de la ciudad, en el lugar bautizado como El Dorado, donde confluyen el río más frío de Francia, el Marmande, y el más cálido, el Cher, la confluencia, si se quiere, del diablo y de Venus…».

Delante de la vivienda se levanta, en la actualidad, un busto de Isabel de Godin realizado por el escultor riobambeño Fabián Latorre, inaugurado el 14 de mayo de 1988, además de una placa conmemorativa con el nombre de los esposos en la que se recuerda su increíble aventura. La biblioteca municipal de la localidad lleva el nombre de Isabel.

A pocos kilómetros de Saint-Amand-Montrond se encuentra el castillo d'Igny, actualmente de propiedad privada, y en el que se conserva una vidriera con el rostro de Isabel de Godin. No es descabellado pensar que este trabajo artístico pudiera haber sido realizado por el pintor, grabador y decorador lionés Edmond Lechevallier-Chevignard (1825-1902), a partir de un grabado reproducido en el *Magasin Pittoresque, 23e année, 1854* (p. 373), inspirado este, a su vez, en un retrato al óleo de Isabel conservado en la colección familiar.

En el número 164 del 29 de agosto de 1880 del *Journal des voyages et des aventures de terre et de mer* se recoge un grabado firmado por Castell que representa el momento en que Isabel de Godin fue descubierta por los indígenas en medio de la Amazonía ecuatoriana. A este le sigue un artículo firmado por el geógrafo y escritor francés, secretario de la Sociedad de Geografía de París, Richard Cortambert (1836-1884).

En Riobamba, la Escuela de Obras Manuales para Mujeres, fundada en 1935, fue llamada Isabel de Godin en homenaje a nuestra protagonista. Posteriormente se convertiría en Liceo Municipal y actualmente es el Instituto Técnico Superior, encargado de la

formación de mujeres en secretariado bilingüe y estudios técnicos.

Por su parte, en la ciudad de Quito, en el famoso parque La Alameda, justo enfrente del Observatorio Astronómico, se erigió un monumento, inaugurado en 1913 y proyectado por el escultor francés Paul Louis Émile Loiseau-Rousseau, que recuerda a los héroes de la primera expedición geodésica al Ecuador. En el centro del conjunto, en bronce, y sobre una esfera terrestre bajo la que descansa el cóndor (símbolo por excelencia del país andino), una pirámide de piedra alberga los nombres de los miembros de esta aventura escritos con esmero por una femenina figura, también en bronce, que representa a la musa de la astronomía. Alrededor de esta construcción piramidal se distribuyen, en círculo, los bustos de algunos personajes que participaron, de un modo u otro, en la expedición científica mencionada en estas líneas: Pedro Maldonado, Le Condamine, Louis Godin, Pierre Bourger y los españoles Antonio de Ulloa y Jorge Juan. Estos bustos fueron, posteriormente, incorporados al conjunto a mediados del siglo XX.

En el lugar conocido como «Mitad del Mundo», situado a escasos quilómetros al norte de la capital ecuatoriana, se localiza el monumento que señala la ubicación de la línea ecuatorial con una placa en la que se inscriben los nombres de los miembros de la expedición geodésica organizada por la Real Academia de las Ciencias de Francia (incluyendo a los dos marinos españoles, Antonio de Ulloa y Jorge Juan). Del mismo modo, un amplio y largo paseo acoge, en ambos de sus lados, los bustos de los miembros de la expedición a los que se añade el de Pedro Maldonado e incluso el de Vicente Tofiño, famoso cosmógrafo y marino gaditano.

Las ciudades de Saint-Amand-Montrond y Riobamba se encuentran hermanadas, desde el 21 de abril de 1985, gracias a la aventura única e irrepetible de Isabel Gramesón, como a mí me gusta llamarla, manteniendo su apellido familiar. Una mujer que, impulsada por el amor, padeció el dolor, la muerte y el infortunio, aceptó la fragilidad de la vida y se liberó del peso de su memoria en las líneas que recogen su historia. No en vano fue la criolla del Amazonas.

# Índice de personajes vinculados a esta historia

**Armendáriz, José de** (1670-1740): I marqués de Castelfuerte y amigo de Pedro Manuel Gramesón, con quien partió de Cádiz en diciembre de 1723 arribando a Lima al año siguiente. Fue nombrado virrey de Perú (estuvo más de once años en el cargo) y, gracias a sus influencias, el padre de Isabel alcanzó el cargo de corregidor de Otavalo. De regreso a España, Armendáriz obtuvo el grado de capitán general, siendo también distinguido, en 1737, con la Orden del Toisón de Oro.

**Bougé/Baugé, Philippe** (¿?): Miembro francés de la expedición de Isabel Gramesón y que partió de Riobamba en 1769 con la intención de arribar a la Guayana francesa en busca del esposo de esta, Jean Godin.

**Bonaparte, Charles Lucien** (1803-1857): Naturalista y ornitólogo francés, sobrino del emperador Napoleón Bonaparte. Asignó el nombre de *Champelix Godina* a una especie de ave originaria de América del Sur en honor a Isabel Gramesón.

**Bourger, Pierre** (1698-1758): Astrónomo y matemático francés, miembro de la Real Academia de las Ciencias de Francia y uno de los dirigentes de la expedición geodésica que, con destino a Ecuador, tenía como finalidad la medición de un grado de meridiano para aclarar definitivamente el problema de la forma de la tierra. Fue el último en incorporarse a la expedición a la edad de treinta y siete años y siempre estuvo al margen de la polémica surgida sobre la forma terrestre.

**Brun/Bruno/Brown, Isabel** (¿?): Esposa de Pedro Gramesón (con quien contrae matrimonio en Brujas), madre de Pedro Manuel Gramesón y abuela paterna de Isabel. Pudo haber nacido en Newcastle upon Tyne, al nordeste de Inglaterra.

**Choiseul, César Gabriel de** (1712-1785): Duque de Praslin (una de las islas Seychelles), diplomático y estadista. Fue secretario de Estado de Asuntos Exteriores reemplazando a su primo Étienne François, y

secretario de Estado de Guerra y de Marina. Era el protegido de madame de Pompadour y negoció la paz que puso fin a la guerra de los Siete Años. Jean Godin le escribió una carta desde la Guayana Francesa para obtener los permisos que le permitieran regresar a Europa junto a su familia.

**Condamine, Charles-Marie de la** (1701-1774): Geógrafo y naturalista francés, jefe de la expedición geodésica a Ecuador. Fue miembro de la Real Academia de las Ciencias de Francia como químico adjunto desde 1730. Se incorporó a la expedición con treinta y cuatro años y se encargó de los trabajos geodésicos de la expedición, así como del estudio de la quina, el curare o el caucho. Regresó a Europa en 1743 junto a Pedro Maldonado a través de la ruta del Amazonas que más tarde seguirían Jean Godin e Isabel Gramesón. A su regreso a Europa publicó gran cantidad de estudios sobre la expedición con gran éxito, además de la historia del viaje de Isabel gracias a las noticias que recibió de Jean Godin des Odonais.

**Couplet, Pierre** (ca. 1718-1738): Pariente (quizá hijo o sobrino) del tesorero perpetuo de la Real Academia de las Ciencias de Francia que ejerció como ayudante técnico en la expedición geodésica. Murió al poco tiempo de llegar a Quito como consecuencia del paludismo.

**D'Oréaseval, Tristán** (¿?): Amigo de Jean Godin y residente en la Guayana Francesa. Jean le encarga, en 1766, que viaje a la misión española de Loreto para esperar a Isabel y entregarle unas cartas y documentos.

**Fouquet, Anne** (¿?-1751): Madre de Jean Godin des Odonais. Contrajo matrimonio el 28 de abril de 1703 con Amand Godin. El matrimonio tuvo varios hijos, muchos de los cuales se malograron nada más nacer. Fue enterrada en Saint-Amand el 17 de junio de 1751.

**Godin, Amand** (ca. 1677-1740): Hijo de Jean Godin y de Marguerite Begnas. Probablemente naciera en Saint-Amand en una fecha cercana a 1677. Era el padre de Jean Godin des Odonais y esposo de Anne Fouquet, con quien contrajo matrimonio el 28 de abril de 1703. El matrimonio tuvo varios hijos, muchos de los cuales se

malograron nada más nacer. Procedente de una familia acomodada de Saint-Amand, ejerció como procurador y fue hermano del padre de Louis Godin, uno de los jefes de la expedición geodésica a Ecuador. Fue enterrado en Saint-Amand el 29 de abril de 1740.

**Godin, Louis** (1704-1760): Astrónomo y matemático francés y miembro de la Real Academia de las Ciencias de Francia desde 1725. Era el miembro más joven (aunque estaba casado desde 1728 y tenía dos hijos) y el de mayor experiencia de la expedición geodésica a Ecuador. Permaneció en Lima, tras separarse la comitiva, como catedrático de Matemáticas de la Universidad de San Marcos. Ayudó a la reconstrucción y diseño de la ciudad limeña tras el terremoto sufrido en 1746 y, de regreso a Europa en 1751, se convirtió en director de la Real Academia de Guardias Marinas de Cádiz y en miembro de la Asamblea Amistosa Literaria bajo la presidencia de Jorge Juan. Fue también el creador y primer director del Observatorio Astronómico de Cádiz en el torreón del Castillo de la Villa en 1753 (hoy Real Instituto y Observatorio de la Armada en San Fernando), y allí falleció, el 11 de septiembre de 1760, de un ataque de apoplejía. Era primo hermano de Jean Godin des Odonais.

**Gramesón, Antonio** (ca. 1730-1769): Hermano menor de Isabel, casado en Riobamba con Marcelina Vallejo. El matrimonio tuvo dos hijos: Martín y Juan Antonio. Antonio se dedicó al cobro de alcabalas, por lo que tuvo graves problemas con la Corona española. Acompañó a Isabel en su viaje por el Amazonas.

**Gramesón, Joaquín** (ca. 1743-¿?): Esclavo negro al servicio de la familia de Isabel Gramesón. Nacido en Quito hacia 1743, era hijo de la esclava Rosa Petrona. Acompañó a Isabel Gramesón en su viaje por el Amazonas. Esta le prometió la libertad que finalmente le fue concedida por su fidelidad el 29 de mayo de 1771 gracias a las gestiones realizadas por Josefa, hermana de Isabel, y su esposo Antonio Zabala.

**Gramesón, Josefa** (ca. 1732-¿?): Hermana menor de Isabel Gramesón. Contrajo matrimonio en Riobamba con el español Antonio Zabala.

**Gramesón, Juan** (ca. 1726-1769): Hermano mayor de Isabel

Gramesón. Era religioso agustino y acompañó a Isabel en su viaje por el Amazonas.

**Gramesón Vallejo, Juan Antonio** (ca. 1770-¿?): Hijo de Antonio Gramesón y de Marcelina Vallejo y sobrino de Isabel Gramesón. Permaneció en Riobamba hasta que regresó a Saint-Amand siendo un adolescente. Allí contrajo matrimonio con Madeline Picot el 21 de febrero de 1792. Tuvieron varios hijos que fallecieron a edades tempranas (Françoise Antoinette Marcelline y Alexandre) salvo el escritor Gilbert Félix, que narró las hazañas de Isabel Gramesón en la obra titulada *Un drame inconnu* («Un drama desconocido»).

**Gramesón Vallejo, Martín** (ca. 1763-1769): Hijo de Antonio Gramesón y Marcelina Vallejo. Junto a Isabel y su padre emprendió viaje por el Amazonas.

**Gramesón, Pedro** (¿?): Padre de Pedro Manuel Gramesón y abuelo de Isabel. De origen francés, fue oficial del Regimiento de Dragones. Se casó en Brujas con Isabel Brun/Bruno/Brown.

**Gramesón, Pedro Manuel** (1704-1780): Padre de Isabel Gramesón. Hijo de Pedro Gramesón y de Isabel Brun/Bruno/Brown, nació en Cádiz el 13 de enero de 1704. Tuvo, al menos, cinco hermanas: Melchora, Rosa, Juana Antonia, Francisca y Bárbara. Marchó a América el 31 de diciembre de 1723 en el navío San José al mando del teniente general Carlos Grillo. Pudo contraer matrimonio en Guayaquil, posiblemente en octubre de 1724, con Josefa Pardo de Figueroa, con quien tuvo cuatro hijos: Juan, Isabel, Antonio y María Josefa. Era gran amigo de José de Armendáriz, I marqués de Castelfuerte, gracias a quien adquirió el cargo de corregidor de Otavalo.

**Hugot, Théodore** (¿?-1781): Relojero encargado del mantenimiento de los instrumentos científicos de la expedición geodésica a Ecuador. Contrajo matrimonio con una quiteña y allí permaneció hasta el final de sus días.

**Juan Santacilia, Jorge** (1713-1739): Joven teniente de navío español nombrado por Felipe V junto a Antonio de Ulloa para acompañar a los científicos franceses en la expedición geodésica a Ecuador. Concluidos los trabajos, embarcó de regreso a España por la ruta del

Cabo de Hornos, llegando al puerto de Brest en octubre de 1745. De allí pasó a París, donde fue nombrado miembro correspondiente de la Real Academia de las Ciencias de Francia. Ya en Madrid, publicó los resultados de sus viajes con enorme éxito. Fue director de la Academia de Guardias Marinas de Cádiz, fundador de su Real Observatorio y de la Asamblea Amistosa Literaria de la ciudad, jefe de la escuadra de la Armada Real, embajador extraordinario del rey Carlos III en Marruecos e impulsor del sistema de construcción naval «a la inglesa», gracias al empleo de un sistema de espionaje y contratación de ingenieros navales que desarrolló para mejorar la construcción de nuestros navíos.

**Jussieu, Joseph de** (1704-1779): Botánico, naturalista y profesor de Medicina. Realizó estudios de Historia Natural y analizó la flora andina para su aprovechamiento comercial y medicinal durante la expedición geodésica a Ecuador. Permaneció en América hasta 1771 y fue reconocido por sus estudios sobre la quina, el caucho y sus tratamientos médicos contra la viruela o la fiebre amarilla. Fue miembro de la Real Academia de las Ciencias de Francia.

**Luján y Acuña, Margarita Josefa** (¿?): Nacida en Lima y casada con Bernardo Pardo de Figueroa y Sotomayor en 1699. El matrimonio tuvo varios hijos: José Agustín, Baltasar, Pedro, Juana, Josefa e Isabel. Es la abuela materna de Isabel Gramesón. Algunos datos señalan a Clara Pérez de Vargas y a Antonio Pardo de Figueroa como sus abuelos maternos.

**Maldonado Sotomayor, Pedro Vicente** (1704-1748): Nacido en Riobamba, era hijo de una de las familias más importantes de la zona. Pronto se interesó por el estudio de las ciencias y, tras estudiar en el seminario jesuita de San Luis de Quito, adquirió el título de maestro mayor en Artes en la Universidad de San Gregorio Magno en 1720. Continuó con su formación científica de modo autodidacta, explorando la provincia de Canelos para abrir nuevas rutas que garantizaran el comercio de la corteza del árbol de la canela, muy abundante en la zona. Fue gobernador de la provincia de Esmeraldas y uno de los grandes valedores de la expedición geodésica. Puso su experiencia y conocimiento de la zona al servicio

de los académicos franceses, ayudándolos incluso económicamente. Estableció una estrecha amistad con La Condamine y ambos regresaron juntos a Europa siguiendo la ruta del Amazonas que más tarde recorrerían Jean Godin des Odonais y su esposa Isabel Gramesón. Tras permanecer en España unos tres años, se trasladó a París y, gracias a la influencia de su gran amigo La Condomine, fue nombrado miembro de la Real Academia de las Ciencias de Francia en 1747. Murió el 17 de noviembre de 1748 cuando se revisaban sus méritos para entrar a formar parte de la Royal Society londinense. Realizó el primer mapa de la provincia de Quito que fue mandado grabar en cuatro planchas de cobre por el rey Fernando VI tras su muerte, en un claro homenaje póstumo a la obra de este insigne cartógrafo ecuatoriano.

**Martel, J. B.** (¿?): Caballero de la Orden de Cristo y enviado por el gobernador de Pará para ejercer la jefatura sobre el capitán Rebello, encargado de llevar la galeota portuguesa con Isabel Gramesón a bordo para encontrarse con su esposo en Oyapoc.

**Morainville, Jean Louis de** (1707-1774): Ayudante de la expedición geodésica a Ecuador. Se encargó de realizar trabajos técnicos de arquitectura y construyó allí observatorios terrestres. En 1741 levantó un plano de Quito que alcanzó gran popularidad. Falleció en 1760 al caerse de un andamio mientras construía una iglesia en Ciclapa, cerca de Riobamba.

**Pardo de Figueroa, María Josefa** (¿?): Esposa de Pedro Manuel Gramesón, con quien pudo contraer matrimonio en Guayaquil, posiblemente en octubre de 1724. Fue madre de Isabel y tuvo otros tres hijos más: Juan, Antonio y María Josefa.

**Pardo de Figueroa, Pedro** (1683-1751): Hermano menor de María Josefa, fue el primer arzobispo de Guatemala en 1746. Era tío de Isabel Gramesón.

**Picot, Madeleine** (¿?): Natural de Saint-Amand. El 21 de febrero de 1792 contrajo matrimonio con Juan Antonio Gramesón, sobrino de Isabel (hijo de su hermano Antonio y de Marcelina Vallejo). El matrimonio tuvo varios hijos que fallecieron a edades tempranas (Françoise Antoinette Marcelline y Alexandre) salvo el escritor

Gilbert Félix, que narró las hazañas de Isabel Gramesón en la obra titulada *Un drame inconnu* («Un drama desconocido»).

**Rebello** (¿?): Capitán jefe de la guarnición de Pará que ocupó el mando de la galeota portuguesa que salió en busca de Isabel Gramesón.

**Roche, Jean** (¿?): Médico francés que se incorporó, junto a su sirviente, a la comitiva de Isabel Gramesón y que marchó en busca de ayuda a Andoas junto al criado Joaquín y a su compañero francés Philippe Bougé.

**Segniergues, Jean** (1705-1739): Cirujano auxiliar del doctor Jussieu como miembro de la expedición geodésica a Ecuador. Se casó con una joven llamada Manuela Quesada y murió violentamente durante unas fiestas taurinas en la localidad ecuatoriana de Cuenca.

**Suasti, Juan** (¿?): Doctor y sacerdote que se encontraba al frente de las misiones de Andoas entre 1769-1770.

**Ulloa, Antonio de** (1716-1795): Joven teniente de navío español nombrado por Felipe V junto a Jorge Juan Santacilia para acompañar a los científicos franceses en la expedición geodésica a Ecuador. Concluidos los trabajos, embarcó de regreso a España en el Déliverance, que fue apresado por los ingleses. Fue conducido como prisionero a Portsmouth y de ahí a Londres, donde fue nombrado miembro de la Royal Society. Fue ascendido a su regreso a Madrid a capitán de fragata y publicó, junto a Jorge Juan, los resultados de sus viajes con enorme éxito. Fundó el Gabinete de Historia Natural de Madrid en 1752 y fue nombrado miembro de las Academias de las Ciencias de Francia, Suecia y Prusia.

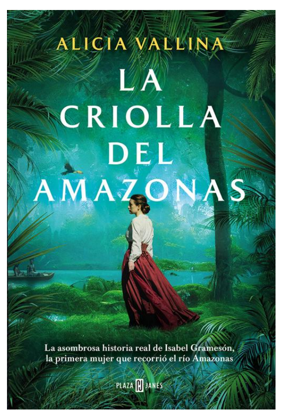
**Vallejo, Marcelina** (¿?-1888): Esposa de Antonio, hermano menor de Isabel Gramesón. Contrajeron matrimonio en Riobamba y tuvieron dos hijos: Martín y Juan Antonio. Fue enterrada en la iglesia de la Merced de la localidad ecuatoriana el 16 de octubre de 1888.

**Verguin, Jean-Joseph** (1701-1777): Ingeniero naval y cartógrafo de la expedición geodésica a Ecuador. Regresó a su país y fue nombrado miembro de la Real Academia de las Ciencias de Francia.

**Zabala y Garay, Antonio** (¿?): Nacido quizá en el País Vasco, se trasladó a Riobamba y trabajó en el cabildo de la ciudad. Fue el

esposo de María Josefa, hermana de Isabel Grameśón.

**La asombrosa historia real de Isabel Gramesón, que en el siglo XVIII se convirtió en la primera mujer en recorrer la Amazonia ecuatoriana.**




Cuando en 1740 se desmantela la expedición científica de la que forma parte Jean Godin des Odonnais, y que tenía como objetivo calcular la longitud del meridiano terrestre en Ecuador, Isabel Gramesón, su esposa, toma la decisión más arriesgada de su vida. Por amor, irá en busca de Jean, atravesando el río Amazonas, en una aventura jamás emprendida por una mujer. Acompañada por una comitiva de indígenas y por parte de su propia familia, Isabel vivirá una lucha por la supervivencia en un lugar hostil y prácticamente inexplorado para el hombre. ¿Conseguirá reencontrarse con su esposo?

**Después de *Hija del mar* (Plaza & Janés, 2021), que ganó el Premio de Novela Histórica Pozuelo de Alarcón, Alicia Vallina narra una trepidante novela histórica sobre una mujer que acometió una hazaña inigualable con la que demostró su amor y su espíritu de superación.**

**Alicia Vallina** es periodista e historiadora y doctora en Historia del Arte y Estudios del Mundo Antiguo por las Universidades Autónoma y Complutense de Madrid, además de funcionaria de carrera del Cuerpo Facultativo de Conservadores de Museos del Estado. Ha sido directora del Museo Naval de San Fernando y ha trabajado en las Subdirecciones Generales de Museos y de Protección de Patrimonio Histórico. Actualmente es vocal asesora del Ministerio de Cultura y Deporte.

Es comisaria de exposiciones, guionista, conferenciante y colaboradora habitual de las revistas *Descubrir el arte* y *La aventura de la historia*, así como articulista del diario *El Mundo*, con la sección «Las (otras) mujeres de España», y de su revista cultural *La lectura*. Autora de un sinfín de libros y publicaciones sobre museos, patrimonio e historia del arte, colabora en el diario asturiano La Nueva España y en los programas radiofónicos *Un buen día para viajar* y *Noche tras noche* del Principado de Asturias.

Su catálogo razonado de Joan Brossa, editado por la Fundación Azcona y de cuya dirección estuvo a cargo, le ha valido el Premio Nacional al mejor libro de arte. Su primera novela, *Hija del mar*, obtuvo el premio de novela histórica ciudad de Pozuelo de Alarcón.



Primera edición: noviembre de 2023


Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona Mapas: Nacho García Benavente
Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Marina Martínez
Ilustración de portada: Agustín Escudero


ISBN: 978-84-01-03052-9

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

**«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».**

EMILY DICKINSON

[1] ¡Bienvenida, bienvenida!

[2] Eres fea y una mala maestra.

[3] Son hombres franceses.

[4] Ayuda, por favor.

[5] Gracias.

# Índice